

JESÚS G. MAESTRO

EL FUTURO DE LA TEORÍA DE LA LITERATURA

Una superación científica y filosófica
de la posmodernidad y sus límites



BIBLIOTECA FILOLÓGICA HISPANA



EL FUTURO DE LA TEORÍA DE LA LITERATURA
Una superación científica y filosófica
de la posmodernidad y sus límites

JESÚS G. MAESTRO

EL FUTURO DE LA TEORÍA DE LA LITERATURA

Una superación científica y filosófica
de la posmodernidad y sus límites

VISOR LIBROS

BIBLIOTECA FILOLÓGICA HISPANA/216

COMITÉ ASESOR:

Carlos Alvar
José Manuel Blecua
Luis Alberto de Cuenca
José María Díez Borque
Pura Fernández
Teodosio Fernández
Víctor García de la Concha
Luis García Montero
Araceli Iravedra
José-Carlos Mainer
José Romera Castillo
Remedios Sánchez García
Darío Villanueva

Imagen de la cubierta: Diego Jordán

© Jesús G. Maestro, 2019

© Visor Libros
Isaac Peral, 18 - 28015 Madrid
www.visor-libros.com

ISBN: 978-84-9895-216-2
Depósito Legal: M-1241-2019

Impreso en España - *Printed in Spain*
Gráficas Muriel. C/ Investigación, n.º 9. P. I. Los Olivos - 28906 Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (<http://www.conlicencia.com>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÍNDICE

Introducción: ¿Por qué la literatura es el Talón de Aquiles de los filósofos?	9
1. Modos Gnoseológicos del Conocimiento de la Literatura	13
1.1. Modos científicos trascendentes de conocimiento literario	14
1.1.1. Descriptivismo	19
1.1.2. Teoreticismo	30
1.1.3. Adecuacionismo	46
1.1.4. Circularismo	56
1.2. Modos científicos inmanentes de conocimiento literario	66
1.2.1. Definiciones	67
1.2.2. Clasificaciones	80
1.2.3. Demostraciones	96
1.2.4. Modelos	111
2. Crítica de la Teoría de la Literatura	119
2.1. Crítica academicista de la Teoría de la Literatura	121
2.2. Crítica epistemológica de la Teoría de la Literatura	122
2.3. Crítica gnoseológica de la Teoría de la Literatura	128
3. Teoría de la Literatura y Teoría del Cierre Categorial	131
3.1. Ontología de las Ciencias según la Gnoseología Materialista ..	142
3.1.1. Conceptos previos a la organización de las Ciencias	146
3.1.1.1. Impugnación de las clasificaciones dicotómicas o binarias de las Ciencias	147
3.1.1.2. Metodologías α -operatorias y Metodologías β -operatorias	158
3.1.1.3. Procesos de Progresión (<i>progressus</i>) y Regresión (<i>regressus</i>) de las Ciencias	163
3.1.1.4. Principio de Neutralización de Operaciones ..	172
3.1.2. Organización gnoseológica de las Ciencias	179
3.1.2.1. Ciencias Naturales o ciencias de regresión exte- rema (Metodologías α -1)	180

3.1.2.2.	Ciencias Computacionales o ciencias de progresión media-genérica (Metodologías α -2-I)	180
3.1.2.3.	Ciencias Estructurales o ciencias de progresión media-específica (Metodologías α -2-II)	181
3.1.2.4.	Ciencias Reconstructivas o ciencias de regresión media-genérica (Metodologías β -1-I)	182
3.1.2.5.	Ciencias Demostrativas o ciencias de regresión media-específica (Metodologías β -1-II)	184
3.1.2.6.	Ciencias Políticas o ciencias de progresión extrema (Metodologías β -2)	185
3.2.	El Cierre Categorial de la Teoría de la Literatura	186
3.3.	La Teoría de la Literatura como Ciencia Categorial de la Literatura	197
	Conclusión: Teoría del Genio	233
	Bibliografía	243

Introducción:

¿Por qué la literatura es el Talón de Aquiles de los filósofos?

He dicho muchas veces que la literatura es una trampa para quien no sabe razonar. Pero ocurre que con frecuencia lo es también para quien sí sabe razonar. Entre otras cosas, porque el racionalismo literario, como la crítica misma de la razón literaria, están dados a una escala diferente de otras formas de raciocinio, como puedan ser la Matemática, la Peluquería, la Música, la Geometría, el arte de hacer madreñas, la Lingüística, la Costura, el Derecho o, también, la Filosofía.

No basta saber razonar para saber de literatura. Más precisamente, incluso, no basta la Filosofía para ejercer la interpretación de los materiales literarios..., pues si no sabe de Literatura quien no sabe de Filosofía, no es menos cierto, ni menos desafiante, afirmar —y comprobar— que no sabe de Filosofía quien no sabe de Literatura.

Sin embargo, la literatura es muy engañosa. Y lo es porque hace creer a quienes saben leer y escribir, y también a quienes saben razonar, que pueden enfrentarse a lo que la literatura es como si este enfrentamiento no entrañara problemas insospechados e inéditos. Y de muy difícil solución. Los límites de la Literatura desbordan los límites de la Filosofía. Y aunque desde una Teoría de la Literatura tratemos de hacer lo posible por acotar el campo de los materiales literarios, las operaciones de la Crítica de la Literatura (saber que maneja Ideas) nos sitúan una y otra vez fuera del estrecho y conceptual terreno de la teoría literaria (saber que maneja Conceptos).

La Filosofía debe ser prudente cuando interpreta la Literatura y cuando, en su interpretación de la Literatura, exige la literalidad de las metáforas. Y el filósofo debe serlo aún más.

La Literatura es la más cínica, embustera y engañosa de todas las artes. Es un adulterante de la realidad y un simulacro de conocimiento. Es una ludopatía permanente y una desacralización intolerable de todos los prestigios. No se toma nada en serio jamás, pero sí se toma, astutamente, las máximas libertades en todo momento. Finge respetar decorosamente todas las cosas y a la vez no duda en abatirlas a veces de forma tan irreversible como definitiva. Puede convertir la Ley en una ficción, la Historia en un mito, la realidad en un espejismo, la Ciencia en una fantasía, la Geografía en una leyenda y cualquier irrealidad en una materia formalmente muy inflamable —e inflamante— en el inestable y perturbador crisol de la psicología humana.

La literatura, en suma, no es fiel a ninguna realidad, aunque a todas promete alianzas sorprendentes y fraudulentas.

Sin embargo, hay una baza que la Literatura no está dispuesta a ceder: la ficción. En la ficción reside una de las varias dimensiones esenciales de lo que la Literatura es. Hay muchas otras —razón, operatoriedad, lenguaje verbal, potencia poética, dimensión pragmática, autores, lectores, intérpretes, etc...—, pero a diferencia de todas ellas, relativamente comprensibles, la ficción constituye uno de los mayores desafíos que la Literatura ofrece a cuantos se acercan a ella.

La Literatura no negocia con la ficción. Es su laberinto privilegiado. Exclusivo. No hay arte ni ciencia que ofrezca dédalo mayor. Téngase en cuenta que los referentes de la literatura son ficticios, mientras que los de la religión, en muchos casos —acaso en todos—, son falsos. Esta es la diferencia entre el arte y la mentira.

Si no se comprende lo que la ficción es, no se puede interpretar ni entender qué es la Literatura. Compruebo que hoy la ficción constituye un terreno de arenas movedizas para la mayor parte de las personas que, por otro lado muy inteligentes (aunque no sin excepciones...), se acercan a ella.

Las artes nos exigen ser muy prudentes en el uso de las ciencias y de las filosofías. La literatura sobrevive a todas las interpretaciones que se vierten sobre ella. Todo lo que se enfrenta a la literatura está destinado a perecer en la obsolescencia. Incluida la filosofía. Si Cervantes hubiera sido sólo un filósofo, hoy su obra estaría ya sobrepasada. El *Quijote*, sin embargo, sigue siendo un desafío a la inteligencia, y es más actual cada día. Cervantes es un escritor de ficciones literarias. Es decir, es un novelista, un dramaturgo y un poeta. Dicho de otro modo: es un

artista de la literatura. El arte sobrevive a todas las interpretaciones que otras actividades humanas, incluidas las ciencias y las filosofías, viertan sobre él. De ahí la superioridad del arte sobre sus interpretaciones. De ahí la superioridad de la Literatura sobre la Filosofía. Porque también desde la filosofía se puede ejercer un fundamentalismo filosófico.

Si la literatura es en el tiempo un discurso más duradero y poderoso que otros, lo es precisamente por ser mucho más intolerante y cínico que los otros ante la manifiesta ignorancia de sus lectores.

La Literatura es el único ámbito categorial humano, y subrayo lo de humano, que hace fracasar sistemáticamente las interpretaciones de todos y cada uno de los sistemas filosóficos que, como tales, se le enfrentan. La Literatura es insoluble en la Filosofía. Más precisamente: la Literatura es superior e irreductible a la Filosofía. Y no sé hasta qué punto puede ser definitivamente explicable desde ella. El racionalismo de la literatura exige mucho más que el racionalismo de la filosofía.

Por este motivo he afirmado, y con razón, que la Literatura es el Talón de Aquiles de los filósofos. Y lo es porque la mayor parte de ellos naufraga en sus interpretaciones de la Literatura cuando se topa con la ficción. Platón optó, desde el comienzo, por desterrarla de la jurisdicción del Estado, sabedor de que con la ficción —es decir, con la Literatura— no se puede negociar nada. La Literatura es muy peligrosa, y lo es particularmente para quien se toma la ficción *en serio*. La Literatura es el mayor peligro al que puede enfrentarse una persona inteligente. Hay experiencias más trágicas, y definitivas, como la muerte misma, pero la capacidad de la Literatura para dejar en ridículo a sus interlocutores es muy superior a cualesquiera otras peripecias humanas. No por casualidad Borges convirtió a la filosofía en el terreno de juego de la literatura.

JESÚS G. MAESTRO
Madrid, 23 de abril de 2018

1. Modos gnoseológicos del Conocimiento de la Literatura

¿Acudo al maestro como el que acude al oráculo, dispuesto a obedecer? ¿O también yo voy a la escuela lleno de imbecilidad solo a aprender la historia y a conocer los libros que antes no conocía y a explicárselos a otros si se tercia? [...] Y vosotros, hombres, curaos primero las úlceras, detened las diarreas, serenad la mente, traedla a la escuela sin distracciones, y comprenderéis cuánta fuerza tiene la razón.

EPICTETO (*Disertaciones*, II, 21, 8-23).

Puesto que los hombres, como dijimos, se guían más por los afectos que por la razón, se desprende que la multitud se pone de acuerdo y se conduce como una sola alma, no en virtud del impulso de la razón, sino espontáneamente en virtud de algún afecto común, a saber, una común esperanza, o miedo, o deseo de vengar un daño común.

Baruch SPINOZA (*Tratado político*, 1675-1677: VI, 1).

A l'instant de cette lecture je vis un autre univers et je devins un autre homme...

Jean-Jacques ROUSSEAU (*Segunda carta a Malesherbes*, I, 315).

Los hechos son siempre mejores que los sueños...

Winston CHURCHILL

Según la gnoseología o teoría del conocimiento científico del Materialismo Filosófico, desarrollada por Gustavo Bueno (1992) bajo la denominación de Teoría del Cierre Categorical, los modos de

conocimiento científico pueden ser de dos tipos: trascendentes o inmanentes.

Los *modos de conocimiento científico trascendente* son cuatro —Descriptivismo, Teoreticismo, Adecuacionismo y Circularismo—, y permiten identificar los procedimientos o el *modus operandi* de las ciencias desde el punto de vista de su relación entre materia y forma. Los modos de conocimiento científico trascendente se examinan desde criterios gnoseológicos, porque se basan en la *conjugación* de los conceptos de materia y forma, frente a los criterios epistemológicos, que conducen al idealismo, al remitir constantemente a la oposición, por lo demás irreal y formalista, entre objeto / sujeto.

Los *modos de conocimiento científico inmanente* son también cuatro —Definiciones, Clasificaciones, Demostraciones y Modelos—, y se disponen tomando como referencia el eje sintáctico del espacio gnoseológico, constituido por términos, relaciones y operaciones: los *términos* constituyen los elementos que forman parte del campo categorial o científico y lo delimitan como tal (autores, obras, lectores e intérpretes, en el caso de la Literatura; los elementos de la tabla periódica de Mendeléiev, en la Química; la escala cromática, como sistema dodecafónico, en teoría de la Música, etc...) Los modos de conocimiento científico inmanente permiten explicar las *relaciones operatorias* entre los *términos* de una ciencia, siempre desde los presupuestos de una gnoseología (conjugación materia / forma).

1.1. MODOS CIENTÍFICOS TRASCENDENTES DE CONOCIMIENTO LITERARIO: DESCRIPTIVISMO, TEORETICISMO, ADECUACIONISMO Y CIRCULARISMO

Los Modos científicos trascendentes de conocimiento literario son procedimientos ejecutivos de interpretación de los materiales literarios que permiten identificar el *modus operandi* de las ciencias, disciplinas y teorías de la literatura, de acuerdo con cuatro modalidades fundamentales: Descriptivismo, Teoreticismo, Adecuacionismo y Circularismo.

Estos cuatro modos científicos son trascendentes a los materiales que constituyen —y estructuran ontológicamente— el campo categorial de cada ciencia. Cada uno de ellos está determinado por el *modo* en que

relacionan, en sus procedimientos de interpretación e investigación científica, los *materiales* que se estudian y la *forma* en que se estudian. Según cómo se relacionen formalmente los materiales de una ciencia, el investigador adoptará un procedimiento descriptivista, teoreticista, adecuacionista o circularista. Toda investigación científica se desarrolla siempre bajo alguno de estos modos científicos trascendentes de conocimiento, pero no siempre el científico o investigador sabe qué tipo de modalidad está siguiendo o utilizando en sus trabajos. La mayor parte de los teóricos y críticos de la literatura ignoran que siguen procedimientos descriptivistas, teoreticistas o adecuacionistas en sus interpretaciones de los materiales literarios. Los procedimientos circularistas no cuentan apenas con usuarios en el ejercicio de la interpretación literaria, si exceptuamos a quienes siguen el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura.

Los teóricos, críticos y filósofos de la literatura han seguido siempre, en realidad sin excepciones, desde la *Poética* de Aristóteles, primero, y desde las tres críticas kantianas, después, diferentes procedimientos de interpretación literaria que se basaban una y otra vez en planteamientos epistemológicos, es decir, en criterios de oposición entre sujeto y objeto, esto es, entre ser humano y obra literaria, reducida esta última con frecuencia a un *fenómeno* de diseño subjetivo. Sin embargo, el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura impugna y rechaza todo planteamiento epistemológico, por idealista e irreal, por psicologista y acientífico —ni Aristóteles ni Kant son nuestros colegas—, y opta por un planteamiento gnoseológico, basado no en la oposición sino en la *conjugación* de *materia* y *forma* (Bueno, 1978a, 1992).

En consecuencia, estos cuatro modos científicos trascendentes de conocimiento responden a cuatro tipos fundamentales de teorías gnoseológicas o teorías de la ciencia, que se establecen a partir de la relación entre la *materia* y la *forma* de las ciencias, y que se delimitan en función del concepto de verdad científica, tal como explica Gustavo Bueno en su teoría de la ciencia, denominada Teoría del Cierre Categorical (1992), que aquí aplicamos a la interpretación de los materiales literarios.

Desde esta perspectiva, la tipología que establece el Materialismo Filosófico es *gnoseológica* y *dialéctica*. Es gnoseológica porque, como se ha dicho, pretende clasificar las teorías de la ciencia por relación a las coordenadas de materia y forma como conceptos conjugados. Y es dialéctica porque, como se verá, no se limita a la exposición acrítica de un censo o inventario de teorías de la ciencia efectivas o posibles, sino

que plantea abiertamente un sistema polémico de alternativas, dentro del cual cada teoría contiene de forma potencial o explícita la expresión negativa de las demás teorías. El resultado de la tipología que seguimos, propuesta por Bueno (1992), es, pues, crítica y dialéctica, y dispone un conjunto de teorías de la ciencia caracterizadas por la beligerancia mutua, dada por el contraste o incluso la incompatibilidad objetiva entre sus principios, métodos y consecuencias interpretativas —incompatibilidades y contrastes que aquí no se evitarán ni eludirán, en nombre de un holismo armónico o un monismo epistemológico, u otras extravagancias acrílicas y curiosas, como la «cortesía bibliográfica» o la «diplomacia académica»—.

He aquí los cuatro tipos de teorías gnoseológicas planteadas por Bueno (1992), a las que me refiero en relación con cada uno de los materiales literarios.

1) *Descriptivismo*: ha determinado particularmente a las teorías y estudios literarios que se han ocupado del autor, al considerarlo como una entidad preexistente y acrílica, apriorísticamente dada, a la que se ha reducido a un objeto de descripción histórica, positivista, psicoanalítica, sociológica, lingüística, estilística o incluso meramente formalista. Desde el descriptivismo se considera que la verdad brota de la materia independientemente de la forma (la verdad como *alétheia*, como *des-cubrimiento*). La verdad se identifica aquí exclusivamente con la materia, que resulta hipostasiada (sea la obra literaria, en manos de los formalistas; sea el autor, frente al positivismo histórico; sea el lector, según las teorías de la recepción, etc.).

2) *Teoreticismo*: su influencia ha sido absoluta en las poéticas formales, funcionales y estructuralistas, que analizan sobre todo las formas determinadas por su valor funcional en el texto. Según el teoreticismo, la verdad procede de la forma, independientemente de la materia (la verdad como *coherencia*, como desarrollo lógico y formal). La verdad estará, pues, en la forma de los materiales literarios, forma que resulta hipostasiada, al ser separada de la materia que la dota de contenido empírico (es el caso del ser humano reducido a un pronombre personal —yo— o sujeto lingüístico, de la poesía reducida a una secuencia tónica y átona de segmentos métricos, o de la novela limitada a una sintaxis de acciones, funciones o situaciones narrativas).

3) *Adecuacionismo*: su impacto se ha reflejado sobre todo en la estética de la recepción alemana (Jauss, 1967; Iser, 1972), así como en sus antecedentes fenomenológicos (Ingarden, 1931) y hermenéuticos (Gadamer, 1960), y en sus consecuentes posmodernos más inmediatos (Barthes, 1968; Eco, 1979). Desde el adecuacionismo se considera que el conocimiento surge de la yuxtaposición de la materia y la forma (la verdad como *correspondencia*, como «encaje»). Forma y materia se hipostasian primeramente por separado, y solo después se postula su «engranaje», coordinación o adecuación. La conexión entre materia y forma es metamérica, al plantearse entre totalidades enterizas (obra / lector), de modo que la obra literaria se concibe como una materia que un lector ideal o modélico, implícito o implicado, es decir, absolutamente hiperformalizado e irreal, interpreta en términos adecuacionistas (obra / lector = materia / forma). La forma deja de este modo de estar objetivada en la estructura —«ausente», dirá Eco— de la obra literaria, que queda convertida en objeto material de examen, para ubicarse en la mente o conciencia de un lector ideal, operatoria o empíricamente inexistente. La estética de la recepción alemana no es sino una fuga de las formas —y de los formalismos— a través de la conciencia subjetiva de sujetos ideales. El estructuralismo pasa del texto al lector, de la obra al receptor, para postular desde la *Rezeptionsästhetik* una adecuación entre ambos.

4) *Circularismo*: es la concepción que postula el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura respecto a la interpretación de los materiales literarios (autor, obra, lector e intérprete o transductor). La verdad científica o conocimiento correcto brota de contextos en los que desaparece la distinción entre materia y forma (la verdad como *identidad sintética*), en tanto que se concibe que la materia y la forma se construyen de forma mutua, simultánea, solidaria y conjugada, y que bajo ningún concepto pueden considerarse de forma separada, autónoma o inconexa, ni en el tiempo (descriptivismo y teoreticismo) ni en el espacio (adecuacionismo). Se evita toda hipóstasis de materia o de forma. La conexión entre materia y forma gnoseológicas se da en términos de conexión diamérica (entre sus partes), no metamérica (entre totalidades enterizas o no estructuradas). La figura pragmática y gnoseológica de la transducción literaria, tal como la he expuesto desde 1994, constituye el procedimiento metodológico por excelencia del circularismo literario (Maestro, 1994, 1994a, 1996, 2002).

La aplicación de estas cuatro teorías de la ciencia, propuestas por Gustavo Bueno (1992), al estudio de la ontología literaria y de sus materiales es un capítulo fundamental del Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura que he desarrollado desde hace años, en particular con la publicación en 2007 de *Los materiales literarios*. Resulta constatable que, históricamente, desde la teoría de la literatura se ha tratado de interpretar cada uno de los cuatro materiales literarios —autor, obra, lector e intérprete o transductor— a través de una de estas teorías —descriptivismo, teoreticismo, adecuacionismo y, tras el reconocimiento de la transducción como operación de cierre categorial de tales materiales, el circularismo—.

Así pues, como se ha justificado en su momento (Maestro, 2007b), la idea de Autor se ha examinado a partir de teorías literarias claramente *descriptivistas*, desde Aristóteles hasta el positivismo histórico más reciente. A su vez, la idea de Texto, mensaje u obra literaria, acaparó siempre la atención de teorías de la literatura de corte fuertemente *teoreticista* o formalista, desde la decimonónica escuela morfológica alemana hasta varias corrientes posestructuralistas y posmodernas. Por lo que se refiere al Lector, fueron teorías literarias de naturaleza *adecuacionista* las que pretendieron, no siempre con éxito, establecer una correspondencia o diálogo entre la obra literaria y el receptor, incurriendo en muchísimos casos en una fenomenología de consecuencias metafísicas, la cual ha afectado, en mayor o menor grado, a casi todas las corrientes metodológicas aglutinadas en torno a las poéticas de la recepción. Finalmente, la compleja verdad de la comunicación literaria, interpretada en su sentido más pragmático, exige el reconocimiento y análisis de la figura del Transductor, esto es, un sujeto que *interpreta para los demás*, es decir, que opera con materiales literarios en tanto que intérprete dotado de competencias y autoridad de transmisión y transformación de tales materiales, a fin de disponerlos ante nuevos lectores e influir de forma determinante sobre sus condiciones y posibilidades de recepción e interpretación. El análisis de la transducción literaria nos sitúa ante una teoría circularista —el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura—, al reconocer en el itinerario de construcción, comunicación e interpretación literarias un proceso circular, incesante y dialéctico, en el que están implicados de forma continuada, crítica y global *todos* los materiales de la literatura: autor, obra, lector e intérprete o transductor.

1.1.1. Descriptivismo

El descriptivismo es, junto con el teoreticismo, el adecuacionismo y el circularismo, un modo trascendente de conocimiento científico, que se caracteriza, desde el punto de vista de la gnoseología, por interpretar la *materia* al margen de la *forma*, lo cual provoca, según el Materialismo Filosófico como Teoría de la Ciencia (Bueno, 1992), la *falacia descriptivista*, de modo que la materia de una realidad o campo categorial se *describe* sin tener en cuenta la forma que la hace posible y efectiva.

En el caso de la interpretación de los materiales literarios, son descriptivistas todas las teorías literarias que históricamente han considerado al autor como el término fundamental, a veces incluso único, de la investigación literaria. Es el caso de las denominadas *poéticas del autor*, las cuales se centraron en la figura del *yo* del artífice como sujeto esencial de la creación e interpretación de la literatura. Incurren en descriptivismo corrientes como el historicismo decimonónico y el positivismo histórico, así como también la psicocrítica que trata de develar o describir el sentido de las obras literarias a partir de la «lectura» de la mente o de la psique del autor. El psicoanálisis de Charles Mauron o la mitocrítica de Northrop Frye, por ejemplo, son demostraciones palmarias de descriptivismo, como lo son también la poética de lo imaginario o la crítica biográfica y autobiográfica. El descriptivismo ha proliferado en torno a las poéticas del autor como un extraordinario procedimiento de descripción o revelación del *yo* del artista, desde el que se cuentan o exponen tanto los contenidos psicológicos (M_2) que se suponen plasmados en su obra literaria como los hechos biográficos (M_1) que cabe inventariar en su historia social, personal o política.

Cuando la crítica literaria toma conciencia del Autor como objeto de interpretación, lo hace desde los presupuestos de un *descriptivismo* incesante y creciente, es decir, se ocupa del Autor como de una reconstrucción colectiva y global, de amplísimas resonancias personales, sociales, históricas, psicológicas..., e incluso metafísicas, cuyas referencias determinan la obra literaria y sus posibilidades de conocimiento.

Este descriptivismo ha sido y sigue siendo un *descriptivismo epistemológico*, es decir, se basa en la oposición Objeto / Sujeto, de modo tal que el *objeto* de conocimiento es el autor de una obra literaria y el *sujeto* cognoscente es el lector que lo reconstruye psicológicamente a

partir de tales o cuales materiales (documentos biográficos, datos históricos, pruebas sociológicas...), mejor o peor combinados según la *descripción autorial* que se pretenda conseguir. Se trata, pues, de un descriptivismo epistemológico (Objeto / Sujeto), y nunca de un descriptivismo gnoseológico (Materia / Forma), ya que este último solo es posible y factible en la *symploké* (circularista) de la comunicación literaria, la cual vincula, de forma dialéctica y circular, al autor con el resto de los materiales literarios: obra, lector y crítico o transductor. El descriptivismo epistemológico desemboca las más de las veces en pura fenomenología, cuando no en vulgar idealismo teológico o rupestre topología metafísica. En esta última incurre el archicitadísimo Bajtín, al afirmar la siguiente vacuidad, que deja a tantos lectores con la boca abierta y el cerebro limpio de polvo y paja:

Encontramos a un autor (lo percibimos, entendemos, sentimos) en cualquier obra de arte. Por ejemplo, en una obra pictórica siempre percibimos a su autor (el pintor), pero nunca lo vemos de la misma manera como vemos las imágenes representadas por él. Lo percibimos como un principio representante abstracto (el sujeto representador), y no como una imagen representada (visible). También en un autorretrato no vemos, desde luego, al autor que lo ejecuta, sino apenas una representación del artista. Estrictamente hablando, la imagen del autor es *contradictio in adjecto*. La supuesta imagen del autor, a pesar de ser imagen especial, diferente de las demás imágenes de una obra, es siempre una *imagen* que tiene un autor que la había creado. La imagen del narrador en primera persona, la imagen del protagonista en las obras de carácter autobiográfico (autobiografías, memorias, confesiones, diarios, etc.), personaje autobiográfico, héroe lírico, etc. Todos ellos se miden y se determinan por su actitud frente al autor como persona real (siendo este objeto específico de representación), pero todas ellas son imágenes representadas que tienen un autor como portador de un principio puramente representativo. Podemos hablar de autor *puro*, a diferencia de un autor parcialmente representado, mostrado, que forma parte de una obra [...]. El autor-persona real está presente en la obra como una totalidad, pero nunca puede formar parte de la obra. No es *natura creata* ni *natura naturata et creans*, sino una pura *natura creans et non creata* (Bajtín, 1979/1986: 300-301).

Estas palabras del reputadísimo Bajtín solo pueden aceptarse desde el Materialismo Filosófico como una retórica del misticismo autorial.

El autor se nos presenta aquí como «un principio representante abstracto»..., ¿qué es eso? Luego se nos habla del autor como de un alguien en connivencia con sus personajes y creaciones literarias...: ¿es que don Quijote es real y Cervantes falso? Estas son ideas de creadores literarios, al estilo de Unamuno en *Niebla*, Pirandello en *Sei personaggi in cerca d'autore*, o el propio Cervantes en el *Quijote*. Pero tales ideas deslucen, y mucho, en alguien que se nos presenta como un autor de teorías literarias. Finalmente, ¿cuál es la diferencia entre un «autor puro» y un «autor parcialmente representado»? ¿Quién puede establecer tales diferencias y cómo? ¿Bajtín? ¿En virtud de qué criterios? Estas palabras que he citado de Bajtín son pura mística. En ellas no se objetiva ninguna teoría de la literatura, sino una simple exposición retórica de teología literaria, por lo demás muy común, y bastante vista, desde la más remota Antigüedad. Voy a explicar, pues, en qué consiste la falacia del descriptivismo, en la que han incurrido numerosas teorías literarias a la hora de ocuparse del autor como concepto y como idea.

De acuerdo con el descriptivismo, la interpretación científica estaría constituida por una *teoría*, es decir, por una *forma*, que daría cuenta de unos hechos o materiales objetivos y externos. Se trataría de una ciencia constituida por un tipo de *conocimiento* referido a una *experiencia*.

Sin embargo, como advierte Gustavo Bueno (1992), el descriptivismo hace un uso muy relajado del término *ciencia*, como cuerpo organizado de conocimientos, algo que en sí mismo es equívoco e inútil. Se trata más bien de un sinónimo del término *disciplina*, que incorpora a sus contenidos una segunda acepción de ciencia, como cuerpo de conocimientos históricamente desarrollados. Además, el descriptivismo excluye dos atributos esenciales de toda ciencia, que, desde Descartes, se reconocen como ineludibles: su carácter necesario y verdadero.

El descriptivismo postula una concepción dualista de la ciencia, que descansa en la distinción entre un objeto y un método. En nuestro caso, un autor y su retrato, cuya descripción compete epistemológicamente, esto es, subjetivamente, idealmente, trascendentalmente, a un sujeto receptor. Así es como el descriptivismo ofrece un espacio gnoseológico bidimensional. De este modo, los contenidos de una ciencia o de una teoría literaria descriptivista se entienden como reproducción o reflejo *teórico y formal* de un material *objetivo y externo* —el autor—, que se supone dado de forma autónoma, apriorística y total. El receptor reconstruirá así formalmente unos contenidos, muy impregnados de

subjetividad y psicologismo, y basará la naturaleza científica de su proceder en un mero descriptivismo. Supondrá que la verdad reside en la materia —la vida del autor, sus trabajos y adversidades— y que él mismo, como científico o intérprete, no hace sino *des-cubrirla, des-velarla*, esto es, *describirla*. La materia, el objeto, será el lugar en el que reside la ciencia, y la forma (matemática, lógica, lingüística) no hará más que reflejarla o representarla.

El punto débil de esta idea de ciencia, como de toda teoría literaria descriptivista, es que carece de posibilidades para discriminar conocimientos cuyo estatuto gnoseológico es claramente diferente. Tal proceder se podría aplicar por igual a la Química y a la Matemática que a la Historia, la Jurisprudencia o a la Teoría de la Literatura. Incluso podría aplicarse a la Teología, aún cuando incluso esta disciplina no es una ciencia (dado que su objeto de conocimiento —Dios— no existe). Además, al descriptivismo se le pueden hacer otras dos objeciones importantes, como señala Bueno (1992): 1) no da cuenta del proceso efectivo, operativo y constructivista, de las ciencias positivas, ya que ninguna ley universal puede derivarse de un número finito de datos experimentales, pues la inferencia por abstracción no basta para fundamentar un conocimiento objetivo, verdadero y necesario; y 2) es pura ingenuidad gnoseológica pretender que, por un lado, hay unos hechos (materia) y, por otro, una teoría (forma); es decir, por un lado, unos hechos sensoriales y, por otro, sobrevalorándolos, una construcción racional (de apariencia lingüística, lógica o matemática). Muy al contrario de lo que suponen estas dos limitaciones, la razón, la construcción racional, es la reorganización misma de las percepciones, de los preceptos, que son los objetos mismos. La verdad está en los hechos, tal como reconoce la tradición filosófica racionalista (*verum est factum*)¹.

Son descriptivistas todas las teorías de la ciencia y todas las corrientes de interpretación literaria que identifican la *verdad científica* con la *materia* misma constitutiva del campo categorial de cada ciencia, en

¹ Son abundantes los conceptos que apuntan en esta dirección, señalados por Bueno (1992), desde Anaxágoras («el hombre piensa porque tiene manos») hasta Vico («el criterio de tener ciencia de una cosa es efectuarla»). En este mismo contexto, cabe recordar las declaraciones de Pierre-Gilles de Gennes, Premio Nobel de Física (1991), al diario *El País* (22 de mayo de 1993), y que Bueno hace suyas: «Para pensar hace falta estar en contacto con la realidad».

nuestro caso, la literatura y, concretamente, la figura del autor. Hipostasían la materia —el autor—, a la que consideran como una multiplicidad indefinida de *partes extra partes* —vida, sociedad, historia...—. Las *formas* asociadas o implicadas en el proceso científico no se consideran como constitutivas de ninguna verdad, sino como métodos o medios de acceso, una suerte de proposiciones, inventarios, representaciones, grafías y grafemas, lenguajes, en suma, destinados a *des-velar* o *des-cubrir* una verdad dada en el Mundo de forma apriorística y acrítica. El Mundo sería una realidad preexistente y eterna, en sí misma inalterable, frente a la cual el ser humano solo puede hacer descripciones o desvelamientos. Así es como la verdad queda identificada con una *alétheia*, en el sentido de Heidegger en *Ser y tiempo* (§ 45), por ejemplo². Así es como se impone la idea metafísica de descubrir *un autor* tras el autor, una ideología tras un nombre, un sentido trascendente tras una vida común y corriente, unas palabras mágicas tras el artificio de una obra literaria, esto es, en suma, un dios tras un ser humano³.

Al Romanticismo se debe sin duda la exaltación metafísica, teológica, más elevada que ha alcanzado la figura anónima del Autor —val-

² El análisis de Heidegger ha sido impugnado por Friedländer (1928-1930/1989: 214-221). Sobre el descriptivismo de Heidegger, vid. especialmente Bueno (2014). Vid. también Farías (1987).

³ No por casualidad el descriptivismo evita establecer divisiones profundas entre unas ciencias y otras, como bien explica Bueno (1992), pues considera las clasificaciones científicas como meros recursos pragmáticos, administrativos, o incluso pedagógicos. En este sentido, el descriptivismo podría aceptar el proyecto de una «ciencia unificada» formalmente, así como posturas afines a un monismo gnoseológico. Se opone sobre todo al constructivismo del circularismo, y también al del teoreticismo y del adecuacionismo. Han sido descriptivistas Husserl en el desarrollo de su fenomenología, así como el primer positivismo lógico del Círculo de Viena (Schlick y Carnap). También Heidegger en las páginas de *Ser y tiempo* en que, siguiendo a Husserl, se refiere a la verdad como *alétheia*, con el fin de desvelar lo oculto y ponerlo al des-cubierto, para «mostrar los entes en su misma identidad», el *Da-sein*, y otros especímenes de la misma familia, igualmente inexistentes. El descriptivismo parte de este criterio: «el fin de la ciencia es dar una descripción verdadera de los hechos». Puede adscribirse también al inductivismo (en el paradigma de Bacon, en la perspectiva del *ordo inventiois*), y acaso al deductivismo (en el paradigma de Kepler). Según Bueno y la Teoría del Cierre Categorical, «solo se puede reducir a pura descripción la ciencia a costa de interpretar las transformaciones lógico-matemáticas que le son inherentes como meras *tautologías*» (Bueno, 1992: I, 74).

ga el oxímoron— en la cultura occidental. Como ha apuntado Dámaso López (1993: 43), «el Romanticismo declaraba la importancia suprema del autor, pero al tiempo declaraba que si no se hallaba a mano el autor que necesitaba el lector, podía inventarse para dar satisfacción a esa necesidad». Es decir, la idea que el Romanticismo ha impuesto del autor literario es una idea profundamente psicologista, metafísica y teológica. Una idea que perdura incluso en nuestros días, si bien desde el reverso nihilista de la no menos teológica posmodernidad. Hemos pasado del todo sublime del *yo* a la nada cósmica del *texto deshabitado*. De la *mística romántica*, creacionista, metafísica y germánica, la interpretación literaria ha pasado al *nihilismo mágico* de tres grandes prestidigitadores y sofistas de la posmodernidad: Barthes, Derrida y Foucault. Y entre tanto, Cervantes, como Shakespeare, ahí están: donde estaban. Y lo que es más importante, seguimos ignorando de ellos muchas cosas que necesitamos saber. ¿Qué sentido tiene hoy día la pretensión de ignorar conocimientos relativos a un autor? Ninguno.

Es de obligada referencia la cita de un texto decisivo, no solo por su pertinencia en lo relativo al descriptivismo autorial, sino por su importancia desde el punto de vista de la hermenéutica histórica y filológica, donde con injusta frecuencia se olvida mencionarlo. Se trata de las palabras que Baruch Spinoza dedica en el *Tratado Teológico-Político* (VII, 4) a la figura del autor. Aparentemente pueden parecer una simple apología de la «falacia intencional» (Wimsatt y Beardsley, 1954), pero Spinoza va muchísimo más lejos de lo que puede alcanzar la mente de cualquier *nuevo crítico* norteamericano:

Si leemos un libro que contiene cosas increíbles o imperceptibles o escrito en términos muy oscuros y no conocemos su autor ni sabemos en qué época ni con qué ocasión lo escribió, en vano nos esforzaremos en asegurarnos de su verdadero sentido. Pues, ignorando todo eso, no podemos saber de ningún modo qué pretendió o pudo pretender el autor. Por el contrario, si conocemos bien esas circunstancias, orientamos nuestros pensamientos sin perjuicio ni temor alguno a atribuir al autor, o a aquel al que destinó su libro, más o menos de lo justo, ni a pensar en cosas distintas de las que pudo tener en su mente el autor o de las que exigían el tiempo y la ocasión.

Pienso que esto para todo el mundo está claro. Es muy frecuente, en efecto, que leamos historias parecidas en libros distintos y que hagamos de ellas juicios muy diferentes, según la diversa opinión que

tengamos sobre sus autores. Yo sé que he leído hace tiempo, en cierto libro, que un hombre, llamado *Orlando furioso*, solía agitar en el aire cierto monstruo alado y que atravesaba volando todas las regiones que quería; que él solo mataba cruelmente a un sinnúmero de hombres y gigantes, y otras fantasmagorías por el estilo, totalmente imperceptibles al entendimiento. Ahora bien, yo había leído una historia similar a esta en Ovidio sobre Perseo; y otra en los libros de los *Jueces* y de los *Reyes* sobre Sansón, que degolló, solo y sin armas, a miles de hombres; y sobre Elías, que volaba por los aires y se elevó, finalmente, al cielo en caballos y carro de fuego. Estas historias, repito, son completamente semejantes, y sin embargo damos un juicio muy distinto de cada una de ellas. Pues decimos que el primero no quiso escribir más que cosas divertidas, el segundo cosas políticas y el tercero cosas sagradas; y lo único que nos convence de ello son las distintas opiniones que tenemos de sus escritores.

Está claro, pues, que nos es imprescindible tener noticias sobre los autores que escribieron cosas oscuras o imperceptibles al entendimiento si queremos interpretar sus escritos (Spinoza, 1670/1986: 212).

Spinoza escribe estas palabras ante uno de los momentos culminantes de su interpretación filológica y hermenéutica de las Sagradas Escrituras. Spinoza no habla por hablar, sino que teoriza sobre hechos exigentes, apremiantes, delicados. Y sobre todo muy arriesgados para la vida de alguien que trata de dar una explicación profundamente racionalista y materialista de unos textos considerados sagrados, en una época en que la única razón tolerada era la razón teológica, negadora y represora con frecuencia de determinadas razones antropológicas.

Spinoza se hace una pregunta que muchos de los modernos teóricos de la literatura y de la hermenéutica ni siquiera han sabido plantearse: ¿cómo interpretar racionalmente textos que rebasan, en el horizonte de expectativas en que se encuentra el lector, los límites de la razón humana? En su exégesis de la Escritura testamentaria, Spinoza buscó el punto de apoyo de la razón humana interpretadora en la figura del autor, como constructor de un sentido que podría tenerse en cuenta o tomarse como referencia. Y allí donde no encontró autor alguno, buscó en las posibilidades que le ofrecía la ecdótica, la filología y la gramática hebreas, constatando las insalvables lagunas habidas en estos dominios, abandonados durante siglos por los judíos, al no haberlas

cultivado como disciplinas⁴. Sumido en tal aislamiento frente a los textos de la Escritura, que en tan numerosos pasajes resultan completamente irracionales, Spinoza optó por la interpretación racional, lógica y materialista de las ideas objetivas formalizadas en los manuscritos conservados⁵. Este judío, heterodoxo entre los suyos, y de expulsa ascendencia hispanolusa, se convertía así en el primer hermeneuta de la Escritura que utiliza, en la interpretación de tales textos, una razón exclusivamente antropológica y materialista (Peña, 1974). Lejos de renunciar al sentido, lo reconstruyó desde la razón humana, entonces —siglo XVII— razón dialéctica frente a razón teológica.

En efecto, un mismo texto puede ser objeto de una interpretación literaria, política o religiosa. Pero no lo será en vano. Porque quien construya una u otra interpretación lo hará en función de determinadas causas y con el fin de alcanzar determinados objetivos. Estas causas vienen dadas por condiciones necesarias, inevitables, e incluso naturales, porque un autor conocido no se puede negar, y porque un autor desconocido se puede analizar a partir de otros, más o menos abundantes,

⁴ «La primera y no pequeña dificultad consiste en que exige un conocimiento completo de la lengua hebrea. Pero, ¿cómo alcanzarlo? Los antiguos expertos en esta lengua no dejaron a la posteridad nada sobre sus fundamentos y su enseñanza; al menos, nosotros no poseemos nada de ellos: ni diccionario, ni gramática, ni retórica» (Spinoza, 1670/1986: 206).

⁵ «Pues, no hallando en la Escritura ningún otro medio, aparte de estos, no debemos, como ya hemos dicho, inventarlos [...]. Aquí solo nos proponemos investigar los documentos de la Escritura, para extraer de ellos, como si fueran datos naturales, nuestras conclusiones [...]. Dicho en pocas palabras, el método de interpretar la Escritura no es diferente del método de interpretar la naturaleza, sino que concuerda plenamente con él. Pues, así como el método de interpretar la naturaleza consiste primariamente en elaborar una historia de la naturaleza y en extraer de ella, como de datos seguros, las definiciones de las cosas naturales; así también, para interpretar la Escritura es necesario diseñar una historia verídica y deducir de ella, cual de datos y principios ciertos, la mente de los autores de la Escritura como una consecuencia lógica. Todo el que lo haga así (es decir, si para interpretar la Escritura y discutir sobre las cosas en ella contenidas, no admite otros principios ni otros datos, aparte de los extraídos de la misma Escritura y de su historia), procederá siempre sin ningún peligro de equivocarse y podrá discurrir sobre las cosas que superan nuestra capacidad con la misma seguridad que sobre aquellas que conocemos por la luz natural» (Spinoza, 1670/1986: 94-95). Y más adelante: «Nuestro método (fundado en que el conocimiento de la Escritura se saque de ella sola) es el único y el verdadero» (Spinoza, 1670/1986: 206).

materiales literarios disponibles, entre ellos su propia obra literaria, sus realidades y consecuencias filológicas, históricas, políticas, etc., tal como postula Spinoza en el fragmento arriba citado. Y sobre todo, a partir de las ideas objetivadas formalmente en un texto, que no hay que olvidar que son ideas objetivadas formalmente en ese texto *por un su autor*, y no atribuibles al azar, la fortuna o el Espíritu Santo, sino a una causalidad material, lógica y racional, de la que solo podrá dar cuenta una explicación igualmente materialista, racional y lógica. Lo demás será retórica fantástica y teología metafísica, es decir, tropología fraudulenta destinada tanto a convencer con argumentos falsos (sofística) como a disimular la intolerable ignorancia del profesor universitario, que, incapaz de expresarse en términos científicos, disimula su incompetencia profesional bajo el trampantojo de un discurso tan sofisticado como estéril.

Así es como un lector, nunca inocente, se convierte en un intérprete —primero— constructor de sentidos, y en un transductor —después— al difundir e imponer sobre otros lectores sus propias interpretaciones, influyendo, a veces decisivamente, en posteriores procesos de lectura protagonizados por innumerables personas. Por todas estas razones, lo que finalmente de veras importa no es tanto la interpretación en sí —con ser algo decisivo—, cuanto las *razones* que la justifican —al ser algo fundamental *ante lo que han de dar cuenta* lector e intérprete—. Las causas y fines de una interpretación científica han de ser siempre conceptuales, materialistas y lógicas, y nunca psicologistas, metafísicas o ideológicas. El código de la interpretación ha de ser puro M_3 . Quienes pretenden usar la literatura para hablar de ella en términos psicológicos e ideológicos harían bien en abandonar las instituciones universitarias y académicas, cuyo fin es el desarrollo del conocimiento científico. Si la crítica posmoderna ha renunciado a la idea de ciencia y a la idea de verdad, que sus practicantes abandonen las instituciones estatales dedicadas al estudio de la ciencia, y que les den de comer los respectivos gremios y partidos políticos a los que sirven sus intereses psicologistas e ideológicos, y en absoluto científicos. Es un fraude a la humanidad negar el conocimiento científico y simultáneamente cobrar a fin de mes el dinero que paga una institución científica estatal en la que, si estás, estás para trabajar por el desarrollo del conocimiento científico que *estás negando* a estudiantes, investigadores y colegas. Y ahora, si puedes, sigue negando al autor: solo tendrás razones para hacerlo si nunca has escrito nada en tu vida académica.

Diremos, en síntesis, que el descriptivismo lo reduce todo a materia o, en términos empíricos, a *experiencia*. Son descriptivistas todas aquellas teorías de la ciencia que se basan en el empirismo, y que reducen la actividad científica a una mimesis reproductiva del funcionamiento de la realidad. La Ciencia sería la descripción imitativa de un mundo dado apriorísticamente, como modelo que investigar y que descubrir, y ajeno en su originalidad a la intervención y diseño humanos. La Ciencia queda así configurada como un reflejo inteligente de la realidad. El ser humano sería solo un *copista* intelectual de mundo ajeno, en cuya construcción y diseño él no ha intervenido. El papel del científico se reduce tan solo al de un simple agente descriptor. El referente por excelencia del descriptivismo es el Aristóteles autor de la *Poética* —frente al de los *Segundos analíticos*, que actúa como un adecuacionista—, así como el nominalismo empirista de Bacon —frente al modelo de Kepler⁶—. En la misma línea se sitúan, el verificacionismo positivista de Schlick (*teoría de la constatación*) y el Círculo de Viena, al considerar la ciencia como un «inventario exhaustivo de hechos», y el pensamiento de Wittgenstein (*teoría de las funciones lógicas*), al considerar que el depósito de la verdad son las cosas mismas, la materia, los hechos⁷. Según Bueno, incurrirán igualmente en descriptivismo determinadas orientaciones de la psicología, como las de Reid y Hartley, y de la fenomenología de Husserl, al concebir, en consonancia con el modelo de Bacon, la «verdad» como una esencia de las cosas, cuyo conocimiento exige *des-velar* y *des-cubrir* apariencias y coberturas previas.

Con todo, el gran descriptivista del siglo xx fue Martin Heidegger. En su obra *Ser y tiempo* (1927) Heidegger identifica el *Da-sein* o *Ser-ahí* con la esencia de la realidad humana, determinada por su existencia y su finitud. En este *Da-sein* estaría contenida la *alétheia* o verdad oculta de las cosas del mundo, que la filosofía alemana desvelaría mejor que ninguna otra. Identificar la verdad con la *alétheia* es algo que adquiere con el cristianismo un desarrollo explícito, al suponer que la revela-

⁶ El modelo kepleriano de ciencia es de naturaleza teoreticista, más precisamente, según Bueno (1995a), de un *teoreticismo primario*, próximo a concepciones como las de Duhem o Poincaré. La obra de Popper (1934) explicita un *teoreticismo secundario*, basado en el criterio de «lo falsable».

⁷ «El fin de la ciencia es dar un explicación *verdadera* de los hechos» (Schlick, *apud* Bueno, 1995a: 29).

ción de los misterios sagrados puede entenderse como un desvelamiento o descubrimiento de la Verdad Divina, encarnada en el Logos. La *alétheia* que sirve de fundamento al descriptivismo dispone una concepción inmutable y eterna de la materia, de la naturaleza —desde la que se explica la teoría aristotélica de la mimesis como principio generador del arte—, dada al ser humano para su descripción, revelación o reproducción, en términos religiosos, artísticos, científicos, etc. El descriptivismo, en última instancia, tiende a negar toda posibilidad efectiva de formalizar la materia, o de teorizar sobre ella, con fines transformativos, es decir, afirma una ontología inmutable dentro de la cual el ser humano es una suerte de descriptor, contable o incluso títere abocado a la muerte (nihilismo, existencialismo...), de modo que no sería posible cambiar nada en la estructura del mundo. La única «salvación» estaría en el Lenguaje, que se nos presentaría como una suerte de instrumento descriptivista del Ser y de sus fundamentos esenciales, como un revelador de su esencia o *alétheia*. La vida cobraría sentido cuando cada ser humano adquiere consciencia, merced a su existencia, de la esencia del Ser, a través del lenguaje, etc..., camino por el cual la filosofía acaba convertida en una rapsodia de tropos que nos sitúa en los antipodas del Materialismo Filosófico.

El descriptivismo, en suma, reduce la experimentación a una observación, es decir, a un registro de hechos empíricos. Pero experimentar no es simplemente observar: un experimento es una reproducción intencionada y artificial de determinadas causas y condiciones a fin de confirmar determinadas hipótesis. La experimentación exige un constructivismo teórico —una planificación racional de pruebas y verificaciones— que el descriptivismo no se plantea. El descriptivista observa, no experimenta. Su procedimiento científico de referencia es la inducción (dado un caso y un resultado, se infiere una norma). Carnap dedicó su obra *Logical Foundations of Probability* (1950) a la justificación del descriptivismo como teoría de la ciencia.

Sin embargo, como advierte Bueno (1987: 269), «la paradoja del descriptivismo es que no puede prescindir de las teorías para dar cuenta de las ciencias». Pese a ello, los descriptivistas consideran —como Wittgenstein (1921)—, que las teorías son siempre tautológicas, y que los términos y figuras de los axiomas, teoremas o proposiciones, no se refieren al mundo, sino a sí mismos. Se incurre así en lo que Bueno denomina «descriptivismo nominalista», el cual

no es capaz de rendir cuentas de las teorías ni de la práctica científica. Desplaza el contenido científico hacia las tablas empíricas y se ve obligado a interpretar los diagramas y *expresiones funcionales*, cuyo carácter teórico reconocen, como meras *líneas imaginarias* o *procedimientos auxiliares*, artificios aproximativos (mentales) externos a la realidad misma conocida. En esta misma línea, Ernst March reconocía que las leyes y teorías no son más que *abreviaturas lingüísticas*, fruto de la economía del pensamiento, que solo se justifica por el éxito práctico que puedan deparar (Bueno, 1987: 269).

El descriptivismo sostiene una idea de verdad identificada con la *alétheia* o *des-cubrimiento* de la verdad oculta de una realidad esencial, y subraya la dimensión referencial y fenomenológica del espacio gnoseológico, dimensiones del eje semántico —en la terminología del Materialismo Filosófico— en las que se agotarían y disolverían las esencias o estructuras del conocimiento.

1.1.2. Teoreticismo

El teoreticismo es, junto con el descriptivismo, el adecuacionismo y el circularismo, un modo trascendente de conocimiento científico, que se caracteriza, desde el punto de vista de la gnoseología, por interpretar la *forma* al margen de la *materia*, lo cual provoca, según el Materialismo Filosófico como Teoría de la Ciencia (Bueno, 1992), la *falacia teoreticista*, de modo que la forma de una realidad o campo categorial se *estructura* autónomamente, desarrollándose y desplegándose sin tener en cuenta la materia —la realidad corpórea— que ha de justificarla y explicarla operatoriamente.

En el caso de la interpretación de los materiales literarios, son teoreticistas todas las teorías literarias que históricamente han considerado a la obra, texto o mensaje, como término fundamental, a veces incluso único, de la investigación literaria. Es el caso de las denominadas *poéticas formales y funcionales*, las cuales se centraron en las formas literarias —la *literariedad* como referencia esencial de los estudios literarios—, en tanto que formas determinadas por su valor funcional en el texto. Incurren en teoreticismo corrientes y movimientos como la Escuela Morfológica Alemana, el Formalismo Ruso, el *New Criticism*, la Estilística —en todas sus variantes—, así como la totalidad de los Estructur-

turalismos y Neoformalismos. En el ámbito de la teoría de la ciencia, el principal representante del teoreticismo es Karl Popper (1934, 1964, 1972).

En suma, son formalistas todas aquellas teorías de la literatura que se ocupan de los materiales literarios desde una perspectiva exclusiva o predominantemente *formal*, es decir, que conciben —y por lo tanto *manipulan*— los materiales literarios como si solo fueran *formas literarias*. De este modo, la literatura queda reducida a la *interpretación formal de la literatura*. En el mejor de los casos, como se ha dicho, las teorías formalistas de la literatura pretenden el análisis de las formas determinadas por su valor funcional en el texto. En el peor de ellos, se convierten en pura metafísica, al hablar de formas, literarias o no —pues lo literario acaba por desvanecerse a medida que se despliegan los formalismos—, completamente desvinculadas de cualquier tipo de realidad ontológica o materialidad efectivamente existente.

Durante décadas, especialmente a lo largo del siglo XX, e incluso antes, en el XIX, desde el ámbito de la Escuela Morfológica Alemana, las poéticas literarias formalistas consideraron el texto —*su (propio) concepto de texto*— como la base interpretativa más segura. Y lo consideraron al margen de su autor, e incluso, hasta apenas el último tercio del siglo XX, también al margen del lector. En muchísimos casos, siguiendo idealismos kantianos, el texto o la obra de arte literaria resultaban segregados y apartados de su contexto histórico, de su entorno social y de su intertexto literario. Esta práctica se incrementó en el tratamiento de los materiales literarios llevado a cabo por las ideologías posmodernas, en las que culmina una ruptura total de la *symploké* —o relación lógico-material—, inderogable entre los elementos constitutivos de la literatura como realidad ontológica realmente existente. El precio de la autonomía es con frecuencia la esterilidad. ¿Para qué sirven las autonomías si, una vez proclamadas, no pueden hacerse efectivas? La autonomía del texto, desde la que las teorías formalistas pretendían desembocar en la autorreferencialidad, solo ha abierto puertas falsas y generado metáforas fraudulentas.

La objeción fundamental que aquí haré contra las teorías literarias formalistas —contra todas ellas, desde la Escuela Morfológica Alemana hasta el formalismo idealista de un Mijaíl Bajtín (1975) o el formalismo pseudomaterialista de un Siegfried S. Schmidt (1980), pasando por el Formalismo Ruso, la Estilística española, el *New Criticism*, el

estructuralismo francés, o incluso los formalismos funcionalistas al estilo praguense, vienés o kobmendense, y la propia semiótica, reducida desde hace años al formalismo descriptivista más grosero— reside en lo que en términos de Materialismo Filosófico se denomina la *falacia teoreticista* (Bueno, 1992). Todas las teorías literarias formalistas han incurrido, más o menos intensa o explícitamente, en la falacia teoreticista, es decir, han hipostasiado la *forma* de la literatura —la *forma* de los *materiales literarios*— y la han examinado al margen de su conjugación inherente a tales materiales, de los que resulta gnoseológicamente inseparable y ontológicamente indisoluble. Las teorías literarias formalistas han estudiado la literatura como si la forma careciera de materia, como si la literatura fuera conceptualizable formalmente al margen de una realidad material que han podido ignorar durante décadas en la medida en que han sustituido los materiales literarios por una suerte de *teología de la cultura* o *tropología de la escritura*, en cuyas grafías han querido ver interpretados diversos problemas morales, sociales, históricos o simplemente fenomenológicos. El concepto de texto que manejaron las poéticas formales, al ser esencial o predominantemente formalista, acaba por segregarse por entero de su fundamento material, es decir, pierde sus puntos de apoyo o de contacto en la realidad de los materiales literarios, de modo que el texto, si comienza siendo una realidad nuclear de referencia —la obra literaria filológicamente conservada o existente—, acaba convirtiéndose en un pre-texto ideológico y teológico en el que cabe absolutamente de todo —la *escritura*—, porque en ella nada existe de forma material u ontológicamente definida.

Como es bien sabido, una de las ansias fundamentales de las poéticas modernas ha consistido en introducir en los estudios teóricos sobre el lenguaje y la literatura, sobre todo desde comienzos de la década de 1960, importantes reflexiones acerca del concepto de texto, aduciendo un grueso arsenal de definiciones que, al lado de las clásicas o tradicionales —referidas al texto casi exclusivamente como signo lingüístico estático (Saussure, 1916) o dinámico (Hjelmslev, 1943)—, subrayan en ese *textus linguae* o tejido lingüístico criterios tan sobados hoy día como los de comunicación (el texto como unidad y actividad comunicativa), pragmática (el texto como resultado de un proceso de semiosis por el que el hablante se muestra intencionalmente ante uno o varios interlocutores), o coherencia textual (el texto como sucesión de oracio-

nes cuya estructura se somete a la existencia de reglas sintácticas y gramaticales propias del conjunto textual)⁸.

De este modo, progresivamente, y con frecuencia de forma cada vez más irreflexiva, las diferentes corrientes formalistas han ido ampliando el radio conceptual de lo que entendían por *texto*, de modo tal que han acabado por desembocar en una noción de texto ilimitada, infinita e indefinida, es decir, han naufragado en el mar de una *teología de la escritura*. Al tomar la palabra *texto* en su sentido más amplio, de tal modo que con ella es posible designar un enunciado cualquiera, hablado o escrito, largo o breve, antiguo o moderno, han dotado al texto de propiedades inconmensurables, trascendentes e indiscriminadas. Es decir, lo han hipostasiado. Han otorgado al texto las cualidades de un dios: infinito en sus partes, ilimitado en sus formas, indefinido en su materialidad. Algo así como una cosa insípida, incolora e inodora. Al hipostasiar las formas literarias frente a los materiales literarios, y romper de este modo la conjugación inherente a ellos, con toda la *symploké* que los une y relaciona desde criterios materiales y lógicos, las teorías literarias formalistas se convierten en teologías del discurso o, como algunas de ellas prefieren decir, de la *escritura*. Estamos, pues, ante una suerte de panteísmo formalista. Todo es texto. Si alguien percibe o interpreta *algo* al margen de la mera textualidad, como una realidad superior o irreductible al *texto*, incurrirá en una «mala lectura», y deberá acudir a Derrida para ser consciente de ello y aprender de este modo a *textualizar* correctamente lo que ve.

Así, por ejemplo, y sin ningún pudor, Barthes (1980: 370) ha definido el texto como aquel objeto «sometido a la inspección distante de un sujeto sabio». De acuerdo con su definición, todo lo que un sabio pueda inspeccionar quedará convertido *ipso facto* en texto, de

⁸ Vid., solo durante el último cuarto del siglo XX, números monográficos de revistas como los siguientes (nótese que todos desarrollan, con variantes más o menos locales y temporales, el mismo tema): *Intertextualités*, en L. Jenny (ed.), *Poétique*, 27 (1976); *Théories du texte*, en *Poétique*, 38 (1979); *Text and Discourse*, en *Poetics Today*, 3, 4 (1982); *Discourse Analysis*, en *Poetics Today*, 6, 4 (1985); *Paratextes*, en *Poétique*, 69 (1987); *Les types de textes*, en *Pratiques*, 56 (1987); *La construction du texte*, en *Poétique*, 70 (1987); *Les discours en perspective*, en J. Geninasca (ed.), *Nouveaux Actes Sémiotiques*, 10, 11 (1990); *Le monde textuel*, en Maria Pia Potazzo (ed.), *Nouveaux Actes Sémiotiques*, 18 (1991).

modo semejante a como el rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba. M. Bajtín (1976/1977: 197) estima, a su vez, que «donde no hay texto, no hay tampoco objeto de investigación ni de pensamiento». Bien. De acuerdo con Bajtín, los oncólogos del cáncer hepático deberían dejar de estudiar las citologías de hígados enfermos para dedicarse exclusivamente a la lectura de textos, a ser posible —suponemos— de Medicina. Igualmente, los historiadores del arte, especialmente mesopotámico o egipcio, por ejemplo, deberían aprender su ciencia en las bibliotecas de sus centros universitarios, y abstenerse de realizar cualquier tipo de excavaciones o pesquisas en Oriente Medio o el actual Irak, a menos que su actividad arqueológica se reduzca a la búsqueda de tablillas o litografías, es decir, de textos arcillosos o pétreos. I. Lotman (1979: 89 ss), por su parte, habla de «conjunto sgnico coherente» y de «comunicación registrada en un determinado sistema sgnico». Prueba de lo superlativamente metafísicas que son las afirmaciones de Lotman es que, según sus palabras, y de acuerdo con su semiótica de la cultura, un extraterrestre sería un texto perfecto. Lástima que tal perfección y coherencia sgnica solo puedan darse —hoy en día— en una mente capaz de contemplar e interpretar fenómenos paranormales⁹.

⁹ El caso del tan celebrado Iuri Lotman es sorprendente, dadas las altísimas cotas de idealismo y de metafísica que alcanzan los conceptos y referentes que maneja, y sobre los que trata de fundamentar sus teorías de la comunicación y la literatura. Como se sabe, la cultura es para Lotman una jerarquía de códigos, en cuyo centro se haya el código más fuerte: el lingüístico. Lotman incurre así en un formalismo metafísico: todo es cultura, la cultura es código y la Lingüística es la abeja reina de los códigos. Así, la semiótica de la cultura será la ciencia de la correlación funcional de los diversos códigos o sistemas sgnicos. Hay que estudiar las actitudes de las diversas culturas —¡como si fueran armónicas, unívocas o unipersonales!— hacia los diferentes sistemas significantes de cada una de ellas y de aquellas con las que entran en relación. La cultura, convertida ya para Lotman en una noción absolutamente hipostasiada y teológica, sería el ámbito de la organización (o información) frente a la desorganización (o entropía). ¡Cuánto han gustado los estructuralistas de simetrías simplistas, ideales y mistificadoras! Los textos constituirían el escenario en el que se objetiva la «organización» de una cultura, que sería una especie de «memoria colectiva» (se olvida que toda memoria o es individual o no es), suma de textos y mecanismo generador de ellos. Los textos ofrecerán modelos de mundos —de mundos posibles, naturalmente, y por lo tanto inexistentes—. Los textos, construidos en función de una jerarquía de códigos y sistemas sgnicos, definibles como reglas, y cuya valoración y jerarquía cambia con la historia, se transformarán en cada transmisión, cuales Pro-

Otros autores, como W. Dressler (1973: 9), introducen, ingenuamente, ciertas limitaciones en la noción de texto, al definirlo como «enunciado lingüístico concluso» o formación semiótica singular, cerrada en sí, dotada de un significado y una función íntegra no descomponible, como si la metafísica pudiera parcelarse en limbos acotados, o, dicho en palabras más comunes, como si fuera posible arar en el mar.

Cesare Segre (1985: 368) no ha tenido recelos por su parte en definir metafóricamente el texto como el tejido lingüístico de un discurso: «Cuando se habla del texto en una obra, se indica el tejido lingüístico del discurso que la constituye; si por el contrario se alude al contenido, obra y texto son casi sinónimos». Difícilmente encontraremos definición de texto más pleonástica, indiscriminada y viciosa que esta, al considerar que el texto es el tejido lingüístico del discurso. Es lo mismo que afirmar que el cuerpo humano es aquello de lo que está hecho el cuerpo humano. Si un cirujano cardiólogo actuara en una operación de corazón tan indiscriminadamente como lo hace Segre a la hora de definir lo que es un texto, no tendría ninguna necesidad de distinguir la aurícula del ventrículo ni la válvula mitral de la válvula tricúspide, ya que todo sería «tejido cordial». Sin duda, la etimología revela que la palabra *textus* se impone en el latín tardío como un uso figurado del participio pasado de *texere* (Quintiliano, *Institutio Oratoria*, IX, 4, 13). Y a partir de esta metáfora o relación de semejanza etimologista, que ve en la totalidad lingüística del discurso un «tejido», desde el cual es posible la interconexión de las diversas partes que constituyen una creación verbal, el término texto comienza paulatinamente a codificarse con el sentido que los más variados formalismos le atribuyen en la mayoría de las lenguas modernas: *texto*, *texte*, *text*, *testo*,

teos de la filología y de la ecdótica modernas. Lástima, para Lotman, que la realidad no sea exclusivamente textual y formal, sino crudamente material, plural e incommensurable, es decir, no se puede codificar en un texto, porque la realidad siempre rebasará las formas ideales de cualquier código; no se puede armonizar pacíficamente en un sistema, porque la realidad está constituida de elementos conflictivos e incompatibles entre sí; y no se puede acotar formalmente en ningún campo clausurable, porque la materia está hecha de *partes extra partes* cuyo límite lo determina la interpretación categorial de las ciencias (Mundo Interpretado, M_i), las cuales marcan la frontera respecto a lo desconocido e ignoto a la razón humana, esto es, el mundo no interpretado (M), cuya ontología nos es inasequible, y por ello imposible de formalizar desde ningún código.

Text... No cabe, pues, dudar de los excelentes conocimientos filológicos de Segre¹⁰.

Autores como E. Bernárdez, tras examinar algunas de las más representativas nociones de *texto* proporcionadas por la lingüística textual, han intentado definir este concepto apoyándose en las diferentes características enunciadas por las escuelas que, a lo largo de los últimos treinta años, se han ocupado de las propiedades y limitaciones teóricas del término: ««Texto» —escribe Bernárdez (1982: 85)— es la unidad lingüística comunicativa fundamental, producto de la actividad verbal humana, que posee siempre carácter social; está caracterizado por su cierre semántico y comunicativo, así como por su coherencia profunda y superficial, debida a la intención (comunicativa) del hablante de crear un texto íntegro, y a su estructuración, mediante dos conjuntos de reglas: las propias del nivel textual y las del sistema de la lengua». Se trata de una de las definiciones más dignas que pueden leerse al respec-

¹⁰ Cesare Segre, en su «Crítica y textualidad» (1998), elabora una pretenciosa reflexión sobre la legitimidad del texto como depositario primordial del hecho literario. Desde un idealismo constructivista muy suyo, Segre constata la «pulverización» a la que ha llegado en la actualidad el estudio de la teoría de la literatura, a través de la diseminación de conceptos, lenguajes y formas de conocimiento. La negación de la verdad literaria (Derrida), que suele ir acompañada con frecuencia de la idea de disolución del texto (literario, estándar, culturalista, sociológico, etc...) y sus valores referenciales, no contribuye de la forma más eficaz al progreso del conocimiento humano: «Sería legítimo concluir en que el hombre de hoy, habiendo renegado de padres y maestros, de credos e ideologías, se debate en un mundo en el que una noticia tiene el mismo valor que otra, en el que, ignorando cualquier juicio moral, todo es igual a todo, no existe verdad sino opinión, con igual disposición para el debate científico que para cualquier polémica desnortada» (Segre, 1998/2002: 160). Sus palabras resuenan sin duda con un tono de fuerte constructivismo, en un momento en el que la teoría literaria se encuentra en verdad debilitada precisamente por la realidad misma a la que se refiere: el texto literario. La relatividad y la incertidumbre, cuando no la aberración interpretativa, determinan en nuestro tiempo los accesos al texto, y a sus posibilidades de significado trascendente. El pensamiento de Segre se orienta con claridad, desde una perspectiva semiológica, hacia la reconstrucción del texto como fuente originaria esencial, lugar privilegiado en el que se objetiva la literatura, el «mismo dato», según sus propias palabras, que genera para todos nosotros, los lectores, una diversidad de significados posibles: «El texto —advierte el autor regalándonos lo mejor de su psicologismo— es todo nuestro bien. Ninguna de nuestras ideas, por muy brillante o sugestiva que resulte, puede ser más valiosa o significativa que la grandeza del texto» (Segre, 1998/2002: 171).

to, aunque no deja de ser una concepción formalista, es decir, ignora la materia de la que brota la forma del texto, a la cual se limita. El texto, para ser texto, ha de tener un sentido materialmente objetivado y formalmente objetivable —de otro modo será una mera grafía absurdamente decorativa—. Una concepción exclusivamente formalista del texto acabará siempre por ignorar las ideas materialmente objetivadas en ese texto, es decir, analizará el texto en su M_1 , pero no en su M_3 , e incurrirá de este modo en un formalismo primogénico, esto es, en el análisis de la forma aislada de sus referentes materiales y, por lo tanto, de las Ideas formalizadas materialmente en los contenidos de sus grafías. Porque si el autor —como he indicado en *Los materiales literarios* (2007b)— no es solamente el autor de la forma literaria, sino también, y muy principalmente, el *artífice* de Ideas objetivadas en la literatura, el texto no es exclusivamente el depositario de formas literarias, sino de las *Ideas objetivadas materialmente en tales formas*. Por esta razón, el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura considera el *texto* como un material en el que se objetivan formalmente Ideas que pueden analizarse en términos conceptuales, categoriales y lógicos. Dicho de otro modo, el *texto literario* será, pues, aquella realidad material en la que se objetivan formalmente las Ideas de la Literatura. De esta forma se supera la reducción formalista y se evita la falacia teoreticista.

Otros autores han empleado con toda naturalidad el término *discurso* como sinónimo de *texto* (Dubois, 1973: 200-201; Greimas y Courtés, 1979/1982: 126-130; Lázaro, 1986: 147), como si la expansión de la sinonimia entre conceptos científicos contribuyera a su clarificación, cuando en realidad solo sirve a la indiscriminación y confusión. Así, por ejemplo, para T. A. van Dijk (1977) «texto» es un concepto abstracto (texto émico) que se manifiesta o realiza en «discursos» concretos (texto ético). Bernárdez, a quien caracteriza un rigor del que otros carecen, considera que, actualmente, el término discurso suele utilizarse para designar una sucesión coherente de sintagmas oracionales, mientras que el concepto de enunciado parece vincularse al producto de la actividad verbal. La noción de texto, en suma, parece integrar, según este autor, ambos significados (Bernárdez, 1982: 88). Paralelamente, desde la pragmática textual se ha tratado de identificar en el discurso literario determinadas propiedades del texto que permiten reconocer en él un proceso comunicativo. De este modo, se ha propuesto un acercamiento al discurso literario como unidad de inte-

racción verbal, en la que es posible identificar una diversidad de estructuras comunicativas, subyacentes en la inmanencia del texto artístico, y que, bien desde la lingüística textual (Albaladejo, 1982, 1984), bien desde la heterología bajtiniana (Todorov, 1981: 173-176), sería posible considerar¹¹.

Por todas estas razones es posible impugnar los fundamentos de las teorías formalistas de la literatura, al advertir que todas ellas, sin excepción, incurren en la falacia teoreticista: la hipóstasis de la forma frente a la realidad ontológica de una materia indisociable de ella. La literatura es superior e irreducible a la forma, pero no lo será solamente, ni siquiera esencialmente, por las razones que han aducido los posestructuralismos, tales como la crisis de la literariedad u otros conceptos de naturaleza también formalista¹²: lo será sobre todo porque la literatura es inconcebible al margen de M_3 , es decir, al margen de un sistema de materialidades lógicas o terciogenéricas que los formalismos ignoraron o simplemente se negaron a interpretar, y que los movimientos posestructuralistas y posmodernos son ya definitivamente incapaces de hacer legibles a la mente de sus seguidores, ya que carecen metodológicamen-

¹¹ El modelo de lingüística textual elaborado por J. S. Petöfi en 1971, que ha experimentado evoluciones sorprendentes desde su diseño inicial —TeSWeST estándar— hasta las fórmulas alcanzadas en sus últimas exposiciones —TeSWeST ampliada II— (Petöfi / García Berrio, 1979; Albaladejo, 1982, 1984), es bien conocido, junto a los modelos de estructura textual propuestos por Dijk (1972, 1977), H. Isenberg (1977, 1978) y la gramática sistémico-funcional, desarrollada principalmente por Halliday (1978) y otros lingüistas británicos a partir de las ideas de Firth. Tales modelos se atribuyen la capacidad de llevar a cabo una construcción teórica que dice poder reproducir el sistema subyacente a la realidad de la comunicación lingüística, de la que forman parte tanto los usuarios del lenguaje como los mecanismos lingüísticos de que estos se sirven en sus procesos de interacción verbal. El Materialismo Filosófico, por su parte, solo puede considerar a este tipo de teorías, básicamente especulativas, como formalismo terciogenérico, es decir, como un formalismo que reduce la literatura a un conjunto de conceptos sistemáticos que han perdido completamente de vista la realidad de los materiales literarios de los que parten, y a los que sustituyen por un M_3 carente de M_1 , esto es, formulan una teoría que carece de puntos de apoyo en la realidad. Su ejemplo más digestivo es el que se refiere a los mundos posibles, y nunca existentes en ningún mundo real. Metafísica pura.

¹² La crítica a la literariedad que conllevan algunas afirmaciones posestructuralistas no es una negación de la literariedad, sino un tipo de ella: la literariedad negativa de la escritura.

te de recursos adecuados para examinarlos y comprenderlos. Como he indicado en el capítulo 2 de *Los materiales literarios* (2007b), la literatura es ontológicamente un discurso de formas sensibles (M_1), de experiencias psicológicas (M_2) y de conceptos lógicos (M_3), es decir, de palabras, de fenómenos y de ideas. La literatura no es, pues, una sola cuestión de palabras, ni de inquietudes animistas o ideológicas: es, singularmente, una cuestión de Conceptos y de Ideas. Si las Ideas de la Literatura permanecen ilegibles para una teoría literaria es porque a los seguidores de tal teoría no les interesa la Literatura ni como Idea que criticar racionalmente ni como Concepto que analizar científicamente. Que se dediquen, pues, a otra cosa, como a la Teología, por ejemplo, cuyo objeto de conocimiento no existe, y cuyas posibilidades de racionalismo son completamente idealistas, desde el momento en que nada hay que verificar en la realidad de este mundo, sino en un «más allá» inasequible. A Dios podemos atribuirle lo que queramos. Nunca vendrá a desmentirnos.

Con todo, conviene detallar aún más en qué consiste exactamente la falacia teoreticista y cómo incurren gnoseológicamente en ella las teorías formalistas de la literatura.

El Materialismo Filosófico designa con el término de *teoreticismo* toda teoría de la ciencia que considera que la verdad científica está en el proceso *formal* de construcción de conceptos, teorías o enunciados sistemáticos (Bueno, 1992).

Desde la gnoseología teoreticista, la idea de verdad científica es algo muy diferente a lo que significa la verdad científica en términos descriptivistas (falacia en la que, como se ha visto, incurren la mayor parte de las teorías literarias que se han articulado en torno a la interpretación del autor). El teoreticismo no considera verdaderas las verdades admitidas por el descriptivismo, sino que caracteriza la verdad científica por su aproximación a la idea lógica y formal de *coherencia* de las construcciones teóricas, de acuerdo con procesos deductivos en virtud de los cuales la ciencia se construye como una serie de proposiciones derivadas de principios. Como ha explicado Bueno, el teoreticismo resulta ser, en suma, una suerte de deductivismo, que reduce las ciencias a sistemas y teorías hipotéticos y deductivos. Como teoría gnoseológica, el teoreticismo se manifiesta como tal desde el momento en que un *postulado* se manipula como si fuera un *axioma*, es decir, siempre que una figura didáctica o pedagógica se esgrime como una

figura gnoseológica o filosófica, de modo que sobre una *convención*, cuya verdad está pendiente de explicación y justificación, se construye una *teoría*, cuya verdad indemostrada se da por supuesta¹³.

Frente al esquematismo ahistórico del inductivismo neopositivista, el teoreticismo ha conocido etapas históricas que han potenciado mucho su desarrollo (Bueno, 1992). Así, por ejemplo, el peso creciente de las construcciones matemáticas y formales que impulsaban el desarrollo de las ciencias durante las primeras décadas del siglo XX resultó especialmente relevante en las teorías neokantianas, canto del cisne del último idealismo alemán (Rickert, Cassirer, Ortega incluso), atentas a los componentes históricos y culturales implicados en los grandes sistemas científicos.

A su vez, Bueno ha explicado cómo el teoreticismo renuncia a apelar a la verdad material en el sentido descriptivista. Precisamente por esta razón un objetivo fundamental del teoreticismo será el de dar cuenta del significado de la *materia* ante su idea de verdad científica,

¹³ Karl Popper ha sido, en este sentido, todo un retórico de la deducción. Toda su obra epistemológica se basa precisamente en un confusionismo sistemático entre axiomas y postulados. De cualquier modo, el teoreticismo está ya diseñado en los *Segundos analíticos* de Aristóteles, que dan cuenta de una idea de ciencia como silogismo *sui generis*, dado siempre en el curso de un proceso deductivo. Léase a Bueno (1992), cuya argumentación reproduzco aquí. Desde la perspectiva buenista del Materialismo Filosófico, puede decirse que las fuentes del teoreticismo como teoría gnoseológica están ya objetivadas en la Geometría pre-euclidiana de Teudio de Megara, pues no cabe aceptar la existencia de una teoría de la ciencia anterior a toda ciencia, es decir, anterior al *factum* de la ciencia. La Matemática, y concretamente la Geometría, es la ciencia que Aristóteles habría tenido ante sí a la hora de establecer en sus *Segundos analíticos* las características del conocimiento científico. Incluso podría aventurarse que el manual que Aristóteles tuvo presente fueron los *Elementos* de Teudio de Megara, precursor de los *Elementos* que un siglo después escribe Euclides. Aristóteles busca las características del conocimiento científico en su estructura racional, en el sentido preciso que se expone en las primeras líneas de los *Segundos analíticos*: «Todo conocimiento racional, sea enseñado, sea adquirido, deriva siempre de conocimientos anteriores». Al margen de la influencia platónica de esta tesis, expuesta en la anamnesis del *Menón*, resulta evidente la diferencia entre un conocimiento cierto, que puede resultar muy atractivo, pero que nada vale, y un conocimiento o saber basado en fundamentos o causas primeras. Todo conocimiento racional deriva, pues, de conocimientos anteriores, es decir, de las premisas o de los principios. La caracterización del conocimiento científico que está llevando a cabo Aristóteles es estrictamente lógica, más que epistemológica o psicológica.

es decir, más allá de su limitada interpretación formalista de la verdad como coherencia. Este fue un problema que, pese a todos los intentos, el teoreticismo no pudo resolver. En efecto, lo intentó, entre otras alternativas, mediante acercamientos *positivos* a la materia, como «teoreticismo verificacionista», que, reconociendo la necesidad de un contacto positivo o efectivo con la materia, pudiera reducirlo al mínimo.

Con todo, el teoreticismo de Karl Popper (1934) se impuso como alternativa no solo frente al descriptivismo positivista, sino también frente al teoreticismo positivista neokantiano. Popper desarrolla el único camino lógicamente posible para el teoreticismo, el de un contacto *negativo* con la materia, un procedimiento que han seguido de forma creciente las poéticas formales y funcionales en la investigación literaria. La distancia entre forma y materia será, para el teoreticismo popperiano, de *grado cero*. Estamos cada vez más cerca del último Barthes. Es la misma distancia que separará en la obra final de este posestructuralista francés los conceptos de *literatura* y *escritura*, que el Materialismo Filosófico discrimina rigurosamente. No trata el teoreticismo de anular esta distancia, sino de neutralizarla, de modo que pueda aceptarse como axioma este postulado: «Las teorías científicas no son nunca verificables empíricamente». Postulado que conlleva la siguiente implicatura: «Porque las teorías científicas no se pueden verificar de forma empírica, será necesario contrastarlas o testificarlas solo *formalmente*». De modo inevitable, un *contraste* «de esta naturaleza» no nos conducirá nunca a comparar o confrontar una forma (teoría) con una materia (empíria), sino una teoría con otras teorías, alternativas o compatibles. He aquí el postulado retórico nietzscheano según el cual no hay hechos, sino solo interpretaciones. Declaración absurda donde las haya, pues no cabe hablar de interpretación posible al margen de hechos consumados. Quien dice situarse solo en el terreno de las interpretaciones solo nos asegura una cosa: que desconoce los hechos. Y que ignora el mundo en que vive. La ciencia se reduce de este modo a un sistema de enunciados, un conjunto de proposiciones, un discurso de múltiples conjeturas y refutaciones. Una retórica del silogismo y de la deducción infinita. He aquí la epistemología de Karl Popper. Ante la imposibilidad de justificar cualquier resultado de la investigación científica, mero discurso de proposiciones, la meta no será el conocimiento gnoseológico, sino simplemente el tránsito por caminos que, desviados de este conocimiento, conducen la lógica de la investigación científica hacia la Psicología, la

Sociología, la Historia o la Retórica. Un descubrimiento lo es siempre en función de su justificación posterior. He aquí el concepto formalista de texto: una escritura sin fin en sí misma y formalmente insignificante. Una vez más estamos ante la idea de la circunferencia de radio infinito¹⁴. Cada época encuentra sin falta un geómetra dispuesto a convencernos de que puede trazarla.

La idea teoreticista de ciencia, tan ligada a la escuela del filósofo Karl Popper, ha estado en la base de todas las teorías literarias de corte formalista. Este teoreticismo ha subrayado la primacía de la forma sobre la materia en su definición de ciencia y de conocimiento científico, intensificando el componente teórico constructivo y operativo que se da *de facto* en la investigación científica. Semejante teoreticismo ha considerado los contenidos de la ciencia literaria como algo esencialmente vinculado a las estructuras operatorias sintácticas, lingüísticas y lógico-formales, a las cuales no buscó resolución en el campo de los «datos» empíricos y materiales. El conocimiento científico no procede, según Popper, por inducción, sino por operaciones hipotético-deductivas, formuladas para dar cuenta y razón de los fenómenos materiales. Sin embargo, el punto débil del teoreticismo residió precisamente en la conexión entre la *ciencia*, que concibe como mundo autónomo y creador («ámbito de la forma vivificadora»), y la *realidad*, el mundo de los hechos («que concibe como un mundo inerte o de materia inerte ante las formas vivas de la ciencia») (Bueno, 1992). Un nexo negativo une las teorías a los hechos. La teoría se desarrolla en virtud de su propia fuerza y coherencia interna, y cuando alguna de sus proposiciones no se ajusta o adapta al plano de los hechos, resulta desmentida, refutada, falsada, hasta que se adapte. No deja de ser irónico, para el teoreticismo, que las matemáticas, ciencias exactas por excelencia, no puedan nunca ser desmentidas por los hechos, habida cuenta de su naturaleza formal y abstracta. Así es como Popper puede llegar a concebir la naturaleza como algo eterno (ucrónico) y sin lugar de reposo (utópico). Sin embargo, frente a Popper y su concepción teoreticista de la razón y la ciencia abstractas, utópicas y ucrónicas, que sobrevuelan la materia y la informan desde el exterior, sin tocarla, cabe advertir

¹⁴ Es una evidencia geométrica afirmar que en un cuerpo esférico de radio infinito el centro estaría en todas las partes y su circunferencia en ninguna.

que la racionalidad efectiva humana es propia de sujetos corpóreos individuales y operatorios, esto es, que operan e interactúan, manipulando directamente la materia, en el medio exterior, circundante y envolvente. La racionalidad tecnológica, científica y filosófica, no puede pensarse sin el lenguaje, pero esta misma racionalidad no puede reducirse exclusivamente al lenguaje. Tan racional es el sistema métrico de numeración decimal como el uso humano de la pentadactilia para manipular objetos corpóreos y tangibles. El concepto de racionalidad está vinculado al concepto del comportamiento individual independiente, es decir, al sujeto humano corpóreo y operatorio. Sin seres humanos concretos, no hay literatura, y sin materia en que objetivar formalmente las palabras, ni esas palabras pueden existir como tales, ni hay modo posible de leer e interpretar la literatura como lo que efectivamente es, una materia analizable formalmente mediante ideas (ontología) y mediante conceptos (gnoseología). La tesis última del teoreticismo es que si la teoría —la *forma*— falla, la culpa la tiene la realidad —la *materia*—. La suerte está echada para la estética de la recepción, que no tardará en afirmar que el lector implícito, como lector ideal —que no existe (uno y otro son irreales e imposibles)—, es quien mejor «lee» y «comprende» una obra literaria. Los fantasmas comienzan a apoderarse de la Teoría de la Literatura. Ha llegado la posmodernidad.

Diremos, en síntesis, que para el teoreticismo, no hay hechos puros. Sin teorías, no hay hechos puros. El teoreticista interpreta la realidad —más precisamente, la *materia* del mundo— desde una configuración absolutamente formalista o teórica. Spinoza y Leibniz, artífices en el siglo XVII de fuertes sistemas de pensamiento racionalista, configuraron de forma sistemática modelos teoreticistas de extraordinaria calidad interpretativa.

El teoreticismo identifica la verdad con la *coherencia* o estructura formal de las cosas (objetos, textos, poemas, construcciones, cuerpos, sociedades humanas...) De este modo, un juicio es verdadero solo si su contenido está confirmado sistemáticamente —geoméricamente, diríamos— por el resto de figuras gnoseológicas insertas en el sistema racionalista y formalista del que ese juicio ha de formar parte. He aquí el concepto de Verdad como coherencia, estructura o geometría. El teoreticismo es constructivista: sitúa el centro de gravedad de sus aportaciones en la construcción de estructuras y teorías científicas, clara-

mente atentas a los términos, relaciones y operaciones dados en el eje sintáctico del espacio gnoseológico. No por casualidad el teoreticismo está en la base de las teorías literarias formalistas y funcionalistas que tanto desarrollo alcanzaron a lo largo del siglo xx. Precisamente por eso Popper (1934, 1964, 1972) es la figura más representativa del teoreticismo como teoría de la ciencia.

El idealismo teoreticista de Popper le lleva a plantear, en primer lugar, una teoría completamente irreal acerca de los tres mundos (físico, psicológico y lógico), presente en cierto modo en todos los momentos de la Historia de la Filosofía, y en su caso muy próxima a la concepción de los tres mundos de Simmel (1910), desconectados e independientes entre sí¹⁵, y, en segundo lugar, una epistemología sin sujeto cognoscente, es decir, una «teoría del conocimiento» absolutamente idealista¹⁶. El idealismo alemán late con fuerza en la teoría de la ciencia propuesta por Popper.

El contexto general de la teoría de la ciencia de Popper, pese a sus concomitancias temáticas y referenciales con «sus amigos los positivistas» (de Viena) es la filosofía de la *cultura alemana* (Dilthey, Hartmann, Cassirer, Simmel), que se eleva a la consideración del *Espíritu Objetivo*, históricamente desarrollado, y que Popper expone ampliamente en su concepción del *Tercer Mundo*. Una ciencia no es un conjunto de datos verificados, sino una figura del tercer mundo, cuyos contenidos, en principio proceden del interno desarrollo de un organismo con vida

¹⁵ Al contrario de lo que plantea la Ontología del Materialismo Filosófico, al distinguir en el espacio ontológico tres géneros de materialidad —no tres mundos independientes entre sí—, que, como es bien sabido, identifican la materia física o primogénica (M_1), la materia psicológica o segundogénica (M_2) y la materia lógica o terciogénica (M_3). Estos tres géneros de materia ontológica especial (M_i) mantienen entre sí una relación que responde al modelo de una ontología dialéctica, basada en el principio platónico de *symploké* (*Sofista*, 251e, 255a, 259c-e, 260b), de modo que unas realidades están relacionadas con otras, pero ninguna permanece aislada de todas (ontología univocista: nada está relacionada con nada), ni ninguna está conectada a la vez con todas (ontología equivocista: todo está relacionado con todo).

¹⁶ Sobre lo absurdo de la expresión «teoría del conocimiento», la cual requiere siempre un genitivo categorial, pues el conocimiento lo es siempre *de algo*, y en particular en el conocimiento científico lo es siempre de una categoría de lo real, *vid.* Bueno (2012).

propia, en cuya composición inicial entra el lenguaje metafísico e incluso los mitos (Bueno, 1987: 270).

El descriptivismo sostiene una idea de verdad identificada con la *alétheia* o des-cubrimiento, y subraya la dimensión referencial y fenomenológica del espacio gnoseológico, dimensiones del eje semántico en las que se agotarían y disolverían las esencias o estructuras del conocimiento. Su procedimiento científico de referencia es la deducción (dado un caso y una norma, se deduce un resultado). Pero si algo falla, la culpa no la tiene la teoría, cuya expresión límite el teoreticismo presupondrá irrefutable, sino la realidad. Y aquí reside su mayor idealismo, en la pérdida de visión de la realidad. El teoreticismo se distancia cada vez más de la realidad, hasta que la pierde de vista por completo. Por eso no ha de sorprender en absoluto que la totalidad de las teorías literarias formalistas del siglo XX, incluyendo en ellas desde la *Rezeptionsästhetik* abierta por Jauss hasta la teoría de los polisistemas de Even-Zohar, hayan desembocado en el área de una circunferencia de radio infinito, es decir, en nihilismo materialista de la posmodernidad, donde todo es texto, todo es forma, todo es lenguaje, todo es teoría ajena a la realidad del mundo. La ontología de la «teoría literaria» posmoderna se refiere a formas incorpóreas: habla de cosas que no existen en ninguna parte. Su teoreticismo abarca un radio infinito. Los antecedentes más inmediatos de esta tendencia se encuentran en el positivismo lógico, como se ha dicho, desde el que se plantea, sin reservas, resolver los problemas científicos reduciéndolos a problemas lingüísticos. De este modo, el positivismo lógico convierte la Ciencia en un Lenguaje.

El teoreticismo conduce además a potenciar los contextos de descubrimiento frente a los contextos de justificación, de modo que la fuerza de las interpretaciones científicas se orientan hacia hechos psicológicos y sociológicos, antes que a explicar la estructuración y desarrollo de los hallazgos científicos¹⁷. Desde esta perspectiva, previamen-

¹⁷ Huerga Melcón (2006: 14) lo ha expresado con mucha claridad en su interpretación de la Teoría del Cierre Categorical de Bueno, al insistir en que los contextos de descubrimiento examinan «la función de la historia», es decir, de la génesis histórica, en la construcción de las ciencias, esto es, en la construcción y desarrollo de las estructuras científicas. De este modo, el descriptivismo reduce la génesis de las ciencias a su estructura (segrega la Historia de la Ciencia de la estructura de la ciencia). El

te aseada por Popper (1934), Kuhn (1962) pudo establecer su teoría de las «revoluciones científicas», y plantear el desarrollo de las ciencias como una suerte de escalera con descansillos —en lugar del peldaños—, donde tendrían cabida discontinuas sacudidas, o paradigmáticos momentos genéticos, en los que las ciencias se objetivarían como una sucesión contextual de estadios históricos. De este modo, la *forma* de las ciencias quedaría fecundada por los contextos de descubrimiento, es decir, por las circunstancias históricas, lingüísticas, sociales, culturales, ideológicas, psicológicas, etc. Es el momento en el que Gadamer escribe *Verdad y método* (1960), para afirmar la indisolubilidad —en realidad una auténtica *con-fusión*— entre lenguaje, historia y hermenéutica. Son los coletazos del idealismo alemán decimonónico en la plenitud agotada del siglo xx. El teoreticismo engendra concepciones científicas como organismos autónomos, cuyo desarrollo y desenvolvimiento se produce con independencia de la realidad, e incluso de espaldas a ella. El teoreticismo es la teoría de la ciencia llevada a cabo por los idealistas. Es una teoría en busca de una realidad, es decir, en busca de un «mundo posible». De este modo, el teoreticismo se dispone a sí mismo de tal forma que «invita» —o «desafía»— a la realidad a desmentir a la ciencia.

1.1.3. Adecuacionismo

El adecuacionismo es, junto con el descriptivismo, el teoreticismo y el circularismo, un modo trascendente de conocimiento científico,

teoreticismo, por el contrario, reduce la estructura de las ciencias a su génesis, es decir, reduce los sistemas científicos a configuraciones culturales, y acaba por eclipsar todo intento de delimitación científica rigurosa, de modo que finalmente no se sabe lo que es una ciencia y lo que no lo es. «El historicismo sociologista de Kuhn —advierte Huerga— sería un resultado del teoreticismo puro, así como el «anarquismo» de Feyerabend». El marxismo se aleja de teoreticismo, y del proposicionalismo científico, cuando considera que la «verdad de las ciencias se cifra en su eficacia práctica, tecnológica, productiva». Finalmente, «el adecuacionismo supondrá la hipóstasis de la génesis y la estructura como dos entidades separadas y la historia se convertirá en el estudio de la adecuación de la historia a la estructura de la ciencia» (Huerga Melcón, 2006: 14). Solo desde el circularismo propuesto por Bueno en su Teoría del Cierre Categorial es posible superar todas estas limitaciones y reducciones dadas en numerosas teorías de la ciencia.

que se caracteriza, desde el punto de vista de la gnoseología, en primer lugar, por interpretar simultánea y separadamente la *forma* y la *materia*, para, en segundo lugar, establecer entre ambas una yuxtaposición, coordinación o *adecuación* completamente ideal, lo cual provoca, según el Materialismo Filosófico como Teoría de la Ciencia (Bueno, 1992), la *falacia adecuacionista*, de modo que, en una realidad o campo categorial de referencia, forma y materia se conciben primero por separado para, finalmente, unirse o federarse en un todo irrealmente coherente. El adecuacionismo es una suerte de copulación insoluble, idealista y artificiosa, de la que no brota ningún resultado operatoriamente viable.

En el caso de la interpretación de los materiales literarios, son adecuacionistas todas las teorías literarias que históricamente han considerado al lector o receptor como término fundamental o dominante, a veces incluso único, de la investigación literaria. Es el caso de la estética de la recepción alemana (Jauss, 1967) y de la totalidad de las denominadas *poéticas de la recepción* —y sus derivados, como la teoría de los polisistemas (Even-Zohar, 1990)—, las cuales se centraron en la fenomenología de la interpretación (Husserl, 1907, 1929; Ingarden, 1931), en la hermenéutica idealista (Gadamer, 1960) y existencial (Heidegger, 1927), o abiertamente en la invención de figuras irreales y fantasmagóricas de lector, de las cuales la más superlativa es la del «lector implícito» (Iser, 1972)¹⁸.

Adecuacionismo es el término que utiliza el Materialismo Filosófico para identificar a todas aquellas teorías de la ciencia que consideran que la verdad científica está en la conexión objetiva que se pretende postular entre los componentes materiales y los componentes formales de las ciencias. El Materialismo Filosófico considera que no es posible establecer tal conexión entre la materia y la forma porque ambos conceptos vienen ya dados de modo conjugado, es decir, son términos inseparables y solidarios: no hay materia sin forma ni hay forma sin materia. Se trata de términos que no se pueden aislar o independizar, esto es, hipostasiar, el uno del otro. El adecuacionismo no percibe esta

¹⁸ Vid. al respecto la crítica de la teoría estética de Jauss desde el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura (Maestro, 2010), así como la demolición de las configuraciones ideales de los diferentes tipos de lectores propuestos por Fish (1970), Riffaterre (1971), Wolff (1971), Iser (1976), Eco (1979) y otros (Maestro, 2007b: 136 ss).

imposibilidad de disociación entre materia y forma, y postula erróneamente la separación objetiva, o sea, ontológica, entre los elementos materiales y formales de una ciencia. Las teorías de la recepción son adecuacionistas desde el momento en que conciben al lector como una forma hipostática cuya materia es el texto literario. De este modo, sustraen materialmente al lector su propia realidad ontológica, a la vez que derogan en el texto su específica constitución formal.

Las primeras configuraciones de una teoría de la ciencia de naturaleza adecuacionista tienen lugar, como ha señalado Bueno (1992), en la época de Platón y Aristóteles, y toman como referencia a la Aritmética y a la Geometría como ciencias efectivas. En sus escritos sobre los primeros y segundos analíticos, Aristóteles se enfrentó con el problema de la demarcación de las ciencias, lo que le llevó a establecer una discriminación práctica entre los silogismos científicos (Geometría, Aritmética...) y los silogismos sofísticos (Retórica...) De este modo, indudablemente deductivo, trata Aristóteles de segregar los componentes formales de las ciencias (silogismos científicos) de sus componentes materiales (*silogismoi epistemonikoi*). Porque los componentes materiales habrán de ser distintos de las formas silogísticas, ya que están dados *fuera de ellas*. De este modo, como explica Bueno, cuyas ideas expongo aquí, Aristóteles evita tanto el *regressus ad infinitum* como el *circularismo*, por el que, sin reservas, se decanta el Materialismo Filosófico en el desarrollo de la Teoría del Cierre Categorial como teoría gnoseológica. Para Aristóteles, los *principios* de las ciencias se objetivan en fuentes materiales, mientras que sus *conclusiones* se objetivan en formas silogísticas. Así evita el circularismo (las conclusiones silogísticas se demuestran por sus principios silogísticos) y el *regressus ad infinitum* (si los principios del silogismo tienen que demostrarse por otros principios, nada podría demostrarse). Aristóteles no está aquí lejos del principio platónico de la *symploké*, enunciado en el *Sofista* (251e, 255a, 259c-e, 260b), y según el cual si todo se puede demostrar, o si nada se puede demostrar, el conocimiento científico sería imposible, porque la demostración científica, es decir, la verdad científica, es posible en unos ámbitos o categorías (Geometría, Historia, Física, Lenguaje...), pero no en todos (las verdades de la Geometría no son las verdades de la Historia, etc.). En consecuencia, solo es demostrable aquello que está vinculado a ciertos sistemas de axiomas, es decir, a ciertos ámbitos categoriales o científicos (los de la Geometría, la Aritmética, la Retóri-

ca, la Poética, la Música...) El lugar de la verdad científica para Aristóteles será aquel espacio en el que se objetiva la cópula, participación o adecuación (*homoiosis*) entre la materia axiomática y la forma conclusiva, esto es, entre las fuentes materiales primarias y los silogismos formales derivados proposicionalmente de los principios materiales. El concepto aristotélico de *homoiosis* o adecuación no se concibe al margen de otro concepto, no menos decisivo y ciertamente confuso, como es el de *mímesis* o analogía. Ambos principios remiten a las relaciones de semejanza dadas tanto por *consustancialidad de materia* (sinalógicas), entre conclusiones y premisas, como por *identidad de componentes esenciales* (isológicas), entre silogismos formales y hechos materiales. No en vano Aristóteles, en la *Poética*, identifica en la *mímesis* el principio generador del arte, como una imitación o reproducción *formal* de la naturaleza como realidad *material*, apriorística, acrítica e inmutable.

El adecuacionismo es heredero de las formulaciones originales de Aristóteles. Esta tendencia gnoseológica supone que el conocimiento científico descansa de idéntico modo y en igualdad de condiciones sobre los dos fundamentos de toda ciencia: los componentes formales (*teoría*) y los componentes materiales (*empíria*). La estética de la recepción ha polarizado respectivamente estos componentes en la figura metafísica de un *lector ideal* y en el concepto psicologista de un *texto fenomenológico*, cuya materialidad queda reducida a una ilusión trascendental fraguada en la mente de un lector modélico (Eco, 1979). La verdad —supuestamente científica, pero en realidad puramente fenomenológica— se define así por la relación de adecuación o correspondencia (isomorfismo) entre la forma proposicional desplegada por la psicología del lector y la materia inerte a la que aquella forma va referida y referenciada. En términos lógicos, sería el caso de la conocida «teoría semántica de la verdad» formulada por Alfred Tarski (1936); en términos psicológicos, es el caso de la teoría de la recepción de Wolfgang Iser (1976).

El adecuacionismo, con su postulado de exacta correspondencia entre el lector como forma y el texto como materia, se presenta como una conjunción de la hipóstasis (sustantivación metafísica) de la materia practicada por el descriptivismo (que en este caso toma como referencia al *texto*, en lugar del *autor*) y de la hipóstasis de la forma proyectada por el teoreticismo (que ahora centra su atención en el *lector*, en lugar del *texto*). En el descriptivismo la verdad científica no

debe nada a nuestra forma de acceder a ella. Nuestras capacidades serían solo una herramienta más. En el adecuacionismo en cambio sí se cree que nuestra forma de acceder a la materia es un constitutivo esencial de la verdad científica. De ahí la sostenida preponderancia atribuida al lector durante todo el proceso de recepción e interpretación literaria. Digamos que en el adecuacionismo los elementos formales —la psicología del lector— se ajustan a los materiales —la ontología del texto literario— para conformar la verdad, aunque en realidad se trate de una especie de yuxtaposición o falsa correspondencia en la que forma y materia van por separado y son aislables la una de la otra, pues de hecho el lector, siempre ideal, nunca accede a las Ideas del texto literario (M_3), superiores, irreductibles e intraducibles a la ilusión fenomenológica (M_2) operada por la psicología del lector. En la verdad científica, como contexto gnoseológico de la adecuación, podríamos decir que la realidad pone la materia (el texto) y el ser humano pone la forma (el lector): sin lo uno y sin lo otro no hay verdad (en el descriptivismo en cambio la verdad solo está en la materia), y esta es la diferencia frente al adecuacionismo (donde no hay gnoseológicamente implicación mutua entre materia y forma, como sí sucede en el circularismo, sino solo yuxtaposición o falsa correspondencia).

Como resulta fácilmente observable, las teorías de la recepción literaria son presa fácil del psicologismo adecuacionista. Abundantes son los elementos y categorías psicologistas que están presentes en muchas teorías de la ciencia¹⁹.

Así sucede, por ejemplo, como señala Bueno (1992), en la tradición aristotélica, al definir la ciencia como *habitus conclusionis*. Tanto el hábito como la conclusión, como momentos en que culmina un razonamiento, entendido como «tercer acto de la mente», son términos utilizados con valor psicológico. Psicológico es el concepto platónico de *anamnesis*. El *Novum Organum* de Bacon está impregnado de expresiones psicologistas, así como su célebre clasificación de las ciencias (fundada en tres supuestas facultades psíquicas: memoria, imaginación y razón), que Diderot incorporó a la *Enciclopedia*. La presencia de la

¹⁹ La gnoseología materialista identifica componentes psicológicos en los siguientes sectores de los ejes del espacio gnoseológico: a) en el eje sintáctico, las *operaciones*; 2) en el eje semántico, los *fenómenos*; y 3) en el eje pragmático, los *autologismos*, los *dialogismos* y, con frecuencia, también las *normas*.

perspectiva psicológica en la sistemática de las tres críticas kantianas, especialmente en la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* (que contiene la «teoría kantiana de la ciencia»), es una cuestión inescapable en la Historia de la Filosofía (Bueno, 1992).

Del mismo modo, el tratamiento de las cuestiones gnoseológicas en la mayor parte de los escritores de principios de siglo XX está impregnado de categorías psicológicas, visible desde títulos como los de Wallas, *El arte del pensamiento* (1926), o Jacques Hadamard, *Psicología de la invención en el campo matemático* (1945). El propio Thomas S. Kuhn (1962) no deja de apelar en su teoría de la ciencia a numerosas categorías psicológicas, tan centrales como las de «aprendizaje de la relación de semejanza» o de «resolución de problemas». La presencia de categorías psicológicas en los tratados de teoría de la ciencia es un hecho manifiesto. Sin embargo, lo que le interesa plantear al Materialismo Filosófico es una cuestión de derecho, desde el momento en que la gnoseología materialista considera que tal presencia no está justificada en absoluto.

Ninguna idea acerca de ciencia, ni acerca de cualquier otra cosa, puede asumirse desde el vacío, es decir, desde un conjunto nulo de premisas, como de forma insistente señala Bueno (1992). No es aceptable la reabsorción o la interpretación total de la teoría de la ciencia desde un enfoque psicologista. Las teorías psicologistas de la ciencia no alcanzan el núcleo gnoseológico de las ciencias. El enfoque psicologista del análisis de las ciencias provoca siempre un eclipse gnoseológico, tal como aconteció en las poéticas de la recepción literaria.

A las teorías literarias de la recepción, y de forma muy concreta a Hans Robert Jauss (1967), se atribuye el hecho de sistematizar un concepto de interpretación literaria basado en una determinada idea de lector. Sin embargo, hay muchas preguntas que las poéticas de la recepción han dejado no solo sin respuesta, sino incluso sin formulación ni planteamiento (Maestro, 2010). Durante las últimas décadas, la mayor parte de los exégetas y profesores de teoría literaria, autores de abundantes manuales y artículos al respecto, se ha limitado a reiterar los mismos conceptos, las mismas ideas, los mismos nombres, muy acriticamente.

Esta actitud acrítica ha permitido preservar, intacta durante décadas, la *falacia adecuacionista*, en la que han incurrido sin excepción todas las teorías literarias que se han ocupado hasta el momento de la idea y

concepto de lector en la interpretación de la literatura. Como se ha visto, la falacia adecuacionista, resultado de un psicologismo que las poéticas de la recepción no han sabido evitar ni superar, consiste esencialmente en establecer una relación de adecuación o correspondencia entre un material literario, con frecuencia el texto de una obra literaria, y las formas metodológicas que hacen posible su interpretación en la mente de un lector o receptor, cuando en realidad tal adecuación es inexistente y falaz, desde el momento en que resulta de la invención de la psicología de un lector, el cual manipula el texto no como *esencia*, sino como *fenómeno*, es decir, no como concepto, sino como un «hecho psicológico» de su propia conciencia. Del mismo modo, las supuestas formas metodológicas de interpretación se reducen a estructuras formales que carecen de contenido ontológico, y cuya existencia obedece exclusivamente a la mente y la psicología de un intérprete que tiende a sustituir, cada vez con mayor frecuencia, la ciencia por la ideología. La falacia adecuacionista demuestra que la idea de lector elaborada por la mayor parte de las teorías de la recepción es pura ilusión fenomenológica, al carecer, fuera de la mente del intérprete, de realidad ontológica definida y efectivamente existente.

Diremos, en síntesis, que el adecuacionismo establece una relación de isomorfismo y coordinación entre materia y forma de las ciencias. Como es bien sabido, el modelo del adecuacionismo se objetiva en los *Segundos analíticos* de Aristóteles, quien establece la idea de verdad como adecuación entre la materia de la realidad y la forma de su teorización. La teoría hilemórfica aristotélica está en la base del adecuacionismo como teoría de la ciencia. La física de Newton también responde al modelo del adecuacionismo. Actualmente, la figura más representativa del adecuacionismo en teoría de la ciencia es Mario Bunge.

En el ámbito de la Teoría de la Literatura, el más importante de los adecuacionistas fue Hans-Robert Jauss, cuya *Rezeptionsästhetik* es pura coordinación o isomorfismo entre la materia literaria, objetivada en la obra o texto, y la forma receptora, estructurada esta última en la figura irreal de un lector incorpóreo e imaginario, y aún así modélico. El lector de Jauss, y más aún el modelo de lector ideado por Iser, es un lector de obras literarias que, sin haber aprendido nunca a leer, ni a escribir, sin conocer ningún idioma ni saber de ninguna literatura, y sin haber leído jamás ni una sola palabra, se presenta a los estudiosos de la teoría literaria como un lector modelo de obras literarias. ¿Tomadura de pelo o

adecuacionismo galopante? ¿A alguien le sorprende que estos caminos hayan conducido al hundimiento de la teoría de la literatura?

De cualquier modo, el adecuacionismo ha de verse como un modo idealista, indudablemente neokantiano, de recuperar la reconciliación entre racionalismo y empirismo, en un momento en el que uno y otro, al menos por lo que a la Teoría de la Literatura de la refiere, se encontraban ya en avanzado estado de divorcio y descomposición.

Con todo, el adecuacionismo contemporáneo, que conduce a la posmodernidad en que nos encontramos, cuenta con antecedentes muy ilustres. Concebir la verdad como resultado de una adecuación o correspondencia entre sujeto y objeto, entre pensamiento y realidad, entre pensar y ser, entre el yo y la cosa, es antiquísimo. Si su sistematización filosófica se plantea ya en los *Segundos analíticos* de Aristóteles, la Escolástica la ha preservado durante toda la Edad Media y buena parte de la Edad Moderna, de modo que el binarismo entre materia y forma de las ciencias nos ha acompañado durante siglos (*veritas est adaequatio rei et intellectus*). Que el adecuacionismo haya sido recuperado en el siglo xx para la teoría literaria, desde los presupuestos de la estética de la recepción de Jauss (1967), no constituye en absoluto un hecho sorprendente, sino perfectamente comprensible desde el punto de vista de la importancia que la hermenéutica de hechura alemana —desde el agustinismo luterano del siglo xiv— ha otorgado al libertinaje de la conciencia oprimida por la realidad, es decir, al psicologismo y al sociologismo. Desde Lutero a Jauss, pasando por la Reforma religiosa y la construcción de Auschwitz, el trabajo —fuente del capitalismo— ha contribuido de forma decisiva a *hacernos* ilusoriamente *libres*. Y realmente esclavos. Esa es la libertad de conciencia: el autoengaño del psicologismo. La libertad no es un hecho de conciencia. La libertad no es el resultado de nuestra imaginación. Esa es la libertad protestante. La libertad política no puede ser nunca una ilusión cerebral. Ha de estar objetivada en las leyes y en los hechos, no en los oasis de la fantasía individual o colectiva²⁰. El adecuacionismo es siempre

²⁰ Ha de advertirse, en este sentido, que las filosofías vitalistas están muy próximas a los planteamientos contemporáneos del protestantismo, debidos sobre todo a la secularización de los ideales luteranos y calvinistas de la Reforma. Para el protestantismo, la teoría de la verdad no se plantea en absoluto en términos gnoseológicos (materia / forma), y a veces ni siquiera epistemológicos (objeto / sujeto), sino prag-

fruto de una ilusión, no solo porque implica aceptar que se puede conocer la estructura de una realidad de espaldas a su formalización —lo cual ya constituye un auténtico disparate gnoseológico (habría que disponer de un médium, y creer en él, para experimentar algo así)—, sino porque presupone de igual modo que se puede analizar formalmente una realidad incorpórea —el ejemplo más sobresaliente de este supuesto es la idea misma de *lector implícito* (Iser, 1972)—. El adecuacionismo se relaciona —imaginariamente, por supuesto— con la materia y con la forma como si la una y la otra fueran entidades autónomas, independientes e inteligibles por sí solas. Rompe por completo la conjugación entre ellas.

La verdad como correspondencia o adecuación es un concepto de verdad puramente psicológico o sociológico, determinado por la fuerza de la mayoría (imperativo categórico kantiano) o por la fuerza de los impulsos emocionales de la conciencia (la Divinidad revelada, el Superhombre, el *Da-sein*, el Inconsciente...) La historia de Occidente está llena —sugestivamente llena— de fantasmas y mitologías homicidas.

El adecuacionismo concede una enorme libertad a la imaginación individual para deformar, transformar y adaptar —esto es, para transducir a su capricho— la realidad originariamente percibida. La norma

máticos: la verdad es lo útil, de modo que el éxito financiero es una prueba mundana de la salvación ultraterrena. El protestantismo no concebiría el conocimiento científico como una búsqueda gratuita de la verdad, sino más bien como una construcción de medios destinados a hacer la vida humana más eficaz y económicamente rentable, de modo que la religión sería el repositorio desde el que se justifica lo útil como lo éticamente bueno para una sociedad humana organizada políticamente. La verdad —ya secularizada— no se identificaría con la religión, pero tampoco con la ciencia, sino con la tecnología industrial, más precisamente, con la tecnocracia. Este tipo de concepciones científicas, religiosas y políticas son visiblemente unidimensionales —si se nos permite parafrasear el célebre título de Marcuse (1954)—, al retrotraer y concentrar la capacidad constructiva de las ciencias —y de las verdades científicas— a ámbitos morales, éticos o programáticos muy determinados y específicos. El propio Ortega, siempre seductor y seducido (un auténtico *Vervuert*) en nombre del Idealismo alemán, no era sino un adecuacionista *sui generis*, al afirmar pomposamente que «yo soy yo y mi circunstancia», es decir, soy el resultado de una adecuación de *mi propio yo consigo mismo*. Toda filosofía vitalista se desplaza sobre un fondo en el que la supuesta verdad, para subsistir, ha de diseñarse a imagen y semejanza —en plena relación de adecuación o coordinación— del sujeto que la genera.

interpretativa es la conciencia del yo. La imaginación más potente dicta la norma más amplia. La Utopía es la Teoría del Estado.

Al margen de los contextos de descubrimiento, y de sus consecuencias ajenas a la justificación de los hallazgos científicos, la teoría de la ciencia del siglo XX adecuacionista por excelencia es la que ofrece Alfred Tarski (1936), al proponer una relación de adecuación o correspondencia entre el signo y su referente —entre la forma (M_3) y la materia (M_1), en términos de ontología y gnoseología materialistas—, entre el lenguaje y la realidad extrasignica denotada por el signo lingüístico. A partir de la obra de Tarski, la influencia del adecuacionismo en la semántica moderna ha sido impetuosa. En España, la teoría literaria de García Berrio debe mucho a estas premisas, las cuales, lejos de proporcionarle libertad y desarrollo la han lastrado poderosamente, pues partiendo de un adecuacionismo metodológico han desembocado en un teoreticismo que, en muchísimos casos, la han convertido en una teoría literaria inoperante por inaplicable a los materiales literarios. En palabras de Bueno, diríamos que

En realidad, esta versión de la teoría de la correspondencia goza de más celebridad que de méritos. Se puede decir que aproxima la teoría del reflejo tradicional a una especie de *trivialidad* inmensa y no resuelve los problemas clásicos. De hecho, no toma conciencia ni de los propios supuestos sobre los que se construye. Max Black ha objetado que la construcción de Tarski puede ser útil para los lenguajes artificiales, pero es completamente *inoperante en los lenguajes naturales*; incluso crea situaciones paradójicas, porque *no permite introducir nuevos nombres en el lenguaje* (Bueno, 1987: 310).

El conocimiento científico en general, y en particular el conocimiento de la literatura, es algo mucho más complejo —y mucho menos irreal— que el reflejo subjetivo de una supuesta realidad exterior inmutable y eterna. Lo hemos dicho con anterioridad: la ciencia no puede ser signo de algo irreal. Si el teoreticismo desemboca en un conjunto de conclusiones en busca de premisa, el adecuacionismo se agota en la epifanía de una irrealidad que resulta irreconocible incluso para el propio mundo del que ha brotado: la imagen de un lector modélico o ideal que —por incorpóreo e irreal— no sabe leer ni escribir, dado que carece de toda existencia operatoria, es una ficción pura. Es algo que, por sí solo, desacredita —y ridiculiza— para siempre cualquier argu-

mentación pretendidamente científica. Todos los intentos que las teorías literarias del siglo XX han llevado a cabo para superar el teoreticismo han naufragado en discursos adecuacionistas, en la mayor parte de los cuales se han disuelto o hundido casi todas estas teorías. No por casualidad los pecios más copiosos de la teoría literaria contemporánea llevan el sello del teoreticismo.

1.1.4. Circularismo

El circularismo es, junto con el descriptivismo, el teoreticismo y el adecuacionismo, un modo trascendente de conocimiento científico, que se caracteriza, desde el punto de vista de la gnoseología, por interpretar solidaria y conjugadamente la *forma* y la *materia* de las ciencias, lo cual permite, según el Materialismo Filosófico como Teoría de la Ciencia (Bueno, 1992), evitar las falacias descriptivista, teoreticista y adecuacionista, de modo que, en una realidad o campo categorial de referencia, forma y materia se conciben de modo indisoluble, como conceptos solidarios y conjugados (Bueno, 1978a). El circularismo asegura una fidelidad crítica y dialéctica a la realidad de los hechos interpretados. En el ámbito de la investigación literaria, la figura del transductor es pieza clave en la ejecución del circularismo, como sujeto operatorio ejecutante de toda interpretación mediatizada, es decir, como agente responsable de la transmisión y transformación del sentido de los materiales literarios (Maestro, 1994, 2002). Ha de insistirse en que, frente al lector, que interpreta *para sí*, el transductor interpreta *para los demás*.

En el caso de la interpretación de la literatura, serán circularistas todas las teorías literarias que hayan alcanzado y asumido el cierre categorial de los materiales literarios, cuyos términos son el autor, la obra literaria, el lector y el intérprete o transductor. Sin transductor no hay cierre categorial posible en la literatura ni en la interpretación de la literatura, y sin cierre categorial el circularismo es inconcebible e imposible. La única teoría literaria que hasta el momento ha establecido gnoseológicamente y justificado metodológicamente un cierre categorial de la literatura es el Materialismo Filosófico.

De este modo, a las tres corrientes gnoseológicas que, propuestas por Gustavo Bueno (1992) sobre la idea de ciencia, he ido aplicando

a la interpretación de las teorías literarias desarrolladas en torno al autor (descriptivismo), el mensaje (teoreticismo) y el lector (adecuacionismo), poniendo de manifiesto las falacias objetivas en que incurre cada una de ellas, cabe añadir una cuarta, la que ofrece la gnoseología materialista desde la teoría del cierre categorial: el circularismo.

La Teoría del Cierre Categorial (Bueno, 1992) asume del *descriptivismo* la exigencia de una presencia positiva del material empírico de una ciencia, y del *teoreticismo*, su afirmación de una realidad constructiva, operatoria, lógico-formal en toda ciencia. Se pretende así superar las limitaciones de estas concepciones gnoseológicas mediante el *dualismo* entre materia y forma, y a través de la *disociación* entre una «forma lógica», supuesta depositaria de una racionalidad que se aplica a diferentes materias o contenidos empíricos. La Teoría del Cierre Categorial considera que la forma lógica es solo el modo de organizarse ciertos contenidos, el modo de establecerse la conexión de unos materiales con otros en un contexto social. La racionalidad incluye la referencia a la materia, y no es disociable de ella de ningún modo. Porque materia y forma son conceptos conjugados (Bueno, 1978a), es decir, conexos internamente, e indisociables, pues no pueden darse por separado ni autónomamente (como sucede con otros conceptos conjugados: día / noche, espacio / tiempo, padre / hijo...)

Con el término *circularismo* el Materialismo Filosófico identifica la teoría gnoseológica denominada Teoría del Cierre Categorial, que considera que la verdad científica se objetiva en la conjugación de la materia y la forma de las ciencias. El circularismo niega la distinción, disociación o hipóstasis de la materia y la forma de los componentes de las ciencias, y propone su reducción o absorción mutuas, su insolubilidad, su síntesis circular, diamérica y dialéctica, según la cual la *forma de la ciencia* es el nexo mismo de constitución, mediante *identidades sintéticas*, de las partes constitutivas —*partes extra partes*— de la *materia de la ciencia*, es decir, el contenido mismo de la verdad científica como concepto categorial. Forma y materia solo pueden tratarse cuando se dan *de facto* determinadas mutua o solidariamente, esto es, interdependientes, indisociables e inseparables. El circularismo, desde este punto de vista, podría entenderse como una reducción dialéctica del adecuacionismo, reducción dialéctica que las poéticas de la recepción nunca alcanzaron, al incurrir en una reducción fenomenológica.

dialéctico ininterrumpido en sus diferentes estadios y desarrollos ontológicos: la construcción autorial, la significación textual, la recepción lectoral y la interpretación transductora, de la que habrán de partir nuevas construcciones interpretativas y textuales que reiniciarán sin cesar el proceso hermenéutico y comunicativo. La semiología alcanza, desde el circularismo gnoseológico, su mayores logros sintácticos, semánticos y pragmáticos, libre de los formalismos anquilosadores, característicos de la teoría literaria del siglo XX; exenta de los reduccionismos sociológicos, historicistas y fenomenológicos, propios de las poéticas de la recepción; y vinculada explícitamente a una ontología manifiesta y dinámica (autor, obra, lector y transductor o intérprete), que le permite recobrar las realidades lógico-materiales que le habían sido negadas por los idealismos posformalistas, el nihilismo de las corrientes destructivitas, y las aberraciones de las ideologías posmodernas. Queda así restablecida la realidad de la ontología literaria y las posibilidades conceptuales y categoriales de su interpretación gnoseológica.

Como ha explicado Gustavo Bueno (1992), el Materialismo Filosófico concibe la verdad científica como un concepto categorial que se construye mediante la *identidad sintética*, como posibilidad de nexo diamérico entre las partes que constituyen una o varias totalidades. El principio de *symploké* es aquí fundamental. Las ciencias son sistemas lógico-materiales que se nos presentan como *totalidades* cerradas —no clausuradas— de *partes* concatenadas o relacionadas entre sí, de forma racional y lógica —no arbitraria o innecesaria—, constituidas desde el Mundo (M) y constituyentes del Mundo Interpretado (M_i), en virtud de los sujetos operatorios que las manipulan y construyen. Las partes o elementos lógico-materiales de las totalidades o sistemas científicos se organizan en torno a núcleos o nódulos de cristalización (teoremas), susceptibles a su vez de entrelazarse y relacionarse en *symploké* unos con otros (pero no uno con todos, ni todos con todos, lo cual es formal y materialmente imposible), constituyendo de este modo esferas categoriales o campos científicos definidos y cerrados, pero nunca inconexos ni clausurados.

El circularismo gnoseológico no apoya la verdad de las premisas en la verdad de las conclusiones. Bueno advierte que Aristóteles percibió el camino del circularismo, pero lo percibió como inviable porque su adecuacionismo le hacía incurrir en un «circularismo vicioso» que trató de evitar sistemáticamente. El problema de Aristóteles consistió en

ser incapaz de considerar la materia de la ciencia como exógena a la ciencia misma, una consideración que el adecuacionismo no puede permitirse. El circularismo gnoseológico considera que la materia de la ciencia es algo inmanente, endógeno, a la propia ciencia. Como la forma, la materia es un componente de la inmanencia misma de las ciencias. En todo campo categorial o científico, materia y forma mantienen relaciones endogámicas, inmanentes o conjugadas. El circularismo deja de ser vicioso desde el momento en que identifica sintéticamente tales endogamias, inmanencias o conjugaciones, como realidades esenciales a toda construcción científica. El círculo deja de ser vicioso en la medida en que amplía endogámicamente su radio de acción. La materia se incorpora a la forma, pues, en la medida en que la forma se incorpora a la materia. La forma silogística deja de ser un cauce inmaterial y separado del Mundo (M) para operar circularmente como una construcción en la que esa forma se conjuga inmanentemente con la materia de los contenidos que están siendo formalizados en el Mundo Interpretado (M_i). La verdad de la premisa mayor se alcanza tras su conclusión, sí, pero aquí la conclusión no es ni una ni única, sino múltiple, plural y dialéctica, y por supuesto crítica, resultado de numerosos desarrollos circulares. El silogismo deja de ser una tautología adecuacionista para exponerse como resultado de una dialéctica circularista.

No por casualidad el Materialismo Filosófico concibe las ciencias en su relación con las tecnologías, lo cual implica una consideración específica del significado gnoseológico que poseen los aparatos e instrumentos científicos. Los instrumentos de las ciencias pueden considerarse como *operadores* o como *relatores*. Son operadores aquellos mecanismos científicos que transforman fenómenos en términos conceptualizados (por ejemplo, un telescopio, un microscopio, la teoría de la métrica, el alfabeto o el sistema métrico decimal, desde el momento en que permiten conceptualizar realidades materiales como un planeta, una célula, un pentasílabo adónico, la palabra que designa un objeto extralingüístico, la cantidad precisa que determina medidas, dimensiones y pesos, etc...). Son relatores aquellos instrumentos de la ciencia que convierten términos en conceptos (por ejemplo, una balanza, un termómetro, un reloj o un calendario, los cuales actúan como relatores o narradores físicos, del mismo modo que una operación de resta o multiplicación, por un lado, o una traducción lingüística, por otro,

actúan respectivamente como relatores matemáticos o como reproductores verbales). La ciencia, por tanto, no es un mero «conjunto de proposiciones», un «discurso», un «lenguaje»: un telescopio no es un «discurso», un calendario no está hecho de palabras, sino de días, meses, años... El circularismo, por lo tanto, implica una ontología específica a la hora de sostener una Idea de Ciencia, determinada esta ontología por el hecho de que la verdad científica brota de la identidad sintética que se establece necesariamente entre determinadas partes del campo categorial, cuyas conexiones, dadas en *symploké*, son objetivas, sistemáticas y necesarias.

La Teoría del Cierre Categorial exige, en consecuencia, operar con componentes terciogenéricos (M_3), es decir, con materialidades lógicas y conceptuales de la realidad, con el fin de construir una Teoría de la Literatura sobre realidades esenciales necesarias y efectivamente existentes, aunque resulten dadas en el seno de existencias efímeras (M_1), ligadas a fenómenos y determinadas por psicologismos (M_1). La naturaleza de la verdad como identidad sintética exige el establecimiento de una relación conjugada o diamérica entre materia y forma.

Diremos, en síntesis, que el circularismo es el modo gnoseológico característico de la Teoría del Cierre Categorial. Se define por su disposición sistemática y dialéctica en la *conjugación* de los componentes materiales y formales de las ciencias, frente a la yuxtaposición en la que incurre el adecuacionismo. La gnoseología circularista encuentra en la transducción literaria su expresión más perfecta y acabada, desde el momento en que esta operación, ejecutada por el intérprete o transductor, representa la puesta en circulación, dialéctica y sistemática, de la totalidad de los materiales literarios constituyentes del campo categorial de la Teoría de la Literatura, esto es, de la ontología literaria y de la gnoseología de la literatura: autor, obra, lector e intérprete o transductor (Maestro, 1994, 1994a, 1996, 2000, 2002, 2007b).

Desde el punto de vista del estadio actual de los estudios literarios, el circularismo se constituye en la única vía gnoseológica que permite una superación de las limitaciones posmodernas, las cuales, si bien se aproximan en cierto modo a disposiciones circulares, dialécticas y negativas, contrarias a una interpretación ilustrada y positiva de la realidad, se hunden en antítesis irresueltas. La suya es una dialéctica que no alcanza —ni siquiera plantea— ninguna síntesis. La posmodernidad diseña antítesis a las que abandona a su suerte. En lugar de resolver el

enfrentamiento dialéctico en una síntesis superadora y crítica, la dialéctica se degrada retóricamente en tropologías, juegos de palabras, rapsodias intelectuales, eufonías emotivas que en sí mismas nada significan, repertorios y expositores ideológicos, etc. Bueno se explica con claridad al respecto, en particular cuando se refiere a la teoría de la ciencia propuesta por el deconstructivismo de Feyerabend (1970):/

La llamada epistemología anarquista sigue la senda *circularista dialéctica*, a veces, incluso, bajo el patronazgo de Hegel. Solo que en Feyerabend *hay negación, pero no superación*. De esta manera, su resultado final, lejos de ser constructivista, es *disolvente*, lejos de proporcionar alternativas sistemáticas produce *contradicciones asistemáticas*, y lejos de favorecer la libertad y la crítica, las elimina en aras del *oscurantismo*. De ahí la ambigua impresión que producen sus escritos: parece tener razón cuando critica, pero como no respeta ni los propios criterios con los que ejecuta la crítica, al final *anything goes*, pero también *nothing goes* (Bueno, 1987: 273).

Sin embargo, esta concepción dialéctica de la gnoseología, que actualmente se atribuye con tanta libertad y tanta facilidad a Feyerabend (1970), ya había sido planteada, incluso con mayor rigor, por Bachelard en obras como *La filosofía del no* (1940), para delimitar en el desarrollo de las ciencias cortas epistemológicas —no gnoseológicas— de orden negativo: geometrías no euclidianas, axiomas de relatividad no newtonianos, física no maxwelliana, química no lavoisieriana, etc... Y si nos retrotraemos en la Historia, es más que evidente que esta tendencia ya se había dado, y sonoramente, en la Teoría de la Literatura, respecto a la poética clásica, con la irrupción romántica de la *querelle des anciens et modernes*, cuyos antecedentes datan del siglo XVII, al enarbolarse entonces —en términos de Bachelard—, una «teoría literaria no aristotélica». El mismo planteamiento late, si bien mucho más retórica que gnoseológicamente, por supuesto, en las vanguardias del siglo XX, definidas por su estética de la ruptura con el arte clásico, antiguo o burgués, al que se enfrentan creacionismo, surrealismo, cubismo, dadaísmo, futurismo, y antes que ellos, incluso, en pintura y teatro, impresionismo y expresionismo (Büchner, Strindberg, Valle-Inclán). De un modo u otro, la epistemología negativa de Bachelard se limita a identificar antítesis en determinados contextos de justificación, pero sin llegar a desarrollarlas ni a superarlas. Sin llegar al deconstructivismo

de Feyerabend, el resultado de Bachelard no alcanza tampoco logros de referencia.

Por su parte, el circularismo gnoseológico del Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura plantea una superación crítica de las contradicciones y enfrentamientos identificados, y por supuesto exige síntesis dialécticas. Los dos puntos fuertes del circularismo gnoseológico son la *conjugación* (de materia y forma) y la *construcción* (de estructuras operatorias).

En primer lugar, el circularismo conjuga los componentes materiales y formales de las ciencias, de modo que evita, frente al descriptivismo, ocuparse solo de la materia (empirismo), y supera, frente al teoricismo, el eclipse de la realidad impuesto por la supremacía de las formas (formalismo), lo que conduce —y esto es importantísimo en este libro— al *hundimiento de la teoría* en la irrealidad de un mundo al que esa teoría ha dado irreversiblemente la espalda. Además, el circularismo rechaza la yuxtaposición gratuita entre materia y forma, como realidades apriorísticas que se unen o emparejan de forma acrítica. El circularismo impugna la *federación* o *confederación* de los componentes materiales y formales de las ciencias, porque tales componentes son resultado siempre de una conjugación o construcción mutua, solidaria y entrelazada. Materia y forma no son realidades ajenas, separables o autónomas, sino todo lo contrario: una y otra no pueden constituirse y desenvolverse por separado, del mismo modo que la cara y la cruz de una moneda no pueden emanciparse mutuamente la una de la otra. El adecuacionismo —diríamos en términos gnoseológicos— opera acuñando monedas de una sola cara y de una sola cruz para ensamblarlas posteriormente, frente a la estructura bifacial originaria y genuina del circularismo.

En segundo lugar, el circularismo construye estructuras operatorias que están en la base del progreso científico. Su constructivismo dispone y exige que la verdad esté en los hechos (*verum est factum*), y que esta verdad resulte delimitada categorialmente, de modo que cada ciencia se ocupa de un campo, terreno o parcela de la realidad (*categoría*), constituida por un conjunto sistemático de términos, relaciones y operaciones (*sintaxis*), de referentes, fenómenos y estructuras esenciales (*semántica*), y de autologismos, dialogismos y normas (*pragmática*), capaces de diseñar el perímetro de sus competencias cognoscitivas, gnoseológicas y constructivas, es decir, de cerrar —frente a otras cate-

gorías— aquella categoría que estudia y construye. Las Ciencias no se limitan a interpretar la realidad: la construyen. La Astrofísica no se limita a contemplar los planetas o los cometas, sino que para ello construye telescopios, entre otros instrumentos relatores y operadores, desde satélites hasta minúsculos aparatos de medición. La Matemática no se basa solamente en el cálculo, sino que dispone la construcción de dispositivos potentísimos de computación, contabilidad o estadística, desde la calculadora al más sofisticado sistema informático, etc... Los instrumentos científicos —calculadora, microscopio, telescopio, programas informáticos, termómetro, regla, cronómetro— eliminan las interferencias del ser humano en los procesos de investigación, así como neutralizan su presencia e intervención en los desenlaces científicos. Estas construcciones han de ofrecer como resultados *identidades sintéticas*, es decir, hechos científicos que constatan y confirman que los componentes materiales y formales de las ciencias permiten construir realidades que, lógicamente, son resultado de una teoría verdadera y de una práctica correctamente ejecutada.

En el caso de la Teoría de la Literatura basada en el Materialismo Filosófico, el circularismo alcanza su pleno desarrollo en la ontología y la gnoseología materialistas que reconocen la construcción de los hechos literarios en la relación —naturalmente circular— entre los materiales literarios existentes, y que constituyen y cierran el campo categorial de la Teoría de la Literatura: autor → obra → literaria → lector → intérprete o transductor → autor → obra → literaria → lector → intérprete o transductor, etc... Este recorrido circular, crítico y dialéctico, reproducido una y otra vez, en retroalimentación constante, permite depurar de forma siempre renovada los procesos gnoseológicos de interpretación de la realidad de la literatura. Piénsese, por ejemplo, que para el teoreticismo el pentasílabo adónico es solamente esta fórmula métrica [o - - o -]. Por su parte, el descriptivismo desconectará esta fórmula métrica de su origen literario o poético (*O ton Adonin!*), considerándola vacía e inexpressiva. Para el descriptivismo, la fórmula teoreticista no significa nada. Sin embargo, para el teoreticismo, todo verso que no se verifique en sus fórmulas preestablecidas no existe o es ilegible, es decir: es falso. Para el adecuacionismo, el verso y la fórmula han de adecuarse o coordinarse, lo que constituye a primera vista un argumento muy convincente, si no fuera porque la fórmula métrica no ha surgido *ex nihilo*, ni tampoco *ad hoc* para los versos

pentasílabos acentuados en primera y cuarta sílabas métricas, sino que es resultado de una conjugación muy desarrollada entre la materia poética y la forma misma de la poesía, en su genealogía literaria y en su desenvolvimiento histórico. Para el adecuacionismo, todo verso que no se coordine con la fórmula, o toda fórmula que no se adecue al verso, no serán ni verso ni fórmula. El adecuacionismo se basa en una falaz petición de principios: exige como premisa de una *adecuación* o coordinación lo que es —y solo puede ser— resultado de una *conjugación* o construcción histórica y literaria. El circularismo exige siempre una *conjugación* —entre materia y forma— y una *construcción* —resultante de la conjugación gnoseológica entre los componentes materiales y formales de las ciencias—, esto es, exige el alcance y la confirmación de una *identidad sintética* (en este caso, entre la fórmula [o - - o -] y el verso denominado pentasílabo adónico, desde el originario canto a Adonis hasta el «siempre floreces» de la estrofa 48 de Miguel Hernández en su *Cancionero y romancero de ausencias*).

Las verdades gnoseológicas o científicas son construcciones que brotan —pero que no se deducen— de la conjugación —no yuxtaposición— entre las partes materiales y las partes formales de las ciencias. La verdad científica es siempre una construcción científica, que ha de dar cuenta de la realidad formal y material que ha hecho posible su específica constitución, tanto en el plano sintáctico (mediante términos, relaciones y operaciones), como en el plano semántico (referentes, fenómenos y estructuras esenciales) y pragmático (autologismos, dialogismos y normas). Por eso las verdades científicas o verdades gnoseológicas no son disociables de sus componentes formales (teoremas, principios, axiomas, figuras, modelos, clasificaciones, definiciones, demostraciones...), constituyentes de los denominados contextos determinantes, ni de sus componentes materiales (elementos químicos, reliquias históricas, autores y obras literarias, estrofas poéticas, sonidos musicales, virus humanos, sustancias atómicas, satélites y planetas, etc...), integradores de los denominados contextos determinantes. La verdad ontológica de un pentasílabo adónico del tipo *siempre floreces* es indisociable de su verdad gnoseológica [o - - o -], que tampoco podrá reducirse unidimensionalmente a la métrica, sino que podrá interpretarse también en su dimensión semántica y pragmática, etc. Los hechos científicos son trascendentes a sus propios componentes gnoseológicos (contextos determinados en sus partes materiales), así

como también son inmanentes a ellos (contextos determinantes en sus partes formales), y en ningún caso son separables unos de otros, dada su absoluta conjugación y construcción mutua, ejecutada merced al circularismo de la Teoría del Cierre Categorial. La Ciencia deja de existir como tal cuando este circularismo se detiene en nombre de la materia (*descriptivismo*), de la forma (*teoreticismo*) o de la yuxtaposición entre ambas (*adecuacionismo*).

Así es como actúa la Teoría del Cierre Categorial, es decir, la teoría de la ciencia del Materialismo Filosófico construido por Gustavo Bueno (1992), y que hemos tomado como referencia para la interpretación gnoseológica de la ontología de la literatura y de los materiales literarios (Maestro, 2007b).

1.2. MODOS CIENTÍFICOS INMANENTES DE CONOCIMIENTO LITERARIO: DEFINICIONES, CLASIFICACIONES, DEMOSTRACIONES Y MODELOS

Los Modos científicos inmanentes de conocimiento literario son procedimientos ejecutivos de interpretación de los materiales literarios que permiten establecer y desarrollar *relaciones operatorias* entre los *términos* constituyentes del campo categorial de la Teoría de la Literatura, de acuerdo con cuatro figuras gnoseológicas fundamentales: Definiciones, Clasificaciones, Demostraciones y Modelos.

Adviértase que los modos científicos trascendentes de conocimiento literario (descriptivismo, teoreticismo, adecuacionismo y circularismo) están determinados por el criterio gnoseológico de relación entre *materia* y *forma* de las ciencias, a diferencia de lo que ocurre con los modos científicos inmanentes de conocimiento literario (definiciones, clasificaciones, demostraciones y modelos), que se disponen conforme a los tres sectores del eje sintáctico del espacio gnoseológico: *términos*, *relaciones* y *operaciones*.

De este modo, según la Teoría del Cierre Categorial construida por Bueno (1992), el criterio para establecer los modos gnoseológicos inmanentes, considerados como las auténticas vías hacia la construcción de interpretaciones objetivas, tiene como referencia el eje sintáctico del espacio gnoseológico, desde el momento en que hay que tener en cuenta las maneras de *operar* con los *términos* y las *relaciones* dados en las

ciencias o campos categoriales. A partir del reconocimiento de cuatro tipos de funtores —1) *nominativos* o determinantes (forman términos a partir de términos [T < T]); 2) *estructurantes* (forman términos a partir de relaciones [T < R]); 3) *conectivos* (forman relaciones a partir de relaciones [R < R]); y 4) *relativos* (forman relaciones a partir de términos [R < T])—, es posible distinguir cuatro modos gnoseológicos fundamentales, propios de un conocimiento inmanente de los materiales científicos: Definiciones, Clasificaciones, Demostraciones y Modelos²¹.

1.2.1. Definiciones

Las *Definiciones* son procedimientos *determinantes*, es decir, establecen Términos a partir de Términos preexistentes (T < T). Es la forma normativa de operar de las ciencias y construcciones científicas, y es, de hecho, como actúa la Teoría de la Literatura (Maestro, 2007b). El término soneto, por ejemplo, se construye a partir de términos como cuarteto y terceto, así como estos últimos se configuran a partir de conceptos como endecasílabo y sílaba métrica. Las definiciones son figuras gnoseológicas que explican el significado de los términos desde criterios conceptuales o científicos.

Los términos de un campo científico o categorial exigen ser definidos. En el campo categorial de la Teoría de la Literatura es imprescindible definir figuras esenciales, como narrador, novela, entremés, comedia, soneto, soliloquio, personaje o cronotopo. La definición, pues, como figura gnoseológica, es un modo inmanente fundamental en todo proceso de conocimiento literario.

²¹ Bueno apunta una correspondencia o coordinación entre estos cuatro modos gnoseológicos y las cuatro reglas cartesianas: «Incluso podríamos ensayar la coordinabilidad de las reglas cartesianas con los modos gnoseológicos antes expuestos. La «primera regla» —la regla de lo claro y distinto—, acaso cobra algún sentido gnoseológico si va referida al modo de las *definiciones*; la «segunda regla» —que prescribe la composición del objeto en sus partes—, nos obliga a pensar en el modo de las *clasificaciones*; la «tercera regla» —la regla de la recomposición—, se mantiene muy próxima a la *modelación*; y la «cuarta regla» —la de los recuentos—, solo parece que cobra su pleno sentido en la perspectiva de la *demonstración*, es decir, suponiendo que los recuentos lo son de las premisas que están interviniendo en una argumentación» (Bueno, 1992: I, 145).

Ha de señalarse, en primer lugar, que, del mismo modo que los signos pueden ser idealistas, conceptuales y retóricos, las definiciones pueden ser también, como de hecho lo son, idealistas, conceptuales y retóricas. Aquí nos ocuparemos exclusivamente de las definiciones conceptuales, categoriales o científicas, porque nuestro cometido es la delimitación de los modos gnoseológicos inmanentes de conocimiento literario, pero es imprescindible, ante todo, diferenciar y discriminar las definiciones científicas de las que no lo son, es decir, identificar las definiciones *conceptuales o categoriales* frente a las definiciones *idealistas* y contra las definiciones *retóricas*.

Desde los criterios de una gnoseología materialista, son *definiciones idealistas* aquellas que delimitan un término al margen de referentes materiales físicos, positivos, efectivamente existentes, porque su M_1 es igual a \emptyset (el Dios de la Teología cristiana, el concepto de «lector implícito» de Iser...). Su forma de expresión más común es la *metáfora* —en concreto la metáfora atributiva, del tipo A es B—, como tropo preferido entre otros muchos. Así, por ejemplo, es completamente idealista la definición de Dios como Amor, según la fórmula del papa Benedicto XVI, cuyos sobresalientes conocimientos en Teología no le impiden, en un momento dado, hablar como un ignorante, al titular su encíclica *Deus Caritas est*²² con la más idealista de las definiciones de Dios: *Dios es Amor*, una auténtica metáfora atributiva que, en términos de Filosofía, e incluso de Teología, constituye un disparate sobresaliente y único²³. Igualmente idealista es la definición de lector implícito, enunciada por Iser (1972), desde el momento en que tal idea y concepto de lector solo existe idealmente en la conciencia y la fenomenología de un lector necesaria e inevitablemente real²⁴. Con frecuen-

²² Benedicto XVI, *Carta encíclica Deus Caritas est del sumo pontífice Benedicto XVI a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el amor cristiano*, Libreria Editrice Vaticana, 2005, en < http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est_sp.html > (21.03.2014).

²³ La fuente hipotextual está en el Evangelio de Juan: «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16).

²⁴ El concepto de «lector implícito» está expuesto en la obra de Eduard von Hartmann, tal como ha demostrado Pedro Auillón de Haro (2001, 2010), particularmente en los dos volúmenes de su *Ästhetik (Die deutsche Ästhetik seit Kant: historisch-kritischer Theil, I. Die Philosophie des Schönen, II)*, de 1886-1887, cuyos contenidos

cia, muchas definiciones idealistas, y en consecuencia en absoluto científicas, han pasado a engrosar los repertorios de obras pretendidamente científicas, y en su momento muy celebradas, como fue el caso de *Der implizite Leser* (1972) o *Der Akt des Lesens* (1976) del propio Iser. Con todo, en el ámbito de la investigación literaria de las últimas décadas, el autor acaso más prolífico en este tipo de definiciones idealistas fue Roland Barthes, cuyos escritos, eminentemente retóricos y ensayísticos, y que aún hoy día pasan por ser una obra de teoría literaria, están preñados de estos recursos tropológicos y pseudopoéticos, los cuales han hecho y hacen las delicias de quienes conciben la teoría de la literatura como una suerte de «literatura para intelectuales inteligentes».

Por su parte, son *definiciones retóricas* aquellas que carecen de contenidos conceptuales lógicamente definidos desde los criterios de una determinada ciencia categorial, es decir, aquellas que carecen de M_3 (es el caso del uso ordinario de las palabras de los lenguajes naturales, segregadas del significado conceptual que pueden adquirir en los lenguajes científicos). Dicho de otro modo: son definiciones retóricas todas aquellas cuyo *definiendum*, como término que ha de definirse, se explica o describe mediante un *definiens* cuyos términos carecen de fundamento científico, de modo que se basan exclusivamente en interpretaciones psicológicas o en argumentaciones sociológicas, o incluso abiertamente ideológicas. Las definiciones retóricas son, en realidad, sofismas, es decir, enunciados —o incluso imperativos— retóricos que pretenden usarse o imponerse como afirmaciones científicas, o declaraciones autorizadas, como si sus formas retóricas fueran materiales gnoseológicos, y no —como de hecho son— una apariencia o simulacro de conocimiento. Las definiciones retóricas circulan en contextos

se ha traducido puntualmente al español en *Filosofía de lo bello: una reflexión sobre lo inconsciente en el arte* (2001). Muy seguramente Iser toma de Hartmann esta noción, fuertemente anclada en una de las más psicologistas interpretaciones de la estética, y lo presenta en especular correspondencia con el concepto de Wayne C. Booth (1961) de «autor implícito» (*implied autor*). Así remite Iser a la idea metafísica de un *lector ideal*, el cual, según autores y escuelas, ha recibido múltiples denominaciones y funciones: «archilector» (Riffaterre), «lector modelo» (Eco), «lector intencional» (Wolff), «lector informado» (Fish), «lector implicado» (Genette), etc... El lector se convirtió de este modo en un género de muy diversas especies, en su mayoría ideales e irreales.

en los que se pretende dar gato por liebre, es decir, dar M_2 por M_3 , esto es, ideología y psicologismo en lugar de ciencia y conocimiento científico. La política y el periodismo —su caja de resonancia principal— son los ámbitos de expresión más comunes para este tipo de declaraciones. Las definiciones retóricas o sofismas son definiciones dóxicas, brotan de la opinión común, y suelen estar psicológica y sociológicamente programadas por sofistas, demagogos y demás agentes políticos y oclócratas falsificadores del conocimiento. Definir a la izquierda política como el partido de los pobres, o a la derecha como el partido de las gentes honradas, es enunciar definiciones retóricas que hoy día resultan completamente ridículas, pero que hace solo unas décadas eran, para muchas personas, las definiciones de referencia de tales ideologías.

Finalmente, son *definiciones científicas o conceptuales* aquellas que delimitan el significado de sus términos anulando por completo todo contenido psicologista o emotivo, y circunscribiendo tales términos a su valor referencial y operatorio, que se agota denotativa y respectivamente en la expresión unívoca de términos lógicos y conceptos categoriales, verificables operatoriamente en un campo científico dado, es decir, definido y delimitado. La expresión más recurrente y perfeccionada de la definición científica es la *fórmula*. El M_2 es aquí igual a \emptyset : la fórmula química del agua, el signo del becuadro en la armadura musical, la tabla de los números primos, el fonema /b/ como sonido bilabial oclusivo sonoro, en sí mismos, son términos que pueden definirse neutralizando todo componente psicológico, y, en consecuencia, constituyendo verdades sintéticas, sobre las que se fundamenta gnoseológicamente un conocimiento científico.

<i>Definiciones</i>	<i>Ontología</i>	<i>Figuras</i>	<i>Dominios</i>
Idealistas	$M_1 = \emptyset$	Metáfora	Ficción
Conceptuales	$M_2 = \emptyset$	Fórmula	Ciencia
Retóricas	$M_3 = \emptyset$	Sofisma	Ideología

De este modo, al atenernos a las exigencias gnoseológicas en que se basa toda nuestra argumentación, las definiciones se considerarán aquí como un modo científico de conocimiento inmanente absolutamente fundamental, junto con las clasificaciones, demostraciones y modelos.

El objetivo de las definiciones, como figuras gnoseológicas, es identificar operatoriamente la totalidad de los términos que constituyen el campo científico o categorial en el que nos movemos. De este modo, las definiciones registran términos que, a su vez, permiten, racionalmente combinados y estructurados entre sí, es decir, en *symploké*, establecer nuevos términos, con frecuencia más complejos, hasta organizarlos y codificarlos a todos ellos en los límites constitutivos y constituyentes del campo científico de un determinado —nunca mejor dicho— ámbito categorial (Matemática, Filología, Física, Termodinámica, Derecho, Medicina, Historia, Geometría, Química, Música, Teoría de la Literatura...). Cuando una determinada ciencia ha conseguido identificar, organizar e interpretar la totalidad de sus términos, es decir, el sistema de términos que constituyen su campo científico o categorial, diremos que esa ciencia ha alcanzado efectivamente su estatuto gnoseológico, porque ha conseguido su *cierre categorial* (Bueno, 1992). Las definiciones aseguran de este modo el *censo* de los términos constituyentes de una ciencia categorial. Por eso cabe afirmar que las definiciones delimitan la ontología de una ciencia. El cierre categorial ha de entenderse, pues, como una delimitación científica, esto es, como una demarcación territorial de un ámbito categorial de investigación, que está cerrado, pero no clausurado, porque las posibilidades de ampliación del campo de investigación nunca pueden darse por definitivamente clausuradas. El campo categorial de la Física fue planteado por Aristóteles en el siglo IV a.n.E., ampliado decisivamente por Newton en el siglo XVIII, y de nuevo desarrollado y expandido por Einstein a través del conocimiento de los sistemas de gravitación del Universo. Del mismo modo ha de reconocerse que el campo científico o categorial de la literatura fue planteado por Aristóteles en su *Poética*, desde los presupuestos de una primitiva teoría de la mimesis como principio generador del arte; fue superado durante la Ilustración y el Romanticismo por teorías que objetivaron el núcleo de la interpretación literaria en la figura del autor, para desplazarse a lo largo del siglo XX, cada vez de forma más sofisticada, hacia la obra literaria, en sí misma considerada, como la base interpretativa más segura, mediante el examen de las formas a partir de su valor funcional en el texto; solo en el último cuarto del siglo pasado la figura del lector se convierte, desde perspectivas netamente posestructuralistas, en el nuevo referente de la interpretación de los hechos literarios; pero solo en la actualidad, solo en

nuestros días, con la implantación y el reconocimiento del transductor, como intérprete capaz de construir e imponer *ante el lector* un significado institucional, político e histórico, de los materiales literarios, es posible hablar de forma rigurosa y gnoseológica de un cierre categorial en el ámbito de la Teoría de la Literatura. En consecuencia, solo a comienzos del siglo XXI la Teoría de la Literatura ha podido determinar o delimitar la totalidad de los términos fundamentales de su campo categorial: autor, obra, lector e intérprete o transductor. Gracias a la obra de Gustavo Bueno (1992) se ha podido aplicar a la Teoría de la Literatura (Maestro, 2017) la Teoría del Cierre Categorial.

En suma, como funtores nominativos o determinantes, las definiciones son procedimientos que forman —esto es, *determinan*— términos a partir de términos (T < T), bien por vía genética (el *Quijote* como obra literaria construida por Cervantes), bien por vía estructural (Dulcinea como invención de don Quijote). En consecuencia, toda definición contiene en su *definiens* los términos que científicamente delimitan o determinan el término que actúa como *definiendum*. Esta es la exigencia fundamental de la definición como figura gnoseológica de referencia en los modos de conocimiento científico inmanente. Y también ha de serlo por lo que se refiere a las definiciones que identifican, determinan, organizan, codifican, estructuran e interpretan los términos constituyentes del campo categorial o científico de la Teoría de la Literatura. En este sentido, las definiciones han de considerarse como una auténtica *tecnología*, capaz de *explicar* —en los límites de su propio campo categorial— nociones tan específicas como *Cervantes*, *Eneas*, *teatro*, *pentasílabo adónico*, *autor*, *soliloquio*, *cuaderna vía* o *Bildungsroman*. Las definiciones nos permiten gnoseológicamente, esto es, formal y materialmente, identificar, explicar e interpretar de forma operativa el significado, uso y función de la totalidad de los términos constituyentes de un campo categorial o científico. Toda definición exige siempre un sistema, es decir, un conjunto de términos categoriales organizados sistemáticamente. Solo de este modo es posible delimitar las coordenadas que hacen posible la definición científica o conceptual de los términos con los que se trabaja —se opera— material y formalmente. Por todo ello las definiciones han de contener en su *definiens* los términos que conceptualizan formal y materialmente el término que se define como *definiendum*. En síntesis, una definición es la conceptualización científica, a través de otros términos, de un término dado en un determinado campo categorial.

Toda teoría científica —y la Teoría de la Literatura no es una excepción— ha de establecer muy claramente cuáles son sus términos científicos fundamentales, es decir, cuáles son los términos que, formal y materialmente, constituyen su campo categorial, cerrado y delimitado, frente a otros campos categoriales distintos del suyo. Esta capacidad para identificar términos categoriales, es decir, para determinar gnoseológicamente el significado y la operatoriedad de tales términos, solo se alcanza mediante la *tecnología* de las definiciones, las cuales, en su desarrollo ontológico, van configurando y determinando el circuito del cierre categorial. Las definiciones describen un curso de construcciones que tiende a delimitarse en un cierre definido de términos, y que en el caso de las denominadas «ciencias humanas», o metodologías β -operatorias (Bueno, 1972, 1992), se mantiene relativamente estable.

Ahora bien, las definiciones, en su proceso de determinación o constitución de términos a partir de otros términos, actúan según cuatro procedimientos o modos diferentes de construcción. Formalmente, las definiciones se estructuran en *configuraciones científicas*. Materialmente, las mismas definiciones se construyen sobre *campos categoriales*, es decir, buscan sus términos en el ámbito de una determinada ciencia o categoría. Tomemos, en su aplicación a la Teoría de la Literatura, el siguiente cuadro propuesto por Bueno para explicar los cuatro procedimientos constructivos de las definiciones según la gnoseología del Materialismo Filosófico (Bueno *et al.*, 1987: 284; 1992). Se observa que en el eje de abscisas u horizontal es posible distinguir, según sus configuraciones científicas, las *Definiciones* y las *Redefiniciones*. Asimismo, en el eje de ordenadas o vertical, es posible clasificar las definiciones según el modo de actuar en un campo categorial dado, al distinguir entre campos científicos *autocontextuales* o *rectos* y campos científicos *heterocontextuales* u *oblicuos*. Al cruzar sendas modalidades se obtienen cuatro procedimientos diferentes de definición: *descriptivas* o *explicativas*, *estipulativas* o *regulativas*, *recursivas* y *operatorias*.

DEFINICIONES

<i>Campos / Configuraciones</i>	Definiciones	Redefiniciones
Autocontextuales o rectos	DESCRIPTIVAS	RECURSIVAS
Heterocontextuales u oblicuos	ESTIPULATIVAS	OPERATORIAS

Las *Definiciones* son configuraciones científicas o categoriales que definen los términos tomando como referencia causas, antecedentes, factores externos o coordenadas preexistentes a tales términos. Puede decirse que las *Definiciones* se caracterizan porque construyen *términos nuevos* a partir de *términos preexistentes*. Su desenlace principal es el neologismo, ampliando los términos —y los límites— del campo categorial allí donde es necesario. Instauramos el término *endecasílabo* (término nuevo) solo después de componer, es decir, de *operar*, con versos de once *sílabas métricas* (término preexistente).

Las *Redefiniciones*, por su parte, son configuraciones científicas o categoriales que definen los términos tomando como referencia consecuencias, efectos o resultados respecto a un término determinado y preexistente. Puede decirse que las *Redefiniciones* definen un término preexistente a través de términos igualmente preexistentes, de ahí su recursividad. Es la definición de *soneto* (término dado) como sucesión combinatoria de dos *cuartetos* (términos dados) y dos *tercetos* (términos dados). Las redefiniciones ejercitan sobre todo una estructuración o reestructuración de los términos identificados en el campo científico, verificando su solidaridad y coherencia en el sistema, y contextualizando a la vez su delimitación categorial en el circuito de cierre del campo científico.

Los campos científicos *Autocontextuales* o *rectos* son aquellos que se toman a sí mismos como referentes contextuales en la construcción de los términos que se definen. Son autocontextuales o rectas aquellas definiciones en las que el término del *definiendum* y los términos del *definiens* pertenecen al mismo campo científico o categorial. Es el caso, por ejemplo, de la definición de cuadrado como polígono de cuatro ángulos rectos. El término *cuadrado*, como los términos *polígono* y *ángulo recto*, pertenecen al mismo campo categorial o científico, la Geometría.

Los campos científicos *Heterocontextuales* u *oblicuos* son aquellos que toman como referentes contextuales de los términos que definen a términos de otros campos categoriales o científicos diferentes al propio. Son heterocontextuales u oblicuas aquellas definiciones en las que el término del *definiendum* y los términos del *definiens* pertenecen a campos científicos o categoriales diferentes. La definición de *metro* como la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre es heterocontextual, porque el término que se define —metro—, dado en el

campo categorial de la Física, se define precisamente en función de términos dados en el campo categorial de la Geometría (cuadrante, meridiano, esfera), o más precisamente de la Astronomía, en tanto que se atienen y se refieren a la configuración de un cuerpo celeste dado en el Universo, el planeta Tierra. Sin embargo, la definición de *metro* como distancia que recorre la luz en el vacío durante un intervalo de $1/299\,792\,458$ de segundo, enunciada en 1983 en la XVII Conferencia General de Pesas y Medidas (Resolución 1) del Bureau International des Poids et Mesures, será autocontextual o recta, al definir el concepto de metro, perteneciente al campo categorial de la Física, según términos que, como la Luz, corresponden igualmente al mismo campo científico, la Física.

A partir de estos criterios formales y materiales es posible distinguir y explicar gnoseológicamente los cuatro tipos de definiciones articuladas en el gráfico de Bueno, así como exponer su aplicación a la interpretación de los materiales literarios.

1. En primer lugar, definiciones *descriptivas o explicativas* son aquellas que definen términos nuevos a partir de términos preexistentes, con la particularidad de que unos y otros términos —el nuevo y los preexistentes— forman parte del mismo campo categorial. La definición de pentasílabo adónico como verso de cinco sílabas métricas con acento en primera y cuarta sílabas responde a estas características. Este tipo de definiciones suelen ser *endonímicas*, entendiendo por endonimia la formalización de un término según criterios materiales compartidos por otros términos pertenecientes a su mismo grupo o conjunto. Pentasílabo adónico es término procedente de la métrica, y tal como reza la definición anterior, los términos que lo definen pertenecen, diremos que endonímicamente, a su mismo campo categorial, la métrica. Un término endónimo será siempre un neologismo autocontextual. Las definiciones descriptivas o explicativas responden a un modelo que podría considerarse normativo o convencional en la historia de las definiciones científicas, según el cual el *definiens* contiene una explicación perifrástica y precisa del *definiendum*. Es el modelo al que también responden, con frecuencia, las definiciones lexicográficas.

2. En segundo lugar, son definiciones *estipulativas o regulativas* aquellas que definen términos nuevos a partir de términos preexistentes.

tes, los cuales proceden de un campo categorial distinto al del nuevo término definido. Este tipo de definiciones suelen ser *exonímicas*, entendiendo por exonimia la formalización de un término según criterios materiales compartidos por términos pertenecientes a un grupo o conjunto diferente al que pertenece el término exónimo que trata de definirse. Un exónimo será siempre un neologismo heterocontextual.

El concepto de cronotopo, introducido por Bajtín en la Teoría de la Literatura, procede de la combinación de nociones importadas de la Física, y que, preexistentes en ese campo categorial, el posestructuralista ruso utiliza y reinterpreta en el ámbito de la narratología para designar la formalización estética y poética del tiempo y el espacio en la novela, como materiales literarios históricamente desarrollados.

Ha de hacerse constar que los movimientos posestructuralistas supusieron un profundo desarrollo de exónimos en el ámbito de la Teoría de la Literatura, al intensificar de forma excesiva, en ocasiones incluso aberrante, la creación de neologismos, así como de términos importados de otras categorías científicas. En muchos casos esta importación terminológica no obedecía tanto a una necesidad o razón científica de la propia Teoría de la Literatura cuanto a una actitud pretenciosa o jactanciosa del crítico de turno, quien pretendía epatar de este modo a sus lectores u oyentes. Así es como innumerables autores posmodernos han abusado en las últimas décadas de este tipo de definiciones supuestamente estipulativas o regulativas, inventando términos nuevos en Teoría de la Literatura a partir de términos preexistentes en Física, Química o Mecánica cuántica, y desde la más visible ignorancia del significado de tales términos y conceptos en sus respectivas ciencias categoriales de procedencia²⁵. Ha habido en este sentido

²⁵ Hemos de insistir una vez más en que Sokal ha denunciado este uso abusivo, irresponsable y nesciente de términos pseudocientíficos: «Deleuze y Guattari son ellos mismos «filósofos aficionados», al menos en lo que respecta la filosofía de la física [...]. La enseñanza de las matemáticas en Estados Unidos es, con contadas excepciones, horrible [...]. Lyotard, un filósofo generalista cuya obra tiene que ver principalmente con la ética y la estética y que no posee ninguna competencia especial en física ni, de hecho, en ninguna otra ciencia de la naturaleza, se considera, no obstante, autorizado a pontificar en tono inapelable sobre la naturaleza del tiempo en la física y la astrofísica contemporáneas —algo que incluso un físico profesional o un filósofo de la física tendría reparos en hacer— sin dar ni una sola referencia bibliográfica. Para una crítica mordaz del «estrellato» intelectual de la Francia actual, véase Bouveresse (1999)

múltiples aberraciones, artículos y libros que han generado una ruidosa difusión de neologismos inútiles, mediante la proliferación de términos nuevos que operatoriamente no designaban ninguna realidad conceptual ni científica. En muchos casos se trataba —y se trata— de términos tomados de campos científicos que, como la Física cuántica, la Matemática o la Química organometálica, se importaban de forma completamente ignorante e irresponsable a los ámbitos de la crítica literaria, la teoría de la literatura, el psicoanálisis, la sociología, la hermenéutica o el simple comentario de texto, para simular de este modo un conocimiento o una interpretación tras la cual no había ni hay nada. El ejemplo más extremo de esta situación desembocó en el escándalo provocado por Alan Sokal, detalladamente expuesto en obras como *Imposturas intelectuales* (1997) y *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura* (2008)²⁶. La posmodernidad esgrime siempre una tendencia extrema a confundir y extraviar los significados técnicos de los términos científicos.

3. En tercer lugar, definiciones *recursivas* son aquellas que definen términos preexistentes —o ya definidos con anterioridad— a través de términos igualmente preexistentes, con la característica añadida de que unos y otros términos forman parte del mismo campo categorial. Este tipo de definiciones reproducen una relación de hiponimia e hiperonimia, de modo tal que el término *definiendum* es siempre hiperónimo o continente de los términos incluidos o englobados en el *definiens*, que actúa como hipónimo o contenido de aquel. Es el caso, por ejemplo de la hora como conjunto sucesivo de 60 minutos, del metro como sucesión lineal de 100 centímetros, de la escala cromática como con-

[...]. Cualquier lector que esté mínimamente al corriente de la física moderna —sea cual sea su ideología— se dará cuenta de que las afirmaciones de Derrida carecen por completo de sentido» (Sokal, 2008/2009: 92, 99, 102 y 105).

²⁶ El episodio que en 1996 protagonizó Alan Sokal (1997, 2008) al publicar en la revista —al parecer tan prestigiosa— *Social Text* su artículo titulado «Transgressing the Boundaries. Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity», que era una parodia de los disparates que la «filosofía» posmoderna estaba desplegando —y sigue desplegando— sobre las denominadas ciencias humanas y ciencias naturales, es un hecho que, por su propia naturaleza, debería haber desacreditado para siempre al mundo académico que se inspira en tales criterios de selección y evaluación investigadora.

junto ascendente o descendente de doce tonos musicales dispuestos en una octava, de la corchea como figura musical equivalente a ocho semifusas, o de la mano humana como órgano anatómico dotado de pentadactilia (la mano como continente de cinco dedos), etc... En todas estas definiciones, los términos —*definiendum* y *definiens*— pertenecen al mismo campo categorial (Física, Anatomía, Música...), y el *definiendum* funciona como hiperónimo del *definiens* o hipónimo. Es característica común a toda definición recursiva, desde el momento en que los términos que constituyen el *definiens* (los minutos) son un subconjunto o subclase recurrente del *definiendum* (la hora).

4. En cuarto lugar, son definiciones *operatorias* aquellas que se sirven de un término preexistente, dado en un campo científico diferente al suyo, para definirlo como un término nuevo que resulte operativo en su propio campo categorial, dentro del cual se impone como neologismo plenamente operatorio. Las definiciones operatorias son siempre resultado de una *traslación*, en virtud de la cual un determinado campo científico amplía la operatoriedad de sus términos por importación gnoseológica de términos procedentes de otros campos categoriales²⁷.

Las definiciones *operatorias* no definen —hablando con rigor— términos completamente nuevos, sino que definen como «nuevos» (dentro de un campo categorial) términos preexistentes (en otro campo categorial). Los términos preexistentes pertenecen originariamente a otro campo categorial, ajeno y diferente al nuevo campo, y son objeto de importación a este nuevo campo científico, dentro del cual sirven ontológica y gnoseológicamente al despliegue de nuevos términos, relaciones y operaciones.

En este sentido, puede afirmarse que las definiciones operatorias lo son siempre de términos resultantes de una importación de un campo categorial a otro, donde resultan redefinidos conforme a la adquisición de un nuevo valor operatorio. Así, por ejemplo, el término *difracción* se utiliza en Mecánica cuántica a partir de un uso que originariamente procede de la Óptica, de donde es importado para designar operatoria-

²⁷ A Percy W. Bridgman corresponde, en su obra *The Logic of Modern Physics* (1927), la introducción de las denominadas definiciones operativas, que Gustavo Bueno (*et al.* 1987; 1992) recupera en su Teoría del Cierre Categorial y que aquí reinterpretamos desde la Teoría de la Literatura y aplicamos a los materiales literarios.

mente el comportamiento de determinados fenómenos físicos, interpretados ahora, en su nuevo campo categorial, a escala microscópica, respecto al desvío que determinado tipo de ondas experimenta al interactuar con un obstáculo. El concepto de difracción no será nuevo en Física, pues ya era operatorio en Óptica, pero sí será objeto de una *nueva interpretación operatoria* en el campo categorial de la Mecánica cuántica. Del mismo modo, el término *polifonía*, procedente de la escritura y teoría musicales de la Edad Media y Renacimiento, penetra en la Teoría de la Literatura de la mano de Bajtín (1965, 1975) y su teoría de la novela.

Lo mismo cabe decir del concepto de *transducción*, procedente de la Biogenética, y que adquiere en la Teoría de la Literatura un extraordinario potencial operatorio. El vocablo *transducción* procede del latín *transductio*, *-tionis*, cuyo sentido era el de *transmisión* (*ducere*, «llevar») de algo *a través de* (*trans*) un determinado medio que actúa sobre el objeto, provocando en él ciertas transformaciones. *Transductor* sería, pues, el agente que transmite o lleva (*ductor-oris*) un objeto que por el hecho mismo de ser transmitido es también transformado, como consecuencia de la fricación o interacción con el medio *a través* (*trans*) del cual se manifiesta. Como cultismo latino, el uso romance del término se debe en primer lugar a las ciencias naturales, y no a las ciencias humanas. La transducción designa en Bioquímica la transmisión de material genético de una bacteria a otra a través de un bacteriófago; la transducción genética exige que un pequeño fragmento del cromosoma bacteriano se incorpore a la partícula de fago, la cual, cuando infecta a una nueva célula, le inyecta no solo su propia dotación genética, sino también material genético del primitivo huésped. El fenómeno fue descubierto en 1952 por el biólogo y estudioso de genética médica J. Lederberg, premio Nobel de Medicina y Fisiología (1958), en colaboración con el genetista N. D. Zinder, quienes dieron el nombre de transducción a este mecanismo de transmisión genética en las bacterias a través de los bacteriófagos. En 1986 L. Dolezel se sirve del concepto de transducción en su artículo «Semiotics of Literary Communication», para designar los procesos de transmisión dinámica (intertextualidad, transferencia intercultural, recepción crítica, parodia, tradición, readaptaciones...) de que pueden ser objeto las obras literarias. En 1994 dediqué una monografía al concepto de transducción, que desde entonces quedó incorporado a la reinterpretación que a partir del Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura se ha hecho de la se-

miología literaria (Maestro, 1994, 1996, 2000, 2002, 2007b). El reconocimiento de la transducción supuso además la culminación circularista del cierre categorial de la Teoría de la Literatura como ciencia, al identificar en el *transductor* o intérprete el cuarto y último —hasta el momento— término fundamental de la ontología literaria, junto con el autor, la obra y el lector. De este modo, la noción de transducción se convierte en un término operatorio en el campo categorial de la Teoría de la Literatura, como resultado de la importación que experimenta desde la Bioquímica, al ser redefinido operatoriamente, y de forma recursiva, en un campo oblicuo (Teoría de la Literatura) respecto al campo categorial genuino (Biogenética) y primitivo.

1.2.2. Clasificaciones

Las *Clasificaciones* son procedimientos *estructurantes* o *constituyentes*, es decir, dan lugar a Términos a partir de Relaciones ($T < R$). Es la forma habitual de desplegar teorías constructivistas o estructuralistas, como es el caso de una Teoría de los Géneros Literarios (Maestro, 2009), de modo que términos como *novela*, *tragedia* o *elegía lírica* se establecen, respectivamente, tras relacionar de forma conceptual y crítica materiales literarios muy diversos, como *Don Quijote de la Mancha*, *Les misérables* o *Die Leiden des jungen Werther*, en el primer caso; *Edipo, rey* de Sófocles, *La Numancia* de Cervantes o *En attendant Godot* de Samuel Beckett, en el segundo; y *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, *Le Lac* de Lamartine o *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* de Lorca, en el tercero.

En consecuencia, las clasificaciones, como funtores estructurantes o constituyentes, son procedimientos que, a partir de relaciones pre-existentes, dadas entre términos del campo categorial de una ciencia, permiten establecer términos nuevos, simples o complejos, dentro del sistema o categoría que constituye el campo gnoseológico de referencia, hasta agotar todas las operaciones posibles, y alcanzar de este modo el límite del cierre categorial. Las clasificaciones, en suma, tendrán una dimensión holótica, de modo que movilizarán la totalidad de los términos *esenciales* (intensionales o genéricos), *integrantes* (extensionales o específicos) y *distintivos* (individuales o singulares) que constituyen y estructuran el campo categorial de una determinada ciencia.

Así es como las clasificaciones organizan los términos de una categoría en *clases* y *subclases*, es decir, en *géneros* y *especies*, los cuales dan cuenta de las *partes* que constituyen la *totalidad* categorial. Las clasificaciones, como modo científico inmanente, disponen, en el ámbito de la interpretación de los materiales literarios, que los términos constituyentes del campo categorial o científico de la literatura puedan organizarse en clases, esto es, en *géneros*, *especies* e *individualidades*, hasta cerrar —sin clausurar— el proceso de su construcción o constitución categorial en el ámbito de una Teoría de la Literatura. De hecho, la clasificación es la figura gnoseológica que sirve de fundamento a una teoría de los géneros literarios. Las clasificaciones permiten definir el *género* como el conjunto de características comunes que pueden identificarse gnoseológicamente, es decir, según criterios formales y materiales, entre las partes que constituyen una totalidad. En consecuencia, los *géneros literarios* serán los diferentes conjuntos de características comunes que podrán identificarse según criterios gnoseológicos, esto es, material y formalmente, entre las *partes* o *especies* que constituyen la totalidad de las *obras literarias* reconocidas como tales (Maestro, 2009).

Ahora bien, desde el punto de vista de estos criterios, aceptamos —siguiendo a Bueno (1992)— que las *clasificaciones* permiten construir Términos nuevos a partir de Relaciones preexistentes [$T < R$], con arreglo a dos coordenadas: el *orden* o construcción y la *relación* o estructuración de las partes respecto al todo en el cual estas se integran y actúan. Desde el punto de vista de la ordenación o construcción de las partes en un todo, el orden será *ascendente* o *descendente*. A su vez, desde el punto de vista de la relación o estructuración de las partes en el todo, su relación será *atributiva* o *distributiva*.

1. En primer lugar, según el criterio de ordenación o construcción, las clasificaciones pueden ser *ascendentes*, si van de las partes hacia el todo, o *descendentes*, si por el contrario van del todo hacia las partes.

1.1. En el primer caso —orden ascendente— las partes son preexistentes al todo, cuya conformación postulan y consuman, como paradigma hacia el que pretenden estructurarse y consolidarse. El todo actuaría aquí como un término nuevo, constituyente, a partir de la relación entre partes que lo han hecho conceptualmente posible. El

caso más común es el de los *agrupamientos*: partes diferentes se unen para integrarse en una misma totalidad. Piénsese que el agrupamiento sucesivo de dos cuartetos y dos tercetos, en tanto que partes conectables entre sí, da lugar a una estructura métrica más amplia y compleja, que funciona como una totalidad cuyo término conceptual es *soneto*. Cuartetos y tercetos se unen entre sí constituyendo un todo superior que actúa como paradigma que los contiene y los explica desde una nueva forma métrica resultante. En las ordenaciones ascendentes, las partes son siempre términos preexistentes, los cuales, debidamente relacionados, generan un término más amplio y complejo que envuelve a los primeros en una totalidad nueva y emergente. Términos como *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache* o *La pícara Justina*, pueden agruparse como partes constituyentes o integrantes de un todo denominado conceptualmente «novela picaresca». El término *novela picaresca* se introduce en el campo categorial de la interpretación literaria solo después de la escritura, publicación e interpretación de obras como las antes mencionadas, al margen de los precedentes que, *a posteriori*, puedan haberse rastreado en la historia de la literatura.

1.2. En el segundo caso —orden descendente— el todo es preexistente a las partes, de modo que estas últimas pueden llegar a desprenderse de él, a través de procesos dados en el tiempo y en el espacio, en la Historia y Geografía literarias, políticas, económicas, sociales... Las partes actuarían aquí como un término nuevo, que adquiere, frente al todo del que inicialmente forman parte, una estructura propia, la cual tiende a consolidarse de forma cada vez más específica —como una auténtica *diferencia específica*—, desde la que acabará por postularse una nueva totalidad, independiente de la primigenia. La parte actuará como un germen de independencia respecto a un todo original y matriz. En este contexto, el caso más común es el de los *desmembramientos*: partes o términos procedentes de una misma totalidad o matriz generan *diferencias específicas*, las cuales desembocan en una emancipación frente al todo original o preexistente. En el terreno político e ideológico, es el procedimiento que actualmente pretenden seguir los nacionalismos secesionistas frente al Estado español. En el ámbito de la interpretación de los materiales literarios, cabe hablar de *desmembramiento* siempre que un elemento literario, sometido a determinadas relaciones y operaciones, dé lugar a un nuevo término a través de un desarrollo

genológico partitivo, es decir, por desenvolvimiento o crecimiento *diferencial* de una de las *especies* —el aprendizaje, por ejemplo— de su *género* —la novela—, lo que daría lugar al nacimiento de un nuevo género: *Bildungsroman*. De este modo, por ejemplo, en la *Iliada* no solo está contenido el origen de la épica románica, sino también buena parte de lo que pocos siglos después será la tragedia griega clásica —la muerte del héroe—, así como el referente más temprano de toda elegía literaria, el *planto* por la pérdida de un ser querido. Del mismo modo puede reconocerse en la *Odisea* no solo el relato de un regreso, sino sobre todo la esencia de lo que tiempo después será el esquema genológico de la novela bizantina o de aventuras. *El asno de oro* de Apuleyo contiene intensionalmente el germen de la novela fantástica y del relato maravilloso, que emana de las fábulas milesias y que con todas las transformaciones genológicas que pueden señalarse llega incluso hasta nuestros días, a través de la experiencia decisiva de las literaturas europeas del Renacimiento, el Barroco y el Romanticismo. El entremés, como subgénero o subespecie del teatro cómico de los Siglos de Oro españoles, constituye un ejemplo destacadísimo de desmembramiento de la *comedia nueva*, de cuyos entreactos se desliga, hasta alcanzar un protagonismo autónomo en sus diferencias específicas de extensión, concentración y síntesis de comicidad crítica.

Resulta fácilmente observable constatar que, en el caso de los materiales literarios, las clasificaciones que siguen un orden o construcción ascendente se orientan a identificar y definir obras literarias en función del género y de sus rasgos genéricos de analogía: *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache* y *La pícara Justina* como novelas en las que es posible identificar rasgos genéricos propios de la «novela picaresca». Sin embargo, las clasificaciones que siguen un orden o construcción descendente ponen de manifiesto de forma explícita no tanto los rasgos genéricos de la obra en cuestión, sino sus *diferencias específicas* frente al género de procedencia: la *Iliada* como referente de la tragedia griega o de la elegía medieval, la *Eneida* como modelo del viaje prototípico de la novela bizantina, o como expresión literaria del *descensus ad inferos* o mundo de ultratumba, de amplias repercusiones intertextuales, desde la *Divina commedia* dantina hasta el adentramiento cervantino de don Quijote en la Cueva de Montesinos. Por esta razón es posible hablar de *tipologías* para referirse a las clasificaciones que siguen una ordenación ascendente y de *taxonomías* para explicar las clasificaciones que desa-

rollan una ordenación descendente. Como veremos, las primeras o ascendentes —tipologías— responden a un modelo plotiniano, que busca el origen del género en un tronco de procedencia común (el todo genuino del que proceden las partes), mientras que las segundas o descendentes —taxonomías— siguen un modelo porfiriano, que describe las *diferencias específicas* a través de ramificaciones o arborescencias (las partes diferentes y diversas de un todo otrora compartido), en tanto que ramas que brotan o son consecuencia de un primitivo tronco común. Las tipologías responden a una troncalidad, a un linaje o *género* propio, cuya genealogía se rastrea retrospectiva o retrogresivamente; las taxonomías, sin embargo, se manifiestan a través de arborescencias, en el desarrollo de *diferencias específicas*, y su genealogía se despliega de forma progresiva. Dicho de otro modo: las tipologías subrayan la evolución de las cualidades genéricas (siguen el modelo de las esencias plotinianas); las taxonomías responden a la transformación de las cualidades específicas (siguen el modelo de las esencias porfirianas).

2. En segundo lugar, según el criterio de relación o estructuración, las clasificaciones pueden ser *atributivas* (nematológicas), si cada parte del todo desempeña una función propia y específica —atributiva, diríamos— dentro de él, de modo que sus propiedades son insustituibles y únicas; o *distributivas* (diaiológicas)²⁸, si por el contrario las partes que forman el todo son isovalentes, equivalentes o iguales entre sí, de modo que ninguna de ellas posee características propias ni diferencias específicas, porque en todas ellas los rasgos genéricos se distribuyen por igual (y las diferencias específicas, o bien no se consideran, o bien son irrelevantes). Se observará inmediatamente que de las totalidades atributivas, determinadas por contener partes portadoras de *diferencias específicas*, brotarán tarde o temprano, como resultado de relaciones y operaciones varias, nuevos términos, que habrán de generar *agrupamientos* (el *Quijote* como aglutinación o amalgama de múltiples géneros literarios anteriores a Cervantes, y que cristalizarán en la novela moderna) o *desmembramientos* (el entremés como género cómico bre-

²⁸ Tal como explica Bueno (1992), las totalidades que integran o constituyen las clasificaciones pueden ser atributivas (partitivas o nematológicas, relativas al concepto estoico de *merismos*, traducido al latín como *partitio*) o distributivas (divisorias o diaiológicas, relativas al concepto estoico de *diairesis*, traducido al latín como *divisio*).

ve emancipado de la estructura originaria de la *comedia nueva* aurisecular, de la que en un principio era parte integrante o extensional).

2.1. En el primer caso, en las totalidades atributivas o nematológicas, las partes son heterovalentes, de forma que cada parte desempeña en el todo una función específica, irremplazable y en cierto modo única. La relación entre las partes es asimétrica. Los términos partitivos (atributivos) se interpretan en virtud de su heterovalencia. En las totalidades atributivas, las partes se agrupan en función del género y se desmembran en función de la especie.

Así pues, siguiendo a Bueno (1992), consideramos las categorías atributivas o nematológicas como totalidades constituidas por partes relacionadas entre sí no solo formalmente, sino también funcionalmente. Cada parte participa en el todo desempeñando una función específica e intransferible, esto es, una función atributiva, de modo que si una parte se suprime o altera, el todo resultará decisivamente transformado, o incluso destruido. Las partes —u órganos— del cuerpo humano hacen de este una categoría o totalidad atributiva, desde el momento en que las funciones del hígado no pueden ser sustituidas por las que desempeñan el corazón o el aparato auditivo. Cada parte, o cada órgano, desempeña una función específica o atributiva en el momento de su participación en el todo. Las categorías atributivas son las que Plotino (*Enéadas*, VI, I, 3) concebía como «géneros» en sentido estricto, con objeto de designar series evolutivas globales.

2.2. En el segundo caso, en las totalidades distributivas o diaiológicas, las partes son isovalentes, de manera que la funcionalidad de las partes en el todo es equitativa y en cierto modo idéntica. No hay diferencias de valor entre ellas, pues mantienen entre sí relaciones simétricas. Los términos divisos (distributivos) se interpretan en virtud de su isovalencia. En las totalidades distributivas, las partes se retrotraen tipológicamente en función del género (el tipo o tronco común) y se despliegan taxonómicamente en función de la especie (mediante ramificaciones, arborescencias o taxones).

En consecuencia —siguiendo a Bueno (1992)—, las categorías distributivas o diaiológicas son totalidades constituidas por partes relacionadas entre sí formalmente. Cada parte participa en el todo sin desempeñar una función específica e intransferible, de modo que una

parte puede ser sustituida por otra cualquiera sin que el todo experimente alteraciones sistemáticas. Si agrupamos un conjunto de cerillas en diferentes cajas, es indiferente qué cerilla se sitúe en cada caja, dado que todas las cajas contendrán cerillas organizadas distributivamente, sin función distintiva alguna. Porfirio concebía las categorías distributivas como «géneros supremos». Todas las teorías de los géneros literarios que siguen el modelo porfiriano incurren inevitablemente en la concepción de la literatura como una totalidad distributiva, de modo que sus diferentes géneros se ramifican en diversas especies, cada una de las cuales a su vez es objeto de sucesivas arborescencias, desmembraciones o descomposiciones.

Si cruzamos la totalidad de las características que acabamos de exponer, el resultado es el siguiente cuadro, que da lugar a cuatro tipos de clasificaciones (Bueno *et al.*, 1987: 280 ss; 1992: I, 141 ss), cuya utilidad en la interpretación de los materiales literarios es extraordinariamente relevante, en particular por lo que respecta a una teoría de los géneros literarios.

CLASIFICACIONES

<i>Orden / Relación</i>	Atributiva	Distributiva
Ascendente	AGRUPAMIENTOS	TIPOLOGÍAS
Descendente	DESMEMBRAMIENTOS	TAXONOMÍAS

1. Los *Agrupamientos* son clasificaciones *ascendentes atributivas*, es decir, tienen como punto de partida una serie de partes o términos preexistentes que se disponen para constituirse en una totalidad, la cual podrá identificarse conceptualmente como un nuevo término dado en el campo categorial o científico. En los agrupamientos, las partes se conciben como preexistentes al todo. Los términos partitivos se unen entre sí constituyendo un todo, que actúa como paradigma que las explica y las contiene. De este modo, la totalidad resultante se constituye como paradigma de unión entre partes o términos preexistentes a él. Esta preexistencia de la que hablamos se da en un terreno meramente fenomenológico, puesto que si nos retrotraemos al ámbito de las esencias, confirmamos que la totalidad paradigmática constituida por tales agrupamientos constituye por sí misma una referencia constante. Dicho en

términos empíricos: tras la apariencia de dos cuartetos y dos tercetos subyace la esencia de un soneto. Por su naturaleza ascendente, los agrupamientos, al igual que las tipologías, tienen una orientación regresiva, inductiva, empírica, destinada a la reconstrucción de una totalidad que explica *esencialmente* las diferentes partes *fenomenológicamente* contenidas en ella, y que se manifiestan empíricamente, a nuestros sentidos, como preexistentes al todo que las hace posibles. Cuartetos y tercetos son, en términos métricos, precursores del soneto como forma estrófica.

Las clasificaciones basadas en agrupamientos dan lugar a nuevas concepciones de totalidades enterizas (soneto) a partir de partes fenomenológicamente preexistentes (cuartetos y tercetos). Diríamos que las partes son fenoménicas, y a su través, retrospectivamente, la esencia del todo se hace legible y visible a los sentidos. De hecho, los agrupamientos permiten interpretaciones de carácter global y holístico, solo posibles una vez que empíricamente se han identificado todos los términos constituyentes de un vasto campo categorial, es decir, solo después de que, mediante un *regressus* hacia las esencias, el mundo de los sentidos recupera una totalidad que antes le resultaba inaccesible por inapreciable. La clasificación de las áreas terrestres en cinco continentes solo es factible después de haber ocupado territorialmente, y cartografiado geográficamente, la totalidad de las masas continentales efectivamente existentes, con el subsiguiente coste en recursos humanos, financieros e industriales. Es evidente que los cinco continentes existían físicamente antes de ser descubiertos y ocupados por el ser humano, sin duda, pero su existencia no era conceptual, es decir, científica, porque no era geográfica, ni histórica, ni económica, ni lingüística, etc., al no haber sido intervenida ni registrada por los conocimientos de estos ámbitos categoriales, de construcción exclusivamente humana y tecnológica. La Geografía, la Historia, la Economía, la Lingüística..., son ciencias o categorías que solo existen cuando el ser humano *opera* con ellas.

En el caso de la literatura, ha de advertirse que el *Quijote* es una novela en la que se produce un extraordinario agrupamiento de géneros literarios preexistentes a la obra cervantina: novela bizantina o de aventuras, literatura epistolar, libros de caballerías, fábulas milesias, literatura fantástica, relatos maravillosos, novela cortesana de estilo renacentista italiano, literatura sapiencial y parenética, novela autobiográfica, relatos picarescos, escenas entremesiles, secuencias costumbristas, novela morisca, cuentos populares, variedad de poesía lírica y de

formas teatrales, entre ellas la del *teatro épico*, en el episodio del retablo de Maese Pedro, etc... De forma original y única en su tiempo, Cervantes aglutina o *agrupa* cada uno de estos términos —o partes genológicas— en la construcción de una totalidad de géneros literarios cuya repercusión y potencia no ha sido superada aún hoy en día. Y hasta tal punto Cervantes es artífice de este logro que el *Quijote* puede definirse como una novela que contiene en sí misma todos los géneros literarios posibles, es decir, que puede definirse como una *novela de géneros y especies* (Maestro, 2009). El *Quijote* constituye, sin reservas, la demostración estética de mayor envergadura conocida por lo que a un *agrupamiento* de géneros literarios se refiere.

2. Los *Desmembramientos* o *descomposiciones* son clasificaciones *descendentes atributivas*, es decir, que en ellas el todo enterizo se dispone como premisa o punto de partida del que se segmentan, desprenden o segregan determinadas partes, con la pretensión o consecuencia de constituirse ellas mismas en nuevas totalidades. En los desmembramientos, el todo se concibe como preexistente a las partes. Las relaciones de *oposición*, *absorción* o *inserción*, observables entre las partes o términos de un sistema concebido como agrupamiento, dan lugar aquí a relaciones de *descomposición*, *segregación* o *deserción*, en un conjunto sometido a desmembramientos. Como se ha señalado más arriba, si las partes o términos de un todo se agrupan en función del género, esas mismas partes o términos, en su proceso de desmembración o deserción del género, se segregan de él en función de la especie. Concretamente, en función de sus *diferencias específicas*. En su progresión descendente, los desmembramientos siguen un criterio porfiriano, frente al criterio plotiniano de los agrupamientos ascendentes.

Así como los agrupamientos subrayan el valor atributivo de las partes intensionales o esenciales del todo hacia el que se configuran —sus términos genéricos, diríamos—, los desmembramientos son clasificaciones que permiten reconocer de forma prioritaria el valor atributivo de las partes integrantes o extensionales de un todo preexistente, la cuales, a través de relaciones y operaciones cuya naturaleza habrá de explicarse, adquieren un estatuto propio, como términos originales del campo categorial de referencia, en tanto que nuevas partes intensionales y/o esenciales de una nueva totalidad alternativa a la anterior, o independiente de ella.

La clasificación del globo terráqueo en dos hemisferios puede concebirse como un desmembramiento. Los *cortes* de Dedekind (1893), en tanto que clases o conjuntos de números racionales (frente a números irracionales) que construyen formalmente conjuntos de números reales (rationales [positivos, negativos y 0] e irracionales), son ejemplo paradigmático de desmembramientos, sobre los que se fundamenta además el análisis de la matemática no algebraica o finitesimal.

En el ámbito de los materiales literarios, será posible hablar de desmembramientos siempre que se consideren los diferentes géneros literarios que brotan de obras preexistentes, como por ejemplo la *Iliada*, la *Odisea*, la *Eneida*... , como partes de una totalidad troncal o genuina (la épica grecolatina) que da lugar a lo largo de la historia literaria posterior a nuevas obras y creaciones literarias constituyentes de nuevos géneros literarios: la tragedia griega, la épica románica, la elegía lírica, la novela bizantina o de aventuras, la literatura fantástica, las novelas de caballerías... La parte de un todo preexistente se emancipa y desarrolla hasta constituirse en un término literario propio, esto es, en una nueva totalidad, desencadenante de nuevos géneros o especies literarias. La estructura, en su desarrollo histórico y operatorio, supera la génesis. Las ramas dejan atrás el tronco. Las especies genológicas originales se convierten en nuevos géneros que amplían progresivamente las trayectorias de su genealogía literaria.

Es el caso de los pasos o entremeses, desmembrados de la *comedia nueva*, o el de los autos sacramentales, segregados a su vez de las procesiones auriseculares del *Corpus Christi*. Lo mismo cabe decir del nacimiento de la novela epistolar, como resultado del desmembramiento o independencia de la carta frente al contexto de la literatura parenética o moralizante, como forma narrativa específica, que acaba por exigir un género literario propio y exclusivo para su desarrollo paradigmático o incluso canónico en la literatura europea, a través de autores como Diego de San Pedro, Juan de Segura, Samuel Richardson, Rousseau, Jane Austin, José Cadalso, Luis Gutiérrez, Goethe, Ugo Foscolo, Juan Valera, Pérez Galdós, Camilo José Cela... Asimismo, las formas puras de teatro, como pueden ser la comedia y la tragedia del clasicismo grecolatino, en las que lo trágico y lo cómico estaban canónicamente separados, constituyen ejemplos de desmembramientos o descomposiciones por lo que respecta a una totalidad —la realidad de vida humana— de la que se sustraen de forma discriminada en el teatro, a

fin de expresar separadamente una estética y una poética del arte trágico o del arte cómico, pero no de ambos mezclados, muy al contrario del modelo que seguirá en la literatura barroca española el teatro lopesco y su concepción de la *comedia nueva*, cuyo objetivo es precisamente, como Cervantes en la novela, el *agrupamiento* de géneros opuestos, antinómicos, e incluso dialécticos (mezcla de lo trágico y lo cómico, ruptura de las unidades clásicas de tiempo, espacio y modo, multiplicidad y simultaneidad de acciones, etc.) Adviértase que hay autores y épocas literarias caracterizados por su tendencia al *agrupamiento* de géneros y especies preexistentes a ellos (Juan Ruiz, Dante, Rabelais, Cervantes, Lope, Goethe, Wagner y su concepto de obra de arte total...), frente a otros que tienden precisamente al desmembramiento de géneros o totalidades preexistentes, a fin de desarrollar o potenciar las diferencias específicas de tales o cuales géneros o especies (Gonzalo de Berceo y la literatura religiosa, Sannazaro y la novela pastoril del Renacimiento, Tirso y Calderón como continuadores terminales del teatro lopesco, Ducasse en *Le chants de Maldoror*, Valle en la estética del esperpento, Huidobro en el creacionismo, Borges en el ultraísmo, Marinetti en el futurismo, Mompou en el minimalismo musical...).

3. Las *Tipologías* son clasificaciones *ascendentes distributivas*, es decir, proceden retrospectivamente, reconstruyendo los rasgos del género o totalidad a partir de los rasgos de las especies o partes. Toda tipología pretende restablecer una troncalidad, que trata de configurarse y recuperarse a partir no de sus raíces —que constituirían su *genealogía* más temprana, su gen primigenio, su fundamento—, sino de sus ramificaciones o arborescencias —que constituyen su *genología*, es decir, su teoría de los géneros—, las cuales se toman como punto de partida. Un análisis tipológico analizaría el árbol a partir de sus ramas para —retrotrayéndose— explicar sus raíces. Para ello, las tipologías buscan las semejanzas entre las partes o términos partitivos, a fin de identificar el género o *gen* común a todas ellas. Las tipologías se fundamentan siempre en una genealogía —tal es su objetivo—, que trata de explicarse e interpretarse retrospectivamente, esto es, desde sus manifestaciones fenomenológicas hasta sus esencias estructurales y originarias. En las tipologías, las partes se combinan entre sí en busca del género o tronco común: distribuyen las partes o términos —*tipos*— de una to-

talidad en función del género al que evolutiva y genealógicamente pertenecen y del que proceden. Su esquema es plotiniano y genérico (troncal).

En consecuencia, su objetivo es el todo, y su premisa son las partes isovalentemente consideradas, a fin de restaurar el tronco común de procedencia de todas ellas. Las tipologías postulan un rastreo evolutivo, una genealogía, en suma. La combinación de las partes sustenta y objetiva un tronco compartido y genuino. Puede decirse que toda tipología apunta siempre a los *genes* de los términos relacionados. De hecho, las tipologías clasifican las cualidades genéricas de un todo, es decir, dan cuenta de las características comunes de las partes intensionales, integrantes y distintivas que constituyen una totalidad. Las tipologías objetivan lo que tienen en común términos que, siendo diferentes, proceden de una misma matriz, tronco o género (*términos autotéticos*). Y definen el género de tales términos (autotéticos) tomando como referencia aquellas analogías específicas que avanzan o se transforman preservando o conservando los rasgos evolutivos del género o tronco común. Los *tipos* son términos que, procediendo de un mismo tronco, linaje o género común que los explica y origina, se diferencian ulteriormente entre sí (al igual que pueden hacerlo dos o más hermanos biológicos).

La clasificación biológica de los seres vivos según el modelo de géneros y especies —de la que se servirá Linneo en pleno siglo XVIII— sigue el paradigma de la clasificación porfiriana (*taxonomía*), y constituye por excelencia y referencia el criterio clasificatorio, desde Aristóteles hasta Hegel, de todas las teorías que se han planteado hasta el presente sobre los géneros literarios. De todas excepto la que hemos formulado desde el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura (Maestro, 2009), que sigue el modelo inverso al porfiriano, esto es, la clasificación plotiniana (*tipología*), al considerar el género literario desde el punto de vista de las cualidades genéricas evolutivas y transformativas, a través de los conceptos de núcleo, cuerpo y curso. En nuestra teoría, basada en el Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno, se ha considerado el género literario como tipo o *philum*, no como rama o taxón. Se ha seguido el criterio del agrupamiento retroactivo hacia la esencia genealógica, a partir de los desmembramientos resultantes de ramificaciones o arborescencias genológicas progresivas. A partir de las supuestas ramas y diferencias específicas, nos hemos retro-

traído a la esencia troncal o efectiva. Hemos partido de los *taxones* establecidos para identificar los *tipos* originales.

La clasificación de biotipos de Ernst Kretschmer, en su obra *Constitución y carácter* (1951), responde al modelo de una tipología, al ser ascendente y distributiva. Lo mismo cabe decir de la tipología de los personajes de la *commedia dell'arte* (Colombina, Arlequín, Pantaleón, el Doctor, el Capitán, Brighella, Polichinela...), o de la *comedia nueva* lopesca, tal como la expone José Prades (1963), o el propio Lope en su *Arte nuevo* (1609) (dama, galán, rey, gracioso, villano, noble, padre...), tipología cuyos personajes solo se explican genuinamente por su pertenencia y procedencia genérica (*commedia dell'arte*, *comedia nueva*...)

Lo que demuestra ante todo la concepción plotiniana de los géneros literarios —concepción esencial en una Teoría de la Literatura de fundamento materialista— es que la *esencia* de los géneros es cambiante históricamente, y no inmutable ni eterna. Ni siquiera eviterna. La esencia de un género literario es una realidad sometida a múltiples relaciones e interacciones dialécticas, a través de las cuales se *distribuye* en diferentes especies, desplegándose en un cuerpo ontológico y en un curso histórico, el que constituyen los diferentes y múltiples materiales literarios. Habrá que partir, pues, de su desarrollo fenomenológico —de sus ramificaciones y arborescencias— para identificar y recuperar su tronco genealógico allí donde corresponda interpretarlo. Este es el modelo de las esencias plotinianas y el itinerario de las *tipologías*, consideradas como clasificaciones ascendentes y distributivas.

4. Las *Taxonomías* son clasificaciones *descendientes distributivas*, es decir, proceden progresivamente, desplegando los rasgos distintivos de las especies o partes, esto es, sus diferencias específicas frente al género común. Las taxonomías proceden por deducciones progresivas y dicotómicas —del tipo *bipedo implume*—, cuyo resultado es la división, sección o fragmentación en partes específicas de una totalidad preexistente que se toma como punto de partida. Toda taxonomía pretende establecer una arborescencia, que se articula a partir de un tronco común. La taxonomía da cuenta de una estructura que rebasa su génesis. Para ello busca las diferencias dicotómicas entre las partes o términos partitivos, a fin de subrayar sus disociaciones respecto del género o *gen* común a todas ellas. Las taxonomías se exhiben siempre a través de una genología, es decir, de una teoría de géneros y especies, que trata de

explicarse e interpretarse progresivamente, esto es, desde sus consecuencias fenomenológicas y resultados estructurales. En las taxonomías, las partes se segregan entre sí en busca de sus diferencias específicas. De este modo, las partes o términos —*taxones*— de una totalidad se distribuyen en función de la especie que genológicamente trata de justificarse como una cualidad o rasgo específico. Su esquema es porfiriano y específico (divisivo).

En suma, el objetivo de las taxonomías no es el todo, sino las partes que lo constituyen y, en particular, *transforman* a través de diferencias específicas. De este modo, las taxonomías prestan máxima atención a la diferencia específica, es decir, a las transformaciones que desencadenan el desarrollo de las partes integrantes o extensionales de una totalidad, frente al conservadurismo o preservación que se arrojan las partes intensionales o esenciales de la misma totalidad, las cuales constituyen el objetivo de las tipologías, como acabamos de ver. Por su parte, las taxonomías despliegan arborescencias progresivas, no retrospectivas. Se alejan del tronco común para incidir en la diferencia específica, esto es, en la diferencia particular de las distintas especies del género. Toda taxonomía apunta siempre a las diferencias específicas y antinómicas, fragmentadas en dicotomías porfirianas (*bipede implume*), de los términos relacionados. De hecho, las taxonomías clasifican las cualidades partitivas de un todo, es decir, dan cuenta de las diferencias específicas de las partes extensionales o integrantes, y de las partes individuales o singulares, de una totalidad. Insisten en las cualidades específicas, frente a las cualidades genéricas.

Las taxonomías ponen de manifiesto lo que tienen en común términos que, siendo semejantes, proceden de conjuntos diferentes, es decir, identifican las analogías que comparten elementos procedentes de genealogías diferentes (*términos alotéticos*). Los *taxones* son términos (alotéticos) que, procediendo de troncos, linajes o géneros diferentes entre sí, se emparejan por afinidad o semejanza (al igual que pueden hacerlo los cónyuges de una relación matrimonial). Así es como las taxonomías dan cuenta de las diferencias específicas entre los términos o partes de un género o totalidad que avanzan y se transforman alejándose y segregándose de las cualidades genéricas. Revelan cómo la especie del género evoluciona disociándose de las cualidades del propio género. En síntesis, las taxonomías explican cómo puede llegar a producirse una desmembración, y, en última instancia, cómo se consuma

la extinción o desvanecimiento de todo un género literario, como ocurrió con la épica, cuyas cualidades específicas propician la conformación de la novela, precisamente cuando la esencia del relato épico —el heroísmo del protagonista— se desvanece de forma dialéctica para desembocar en el antiheroísmo del personaje novelesco (Lázaro de Tormes, don Quijote, Tomás Rueda, Pablos, Tristram Shandy, Emma Bovary, Ana Ozores, Gregor Samsa, Ulrich...).

Todas las teorías que históricamente, desde Aristóteles a Hegel, se han formulado sobre los géneros literarios son taxonomías, frente a la tipología que sobre los mismos géneros literarios plantea el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura. La célebre distinción de Forster (1927) entre personajes literarios planos y redondos es también pura taxonomía, al igual que las clasificaciones que se han propuesto para organizar las diferentes orientaciones y ramificaciones de una Literatura Comparada, clasificaciones de raíces decimonónicas, y que llegan incluso a los libros comparatistas de Claudio Guillén a finales del siglo xx. La clasificación de los poliedros regulares, como la clasificación caracterológica de Eisemann (2000), responden igualmente a taxonomías. Asimismo, el criterio utilizado por el antropólogo Luigi Cavalli-Sforza (1988) para definir las siete poblaciones contemporáneas principales es igualmente una taxonomía: africanos, europeos, asiáticos nororientales, asiáticos surorientales, isleños del Pacífico, australianos y neoguineanos.

En conclusión, las *clasificaciones* son figuras gnoseológicas tan fundamentales para cualquier Teoría de los Géneros Literarios (Maestro, 2009) como lo son las *definiciones* para la Teoría de la Literatura (Maestro, 2009a), los *modelos* para la Literatura Comparada (Maestro, 2008), o las demostraciones para la Crítica de la Literatura (Maestro, 2007, 2013).

Por lo que se refiere a los géneros literarios, ha de subrayarse que las clasificaciones explican *términos* del campo gnoseológico a partir de relaciones dadas en el susodicho campo entre las partes *determinantes* (o intensionales), *integrantes* (o extensionales) y *constituyentes* (o distintivas) de tales términos, interpretadas tales partes, respectivamente, como realidades genéricas (G), específicas (E) e individuales (I) de los términos de referencia dados en el campo gnoseológico (Maestro, 2009).

Las clasificaciones sistematizadas en el cuadro expuesto más arriba permiten dar cuenta de las diferentes teorías que sobre los géneros literarios se han enunciado históricamente en el marco de la Teoría (conceptos categoriales) y de la Crítica (ideas trascendentales)²⁹ de la Literatura, desde el materialismo político de la *República* de Platón hasta el formalismo idealista de la teoría de los polisistemas.

Asimismo, si leemos diagonalmente el cuadro reproducido más arriba, es decir, considerando por un lado agrupamientos y taxonomías, y por otro lado desmembramientos y tipologías, se observará que, en el primer caso, los términos clasificados en grupos y taxones son términos *autotéticos* (elementos con diferencias específicas que proceden de un mismo tronco o matriz, como pueden serlo dos hermanos biológicos, o como pueden serlo el *Quijote* o el *Viaje del Paraiso* respecto a Cervantes), y, en el segundo caso, los términos clasificados en desmembramientos y tipos son términos *alotéticos* (elementos que, procedentes de matrices, familias o conjuntos diferentes, mantienen entre sí relaciones de semejanza o afinidad, como ocurre entre dos cónyuges, o entre fenómenos de poligénesis literaria —dos obras semejantes elaboradas por autores diferentes: «La oración el ateo» de Miguel de Unamuno³⁰ y la *Prière de l'athée* de Jean Richepin³¹) (Maestro, 1989-1990). Como se ha explicado, los términos autotéticos avanzan o se transforman conservando o preservando los rasgos del género, mientras que los términos alotéticos evolucionan y actúan alejándose o incluso segregándose de los rasgos del género, al potenciar la *diferencia específica*.

Reitero una vez más que el Materialismo Filosófico no examina los géneros literarios ni en función de la *especie*, lo cual subrayaría la pre-

²⁹ La cualidad de trascendentales, aplicada a las Ideas, no tiene aquí el sentido del racionalismo idealista de Kant, sino el sentido del racionalismo materialista de Bueno —a quien seguimos—, es decir, que las Ideas son trascendentes porque rebasan las categorías o ciencias, dicho de otro modo, porque los conocimientos conceptuales o científicos son insuficientes por sí mismos, fuera de su ámbito categorial, para explicar las Ideas que, por su trascendencia, desbordan tales ámbitos categoriales o científicos.

³⁰ *Rosario de sonetos líricos*, en A. Suárez Miramón (ed.), *Poesía completa*, I (251-344).

³¹ *Les Blasphèmes*, 1879, segunda edición de 1909 (107-108).

sencia de la «diferencia específica», situando al intérprete en la perspectiva de las esencias porfirianas; ni en función de sus *consecuencias*, esto sería, en función de sucesivas clasificaciones y órdenes de clasificaciones (taxonomías, tipologías, desmembramientos y agrupaciones); ni tampoco en función del *género* únicamente, considerado en sentido estricto, exclusivo o excluyente, lo cual otorgaría una dominancia acrítica a la idea canónica de género, como una realidad igualmente inmutable, eterna y metafísica, trascendente a la Historia misma y sus consecuencias, al situar al intérprete en una posición estática y sustancialista ante las esencias plotinianas. En su lugar, el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura examina los géneros literarios desde la dialéctica entre el Género, la Especie y la Obra literaria, es decir, desde la confrontación lógico-formal y lógico-material, y por tanto gnoseológica, dada entre las partes determinantes (intensionales), integrantes (extensionales) y constituyentes (distintivas), de los materiales literarios de naturaleza verbal. Se articula de este modo una interpretación dialéctica construida sobre el examen entre los elementos cogenéricos —o determinantes de un Género—, los elementos transgenéricos —o integrantes de una Especie—, y los elementos subgenéricos —o distintivos de una Obra literaria concreta—. En consecuencia, el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura no solo no confundirá, como han hecho de forma sistemática todas las poéticas que se han ocupado históricamente de los géneros literarios, la naturaleza de las partes distintivas, determinantes e integrantes de los términos que constituyen el campo gnoseológico de los géneros literarios, sino que discriminará la naturaleza lógico-formal y lógico-material de tales términos del modo más riguroso y crítico posible, evitando de esta manera incurrir ciegamente en la confusión de sus elementos constitutivos, de sus componentes intensionales y de sus dimensiones extensionales (Maestro, 2009).

1.2.3. Demostraciones

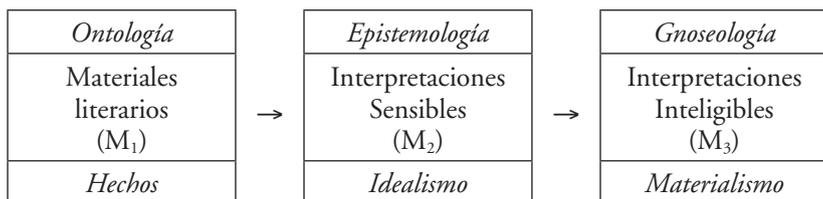
Las *Demostraciones* son procedimientos *predicativos*, *explicativos* o *descriptivos*, es decir, dan lugar a Relaciones a partir de Relaciones ($R < R$). En el ámbito de la investigación literaria, es el *modus operandi* de la Crítica de la Literatura (Maestro, 2007a), al proceder mediante el

desarrollo de hipótesis, deducciones, o incluso inducciones o abducciones, desde las que se trata de ilustrar, ejemplificar o hacer legible, a una escala distinta de la previamente dada o preexistente, el sentido y significado de un material literario determinado. En su formulación más estricta, dentro de la Teoría del Cierre Categorial (Bueno, 1992), las demostraciones son funtores conectivos que conforman relaciones a partir de relaciones, mediante cadenas hipotético-deductivas que disponen el establecimiento de identidades sintéticas.

Ahora bien, para comprender adecuadamente el funcionamiento de las demostraciones, como figuras gnoseológicas, en el contexto de la interpretación de los materiales literarios, como uno de los modos fundamentales de conocimiento inmanente, junto con las definiciones, las clasificaciones y los modelos, es necesario retrotraerse a la ontología misma de tales materiales literarios (M_1), como punto de partida de su interpretación sensible o fenomenológica (M_2), cuyo objetivo último y constante es indudablemente una interpretación conceptual, científica o categorial (M_3). En tales contextos, toda interpretación de los materiales literarios ha de estar basada en una o varias *demostraciones* críticas.

En primer lugar, ha de señalarse que las interpretaciones de los materiales literarios (M_1), en tanto que demostraciones críticas, pueden ser de dos tipos: *sensibles* (M_2) o *inteligibles* (M_3). Serán sensibles (M_2), si están basadas en experiencias meramente psicológicas, presupuestos fenomenológicos o exigencias idealistas, y serán inteligentes (M_3), si se fundamentan en hechos interpretados desde criterios conceptuales y lógicos, que, además, den cuenta de aquellas realidades materiales que los hacen posibles como tales hechos (*verum est factum*: la verdad está en los hechos). Las interpretaciones sensibles siempre preceden a las inteligentes, pero no siempre desembocan o se consuman en estas últimas. A veces, desembocan en un tercer mundo semántico. Particularmente, cuando se preservan, como tales, encerradas en la «vida interior» de un lector que renuncia a la razón para interpretar, más allá de su propia sensibilidad, el contenido y la forma de los materiales literarios. Toda interpretación que no rebase el umbral fenomenológico o psicológico (M_2) de los hechos, en este caso, de los materiales literarios (M_1), resultará una interpretación sensible, con frecuencia de naturaleza epistemológica (construida sobre la oposición objeto / sujeto), y carente de fundamentos críticos que permitan articular una

interpretación inteligible en términos conceptuales y lógicos (M_3), lo suficientemente desarrollados como para adentrarse en una gnoseología (construida sobre la conjugación materia / forma). Las interpretaciones sensibles, basadas en una fenomenología de los hechos y en una epistemología del sujeto, cuya base es el propio *yo*, suelen ser fuente de idealismos, al incurrir en una hipóstasis de la forma dissociada de la materia. Por su parte, las interpretaciones que aquí denominaré inteligibles, basadas en una gnoseología, exigen siempre como premisa una realidad material, de la que no se desprenden en ninguna de sus valoraciones ni conclusiones. La gnoseología nunca pierde de vista la realidad; la epistemología, sin embargo, tiende *in extremis* a ilusionar e idealizar toda visión de la realidad, convirtiendo a esta última en un espejismo.



En segundo lugar, ha de insistirse en que las interpretaciones sensibles (M_2) pueden ser de dos tipos: *irracionales* o *racionales*. Son irracionales, si se basan en el mito, la magia o la religión (numinosa o mitológica); y son racionales, si la sensibilidad que interpreta se apoya en la psicología subjetiva, el sobrenaturalismo formalista (verbal, fabuloso, imaginario, fantástico, maravilloso...) o el animismo poético (animales que hablan, fabulaciones varias, fenómenos naturales que interactúan con el ser humano, en forma de volcanes, profundidades marinas, etc...). A su vez, las interpretaciones inteligibles (M_3) pueden ser *críticas* o *acríticas*. Son críticas, si se basan en la Crítica, la Ciencia y la Filosofía; y serán acríticas, si se apoyan en ideologías, pseudociencias o religiones teológicas.

Esta tipología de la interpretación literaria que acabo de exponer está en la base de todas y cada una de las teorías de la literatura que han probado fortuna en la interpretación de los materiales literarios, teorías que el lector podrá identificar fácilmente en una o varias de las áreas expuestas en el siguiente gráfico:

INTERPRETACIONES de los materiales literarios	SENSIBLES (M ₂)	Irracionales	<i>Mito</i>	<i>Magia</i>	<i>Religión</i>
		Racionales	<i>Psicología</i>	<i>Sobrenaturalismo</i>	<i>Animismo</i>
	INTELIGIBLES (M ₃)	Críticas	<i>Crítica</i>	<i>Ciencia</i>	<i>Filosofía</i>
		Acríticas	<i>Ideología</i>	<i>Pseudociencia</i>	<i>Teología</i>

Por lo común, la mayor parte de las teorías literarias despliegan su actividad *demonstrativa* en varias secciones o áreas del gráfico, si bien resultan ancladas en una zona fundamental, como le ocurre a la estilística de Dámaso Alonso con la *psicología*, a la mitocrítica de Northrop Frye con el *animismo*, al psicoanálisis freudiano con el *mito*, a la pseudoteoría literaria feminista con la *ideología*, a los intérpretes cristianos de Calderón con la *teología*, a la teoría de los polisistemas —y la *lógica borrosa* (cuando cae en manos de «teóricos de la literatura»)— con la pseudociencia, a las retóricas indigenistas y etnocráticas (en funciones de «estudios culturales») con la *magia* y la *religión* numinosa, etc... La posmodernidad se mueve básicamente entre las interpretaciones irracionales de los materiales literarios (mito, magia y religión) y las interpretaciones acríticas (ideología, pseudociencia y teología enmascarada de nihilismo). Las teorías literarias formalistas, desde la escuela morfológica alemana hasta el neoformalismo francés, pasando por el formalismo ruso, han situado siempre sus premisas en las interpretaciones inteligibles y críticas, de claro fundamento crítico, científico y filosófico, aunque —con desenlace diverso— en algunas de sus manifestaciones hayan incurrido posteriormente en interpretaciones sensibles y racionales, desembocando sobre todo en la psicología (estilística, *New Criticism*, estética de la recepción, semiología...) o en la sociología (corrientes marxistas, pragmática literaria, teorías de la cultura...).

De un modo u otro, a partir de las premisas expuestas, las *Demonstraciones*, como figuras gnoseológicas, se confirman en Teoría de la Literatura como procedimientos constituyentes de *Relaciones críticas nuevas* a partir de *Relaciones críticas preexistentes* [R < R], dadas entre términos operatorios que, pertenecientes a diferentes campos categoriales, resultan convocados gnoseológicamente en el ejercicio de la interpretación crítica de los materiales literarios.

Toda Demostración se fundamenta en el ejercicio de una Crítica —que establece dialécticamente valores y contravalores— *sobre* una Ontología, es decir, sobre la realidad positiva y material de unos hechos

sometidos a examen, y sobre los cuales el ser humano actúa como sujeto operatorio (gnoseología), y no solo como sujeto sensible y / o cognoscente (epistemología).

1. Así pues, en primer lugar, habrá que distinguir en el ejercicio de la Crítica dos formas diferentes de proceder, basadas, bien en la oposición objeto / sujeto (*crítica epistemológica*), bien en la conjugación materia / forma (*crítica gnoseológica*).

1.1. En el primer caso, la Crítica será epistemológica, y por lo tanto de naturaleza subjetiva, al tomar como referencia del éxito de la yuxtaposición o coordinación entre racionalismo y empirismo la figura del sujeto sensible y cognoscente (el *yo* kantiano) frente al objeto de conocimiento. De este modo, el *conocimiento* del sujeto se plantea como indisociable de la *realidad* del propio sujeto. Este tipo de crítica literaria, o de demostración literaria, se basa de forma explícita en la filosofía del Idealismo trascendental, de ascendencia kantiana, romántica y alemana, al hacer pivotar el contenido de todo conocimiento en la actividad sintética ejecutada e interpretada por el *yo* sensible y cognoscente en sus diferentes fases de relación entre realidad y verdad. Las demostraciones críticas que se fundamentan sobre una epistemología conducen a interpretaciones idealistas, cuyo modelo filosófico es el siguiente (Bueno, 2004):

← - - - *Idealismo*

$M_i \subset E \subset M$

En este modelo, el Mundo fenomenológico (M_i) o Mundo Interpretado por la razón humana estaría incluido en la conciencia subjetiva del sujeto (E), el cual estaría además incluido en la Materia Ontológico General del Mundo (M), que Kant identificaba con el *nóumeno*, espacio metafísico inasequible al conocimiento. De acuerdo con este esquema, el Mundo es una Interpretación (M_i) del yo, en tanto que Ego trascendental (E). Dicho de otro modo: en un mundo (M), cuyos fundamentos últimos o nouménicos desconocemos, estamos incluidos como sujetos de conocimiento (E), de modo tal que nuestra mente solo puede dar cuenta, de forma sensible, primero, e inteligible, después, de una *idea* —nuestra *idea*— de mundo, que siempre será fenoménica

(M_i), aunque en alguno de sus ámbitos categoriales o científicos, allí donde sea posible establecer la síntesis apriorística entre empirismo y racionalismo, sea «verdadera». Kant no toma como premisa o punto de partida el mundo sensible o fenoménico, todo lo contrario: para los idealistas, el mundo sensible, como el mundo inteligible, es una construcción del sujeto, es decir, es un diseño subjetivo (M_i) del Mundo (M). Este tipo de crítica estará, incluso retroactivamente, en la base del relativismo de todos los tiempos, y muy especialmente del relativismo posmoderno contemporáneo, desde el momento en que, al hacer depender todo el conocimiento de la conciencia subjetiva de cada *yo* o de cada individuo cognoscente, habría, en última instancia, tantas *verdades* como *yoes*. Semejante imperativo supone que, desde el punto de vista ontológico, se niega la posibilidad de conocer la esencia de las cosas (*la cosa en sí*), porque los objetos no se manifiestan al sujeto como lo que realmente son —el *noúmeno* (M)—, sino como una apariencia —o *fenómeno* (M_i)— dada en la conciencia del yo. En consecuencia, más allá de la sensibilidad (M_2), y en la sensibilidad misma, todo conocimiento resulta dudoso, y, en última instancia, nada se puede imponer —ni objetivar— como absolutamente verdadero. Solo desde un punto de vista epistemológico cabe hablar de verdad, y siempre dentro de un terreno científico, cuando sea posible establecer sintéticamente una relación demostrativa entre empirismo y racionalismo, de modo que las impresiones o fenómenos de la experiencia puedan confirmarse como demostraciones en el ámbito racionalista o teórico de los conceptos. Al margen de esta síntesis, no cabe hablar —en términos kantianos— de ciencia. En consecuencia, desde las exigencias de un racionalismo práctico, los fundamentos de la metafísica tradicional (Dios, Alma, etc...) no pueden ser objeto de conocimiento ni de interpretación científica, sino solamente de especulación, al tratarse de ilusiones trascendentales. Desde Kant, la pretensión de formular conocimientos verdaderos o científicos de espaldas a un racionalismo avalado por la demostración empírica será deslegitimada, y automáticamente desterrada del dominio de la crítica y de la ciencia. La posmodernidad, por su parte, ha ampliado los límites de este destierro hasta promulgar una suerte de nihilismo absoluto —realmente mágico, por idealista e irreal—, y ha llegado incluso a desterrar la verdad, la crítica y la ciencia de toda actividad humana, negando toda posibilidad de ejercer estas facultades en cualquier lugar del espacio antropológico.

1.2. En el segundo caso, la Crítica será gnoseológica, y por lo tanto de fundamento materialista, al tomar como referencia de constitución del proceso de conocimiento la relación de conjugación entre la materia y la forma, existente entre los términos relacionados operativamente en el campo categorial o científico. Las demostraciones críticas basadas en este tipo de procedimiento —materialista y conceptual— serán de naturaleza dialéctica o circularista, y su modelo filosófico es el siguiente (Bueno, 2004):

$$M_i \subset E \subset M$$

Materialismo - - - →

Se observará que el modelo es el mismo que el de las filosofías idealistas, pero interpretado en sentido radicalmente opuesto, de modo que el punto de partida o premisa de todo conocimiento es el Mundo Interpretado (M_i), o Materia Ontológico Especial, esto es, el mundo de los fenómenos, dentro del cual está incluido el ser humano (E), en tanto que sujeto corpóreo y operatorio, no simplemente sensible o cognoscente —cual *ego* trascendental ahistórico, intemporal e incluso incorpóreo, como es el sujeto kantiano idealista—. Desde una perspectiva gnoseológica, el ser humano ejecuta sus procesos de conocimiento mediante operaciones lógico-formales y lógico-materiales, de modo que el resultado de esta operatoriedad es una ontología de construcciones categoriales explícitas, esto es, de dominios o ámbitos científicos.

En el ámbito de la crítica literaria, este tipo de demostraciones, de naturaleza dialéctica o circularista, exige un enfrentamiento directo con los materiales literarios, a fin de interpretar las Ideas formalmente objetivadas en ellos. Esta interpretación de Ideas ha de basarse necesariamente en una interpretación de Conceptos, de modo que la Crítica de la Literatura resulte un ejercicio que se lleva a cabo sobre el arsenal conceptual de una Teoría de la Literatura. No es posible interpretar críticamente una Idea al margen de los Conceptos que científicamente la hacen posible, esto es, *operatoria*. Las Ideas son objeto de una Crítica, en tanto que los Conceptos son objeto de una Ciencia. Tratar de definir una Idea al margen de los Conceptos sobre los que materialmente esta Idea está construida implica adentrarse en un idealismo de consecuencias acríicas y acientíficas, propio de un empirismo idealista (demostraciones descriptivistas), de un racionalismo idealista (de-

mostraciones teoreticistas), o de un empirismo materialista, en tanto que «materialismo grosero» (demostraciones adecuacionistas). Las demostraciones dialécticas o circularistas postulan una diferencia explícita entre Ciencia y Filosofía, de modo que los saberes científicos son conocimientos conceptuales o categoriales, de primer grado —el Concepto como realidad categorial o científica con fundamento material—, en tanto que los saberes filosóficos son conocimientos críticos o trascendentales (porque trascienden las categorías conceptuales), o de segundo grado —la Idea como realidad trascendental o filosófica con fundamento material— (Bueno, 1970, 1992; 1995, 1995a, 1995b; Maestro, 2009b).

Ha de subrayarse aquí la dimensión *sincategoremática* de ideas y conceptos. Como es bien sabido, sincategoremático es todo concepto —como también lo es toda idea— que en sí mismo carece de significado, de modo que solo lo adquiere cuando se determina su contenido o materia en un determinado contexto o relación, naturalmente dada en *symploké*. Así, por ejemplo, «libertad» es un concepto sincategoremático, que adquiere contenido o significado categoremático cuando se pone en relación con una categoría, como sería la libertad en Física, en Química, en Derecho, en Historia, en Geografía, en Métrica, en Música o en Termodinámica, etc.

Las demostraciones críticas de naturaleza dialéctica o circularista constituyen las de mayor valor científico que pueden alcanzarse en el desarrollo de una interpretación dentro de un determinado campo categorial. Las denominadas «ciencias humanas», y en particular la crítica literaria convencional, suelen ser muy poco exigentes en sus pretensiones de conjugación lógico-formal y lógico-material entre términos relacionados operatoriamente en su campo categorial, bien porque con frecuencia no tienen en cuenta la totalidad de los términos del campo científico —el estructuralismo se jactaba de prescindir del autor en la investigación literaria, negándolo como a un muerto (Barthes, 1968)—, bien porque no reconocen la realidad de un pluralismo no sustancialista de relaciones dialécticas, al incurrir en un monismo dominante (toda interpretación literaria depende de un término fundamental: sea el autor, sea el texto, sea el lector, sea la mujer, sea la sociedad, sea la moral, sea la etnia, etc...), o en un atomismo epistemológico (*all goes*, hay infinitas interpretaciones y todas ellas son igualmente válidas, cuando, en realidad, si todo vale es porque nada

vale: porque no hay criterios). Frente a este tipo de consideraciones, las demostraciones críticas de naturaleza dialéctica o circularista exigen una relación racional de Ideas, analizadas, desde el terreno de la Crítica de la Literatura, a partir de una interpretación científica o categorial de los conceptos objetivados formalmente en los materiales literarios. Por esta razón las demostraciones dialécticas constituyen la base esencial del ejercicio de la Crítica de la Literatura, como saber de segundo grado —de naturaleza filosófica—, fundamentado sobre el conocimiento conceptual que supone y exige la Teoría de la Literatura, como saber de primer grado —de naturaleza científica o categorial—.

2. En segundo lugar, hay que distinguir, en la Ontología sobre la que la Crítica —sea idealista o epistemológica, sea materialista o gnosológica— se proyecta, dos tipos de interpretación, la cual podrá ser *sensible*, si se limita a la fenomenología (M_2) de los hechos observados, o *inteligible*, si la misma interpretación rebasa los límites de lo sensible para establecer análisis conceptuales y lógicos (M_3) de los hechos.

2.1. Como se ha indicado anteriormente, la interpretación sensible del hecho literario se centra en el fenómeno, en nuestro caso, en lo fenoménico de la literatura (M_2). La crítica que no sobrepasa las experiencias sensibles o fenomenológicas implica siempre reducciones y limitaciones. En primer lugar, psicológicamente, su premisa fundamental es el yo del sujeto que habla o escribe, lo que Ortega llamaría las «circunstancias» del yo, determinadas por su conciencia de sí mismo. Desde un contexto vivencial de esta naturaleza se incurriría en un *descriptivismo* psicologista de los materiales literarios. En segundo lugar, la interpretación de la literatura puede también incidir en su dimensión materialista, sin sobrepasar los umbrales de lo fenoménico, lo que nos emplazaría en una posición afín al «idealismo material», propio de un Berkeley (1710), de modo que el Mundo Interpretado (M_i), o mundo de los fenómenos, existiría materialmente —y la literatura no sería una excepción— solo en tanto que percibido *sensorialmente* por la conciencia de un sujeto cognoscente, en este caso, el crítico literario.

2.2. Por su parte, la interpretación inteligible de los materiales literarios es aquella que rebasa y trasciende el punto de partida de toda interpretación sensible (M_2), para centrarse en el concepto, es decir, en

la explicación conceptual, categorial o científica (M_3), del hecho literario. Con todo, esta interpretación científica puede basarse, bien en un racionalismo idealista, dando lugar a explicaciones formales, de orden teórico, bien en un racionalismo materialista, sobre el que se fundamentarán demostraciones críticas de orden dialéctico. En el primer caso, la investigación se agotará en un racionalismo idealista, que evolucionará hacia su disolución o confluencia con una crítica epistemológica de orden teoreticista, mientras que en el segundo caso se desenvolverá en los términos de un racionalismo materialista, de fundamento gnoseológico y de orden circularista.

En consecuencia, del cruce de los tipos de *Crítica* (idealista o epistemológica y materialista o gnoseológica) y de los grados de interpretación de la *Ontología* de los materiales literarios (lo sensible o fenoménico y lo inteligible o conceptual), resultan cuatro modalidades fundamentales de Demostración o crítica literaria: la *crítica descriptivista*, la *crítica teoreticista*, la *crítica adecuacionista* y la *crítica dialéctica o circularista*.

DEMOSTRACIONES

<i>Ontología</i> \ <i>Crítica</i>	Epistemología (Objeto / Sujeto)	Gnoseología (Materia - Forma)
Lo Sensible (M_2) o fenoménico	Empirismo idealista DESCRIPTIVISTA	Empirismo materialista ADECUACIONISTA
Lo Inteligible (M_3) o conceptual	Racionalismo idealista TEORETICISTA	Racionalismo materialista DIALÉCTICA O CIRCULARISTA

1. La *crítica descriptivista o impresionista* es aquella que ofrece interpretaciones *ideales* de determinados *fenómenos*. Se trata de demostraciones basadas en un *empirismo idealista*, en las que se plantea, *in extremis*, una reducción o extinción materialista de lo nouménico (M) a lo fenoménico (M_1), es decir, concretamente, de la Materia Ontológico General (M) a la Materia Ontológico Especial segundogenérica (M_2), o materia fenomenológica, de modo que $M > M_2$. Con todo, lo habitual es que este tipo de crítica literaria, basada en demostraciones descriptivistas, se mueva en el terreno de las apariencias, y ofrezca literalmente una *descripción idealista de fenómenos*, es decir, que incurra en una reducción formalista de lo fenoménico a lo puramente psicológico, de modo

que reduce M_1 a M_2 ($M_1 > M_2$). Es un tipo de reducción que —bien desde el materialismo ($M > M_2$), bien desde el formalismo ($M_1 > M_2$)— propicia respecto a la literatura todo tipo de interpretaciones espiritualistas, animistas y vitalistas, en las que encuentran acomodo las más dóxicas ideologías posmodernas (feminismos, novohistoricismos, indigenismos, nacionalismos...), junto con movimientos como —por supuesto— el idealismo trascendental, el existencialismo o el vitalismo, en todas sus variantes. El crítico idealista considera que la «esencia del mundo» puede interpretarse correctamente de acuerdo con los criterios subjetivos de su propia conciencia vital, o de la conciencia vital de su grupo (social, ideológico, étnico, sexual, empresarial, académico...), investido o dotado, por el contenido mismo de sus valores, de una supremacía moral absoluta. Nos situamos aquí ante un idealismo fenomenológico que es causa de un tipo de crítica fuertemente autológica (individualista) y dialógica (gremial), de raíces psicológicas y sociológicas muy marcadas. Este tipo de crítica impresionista desemboca habitualmente en un descriptivismo fenomenológico y subjetivo irreversible, a veces incluso dogmático, e incapaz de superarse a sí mismo. En última instancia, incurre de forma sistemática en un relativismo absoluto, que se postula y explica desde sus más tempranas premisas, del mismo modo que una circunferencia de radio infinito postula el paralelismo de su perímetro con la tangente a la propia circunferencia. La crítica descriptivista o impresionista se ejerce con frecuencia al margen de fundamentos categoriales o científicos. Es, de hecho, la crítica en que suelen incurrir los artistas, literatos o escritores, cuando actúan como ensayistas o «críticos» del arte, la literatura, la vida, el Universo, etc., desde criterios claramente personales, subjetivos, individualistas, ideológicos, religiosos... Unamuno, Borges, Octavio Paz, Vargas Llosa, el propio Steiner, José Saramago —este último de forma extremadamente plúmbea y extemporánea— son algunos de los nombres que, entre otros innumerables, pueden aducirse como ejemplos de este tipo de crítica. El Barthes más posestructuralista habrá de situarse también en una posición muy próxima a este contexto. En términos mundanos, puede decirse que se trata de una crítica hecha de espaldas a la ciencia —pese a su deliberada apariencia *intelectualista*—, emerge del autologismo más personal y se basa casi exclusivamente en el empirismo idealista del *ego* —en la línea de un Montaigne, auténtico imperialista del *yo*—, y su consecuencia recurrente y única es la descripción subjetiva e ideal de fenómenos sensibles.

2. La *crítica teoreticista o conceptualista* es aquella que ofrece interpretaciones *ideales* de determinados *conceptos*. Se trata de demostraciones basadas en un *racionalismo idealista*, aquejado esta vez de una reducción formalista de la Materia Ontológico Especial (M_i) a la materia puramente conceptual o terciogenérica (M_3), de modo que la totalidad de fenómenos dados en el mundo interpretado (M_i) se *interpretan* exclusivamente desde criterios lógicos y formales: $M_i > M_3$. El crítico teoreticista razona, pero de forma *ideal*, de modo que incurre en una *formalización idealista de conceptos*. El límite de este tipo de demostraciones nos empuja hacia una reducción materialista del tipo $M > M_3$, en el que la materia queda reducida, anulada o abducida por la forma, de modo que la consecuencia es una suerte de esencialismo platónico, en el que el mundo y —con él— la Literatura quedan limitados a un sistema de fórmulas y funciones, formas y estructuras, donde la materialidad de los hechos y de las realidades literarias resulta imperceptible o ininteligible como tal. Para la Lingüística estructural, y sobre todo para la Lingüística del Texto (García Berrio, Petöfi...), no hay seres humanos, sino solo pronombres personales: el *yo* no es una persona, sino una forma y/o función retórica. La crítica basada en demostraciones teoreticistas usa conceptos racionales, pero relacionados de forma completamente idealista e irreal, esto es, desposeídos de contenido material. Piénsese, por ejemplo, que la existencia de un concepto —Dios—, incluso en su legitimación teórica —la Teología—, no implica la existencia de su referente, esto es, su realidad física, que en el caso de Dios será igual a cero, porque su operatoriedad empírica es nula. La Teología es, de hecho, un racionalismo absolutamente idealista, como también lo son, en la mayor parte de sus contenidos, las ideologías y las pseudociencias. Y no hay que olvidar que la Teología, como numerosas ideologías y pseudoteorías literarias, sirve de base y referencia a múltiples interpretaciones críticas de la literatura. La crítica teoreticista o conceptualista se basa, en consecuencia, en un racionalismo idealista, en el que lo inteligible o conceptual se interpreta libérrimamente, desde un idealismo cuyo objetivo es salvaguardar los principios, con frecuencia dogmáticos, de una determinada ideología, creencia moral o incluso preceptiva literaria. El lector se sitúa aquí ante *hechos de conciencia* organizados conceptualmente por un determinado sistema ideológico, religioso o estético, que funciona de forma ideal como canon —modelo o estructura— destinado a satisfacer sus propias necesidades

pragmáticas e intereses sociales. El arte de las vanguardias de comienzos del siglo XX se despliega a partir de una concepción crítica completamente teoreticista y conceptualista, cuyo racionalismo idealista articulan pensadores como Ortega y Gasset en *La deshumanización del arte* (1925). El creacionismo de Vicente Huidobro, las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, el surrealismo de Bretón, o el futurismo de Marinetti, son movimientos cuyos fundamentos conceptuales están muy bien definidos, pero en todos los casos desde un idealismo formalmente extremo. En el ámbito de la Teoría de la Literatura, el formalismo ruso, como más tarde hará a su modo el neoformalismo francés, en su búsqueda de la esencia de la literatura (*literariedad, literaturidad, literaturnost*, etc.), actuará bajo el imperativo de un idealismo conceptual constante, destinado a hacer inteligible la lógica de una supuesta esencia de la literatura, determinada, en el mejor de los casos, por su valor funcional en el texto. La retórica del Grupo Mi (Dubois, 1974, 1977), al igual que la lingüística del texto desarrollada por García Berrio (1989) y Petöfi (1979), la semiótica de la Escuela de Tartu (Lotman, 1970, 1979; Ivanov, 1998), la denominada ciencia empírica de la literatura (Schmidt, 1980) o la mismísima teoría de los polisistemas (Even-Zohar, 1990), constituyen metodologías de interpretación literaria y cultural que se desenvuelven a través de demostraciones propias de un racionalismo idealista, aun pretendiendo en muchos casos reclamar para sí un estatuto ideológicamente «materialista», como ocurre en el caso de Schmidt. Lo cierto es que la crítica teoreticista o conceptualista adolece en muchos casos de falta de fundamento empírico, al incurrir con frecuencia en la hipóstasis de la forma, disociada de una materia cuyos conceptos parece haber perdido de vista. En la crítica teoreticista, la *materia* —objeto de estudio— se desvanece a medida que se desarrolla la *forma* supuestamente interpretadora, hasta el punto de que al final del proceso científico la realidad ha desaparecido, porque la teoría la ha reemplazado por entero. En consecuencia, este tipo de crítica acaba generando teorías inaplicables a la realidad. En el ámbito de la literatura, el resultado es un conjunto de teorías que —autodenominadas *literarias*— solo se relacionan entre sí sin relacionarse con la literatura.

3. La *crítica adecuacionista*, tal como aquí la entendemos, es aquella que ofrece interpretaciones *materialistas* de determinados *fenómenos*. Se trata de demostraciones basadas en un *empirismo materialista*, que

desafortunadamente resulta degradado al incurrir en una reducción formalista de la Materia Ontológico Especial (M_i) a la materia primogenérica o materia fisicalista (M_1), de modo que $M_i > M_1$. Este es el caso más común de «materialismo grosero», tal como se califica esta reducción formalista desde el Materialismo Filosófico como sistema de pensamiento. Esta reducción formalista, que convierte a la Materia Ontológico Especial (M_i) en materia física o primogenérica (M_1), da lugar a demostraciones que se fundamentan en una crítica adecuacionista, de modo que no culminan sus procesos de relación en las dimensiones de las materias segundogenéricas o fenomenológicas (M_2) ni terciogenéricas o lógicas (M_3). Esto supone que tales demostraciones críticas, en lugar desarrollarse desde un punto de vista que podría ser circularista o dialéctico, desembocan, en la mayoría de los casos, o bien en una coordinación o yuxtaposición entre materia y forma (adecuacionismo), o bien en un *racionalismo idealista*, propio de la crítica teoreticista o conceptualista (teoreticismo), desde el momento en que abandonan la *conjugación* entre materia y forma por una *adecuación* o yuxtaposición entre ambas, la cual, a su vez, se resuelve finalmente en términos epistemológicos, esto es, en una oposición entre objeto y sujeto, que se disuelve subjetivamente en favor de este último. Esta razón explica que, con excesiva frecuencia, las demostraciones adecuacionistas estén en el origen de teorías literarias que, como la de Siegfried J. Schmidt (1980, 1984), se jacten de sus premisas materialistas aun cuando acaben naufragando en un racionalismo completamente idealista: parten de un *empirismo materialista* y degeneran en un *racionalismo idealista*. Lo mismo cabe decir de la semiología, tal como la concibe la Escuela de Tartu, y de la antemencionada teoría de los polisistemas de Even-Zohar. Con todo, el ejemplo más profundamente adecuacionista de las teorías literarias contemporáneas lo constituye la estética de la recepción de Hans-Robert Jauss (1967, 1977), quien se ha enfrentado a la interpretación de los materiales literarios desde un empirismo materialista, explícitamente historicista y sociologista, el cual, sin embargo, no fue capaz de desprenderse de forma definitiva de su estructura idealista genuina, germana y envolvente (Maestro, 2010). Entre sus continuadores, Iser representa la involución del adecuacionismo de Jauss en el teoreticismo posestructuralista, y el regreso al idealismo conceptual propio de la crítica teoreticista y formalista.

4. La *crítica dialéctica o circularista* es aquella que construye o ejecuta interpretaciones *materialistas* de *conceptos científicos*. Por esta razón, las demostraciones dialécticas o circularistas son efectivamente operatorias, desde el momento en que su finalidad es constructiva, ejecutiva y pragmática. Y por ello mismo profundamente ontológica, al ampliar las posibilidades reales del ser, es decir, de la materia, en sus diferentes combinaciones y construcciones. No se olvide que el ser, o es material, o no es. Se trata, en suma, de demostraciones críticas basadas en un racionalismo materialista, siempre verificado en un empirismo igualmente materialista. Sin embargo, a diferencia de las demostraciones adecuacionistas, la crítica dialéctica o circularista concibe la relación entre materia y forma no como una oposición, ni menos aún como una yuxtaposición o coordinación, sino como una relación de interacción mutua, solidaria y soluble, esto es, como una *conjugación* (Bueno, 1978a). De este modo, las demostraciones dialécticas o circularistas no incurrir en ningún tipo de reducción, ni materialista ($M > M_i$), ni formalista ($M_i > M_1 / M_2 / M_3$), desde el momento en que se mueven en un pluralismo no sustancial de relaciones dialécticas, que niega tanto el monismo de la *ontología equivocista* (todo está relacionado con todo, a través de una entidad única y suprema) como el atomismo de la *ontología univocista* (nada está relacionado con nada), para afirmarse en la realidad gnoseológica de una *ontología dialéctica*, basada en la noción misma de *symploké*: unos términos están relacionados con otros, pero no con todos, de forma que ningún término permanece ni absolutamente aislado (atomismo o megarismo) ni conectado empíricamente a todos los demás (monismo sustancialista). Las demostraciones dialécticas o circularistas se afirman sobre la ruptura de todos los idealismos (descriptivismo, teoreticismo y adecuacionismo), así como en la superación de todos los materialismos primogénicos ($M_i > M_1$), a los que rebasa, alcanzando de este modo la síntesis dialéctica necesaria para dar cuenta de las verdades científicas que permiten operar en cada campo categorial. La crítica dialéctica o circularista se construye sobre la base de los conceptos científicos y de las ideas filosóficas. El Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura se basa precisamente en el ejercicio de este tipo de demostraciones dialécticas y circularistas, al examinar desde una perspectiva crítica y operatoria las Ideas formalmente objetivadas en los Materiales literarios.

1.2.4. Modelos

Los *Modelos* son figuras gnoseológicas que se basan en procedimientos *solidarizantes* o *contextualizantes*, es decir, que constituyen Relaciones a partir de Términos ($R < T$). Es el modo operatorio en el que se basa la Literatura Comparada (Maestro, 2008) como metodología (por eso es un método y no una disciplina): porque a partir de los *términos* del campo categorial de la literatura (autor, obra, lector, transductor) establece entre ellos *relaciones* o, si se prefiere, comparaciones, ejecutadas o interpretadas por el comparatista en tanto que sujeto operatorio o investigador.

Las relaciones generadas por los Modelos se construyen según dos tipos de criterios. En primer lugar, las relaciones pueden ser *isológicas* (dadas entre términos de la misma clase: autor con autor, obra con obra...) o *heterológicas* (dadas entre términos de clases diferentes: un autor en una obra, una obra en un lector, un autor en un lector...). En segundo lugar, las relaciones pueden ser *distributivas* (dadas con el mismo valor en cada parte del todo: el impacto de una obra en una totalidad de lectores, como por ejemplo *Amadís de Gaula* en los lectores españoles de libros de caballerías del siglo XVI) o *atributivas* (dadas con distinto valor en cada parte del todo: el impacto de una obra en un lector concreto y distinto de los demás, como por ejemplo la lectura que hace Unamuno del *Quijote* en 1905 en su *Vida de don Quijote y Sancho*, o la que hace Borges en 1982 de la *Divina commedia* en sus *Nueve ensayos dantescos*).

Así, el Modelo a que dan lugar los dos criterios constitutivos de un sistema de relaciones es el siguiente, según su construcción (isológica o heterológica) y según su estructuración (atributiva o distributiva) (Bueno *et al.*, 1987: 279; 1992):

MODELOS

<i>Construcción / Estructuración</i>	Atributivo	Distributivo
Isología	METROS	PARADIGMAS
Heterología	PROTOTIPOS	CÁNONES

1. Los *metros* son modelos isológicos y atributivos, que organizan relaciones entre términos de una misma clase o grupo, cada uno de los

cuales desempeña un papel específico y en cierto modo irremplazable. Sería el caso, por ejemplo, en Literatura Comparada, de la relación o comparación que se establece entre dos o más autores (Dante, Cervantes, Shakespeare...), o dos o más obras literarias (*Divina comedia*, *Quijote*, *Hamlet*...), de modo que los diferentes términos pertenecen siempre a la misma clase (autores u obras), pero de forma tal que ninguno es idéntico a los demás (Cervantes no es Dante, ni Shakespeare es Goethe, ni el *Quijote* es la *Iliada*, etc.), desde el momento en que no hay isovalencia entre ellos, porque cada cual posee una vida y una obra propias, además de una historia, una geografía y una genealogía no menos particulares.

En suma, los metros miden y contienen atributivamente una realidad siempre homologable en diferentes contextos, a través de los cuales pueden manifestarse de forma recurrente e incluso también recursiva. Así, por ejemplo, como plantea el propio Bueno, la familia romana de la época de la República es *metro* de la familia cristiana. Las denominadas en medicina «Líneas de Harris», en honor al anatomista Henry Albert Harris (1933), y que permiten identificar fases de detención del crecimiento en los organismos vertebrados, funcionan como auténticos *metros* radiológicamente visibles. La *arqueología literaria* es *metro* de todo modelo de texto o extracto poético, oral o escrito, en el que se objetiva formalmente un material literario primigenio, propio de una literatura arcaica, primitiva o en ciernes. El endecasílabo petrarquesco es *metro* por excelencia de la lírica renacentista española y europea merced a la obra poética de autores como Boscán y Garcilaso. Los ejemplos pueden multiplicarse. Todo metro reproduce atributivamente un módulo isométrico y uniforme. Todo endecasílabo tendrá siempre once sílabas métricas, por más que cada autor —Petrarca, Boscán, Garcilaso, Luis de León, Juan de la Cruz, Lope de Vega, Góngora, Quevedo...— dotará a este tipo de metro de un significado y de un valor atributivo propio y diferente.

2. Los *prototipos* son modelos atributivos, pero heterológicos, porque, aunque relacionan términos que poseen valores específicos e irremplazables —atribuciones propias e intransferibles— en el todo del que forman parte, pertenecen a clases o conjuntos funcionalmente diferentes. Pongamos un ejemplo burdo pero eficaz: la labor prototípica del hígado (metabolizar proteínas) no es la del oído (registrar estímulos

acústicos). Uno y otro órgano pertenecen a clases funcionalmente diferentes, aún formando parte del mismo organismo —el cuerpo humano—, y sus respectivas actividades no son de ninguna manera mutuamente reemplazables o indiferentemente sustituibles.

En el contexto de la Literatura Comparada los prototipos adquieren un papel absolutamente fundamental, en especial por lo que se refiere a las interpretaciones creativas de autores de referencia e influencia históricas. De hecho, son prototipos todas las interpretaciones que dan cuenta del impacto o repercusión de un autor en una obra (la influencia de Apuleyo en el *Cróton*), de una obra en un autor (la *Odisea* en James Joyce), de un lector en un autor (el público ovetense como receptor de *La Regenta*, capaz de influir en un Leopoldo Alas que escribe *Su único hijo* con cierto ánimo reconciliador frente a sus lectores más inmediatos), de un lector en una obra (Borges como lector de la *Divina commedia* en *Nueve ensayos dantescos*), de un transductor en un autor (la puesta en escena que hace Grotowski del teatro de Calderón), y de un transductor en una obra (la traducción de Ludwig Tieck del *Quijote* al alemán en 1799). Se trata habitualmente de interpretaciones individuales o autológicas (en términos de Materialismo Filosófico), esto es, las enunciadas por una figura influyente o una personalidad célebre o de referencia (Unamuno sobre el *Quijote*, Borges sobre Dante, Grotowski sobre Calderón, Mozart sobre Don Juan...).

En consecuencia, los prototipos disponen analogías funcionales que permiten explicar significados compartidos intertextualmente —diríamos en nomenclatura propia de una teoría literaria—, es decir, entre términos que, ubicados en clases diferentes (heterología), se relacionan y operan dentro un mismo organismo o sistema que los categoriza a todos (Biología, Literatura, Termodinámica, Derecho...), si bien cada uno de ellos *se relaciona* y *opera* de forma específica, esto es, atributivamente. Todo prototipo reproduce formalmente el funcionamiento de una realidad a partir del reconocimiento explícito de su materialidad: la vértebra tipo de Oken es prototipo del cráneo de los vertebrados, el soneto cervantino al túmulo de Felipe II es prototipo del soneto burlesco con estrambote propio del Siglo de Oro, son prototipos todos los personajes planos del teatro y la literatura que reducen las formas de conducta humana a un rasgo exclusivo y excluyente, como ocurre con los protagonistas de la *commedia dell'arte* (Arlequín, Pantaleón, Colombina...), de la *comedia nueva* lopesca (galán, dama, gracioso, rey...) o de los autos

sacramentales (muerte, ángel, demonio, emperador, Dios...). El prototipo, en consecuencia, no admite apenas variabilidad en su funcionamiento, relativamente ortodoxo y plano. El hígado no debe alterar su forma prototípica de metabolizar proteínas, so pena de incurrir en una posible metástasis, es decir, en un cáncer. En el terreno de los materiales literarios, cuando un prototipo se altera o transforma, suele perder su atribución y su heterología, y acaba con frecuencia convirtiéndose en un paradigma. Dicho de otro modo —en el contexto de una Teoría de la Literatura—: la metástasis de un prototipo da lugar a un paradigma.

3. Los *paradigmas* son modelos aislados y distributivos, es decir, modelos que establecen relaciones entre términos pertenecientes a la misma clase o conjunto, pero que, sin embargo, se estructuran cuánticamente de forma muy diferente. Los paradigmas relacionan términos que comparten cualidades, pero no cantidades. Están hechos de la misma clase de materiales, su construcción responde a los mismos términos, pero su estructuración cuantitativa es por completo diferente y desigual. Comparten la misma intensidad, pero reparten desigualmente su extensión. Y precisamente por esta razón puede decirse que los paradigmas son prototipos enclavados en un mismo grupo, pero en cantidades muy desiguales, e incluso desproporcionadas. Pongamos un ejemplo: todos los lectores son iguales en tanto que —pertenecientes a la misma clase o conjunto (de lectores)— pueden leer las palabras impresas en un libro y ser consumidores o compradores estocásticos de tal o cual título. Pero no todo lector lee el *Quijote* como Américo Castro, o la *Divina commedia* como Jorge Luis Borges. El conjunto unitario constituido por un Miguel de Unamuno, un Américo Castro, o un Ortega y Gasset, como lector del *Quijote* cada uno de ellos, constituye por sí mismo un paradigma de la interpretación de la novela cervantina, desde el momento en que influye, de hecho, en la interpretación de posteriores y sucesivos lectores, distributivamente dispuestos en la recepción y consumo de tales interpretaciones precedentes, de signo orteguiano, unamuniano o castrista. Hablamos de lectores, esto es, de miembros de una misma clase o conjunto (isología), pero organizados distributivamente como receptores (llamémoslos discípulos o seguidores [de Unamuno, Ortega o Castro]), ante la influencia unívoca de un lector de referencia (el propio Unamuno, Ortega o Castro, en función de maestros o guías de Julián Marías *et alii*, por ejemplo).

En el caso de la Literatura Comparada, son paradigmas las interpretaciones que objetivan, bien la influencia que un lector célebre de una obra literaria puede ejercer sobre otros lectores (Ortega como lector del *Quijote* en sus *Meditaciones del Quijote*), bien el impacto que un transductor o intérprete de una obra literaria puede ejercer sobre otros transductores o intérpretes (los traductores del *Quijote* al alemán en los siglos XVIII y XIX, por ejemplo, cuyo texto de la obra cervantina influyó sin duda en los lectores de lengua alemana durante la Ilustración y el Romanticismo; o la traducción española, indudablemente paradigmática, que Dámaso Alonso hizo al español de la novela de Joyce *Retrato del artista adolescente*).

Los paradigmas constituyen interpretaciones literarias de naturaleza gremial o grupal (dialógica, en términos de Materialismo Filosófico). Los feminismos y nacionalismos se apoyan con frecuencia en paradigmas, que tratan —sin más éxito que el ideológico y gremial— de convertir en cánones. De hecho, el paradigma funciona con frecuencia como una suerte de «canon» o patrón gremial, sin fuerza para imponerse más allá de una determinada y limitada comunidad de fieles correligionarios o asociados condiscípulos. Es, por ejemplo, el caso de Castelao, como lector modelo, o como intérprete modelo —para el nacionalismo gallego— de la literatura gallega. En este contexto isológico, Castelao se convierte en un *paradigma*, y no en un *canon*. ¿Por qué? Porque está limitado por sus propios lectores e intérpretes o transductores: los nacionalistas gallegos. Todo tesoro está blindado por sus tesoreros. Todo paradigma está amojonado y cercado por sus propios receptores, es decir, por sus privativos intérpretes, quienes lo construyen y lo encierran émicamente en los términos de su propio gremio. De este modo, un paradigma es siempre un modelo endogámico incapaz de rebasar las fronteras isológicas de los miembros de su misma clase. El nacionalismo está condenado por su propia condición isológica. El precio de la autonomía es la esterilidad. Solo cuando Castelao se libere de las interpretaciones isológicas y endonímicas del nacionalismo gallego podrá convertirse en un canon de algo, pero de algo que no será ya Galicia, porque, del mismo modo que no puede haber un *mapamundi* de Vigo, tampoco puede haber un canon de Galicia, Portugal o España. Un canon no tiene límites isológicos. Un canon es pura heterología: rebasa todos los gremios y fronteras posibles, en el tiempo y en el espacio, es decir, en

la Geografía y en la Historia. Un canon no cabe en una sola lengua. Ni en un único sexo.

Como modelos isológicos distributivos, los paradigmas reproducen distributivamente —esto es, masivamente, y entre los miembros de una misma clase o conjunto— un mismo proyecto o programa básico, con frecuencia a partir de un diseño o extracto unitario y también unívoco: la tangente a la curva es paradigma de la velocidad de un cuerpo móvil, el *Quijote* se ha considerado paradigma del perspectivismo o del relativismo propio de la novela moderna, la escala pentatónica se interpreta como modelo paradigmático de la música oriental, Virginia Woolf se ha identificado como autora paradigmática de literatura feminista, etc... Los paradigmas se mueven en los límites endogámicos y endonímicos del *nosotros*, es decir, del grupo que actúa ante sí mismo como sucedáneo de la sociedad en la que acaso detesta adentrarse. Sus límites son los límites de la isología. A diferencia del canon, que se impone normativamente, más allá del *yo* (autologismo individual) y del *nosotros* (dialogismo gremial).

4. Los *cánones* son modelos heterológicos y distributivos, es decir, relacionan términos pertenecientes a clases y conjuntos explícitamente diferentes entre sí, y además lo hacen de forma cuantitativamente desigual, intensa y muy prolífica. Los cánones son de hecho modelos particularmente fértiles en el terreno de la Literatura Comparada, al ser resultado de intertextualidades dadas entre términos muy diversos y de un amplísimo radio de acción y operatividad, en el tiempo y en el espacio, a través de la Geografía de las más singulares sociedades culturales y literarias y a lo largo de la Historia de todas y cada una de ellas.

En el caso de la Literatura Comparada, son cánones aquellas interpretaciones que codifican normativamente el impacto histórico que determinados lectores y transductores han ejercido sobre otros lectores e intérpretes, los cuales han asumido las propuestas interpretativas de los primeros como criterios de referencia para organizar sus propias lecturas e interpretaciones. Suele tratarse con frecuencia de trabajos que dan cuenta de contribuciones críticas, y no tanto creativas. Los estudios de Curtius, Auerbach o Rico sobre la Edad Media latina, la literatura como mimesis de la realidad, o la presencia de la lírica renacentista italiana en la literatura española, constituyen, respectivamente, ejemplos de investigaciones que codifican determinados cánones literarios

en el campo gnoseológico de la Literatura Comparada. Los cánones constituyen interpretaciones avaladas por entidades institucionales, como es el caso de una Universidad, una Academia, un Estado. Podría decirse, incluso, al menos en términos de Literatura Comparada, que no hay canon sin Estado. Las interpretaciones canónicas rebasan el poder de las interpretaciones gremiales (paradigmas) e individuales (prototipos).

Los *Cánones*, como modelos heterológicos distributivos, disponen patrones normativos y pautados que hacen posible la preservación y organización de los elementos nucleares de un sistema: el gas perfecto es modelo canónico de gases empíricos en las ciencias químicas, la *Poética* de Aristóteles fue la obra canónica en que se basaron las interpretaciones normativas de los preceptistas clásicos desde el Renacimiento hasta el Romanticismo. El canon funciona, en suma, como un paradigma que rebasa fronteras espaciales y temporales, y en particular las fronteras gremiales del *nosotros*, para imponerse, geográfica e históricamente, más allá de grupos y épocas, de sociedades culturales y determinismos nacionalistas, lingüísticos o simplemente ideológicos.

En conclusión, los Modelos, como functores relativos, actúan como configuraciones gnoseológicas o armaduras que establecen relaciones muy bien definidas con términos del campo categorial o científico. En Teoría de la Literatura, los Modelos permiten establecer *identidades sintéticas* entre los términos o materiales literarios que constituyen el terreno de nuestra investigación —autor, obra, lector, intérprete o transductor—, como un *contexto determinante*, o lógico-material, a partir del cual, como demuestra la Literatura Comparada basada en el Materialismo Filosófico, es posible construir un *contexto determinado*, o lógico-formal, y en ningún caso idealista o espiritualista, sino sistemático, racional y lógico, explicitado operatoriamente —y respectivamente—, en las figuras gnoseológicas de los metros, prototipos, paradigmas y cánones.

Diremos, en suma, que toda ciencia progresa y dispone su propia ontología mediante el desarrollo sistemático de los diversos modos gnoseológicos que la constituyen. La Teoría de la Literatura utiliza, de hecho, como ciencia categorial de los materiales literarios, Definiciones, Clasificaciones, Demostraciones y Modelos, en su interpretación gnoseológica de los materiales literarios.

2. Crítica de la Teoría de la Literatura

Si la teoría del cierre categorial pretende ser más «profunda» que otras teorías alternativas de la ciencia, no es porque pueda enfrentarse a ellas de un modo retórico, o por su autoridad, sino porque ofrece instrumentos de análisis de las ciencias particulares, criterios de demarcación, etc., más ricos y precisos que los de otras alternativas. La presentación de una teoría de la ciencia como la presente tiene, por tanto, algo de desafío.

Gustavo BUENO, *Teoría del cierre categorial* (1992: I, 15).

La Gnoseología de la Literatura exige una crítica de las formas y materiales literarios. Desde este punto de vista, la Teoría de la Literatura es ante todo una *forma* (metodológica) cuyo objetivo consiste en la conceptualización (o análisis científico) de un *material* (literario). La Teoría de la Literatura se concibe así como el conocimiento científico de los materiales literarios (autor, obra, lector y transductor o intérprete). Ahora bien, forma y materia son conceptos conjugados, de modo que la una no existe ni se desarrolla sin la otra. La forma es materia operatoria y la materia es forma igualmente operatoria. Forma y materia se constituyen mutuamente, de tal manera que la una es constitutiva de la otra y viceversa. Esta circularidad es una dimensión solidaria esencial en la gnoseología del Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura. Identificamos la *materia* del endecasílabo al *formalizarlo* conceptualmente como el verso constituido por once sílabas métricas.

Una crítica de las formas y materiales literarios permitirá, ante todo, clasificar en tres grandes grupos los múltiples intentos y operaciones

de formalización categorial y conceptual de los materiales literarios a lo largo de la Historia, según se tome como referencia el criterio académico o institucional (disciplinas), el epistemológico o idealista (poéticas), y el gnoseológico o lógico-material (ciencias).

El primero de estos criterios, el académico o institucional, reduce la ciencia de la literatura a una disciplina académica, o a un conjunto de disciplinas, a las que histórica y sociológicamente se les ha dado cabida en diversas universidades, a través de múltiples y sucesivos planes de estudio, más o menos útiles, y políticas departamentales más o menos aberrantes, según los tiempos y las sociedades, los intereses personales y las ideologías gremiales, etc. La crítica academicista de la literatura es la que se encuentra más a merced de las alteraciones políticas, ideológicas y sociales, y es con frecuencia la menos científica de las formalizaciones conceptuales que operan sobre los materiales literarios. Con todo, es la que determina su estudio en las universidades. Por lo que se refiere a la Teoría de la Literatura, la implantación en Europa del llamado Plan de Bolonia ha precipitado una tendencia ya en curso desde hacía años: la conversión y subrogación, francamente degradante, de las disciplinas literarias tradicionales en ideologías gremiales posmodernas (feminismo, indigenismo, neohistoricismo, nacionalismo...).

En segundo lugar, me referiré al criterio epistemológico o idealista de las teorías literarias, dominante desde la implantación y expansión del kantismo en las filosofías occidentales, y que parte de la imposición de dos hipóstasis: la del Sujeto, por un lado, como ente cognoscente dado en sí mismo, ajeno a la historia, la sociedad, la economía, la salud o incluso la psicología que lo hace posible, y la del Objeto, por otro lado, como entidad concebida en condiciones apriorísticas y acríticas a todo sujeto, y cuya interpretación acaba finalmente por resolverse en la más personalista conciencia del yo, capaz de convertir a cualquier objeto en un mero «hecho de conciencia». El modelo idealista o epistemológico ha dominado la teoría literaria desde la disolución, en el siglo XVIII, de la poética aristotélica o mimética, y hoy día, en la cúspide posestructuralista de la retórica, la sofística y el psicologismo posmodernos, vive sus momentos más ventrílocuamente fulgurantes. La filosofía kantiana, tronco del Idealismo alemán, contiene un arsenal de recursos que, a través de Nietzsche, Freud y Heidegger, sirve de alimento a la posmodernidad.

En tercer y último lugar, me referiré al modelo gnoseológico, o lógico-material, que tomaré como referencia en la crítica de las formas

y materiales literarios sobre los cuales se han concebido, construido y desarrollado las diferentes teorías literarias. El criterio gnoseológico es esencialmente operatorio —es decir, trabaja con realidades corpóreas, no ideales ni ilusionistas—, y se articula como una teoría del conocimiento basada en la relación entre materia y forma, a las que concibe como conceptos conjugados, frente a la epistemología, que postula una relación antinómica, e hipostática, entre objeto y sujeto, para reducir finalmente el objeto a un epifenómeno de la conciencia del sujeto. La gnoseología es la forma crítica por excelencia del Materialismo Filosófico como sistema de conocimiento (Bueno, 1992) y como Teoría de la Literatura (Maestro, 2017).

En suma, la crítica de la Teoría de la Literatura puede organizarse al menos desde tres dimensiones: academicista o disciplinaria, epistemológica o poética y gnoseológica o científica. Las dos primeras orientaciones han conocido un desarrollo histórico constatable. La última dimensión corresponde de forma explícita a la teoría del conocimiento literario característica del Materialismo Filosófico.

2.1. CRÍTICA ACADEMICISTA DE LA TEORÍA DE LA LITERATURA

La crítica academicista de las teorías literarias ha sostenido un concepto de ciencia que no se corresponde con ninguna de las acepciones reconocidas para este término por el Materialismo Filosófico: ha identificado pseudopedagógicamente *conocimientos científicos* con *disciplinas metodológicas*, es decir, ha reducido el concepto de Ciencia a la idea de «disciplina», reducción que, implantada históricamente, equivale a subordinar la ontología constituyente de categorías científicas y campos categoriales a la organización, con frecuencia acrítica y doxográfica, de los contenidos formales de tales campos. Las ciencias se reducen y distorsionan en cuerpos más o menos organizados de conocimientos, algo que en sí mismo resulta equívoco e inútil, por cuanto supone una imposición acrítica y gratuita de la doxografía más esterilizante. Desde criterios academicistas se habla de metodologías literarias como si estas fueran disciplinas literarias o incluso teorías de la literatura. Es el procedimiento característico de los descriptivistas, y también el de los teoreticistas e incluso el de los adecuacionistas.

1. Poética.
2. Retórica.
3. Historia literaria.
4. Crítica literaria³².
5. Teoría literaria³³.
6. Literatura comparada.
7. Ecdótica.
8. Filología.
9. Lingüística.
10. Hermenéutica.

Estas no son teorías literarias, ni siquiera disciplinas literarias, sino mecanismos que disponen *operaciones* y *relaciones* que permiten un acceso *académico* o *pedagógico* a los materiales literarios. Pero estos *re- relatores* y *operadores* —estas metodologías, en suma— no pueden aislarse de la *symploké* que constituyen los términos o materiales literarios fundamentales (autor, obra, lector, transductor), de modo que no podrán aplicarse exclusivamente a uno de estos materiales, haciendo caso omiso de los demás. Las metodologías —como los *re relatores* y los *operadores*— son instrumentos de análisis, no «disciplinas», y en absoluto «teorías».

2.2. CRÍTICA EPISTEMOLÓGICA DE LA TEORÍA DE LA LITERATURA

El arte de la interpretación está perdido si uno cree poder dejar de lado las claras palabras del texto en nombre de una intelección poética superior.

Erich AUERBACH (1929/2008: 185).

Como señala Gustavo Bueno (1971/1987: 121), «resulta siempre sorprendente la pluralidad de escuelas en *disciplinas* que —como la

³² En su sentido más grosero y retórico, como exposición doxográfica de *cosas* relacionadas con la literatura.

³³ En su sentido más inútil y sofista, como exposición asistemática de supuestos instrumentos de análisis presentados conjunta o sucesivamente, aun cuando la relación entre ellos venga dada de forma acrítica y arbitraria.

Psicología, la Sociología o la Etnología o «Antropología»— pretenden ser *científicas*. ¿Cómo una ciencia puede estar «rota» en *escuelas*, hasta el punto de ser frecuente, en las exposiciones académicas sobre un tema dado, referirse a «lo que dice cada una de las escuelas sobre el asunto», como si resultase ingenuo ofrecer «lo que dice la ciencia», en su estado actual? ¿No es esto *escandaloso* para una ciencia positiva?»

Es, sin duda, escandaloso. Desde la gnoseología constructivista será posible, sin embargo, ofrecer una crítica contra la concepción epistemológica de las principales, o más representativas, teorías de la literatura. El análisis gnoseológico permite reinterpretar las diferentes escuelas teórico-literarias no como simples episodios de una Historia de la Poética, sino como un sistema de teorías disyuntivas y deficientes, que se excluyen, se confunden y se parchean —por no decir que se remiendan— unas a otras. En consecuencia, se tratará de demostrar que existe una estructura lógica y dialéctica que permite interpretar y codificar las oposiciones que configuran el funcionamiento de cada una de estas escuelas teórico-literarias.

Desde una perspectiva crítica dada epistemológicamente, las teorías literarias se han desarrollado a lo largo de historia tomando como referencia exclusiva y excluyente *uno* de los términos o materiales literarios fundamentales del campo categorial de la literatura, esto es, el autor, la obra literaria, el lector o el crítico o transductor.

1. *Poética mimética, aristotélica y clasicista (la mimesis o imitación de la realidad como principio generador del arte):*
 - Teoría literaria aristotélica y preceptiva clásica.
2. *Poéticas del autor (el yo como hecho histórico y como hecho de conciencia):*
 - Positivismo histórico decimonónico.
 - Psicocrítica, Mitocrítica y Poética de lo imaginario.
3. *Poéticas formales (la obra literaria como forma literaria):*
 - Escuela Morfológica Alemana.
 - Formalismo Ruso.
 - *New Criticism*.
 - Estilística.
 - Estructuralismo.

4. *Poéticas de la recepción (el lector como creador de la literatura):*
 - Sociocrítica.
 - Pragmática.
 - Semiología.

5. *Poéticas de la transducción e intermediación (el intérprete como teólogo de la literatura):*
 - Posestructuralismos.
 - Ciencia empírica de la literatura.
 - Teoría de los polisistemas.
 - Ideologías posmodernas (neohistoricismos, feminismos, culturalismos...)

Históricamente ha sido posible identificar, desde criterios epistemológicos, que no gnoseológicos, una serie de paradigmas en el desarrollo de la teoría literaria, en los que se observa un desplazamiento que va del emisor al receptor, alcanzando incluso, en nuestra época, a los mediadores, post-procesadores o transductores del fenómeno literario (Dolezel, 1986; Schmidt, 1980; Maestro, 1994). El primero de estos paradigmas es de base aristotélica, y los restantes derivan de los presupuestos de la epistemología kantiana. En primer lugar, se encuentra la teoría aristotélica (poética mimética), que perdura hasta finales del siglo XVIII, y se fundamenta en el concepto de imitación como principio generador del arte. En segundo lugar, se produce el nacimiento, a partir del idealismo alemán, de una poética cuyos fundamentos epistemológicos llevan al ser humano a concebir el arte como un proceso de creación, a partir de los modelos de la realidad asimilados por el pensamiento subjetivo, y que sustituyen el principio de imitación o *mimesis* aristotélica; este modelo de interpretación literaria, apoyado en el autor y los procesos de expresión, desemboca a lo largo del siglo XIX en la historiografía positiva y el objetivismo histórico, frente al que surgen, en tercer lugar, las corrientes de la denominada poética formal, centradas en el análisis de los procedimientos textuales (mensaje), y a las que sucederán, desde mediados del siglo XX, las teorías sobre la poética de la recepción, que centran su objetivo principal en los análisis de lectura y la historia de los procesos de recepción (lector). Con estas últimas tendencias entronca el extraordinario desarrollo alcanzado por la pragmática de la literatura a lo largo de los últimos años, que se ha diseminado con pretensiones de totalidad, y que finalmente ha degenerado a

través de los más variopintos posestructuralismos en pseudoteorías literarias posmodernas.

1. La *poética mimética*, desarrollada por Aristóteles y buena parte de sus comentaristas, dominante en los períodos clasicistas de la historia literaria, prevalece vigente hasta fines del siglo XVIII. La poética mimética nace con el pensamiento aristotélico, y se fundamenta sobre el postulado del proceso de imitación (*mimesis*) como principio generador del arte; prevalece de forma más o menos latente a lo largo de las Edades Antigua y Media, y es objeto de profundas sistematizaciones a lo largo de la Edad Moderna, especialmente desde la obra de los tratadistas del Renacimiento italiano, quienes a través de sus comentarios a la *Poética* consolidan los presupuestos metodológicos y epistemológicos de la teoría de la mimesis, como principio explicativo del arte, entendido como *imitación* de la naturaleza, que no como construcción de sentidos a través de formas sensibles. La poética mimética ha contribuido de forma muy especial a la configuración de determinadas condiciones que han hecho posible el desarrollo de la ciencia de la literatura tal como la conocemos en nuestros días.

2. Las poéticas en torno al *autor*, orientadas hacia la expresividad de la obra literaria considerada con frecuencia desde la vivencia del emisor, desembocan en las corrientes positivistas del objetivismo histórico de fines del siglo XIX. El modelo racionalista que, partiendo de los hechos particulares, conseguía enunciados universales mediante una operación de la mente, la abstracción, se sustituye por un modelo analítico que trata de encontrar lo general en la morfología de cada una de las obras, considerando sus formas y las funciones que desempeñan en el conjunto siempre estructurado de cada obra. Las *poéticas de autor* encuentran su nacimiento y justificación en la filosofía alemana de fines del siglo XVIII, y adquieren su principal desarrollo a lo largo del XIX. El pensamiento del idealismo alemán, especialmente la obra de Kant (1781, 1790, 1797) y Fichte (1794), representa el nacimiento y desarrollo de una nueva concepción de la poética, que desplaza los presupuestos de la teoría aristotélica de la imitación, y encuentra en la ideología estética del Romanticismo europeo su manifestación más importante. Los nuevos fundamentos epistemológicos, apoyados en las facultades del sujeto y las posibilidades de su pensamiento idealista,

disponen la concepción de la obra literaria como un proceso de creación de sentidos, por parte de su autor, a través de formas sensibles. En consecuencia, la labor literaria se concibe como una labor de creación —creación humana libre—, en la que intervienen factores psicológicos e individuales, y no como una copia elaborada mecánicamente (mimesis) a partir de un modelo natural, al que se le confiere una existencia ontológica fuera del pensamiento humano (descriptivismo). Las teorías literarias que se centran en el autor como referencia interpretativa más segura de la literatura naufragan en la falacia descriptivista.

3. Las poéticas morfológicas y funcionales (*mensaje*) se articulan en torno a la obra en sí y a los procedimientos de construcción textual (*inmanencia*); desarrolladas desde los comienzos del siglo xx europeo como reacción a las corrientes del positivismo histórico, pretenden la objetividad y la comprensión del significado literario en sus límites textuales, atendiendo a las formas (teorías formales o morfológicas) y a las funciones (funcionalismo). La poéticas formales se interesan por las formas, determinadas por su valor funcional en el texto, y reconocidas a partir de las diferentes variantes literarias; como se ha señalado con anterioridad, este es un método que pretende objetividad en sus logros, y deriva hacia rasgos y propiedades identificables en el discurso, en una amalgama de positivismo e idealismo, de descriptivista y teoreticismo. Las ideas estéticas del idealismo contemporáneo, que se apartan del presupuesto de la identidad entre Belleza, Bondad, Unidad, o Verdad (Tatarkiewicz, 1970), en las que se fundamentaba la poética mimética, se centran en el *yo* como creador y en la obra como proceso de creación. Como se ha explicado, las poéticas formales se precipitan en la falacia teoreticista.

4. Las poéticas de la *recepción* están orientadas hacia el lector y las posibilidades de interpretación de la obra literaria. Alcanzan su sistematización desde el último cuarto del siglo xx, y encuentran amplias posibilidades de manifestación y desarrollo en el ámbito de la pragmática literaria, al que ofrecen aportaciones esenciales, al considerar la obra de arte verbal como una realidad formalmente estable y semánticamente abierta. Desde una perspectiva lingüística y semiótica, la teoría de la recepción pretende un análisis formal que revele la potencia semántica de un texto artístico, es decir, los sentidos que la estructura

de un discurso literario permite o autoriza desde el punto de vista de la competencia de sus lectores. Se trata, en suma, de establecer los límites de la entropía o potencia semántica de un texto, con objeto de evitar lecturas impresionistas, metafísicas, ideológicas, etc., que no resulten contrastables científicamente. El acto de recepción de la obra literaria constituye una operación de *interpretación experimental*, que responde a determinados mecanismos psicológicos, sociales, fenomenológicos, estructuralistas, históricos, etc., que conviene determinar exhaustivamente, y que con frecuencia adquieren expresión formal a través de las sucesivas manifestaciones que experimenta el texto literario en su acontecer histórico, una vez que ha salido de manos de su autor y es depositario de múltiples lecturas, interpretaciones y relaciones transtextuales. La poética de la recepción, como modo de conocimiento de la obra literaria, se impone desde el último cuarto del siglo XX, y desemboca en la falacia adecuacionista.

5. *La poética de la transducción.* Desde 1994 me refiero con esta denominación a las diferentes teorías literarias ocupadas en analizar la presencia de elementos intermediarios en el conocimiento e interpretación de las obras literarias. Es el caso de fuentes, traducciones, teorías críticas y metodológicas, ecdótica, intérpretes y actores, análisis filológicos y fijaciones textuales, y de todo tipo de ejecutantes intermedios cuya mediación determina siempre de algún modo la comprensión de aquellas realidades que pretenden comunicar.

Diffícilmente ha sido posible al ser humano acceder en estado puro a una realidad que no fuera su propio pensamiento. Todo lo que hacemos significa, y todo lo que significa es objeto de mediación, bien para mejorar sus posibilidades de conocimiento y transmisión, bien para deteriorarlas o confundirlas. Las diferentes corrientes metodológicas ocupadas en el estudio de la acción de los intermediarios, en los procesos de creación y transformación del sentido que se producen en nuestra sociedad (teoría de los polisistemas, ciencia empírica de la literatura, control de los medios de opinión en sociología, etc...), encuentran un fundamento común en el análisis de las operaciones de transmisión y transformación del sentido, en que se fundamenta el proceso semiótico de transducción.

En la vida social del hombre existen numerosos *intermediarios* que transmiten y transforman el sentido de la realidad que comunican, con

objeto de actuar sobre los receptores de sus mensajes, y ejercer de este modo sobre ellos una relación de control y dominio, desde la que es posible, en suma, organizar y manipular las formas y manifestaciones de la conducta humana, así como sus posibilidades de comprensión. En el ámbito de la Teoría de la Literatura, el estudio de los diferentes elementos que intervienen en los procesos de transmisión y transformación del sentido es de gran actualidad, y sus posibilidades de investigación y desarrollo pueden abordarse desde una *poética de la transducción*, con la que culmina circularmente el cierre categorial de los materiales literarios, sellando así una Ontología de la Literatura constituida por el autor, la obra literaria, el lector y el intérprete o transductor (Bueno, 1992; Maestro, 2007b).

2.3. CRÍTICA GNOSEOLÓGICA DE LA TEORÍA DE LA LITERATURA

Mis filólogos. No penséis que la filosofía está asociada sólo a las palabras, sino también a los hechos. Porque en muchas ocasiones la filosofía tácita supera a la de las palabras o la viene a confirmar (Esopo, 1978: 204).

Desde una perspectiva gnoseológica, esto es, lógico-formal y lógico-material, que dé cuenta de las *formas* que metodológicamente permiten conceptualizar críticamente el conocimiento científico de los *materiales literarios*, las diferentes teorías de la literatura habrán de examinarse tomando como referencia la realidad ontológica que las constituye y hace posible. Esa realidad ontológica se construye y está organizada, desde los criterios del Materialismo Filosófico, en los tres géneros de materialidad de la ontología especial en la que se determinan formalmente los materiales literarios: la materia física (M_1), la materia fenomenológica (M_2) y la materia lógica (M_3). Es muy importante constatar aquí que, a diferencia del enfoque gnoseológico, el modelo epistemológico hacía descansar el peso de la ontología literaria no sobre los tres géneros de materialidad del Mundo Interpretado (M_i), sino sobre uno de ellos en especial: el mundo fenomenológico (M_2), cuyo protagonista es la psique del sujeto, único obrador del cosmos, que hace de la literatura un epifenómeno de *su personal* poética de lo imaginario y que convierte los materiales literarios en un hecho privativo

—pero también público— de su conciencia. Mientras que la gnoseología de la literatura se construye sobre la crítica de las formas y los materiales literarios, esto es, sobre la ontología de la literatura efectivamente existente, la epistemología de la literatura se basa en la interpretación subjetiva del yo, idealizada en las categorías del entendimiento trascendental de cada conciencia individual. La crítica gnoseológica podrá asumirse, en consecuencia, como una interpretación dialéctica y negativa de la epistemología literaria contemporánea.

1. Teorías literarias que se limitan a M_1 :
 - Poética mimética, clasicista y aristotélica.
 - Escuela Morfológica Alemana.
 - Formalismo Ruso.
 - New Criticism.
 - Estilística.
 - Estructuralismo.
 - Ciencia empírica de la literatura.
2. Teorías literarias que se limitan a M_2 :
 - Psicocrítica, Mitocrítica y Poética de lo imaginario.
 - Posestructuralismos.
 - Ideologías posmodernas (neohistoricismos, feminismos, culturalismos...)
3. Teorías literarias que se limitan a M_3 :
 - Positivismo histórico decimonónico.
 - Sociocrítica.
 - Pragmática.
 - Semiología.
 - Teoría de los polisistemas.

Ha de advertirse, además, que cada una de estas teorías literarias desempeña un papel funcionalmente muy diferente, respecto a su relación dialéctica frente a los materiales literarios, según las consideremos desde el punto de vista de su implicación en el espacio antropológico, el espacio ontológico, el espacio gnoseológico y el espacio estético.

El Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura se opone a todo relativismo científico, gnoseológico o histórico —en la línea de Kuhn, Feyerabend, Heidegger o Gadamer, y sus derivados—, consistente en postular que cada teoría científica no es más, ni puede preten-

der más, que la representación de una cultura o grupo social, o gremial, o de una etapa histórica, confitada con el imperativo «hermenéutico» de que todo se reduce a *lenguaje* o a *texto*. No cabe asumir que la Ciencia se agota en un paradigma, el suyo propio, y que es incapaz de rebasarlo (Kuhn, 1962). Si algo así fuera cierto ninguna ciencia sería susceptible de cambios, progresos o transformaciones³⁴, es decir, de *ampliaciones* de su respectivos *campos categoriales*. El relativismo exige ignorar que la ciencia es metamérica, es decir, que es capaz de situarse por encima de sus estructuras partitivas, y que no se limita diaméricamente a una relación entre partes que desconocen el todo sistemático al que pertenecen y que les da sentido, funcionalidad, operatividad y consistencia ontológica: en una palabra, corporeidad.

Por todas estas razones el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura opera en la biocenosis de los materiales literarios y se enfrenta a la necrosis del mundo académico contemporáneo, cuyos máximos responsables y culpables son los apologetas de la posmodernidad.

³⁴ La crítica gnoseológica de la Teoría de la Literatura exige tener en cuenta los criterios de *oposición*, *absorción* e *inserción* entre sistemas, así como los de *descomposición*, *segregación* y *deserción*.

3. Teoría de la Literatura y Teoría del Cierre Categorial

La teoría del cierre categorial pretende estar en condiciones para aclarar muchos puntos acerca del «Estatuto» de las llamadas «ciencias humanas».

Gustavo BUENO (1978d: 2).

La teoría del cierre categorial parte de la concepción de que son las operaciones prácticas (tecnológicas —de la poiesis— o prudenciales —praxis—) aquellas que están en el origen de los conocimientos científicos y, en general, de todo conocimiento.

Gustavo BUENO (1991: 65).

El ser humano no transforma la realidad, sino que la construye y reconstruye categorialmente —esto es, por parcelas— y científicamente *para sí*. El ser humano no transforma la realidad, la materia ontológica general o Mundo (M), sino su vida, el mundo que habita, esto es, la materia ontológico especial o Mundo Interpretado (M_i). Y solo transforma su vida en la medida en que se adapta inteligentemente, es decir, racionalmente, a una realidad desbordante, insaciable y creciente, una realidad que —omnímoda (M)— siempre rebasa y trasciende todas las posibilidades operatorias humanas (M_i). La realidad no necesita al ser humano para nada. Y aún menos para transformarse. La realidad se transforma por sí sola y por sí misma. Si el ser humano se cree una excepción ante el orden operatorio de la realidad es porque actúa más como ingenuo o temerario ignorante que como un individuo inteligente y prudente. Las ciencias no apadrinan ni pretenden ningún desafío: las ciencias son tecnologías constructivas de un mundo terrenal

y humano, no instrumentos transformadores de ninguna realidad trascendente o celestial. Las ciencias no rivalizan con el «más allá» ni acaudillan revoluciones metafísicas. Temeridades de ese tipo solo pueden brotar de la nesciencia y la ignorancia, no de las ciencias. Pero en este proceso de construcción y reconstrucción categorial de la realidad, es decir, en este sistema de procedimientos operatorios que el ser humano es capaz de ejecutar en el Mundo (M), para hacer de él un Mundo Interpretado (M_i), las ciencias constituyen la tecnología clave y decisiva. Las ciencias no transforman la realidad (M), sino sus contenidos categoriales (M_i). Las ciencias construyen categorialmente la materia ontológico especial (M_i), no transforman la materia ontológico general (M).

El Mundo Interpretado (M_i) es obra de las ciencias. El Mundo Interpretado (M_i) es ante todo un mundo construido, resultante de una operatoriedad humana capaz de diseñar y ejecutar posibilidades de adaptación a un orden operatorio impuesto por una materia ontológica general (M). El Mundo impone sus condiciones materiales, y el ser humano sobrevive a ellas y en ellas en tanto que las interpreta, construye y reconstruye de forma tal que adquiere una posición habitable en ese Mundo, es decir, en tanto que formaliza operatoriamente, en una materia especial (M_i), la materia ontológica general (M) de la que todo procede. Los diferentes recursos de que dispone el ser humano para llevar a cabo esta formalización operatoria de la materia ontológica general, es decir, para ejecutar la construcción del Mundo Interpretado (M_i), es lo que conocemos con el nombre de Ciencias. De espaldas a las Ciencias, la construcción de este mundo, la reconstrucción constante de la realidad humana, es un imposible. Las ciencias son los instrumentos y las tecnologías que nos permiten a los seres humanos la adaptación operatoria (M_i) a una realidad (M) que nos desborda.

Las Ciencias son la matriz y el motor del Mundo Interpretado (M_i). Son su sustento —nuestro sustento— fundamental. Las Ciencias constituyen —son, de hecho— las tecnologías que nos permiten adentrarnos en el Mundo (M) y hacer de él una realidad inteligible y operatoria, esto es, habitable (M_i).

Las Ciencias construyen la vida del hombre (M_i) sin transformar la realidad (M). El Mundo, la materia ontológica general (M), siempre permanece intacto, inagotable, incombustible. Dicho de otro modo:

las Ciencias acomodan al ser humano en el Mundo Interpretado (M_i) sin alterar el orden operatorio del Mundo (M), un orden y un Mundo que pueden ir conociendo, sí, y que de hecho van conociendo, pero que en lo esencial y sustancial no pueden cambiar ni pueden agotar. Ni siquiera consumir. El fin de las Ciencias es construir una realidad asequible al ser humano, una realidad habitable e inteligible. Las Ciencias otorgan al ser humano un lugar en el que sobrevivir. Diseñan un cosmos en el seno de un caos, esto es, un Mundo Interpretado (M_i) en el contexto o matriz de un Mundo (M) inconmensurable, inagotable, incombustible. Las Ciencias construyen, y en tanto que construyen, conocen. Lo operatorio es previo a lo inteligible. El conocimiento es consecuencia resultante de la construcción científica, no causa de ella. Conocemos porque construimos, porque somos sujetos operatorios antes que sujetos cognoscentes. El conocimiento que no se basa en operaciones no es, de hecho, un conocimiento científico.

En consecuencia, la ignorancia es el desconocimiento del orden operatorio que impone y dispone dialécticamente la realidad (M), orden ante el cual el ser humano podrá intervenir, también de forma operatoria y dialéctica, en la medida de sus competencias racionales, bien para ser triturado por la realidad —si actúa como ignorante—, bien para comprender el funcionamiento de esa realidad a fin de coexistir con ella, y de hacerse compatible con ella —siempre que sea capaz de racionalizar el comportamiento de lo real sin idealismos ni fantasmagorías—. La realidad no acepta lo que no es compatible con ella. En el mejor de los casos, permite que el ser humano construya materialmente múltiples y dialécticas formas de hacerse compatible con ella —y con su racionalismo—, para sobrevivir en ella, siempre conforme a las exigencias de su propio racionalismo, esto es, del racionalismo de lo real y efectivamente existente. El sueño de los idealistas solo produce insomnio. El ser humano razona en tanto que su racionalismo es compatible —y está construido de acuerdo— con el orden operatorio impuesto por la realidad del Mundo (M), es decir, por la materia ontológico general (M), cuya categorización científica permite formalizar materialmente —esto es, *construir operatoriamente*— el Mundo Interpretado (M_i) en que vivimos. Razonamos correctamente en la medida en que somos capaces de *construir correctamente* un Mundo Interpretado (M_i). Dicho de otro modo: somos sujetos gnoseológicos porque antes somos sujetos operatorios. No basta la razón teórica: la supervi-

encia del ser humano exige siempre una razón práctica. Nuestro conocimiento es más bien resultado de nuestras operaciones, antes que causa de ellas. Nosotros mismos somos resultado de múltiples operaciones científicas y categoriales. Nuestro mundo (M_i) es obra de las Ciencias. Nosotros, también.

La Gnoseología es una teoría ontológica de la Ciencia. Lo hemos dicho y ha de insistirse en ello, porque este postulado es uno de nuestros presupuestos fundamentales, que aplicamos a la Teoría de la Literatura, y que tomamos de la Teoría del Cierre Categorical de Gustavo Bueno.

Semejante premisa nos sitúa en una posición clave a la hora de exponer una Teoría de la Ciencia desde la que —tal como plantea la Teoría del Cierre Categorical— las ciencias no tienen como finalidad interpretar el mundo, sino *construirlo*. El fin de la Ciencia no es el conocimiento de la realidad, sino su *construcción*. Las ciencias son, antes que interpretaciones, *construcciones*, es decir, su dimensión, su naturaleza, su determinación, es categóricamente *operatoria*. Construyen y destruyen la realidad humana. Y no cabe olvidar que el eje precisamente de tales *operaciones*, su matriz fundamental, es el propio ser humano, sujeto operatorio o sujeto gnoseológico por excelencia.

De las Ciencias ha de hablarse siempre en plural —esto es, transgénericamente—, y no en singular, porque no hay una sola y única ciencia, ni cabe considerar «lo científico», como tampoco «lo cultural», como un cosmos cogenérico que brota y participa armoniosa o fluidamente de la vida humana, en la línea idealista y psicologista de un Ortega. Las Ciencias son construcciones cognoscitivas de la realidad, y cada una de ellas constituye su propia categoría frente a las demás. Las Ciencias son ontologías gnoseológicas. Son realidades constructivas capaces de interpretar el mundo en tanto que lo van construyendo y delimitando. Su fin principal no es tanto el conocimiento del mundo cuanto su construcción y diseño.

Ha de quedar muy claro, además, que la Filosofía no es ni puede ser «la madre de las ciencias», porque las ciencias parten de la técnica y se basan en su sofisticación, es decir, en el desarrollo de una tecnología que construyen y desde la que se construyen. Las Ciencias, además, se configuran y delimitan a partir de las competencias que generan sobre su propio campo de investigación, y sobre sus particulares capacidades para interpretarse constitutivamente a sí mismas,

esto es, en lo que la Teoría del Cierre Categorial denominará *autocrítica gnoseológica*.

La filosofía es una ciencia orientada a constituirse en una crítica de las ciencias. Para la Teoría del Cierre Categorial la cuestión se plantea de otro modo. El estado coetáneo de tantas ciencias ya cerradas (no por ello terminadas) obliga a reconocer que la crítica de la filosofía a la ciencia ha de apoyarse en la propia «autocrítica» que las ciencias hacen de sí mismas (Bueno, 2001: 22).

Se exige así la configuración de un espacio gnoseológico, cuyos ejes sintáctico, semántico y pragmático hagan posible una crítica de las ciencias, así como de sus modos y posibilidades de actuación.

En consecuencia, la Teoría del Cierre Categorial, como Teoría de la Ciencia constituida desde el Materialismo Filosófico, concibe las ciencias como realidades *específicas*, o subgenéricas, y nunca como realidades *genéricas*, o cogenéricas. No cabe hablar de una ciencia única, de una ciencia de ciencias, o de una ciencia soluble en una interpretación cultural o espiritual de un determinado pueblo o sociedad humana, tal como llega a sugerir Ortega en su filosofía raciovitalista. No. No cabe hablar de la ciencia en tales términos cogenéricos. Las ciencias son categorías específicas, no genéricas, constituyentes de la realidad y constituidas desde ella, de forma parcelada, particular, especial, colindantes categorialmente entre sí, sin perjuicio de toda posible interdisciplinarietà, allí donde gnoseológicamente resulte procedente.

Consideremos de forma puntual la crítica de Bueno (2001) a la idea *cogenérica* de Ciencia propia de la filosofía orteguiana³⁵. Ortega considera que la Ciencia es una *forma específica* más en el conjunto de especies que constituirían el género de la vida espiritual y cultural humana. Tal es la idea de Ciencia que sostiene, en términos extraordinariamente ideales y teoreticistas, la concepción culturalista del raciovitalismo orteguiano. Desde esta perspectiva idealista, Ortega llega a interpretar la Ciencia como una «forma» de Cultura. Es la suya una idea de Cien-

³⁵ Siguiendo a Bueno (Maestro, 2009), entendemos por *cogenérico* lo dado en todas las especies de un mismo género [E_g]. En este contexto de la teoría holótica, lo *transgenérico* apela a las especies presentes en dos o más géneros [G_x, G_y, G_z, \dots], y lo *subgenérico* designa los rasgos distintivos o específicos de una especie [E_1] en su género.

cia contraria al positivismo y empirismo decimonónicos, y reaccionaria ante concepciones descriptivistas. Hay en esta actitud de Ortega una dimensión profundamente espiritualista, de tradición indudablemente alemana, idealista y simbólica, desde la que se concibe el Espíritu como una suerte de *forma incorpórea operatoria*, con capacidad de acción, intervención y consciencia. No hay que olvidar que Ortega era, al fin y al cabo, catedrático de Metafísica en una época en la que las ciencias no habían logrado todavía el grado de heterogeneidad, pluralidad y diversidad que hoy día tienen. Piénsese que para Ortega la especialización científica —que hoy ha alcanzado un grandísimo desarrollo en cada campo categorial— significaba una auténtica aberración, próxima incluso a la «barbarie»: las ciencias debían conservar una homogeneidad cogenérica sobre sus diversidades específicas, es decir, debían discurrir siempre en coherencia genérica con las diferentes formas de vida humana y cultural³⁶.

Por su parte, la Teoría del Cierre Categorial sostiene una concepción no *genérica*, sino *específica*, de las ciencias, desde el momento en que cada ciencia constituye una *categoría especial*, constituida por un campo de investigación delimitado como propio, frente al de otras ciencias, y constituyente asimismo de una parcela *específica* de la realidad de la que las mismas ciencias brotan como tecnologías sofisticadas.

En su Teoría de la Ciencia, el Materialismo Filosófico se sitúa francamente en los antípodas de este idealismo, al considerar que el centro de gravedad de la Idea de Ciencia se basa en la *identidad sintética*, es decir, en la verdad científica de cada ciencia categorial específica. Para

³⁶ Como advierte Bueno (2001), «quien se sitúa desde la perspectiva del Materialismo Filosófico advertirá que estas interpretaciones de Ortega no rebasan el horizonte de lo que hoy llamaríamos sociología de la ciencia [...]. La perspectiva cogenérica (genérica) de Ortega pone en el mismo plano tanto la actuación de las motivaciones que impulsan a la ciencia a circunscribirse en sus «órbitas», como a las que impulsan las tendencias soberanistas e imperialistas de las artes, o de los Estados, a mantenerse en su particularismo o a reabsorber, en sus respectivas esferas, a las demás. Dicho de otro modo, la perspectiva cogenérica impide de hecho advertir los mecanismos efectivos de cierre, en virtud de los cuales las ciencias se circunscriben a sus categorías, confundiendo esos mecanismos de cierre con los mecanismos partidistas, soberanistas o imperialistas de otras formaciones culturales (incluida la ciencia en lo que tenga de formación cultural)». Como señala Bueno (2001), la ciencia sería para Ortega una «especificación cogenérica de la vida espiritual humana».

el Materialismo Filosófico, la Ciencia no es *esencialmente* una forma de conocimiento, sino una *construcción* del Mundo Interpretado (M_i), una construcción a la que, indudablemente, es inherente —y necesario— un conocimiento, el cual no funcionará como un fin en sí mismo, sino en todo caso como un medio de *construcción* de unas realidades —y de destrucción de otras—, un medio de *acción* pragmática y de *operatividad* gnoseológica.

La Idea de la Ciencia de Ortega no es gnoseológica, sino epistemológica y extragnoseológica. Porque es cogenérica, no transgénica.

La Teoría del Cierre Categorial concibe la Ciencia como un hecho específico frente a otros hechos igualmente específicos (cultura, literatura, arte, religión, vida animal, etc.) Por esta razón la Teoría del Cierre Categorial exige segregar de los campos categoriales o científicos todo aquello que sea disociable de ellos, es decir, todo aquello que no sea un término propio de su categoría y constituyente de su campo científico. Las ciencias están constituidas por múltiples componentes, de los que habrá que segregar o excluir, mediante procesos de regresión hacia sus estructuras más esenciales (*regressus*), aquellos que impidan conformar verdades científicas, es decir, identidades sintéticas. Los componentes fenoménicos, psicológicos y autológicos, que son siempre elementos de partida, ha de ser superados mediante el regreso a sus referentes esenciales, estructurales y normativos.

Toda Teoría de la Ciencia habrá de dar cuenta de una *gnoseología general*, que se ocupará en primer lugar de la totalidad de las ciencias, y de una *gnoseología especial*, que se referirá en su caso a cada especialidad científica, es decir, a cada campo categorial o ciencia particular³⁷. No cabe, desde presupuestos gnoseológicos, una interpretación *cogenérica* de las ciencias, como planteaba Ortega en obras como *Misión de la Universidad* (1930), *En torno a Galileo* (1942) o *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* (1958).

Hemos dicho, siguiendo a Bueno, que la Gnoseología es una teoría ontológica de la ciencia, y hemos de insistir en que toda Gnoseología exige segregar los componentes psicológicos, fenomenológicos y autológicos del campo categorial o científico. El más psicológico de todos

³⁷ Sobre gnoseología general y gnoseología especial, vid. Bueno (1992: II, 275-292).

los componentes es el propio intérprete, es decir, el sujeto operatorio. En este sentido, es imprescindible literalmente *des-humanizar* las Ciencias, si lo que se pretende de verdad es no solo un conocimiento científico de la realidad, sino una construcción competente de esa realidad, es decir, una arquitectura gnoseológica de los medios que hacen posible su interpretación. Porque la verdad está en los hechos —*verum est factum*—, antes que en su interpretación gnoseológica, la cual, por otra parte, resulta indisoluble de los propios hechos, porque está conjugada con ellos, es decir, con su Ontología. Gnoseología y Ontología son realidades conjugadas e inseparables. La una no se concibe sin la otra. Forma y Materia son inconcebibles por separado. Ni hay formas incorpóreas —tesis espiritualista e idealista, de la que brota desde la Idea del Dios teológico hasta el mito del Inconsciente freudiano³⁸—, ni el ser humano puede acceder de ninguna manera a una materialidad no formalizada.

Ha de quedar claro que la verdad, o es científica, esto es, categorial, o no es. Fuera de las ciencias o categorías, no hay verdad (*episteme*), sino opinión (*doxa*). Pero es que la verdad científica es una propiedad de la materia —de la materia interpretada o formalizada, es decir, intervenida, construida, operada y categorizada por las ciencias—. La verdad no es, pues, una propiedad del intérprete —del sujeto—, como sostienen la epistemología y el idealismo. La verdad es una propiedad gnoseológica de los hechos, es decir, de la realidad material del mundo (M) interpretado operatoriamente por las ciencias (M_i). Al margen de lo que las ciencias son capaces de construir, no cabe hablar de verdad. Por eso no

³⁸ El Inconsciente freudiano es, además, una forma incorpórea dotada de competencias operatorias, a las que se atribuye, incluso, por si fuera poco, la capacidad de sustraerse a la razón, de ser superior al racionalismo humano, y de vencerlo y burlarlo en cualesquiera circunstancias y tesituras. El Inconsciente freudiano sería algo así como un Dios todopoderoso e inmutable, indomesticable e incognoscible, que todo ser humano lleva dentro, y del que resulta imposible desasirse o desligarse, que aflora sobre todo durante el sueño, y que, para terminar, o para empezar, nos tiene —según los postulados freudianos— cogidos por los mismísimos genitales, núcleo energético fundamental de las actividades humanas todas. Indudablemente, semejante duende, *demon* o numen, tiene una gracia extraordinaria. Lástima que solo exista en la imaginación de los relatos freudianos, y en la mente de sus creyentes lectores. Si Nietzsche hubiera podido leer los escritos de Freud solo habría reconocido en ellos la expresión más caricaturesca y épica de sus propios escritos. Cuando no un plagio de aspectos esenciales de su propio pensamiento.

cabe concebir ni la ciencia, ni la verdad, como una adecuación, o correspondencia, entre lenguaje y pensamiento, ni como un descriptivismo o teoreticismo que de la realidad hace el lenguaje. Porque la realidad no se conoce por el hecho de *pensarla* —como creen los filósofos idealistas—, y aún menos por el hecho de *decirla* —como creen aún más ingenuamente los filólogos en funciones de hermeneutas—: la realidad se conoce en la medida en que se *construye*, es decir, en la medida en que se *opera* con ella y en ella. Lo operatorio siempre es previo a lo inteligible. El médico no cura las enfermedades *pensándolas* o *diciéndolas*, sino interviniendo *operatoriamente*, es decir, formal y materialmente, en el cuerpo del paciente. Es el paso decisivo que en la Historia de la Medicina lleva a cabo Andrea Vesalio en *De Humani Corporis Fabrica* (1543). Se me dirá que los críticos e intérpretes de la literatura no somos médicos. Evidentemente. Pero no por ello hemos de ser bobos. ¿Cómo vamos a hacer nuestro trabajo si ignoramos la realidad de los materiales literarios?

Hablar de «ciencias humanas» es, desde la Teoría del Cierre Categorial, en cierto modo, una redundancia y una contradicción. Una redundancia, porque todas las ciencias son, en definitiva, humanas, desde el momento en que están construidas por seres humanos operatorios, y no criaturas animales o divinas. Y una contradicción, porque, en tanto que «humanas», las ciencias dejan de ser estrictamente *ciencias*, al incorporar a sus campos categoriales términos fenomenológicos, psicológicos, autológicos, y en tanto que «ciencias», exigen la depuración o esterilización de todo contenido subjetivo de naturaleza humana. En este sentido, las Ciencias lo son en la medida en que sus procedimientos gnoseológicos sean capaces de procesar la neutralización o depuración de los componentes humanos, y de aproximarse a lo que, según la Teoría del Cierre Categorial aplicada a los materiales literarios, denominaremos, a partir de Bueno (1992), *Ciencias de regresión extrema* o metodologías α -1, frente a su contrapunto más distante, esto es, las *Ciencias de progresión extrema* o metodologías β -2.

Ocurre que las verdades científicas se alcanzan, a través de procesos de estructuración hacia sus contenidos esenciales (*regressus*), mediante *contextos de justificación*. A través de esta regresión hacia sus formulaciones esenciales o estructurales es posible la constitución de identidades sintéticas que permiten constituir verdades científicas, dentro de las cuales nada hay de «humano», salvo los procedimientos de génesis, o *contextos de descubrimiento*, en todo caso, que, como puntos de par-

tida, tienen siempre como premisa hechos psicológicos, fenomenológicos, autológicos, desde los que comienza a operar el sujeto gnoseológico o intérprete (sujeto operatorio). Nada hay de humano en la fórmula química de la glucosa ($C_6H_{12}O_6$), como nada hay de humano en la definición del pentasílabo adónico [o - - o -], acentuado en primera y cuarta sílabas métricas, por mucha lírica que quepa observar en los versos que genuinamente evocaban al antiguo dios Adonis (*O ton Adonin!*), como nada hay de humano en el denominado acorde Tristán (*fa, si, re sostenido, sol sostenido*), con el que Wagner inicia su ópera *Tristán e Isolda* (1865).



La interpretación científica implica siempre una *des-humanización*, no del arte en sí mismo, sino de los fenómenos artísticos de los que partimos. Regresar a las estructuras esenciales de la ópera wagneriana, como regresar a las estructuras esenciales de la lírica griega o española compuesta en versos adónicos de cinco sílabas métricas, como regresar a las esencias que objetivan diabetes en un cuerpo humano por exceso de glucosa en la sangre, exige partir, respectivamente, de la melodía que oímos, de los versos que se recitan o leen, y del cuerpo de la persona que sometemos a una analítica —es decir, implica partir de los *fenómenos*— para retrotraerse (*regressus*) a las *esencias*, esto es, a una partitura musical interpretable solo desde la Teoría de la Música (y que permanecerá ilegible para quien desconozca esta ciencia, y la técnica del solfeo), a una estructura poética que solo comprenderá quien conozca las leyes de la métrica [o - - o -], y a una formulación que solo podrá justificar racionalmente quien disponga de conocimientos químicos y médicos, al identificar en el referente de $C_6H_{12}O_6$ un monosacárido de tal composición molecular.

Otra cuestión que no debe olvidarse en ningún momento de nuestra exposición es que las ciencias —como tampoco su interpretación gnoseológica— no se agotan en su relación con la ideas de Verdad y de

Conocimiento. Las ciencias no se limitan al conocimiento, sino que van más allá: no solo conocen, construyen. Son operatorias antes que cognoscitivas. Las ciencias construyen la realidad, no se limitan a interpretarla. No hay que confundir la labor interpretativa del ser humano, como protagonista engreído de una aventura hermenéutica, con la inmediatez y finalidad de las ciencias, constructoras de realidades generadas por el propio ser humano en tanto que *homo faber* más que *homo sapiens*. La Ciencia no es una hermenéutica. Y la Filología, como la Teoría de la Literatura o la Lingüística, no debe ni puede verse reducida a una *hermenéutica* de los hechos humanos, o de los materiales literarios o lingüísticos, sin que algo así implique un gravísimo menoscabo de sus competencias gnoseológicas y operatorias.

La Ciencia no es solamente un conocimiento: es ante todo y sobre todo una construcción. Y en esa construcción, dada inicialmente en *contextos de descubrimiento*, hay errores, limitaciones e ignorancias que será necesario subsanar y superar a través de *contextos de justificación*, que permitan acreditar y corregir retrospectivamente hallazgos previos. El descubrimiento de América³⁹, protagonizado por Colón en 1492, no se justifica hasta que la cartografía de comienzos del siglo XVI, de la mano de Américo Vespucio, en obras como *Mundus Novus* (1503) y la *Carta a Soderini* (1505), sirve a Martin Waldseemüller para editar en 1507 su *Universalis Cosmographia*, planisferio terrestre en el que se acredita que América es un nuevo continente, y no —como se pensaba intencionalmente hasta entonces— la geografía más meridional u occidental de Las Indias. No basta descubrir un hecho o una realidad: la Ciencia exige siempre justificar —y saber justificar— el descubrimiento de sus hallazgos, es decir, exige saber explicarlos racionalmente en relación con el nuevo estado que impone el orden de las realidades recién descubiertas.

Por todas estas razones, exigir a las Humanidades que humanicen a la Humanidad⁴⁰, al ser humano, o a cualquier otro ente, sea humano,

³⁹ Sobre esta cuestión, vid. el célebre artículo de Bueno (1989) sobre «La Teoría de la Esfera y el Descubrimiento de América», citado en la bibliografía.

⁴⁰ Sobre la cuestión del Humanismo, y en particular sobre el mito del Humanismo, no será ocioso citar las siguientes palabras: «Humanismo» es término que aparece por primera vez en el siglo XVIII en las *Éphémérides du citoyen*, tomo primero, entrega XVI, París, viernes 27 de diciembre de 1765, y figura en el libro de F. I.

animal o divino, como de forma reiterada ha hecho, entre otros, George Steiner (1999), es una ridiculez y una simpleza, que entraña, entre otras cuestiones, no solo carecer de una Teoría de la Ciencia mínimamente solvente, sino incluso de una Idea definida de Ciencia, de la que siempre estarían excluidas, sin posibilidad alguna de hacerse inteligibles, las —por gentes como Steiner denominadas— «ciencias humanas».

Frente a estas tendencias idealistas, relativistas, e incluso amaneradas, el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura considera que interpretar un hecho literario es aplicar un criterio construido formalmente a partir de los propios materiales literarios, es decir, en conjugación con ellos mismos —esto es, con la propia Literatura—, de modo que los resultados obtenidos de esta interpretación puedan circular de forma sistemática dentro del campo categorial de la Teoría de la Literatura como Ciencia de la Literatura.

3.1. ONTOLOGÍA DE LAS CIENCIAS SEGÚN LA GNOSEOLOGÍA MATERIALISTA

Las ciencias marcan el mayor nivel de racionalización posible.

Gustavo BUENO, *Teoría del Cierre Categorial* (1992: II, 241).

La realidad constituida por las ciencias —su ontología— es cuestión capital en la Teoría del Cierre Categorial, al igual que lo es su organi-

Niethammer, *Der Streit des Philanthropinismus und Humanismus*, Jena 1808, reivindicado en su bicentenario («Happy birthday humanism», por la revista británica *New Humanist. The magazine for free thinkers*, vol. 123, marzo-abril 2008; ver la entrada «Humanismos & humanistas» en filosofia.org/mon/humano.htm) [...]. El concepto de humanista del Renacimiento designa a un ciudadano o a un súbdito que había llegado a ser experto en «letras clásicas» (como profesor, como editor, o como dómine pedante, es decir, como maestro a domicilio), como maestro en letras humanas, pero no propiamente en letras divinas. A pesar de dedicarse a «las letras» no por ello era considerado como «letrado», que era el adjetivo correspondiente al experto en Leyes. Los humanistas podían alcanzar un gran prestigio social y político (como Luis Vives, Erasmo o Tomás Moro); sin embargo, lo cierto es, que en las universidades españolas del siglo XVI, por ejemplo, los catedráticos de Gramática tenían una asignación de 1.800 maravedís, frente a los 3.750 de los catedráticos de Teología, y frente a los catedráticos en Leyes, que podían alcanzar los 7.500 maravedís» (Bueno, 2015: 2).

zación y clasificación, pues no se trata de ubicar equitativamente las ciencias en una tabla distributiva, sino de jerarquizarlas, incluso, en su capacidad y potencia de interpretación científica. La organización de las ciencias que establece la gnoseología materialista de Gustavo Bueno (1992) dispone el grado —los umbrales, si se prefiere— de científicidad de cada ciencia, de acuerdo con una serie de coordenadas y presupuestos inherentes a las propias ciencias, a su realidad ontológica y poder constructivo. Se trata de superar de este modo clasificaciones históricas precedentes, formuladas en momentos sociales y temporales en los que las ciencias, bien se encontraban aún en un grado de desarrollo embrionario o incipiente, bien no se habían planteado todavía como tales ciencias categoriales. Téngase en cuenta, por ejemplo, la configuración escolástica entre ciencias positivas parciales, por un lado, y la filosofía, como ciencia total, por otro, clasificación de la que aún se servirá Husserl en su fenomenología a comienzos del siglo XX; decisiva en su momento fue la ordenación de Wundt entre *ciencias formales* (matemáticas) y *ciencias reales*, en la que se inspira directamente Ortega en obras como *En torno a Galileo*; o la clasificación propuesta por Rickert para las ciencias reales, que dirime la cuestión entre *ciencias naturales* y *ciencias culturales*, etc...⁴¹

Desde la gnoseología materialista, Gustavo Bueno propone una Teoría de la Ciencia, la Teoría del Cierre Categorial, que, antes que

⁴¹ En relación con las ideas de Ortega sobre las ciencias y sus posibles clasificaciones, que tanta influencia han tenido en la filosofía hecha en España desde el franquismo hasta bien entrado el siglo XXI, me permito citar las siguientes palabras de Bueno: «Es importante subrayar que si Ortega no desarrolló más estas distinciones no es porque otras ocupaciones le hubieran apartado del asunto. Es porque su idea de la ciencia no daba para más. Por ello las distinciones que él utiliza han de verse más bien como empíricas; su eclecticismo no garantiza que su «sistema» pudiera asumir los fundamentos que de cada una de tales clasificaciones propusieran respectivamente Wundt, o Rickert o Husserl [...]. Tampoco, por la misma razón, ha podido Ortega cultivar la teoría especial de las ciencias, ensayando algún análisis gnoseológico interno de alguna ciencia particular, como la Geometría, la Mecánica o la Biología molecular. Ortega, con su idea cogenérica de ciencia, estaba en realidad «desarmado» para cualquier tipo de tareas semejantes. Los esbozos de análisis gnoseológicos de Euclides, Descartes o Leibniz, que aparecen en *La Idea de Principio en Leibniz*, se mantienen a la escala de los manuales de Historia de las Matemáticas o de la Física, y sus análisis no contienen absolutamente nada de interés» (Bueno, 2001: 28).

clasificar las ciencias, lo que ofrece es una auténtica *organización* de las ciencias y de sus posibilidades de interpretación y de construcción, y una definitiva superación de la división impuesta por el idealismo alemán entre «ciencias humanas» y «ciencias naturales». No hay que olvidar que para la gnoseología materialista las ciencias no son solamente una *interpretación* de la realidad, sino que son, ante todo, una *construcción* de la realidad. No son una hermenéutica —una interpretación filológica, con tintes psicologistas, de hechos previamente textualizados—, ni una epistemología —una visión subjetiva de objetos diseñados por el propio sujeto (valga la redundancia)—, sino una *gnoseología* —una construcción de la materia en su conjugación solidaria con la forma— fundamentada en una *ontología*. Para la Teoría del Cierre Categorical toda gnoseología presupone una ontología, y toda ontología es constitutiva de una gnoseología. En consecuencia, toda ciencia, todo conocimiento categorial de la realidad, es un conocimiento constituyente de la realidad y constituido desde ella. Es una incorporación del Mundo (M) a las categorías del Mundo Interpretado (M_i).

¿Cómo se organizan las ciencias según la gnoseología materialista? Vamos a explicarlo, siguiendo a Bueno (1992, 1995), a fin de justificar y acreditar el papel que en el conjunto de las categorías científicas le corresponde a la Teoría de la Literatura como ciencia categorial de la Literatura o de los materiales literarios.

La organización de las ciencias debe imponerse al relativismo hermenéutico (Gadamer), a la tropología trabalingüística (Derrida), a la anarquía metodológica (Feyerabend), al idealismo filológico de encaje posmoderno (de Vattimo a Lledó), y a todo tipo de trucos epistemológicos y mitos retóricos muy al uso de la sofística contemporánea: el Ser, el Lenguaje, el Pueblo, la Identidad, el Espíritu, el Polisistema, la Mujer, la Otridad, lo Transnacional, etc., etc., etc... Y debe imponerse también al triunfo acrítico de las ideologías nominalistas que, desde la ignorancia gregaria de los grupos sociales que las enarbolan, pretenden hacer de los prejuicios gremiales una suerte de «ciencias humanas políticamente correctas». La clasificación de las ciencias es una cuestión capital para la Teoría del Cierre Categorical, determinada sin duda por la misma idea de ciencia que desarrolla el Materialismo Filosófico como sistema de pensamiento. La organización de las ciencias conlleva sin duda un significado profundamente crítico, en la medida en que múltiples formas de conocimiento resultarán identificadas como pseudo-

ciencias, protociencias, paraciencias, ciencias de ficción o incluso mitologías, pero no como construcciones realmente —esto es, *operatoriamente*— científicas.

En consecuencia, la clasificación de las ciencias contiene siempre componentes críticos, debido a la necesidad de discriminar e identificar la posición de cada una de las ciencias, respecto a sus propios cambios gnoseológicos y frente a los campos (físicos, geométricos, estéticos, musicales, literarios, informáticos, jurídicos, históricos, antropológicos...) de otras ciencias con las que cada una de ellas entra en interacción. En la cuestión de la clasificación de las ciencias interviene toda una concepción del saber relativa a las relaciones entre el conocimiento científico y el conocimiento no científico, así como a las relaciones dialécticas dadas mutuamente entre las diferentes ciencias⁴².

En la Edad Antigua, la gran novedad gnoseológica habría estado representada —según postula Bueno (1992: I, 187 ss)— por el desarrollo de la Geometría euclidiana, nueva ciencia que domina el campo de todos los saberes científicos, al ofrecer un sistema de normas críticas inmanente a todos ellos. Durante la Edad Media la Teología actúa como una auténtica «ciencia», desde la confesionalización del cuerpo fundamental de la Filosofía clásica, sobre las demás «ciencias» u operaciones precientíficas llevadas a cabo por los pensadores del momento, como una suerte de *protociencia* controladora de la totalidad de las actividades humanas. En nuestro tiempo, sin embargo, sucede más bien al contrario: los saberes científicos y racionalistas sufren el ataque de los saberes gremiales, ideológicos e irracionalistas de grupos sociales que, autoofuscados por pretensiones de salvación humana universal y en nombre de supuestos valores (paz, igualdad, sexismo, nacionalismo, indigenismo, etc...), se revelan en contra de las ciencias efectivamente existentes, sobre todo en el ámbito de las Letras y de las denominadas «ciencias humanas», cuyos procedimientos gnoseológicos en muchos casos ignoran por completo, dada su deficiente o nula formación en los respectivos campos categoriales, a propósito de los cuales se presentan, curiosamente, como especialistas de reconocido prestigio (en los límites de su gremio, naturalmente). Nada más gregario, pues, que el pres-

⁴² Sobre esta cuestión, vid. Bueno (1992: I, 187). Y sobre la dialéctica de las ciencias, vid. especialmente págs. 215-228.

tigio. Basta recordar las polémicas de Alan Sokal contra el uso acientífico y fraudulento de conceptos categoriales, en el que incurren incontables escritores posmodernos, para constatar esta realidad. El ridículo manifiesto al que quedaron reducidos comités científicos de revistas como *Social Text*⁴³ no ha impedido que publicaciones periódicas y comités de ese tipo, sobre todo en el ámbito de las «ciencias humanas», se hayan multiplicado de forma tan acrítica como exponencial en las últimas décadas. Y, sea dicho con toda franqueza, en la mayoría de los casos de forma completamente inútil al conocimiento científico de la Literatura.

3.1.1. Conceptos previos a la organización de las Ciencias

Ante todo es necesario identificar una serie de conceptos previos a la organización de las Ciencias, lo que nos permitirá movernos posteriormente con facilidad en la interpretación de la gnoseología materialista y de la *dispositio* de las diferentes Ciencias o categorías científicas. Estos conceptos previos a los que vamos a referirnos son los siguientes:

1. Impugnación de las clasificaciones dicotómicas o binarias de las Ciencias.
2. Metodologías α -operatorias y Metodologías β -operatorias.

⁴³ Como todo el mundo sabe a estas alturas, Alan Sokal (1997, 2008), simulando un lenguaje incomprensible, deconstructivista y abstruso, sostenía en su célebre artículo de 1996, titulado «Transgressing the Boundaries. Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity», que los sectores más avanzados de la física actual confirmaban las tesis filosóficas de Derrida. Meses después, en 1997, el propio Sokal explicó detalladamente en otra publicación que los contenidos de ese artículo, publicados en *Social Text*, habían sido una burla intencionada para demostrar la falta de rigor de quienes —como Derrida y otros posmodernos— se servían de términos científicos de forma ignorante y sofista. El episodio provocó un escándalo que, pese a su impacto académico, no puso coto a los excesos de la posmodernidad ni a la farsa de los comités científicos. Como él mismo explicó en su momento, era una parodia de los disparates que la «filosofía» posmoderna estaba desplegando —y sigue desplegando— sobre las denominadas *ciencias humanas* y *ciencias naturales*. Insisto en que un hecho como este debería haber desacreditado para siempre al mundo académico que se inspira en tales procedimientos de selección y evaluación investigadora.

3. Procesos de Progresión (*progressus*) y Regresión (*regressus*) de las Ciencias.
4. Principio de Neutralización de Operaciones.

3.1.1.1. *Impugnación de las clasificaciones dicotómicas o binarias de las Ciencias*

En primer lugar, ha de quedar claro que la separación romántica e idealista entre «ciencias humanas» o *ciencias del espíritu* y «ciencias naturales» o *ciencias de la materia*, ha de desestimarse, por irreal y por extemporánea. Esa tipología, simple y dicotómica, muy fácil de asumir acríticamente, se elabora en una época donde las ciencias carecían del grado de complejidad y operatoriedad que tienen hoy día. Actualmente esta distinción es muy pobre, resulta confusa y queda desacreditada ante cualquier enfrentamiento no idealista con la realidad de los nuevos avances y construcciones científicas. Es una demarcación que sigue usándose sobre todo por la «gente de letras», los hermeneutas, los filólogos y filósofos idealistas, quienes siguen aferrados a concepciones irreales y románticas del lenguaje, de la filosofía e incluso de la ciencia. Es también una clasificación bipolar avalada por la inercia y el inmovilismo —el conservadurismo progresista, sin duda— de los sistemas educativos y políticos de los últimos dos siglos. Es, en suma, una dicotomía cómoda y sobre todo servil a un pasado, no menos idealizado que la propia clasificación que postula, entre espíritu —elevado— y materia —inerte—, que solo adquiere «valor» en tanto que un sujeto la «espiritualiza» o «humaniza». Son ideas ridículas, propias de un romántico extemporáneo y trasnochado. Cursilería epistemológica de hermeneutas a la violeta. La complejidad de nuestro mundo contemporáneo exige una organización de las ciencias que supere esta clasificación bipolar y tropológica. Aristóteles no es nuestro colega, ya lo hemos dicho. Y Kant —añadimos ahora—, tampoco. ¿Hasta cuándo vamos a seguir prolongando el canto del cisne del idealismo alemán?

Vamos a reproducir y reinterpretar la crítica de Bueno (1992: I, 194 ss) a los modelos más recurrentes de clasificación de las ciencias según binomios o modelos dicotómicos, en primer lugar, para impugnarlas, ante la imposibilidad de reducir la Teoría de la Literatura a este tipo de dicotomías epistemológicas, y, en segundo lugar, para justificar una

organización, o clasificación, de las ciencias basada en la Teoría del Cierre Categorial, donde la Teoría de la Literatura se instituye, como se explicará más adelante, como una Ciencia Constructiva o Reconstructiva (*Metodología* β -1-I).

1. Una primera clasificación dicotómica de las ciencias postula su división entre ciencias *especulativas* (o teóricas) y *prácticas* (o empíricas). Esta clasificación la plantea el propio Aristóteles, y ha sido objeto de múltiples reconstrucciones bajo formas diversas en muy distintos momentos (ciencias teóricas y ciencias aplicadas, etc.). Esta clasificación solo tiene sentido desde el punto de vista de la Idea de Ciencia como «reflejo de una verdad objetiva» (Bueno, 1992: I, 194), es decir, se trata de una idea de ciencia determinada por el descriptivismo. Desde tal concepción científica, el arte se concibe como una reproducción, imitación, o incluso reacción, frente a una realidad externa al sujeto, y respecto a la cual el propio sujeto se considera exento de intervención, pues su acción se limita a un *des-velamiento*, *des-cubrimiento* o, simplemente, imitación o *re-producción* de un mundo preexistente, no operado ni construido por el ser humano. Ni el intérprete ni el artista actúan aquí como auténticos sujetos operatorios, sino como agentes reproductores —en el arte— de una realidad —la Naturaleza— preexistente, apriorísticamente dada. En todo caso, el ser humano postula la existencia de un orden operatorio trascendente, respecto al cual la interacción antropológica es nula o imposible, pues habrá de limitarse a una mimesis o imitación recreativa.

Se trata, en suma, de una distinción dicotómica de las ciencias cuyo centro de gravedad se sitúa en la intención del autor o *finis operantis* dada en el acto mismo de reproducción estética o poética. Desde los criterios de la gnoseología constructivista, propia del cierre categorial (*verum est factum*), semejante dicotomía carece por completo de sentido, desde el momento en que toda ciencia es práctica, y no solo teórica, porque toda ciencia es construcción operatoria, ejecutada por sujetos que actúan, operan y construyen, en relación dialéctica con otros cursos y órdenes operatorios, incluido el de la propia naturaleza. El intérprete de la literatura no puede ser solo un *teórico* de la literatura, porque entonces no podrá interpretar nada: interpretar es operar, es decir, construir y reconstruir. Y también destruir. Toda interpretación exige siempre un territorio de operaciones —un territorio físico de operaciones materiales—, es decir, un escenario o lugar prácticos, em-

píricos, donde el intérprete, un auténtico transductor, interviene, actúa e interactúa, con los materiales literarios directamente, y no solo *teóricamente*. La propia denominación «Teoría de la Literatura» es una denominación fraudulenta, o en todo caso eclipsante de la *mitad* de la realidad gnoseológica esencial a su desarrollo, cual es la «*Empiria* de la Literatura», ya que todo *teórico* de la literatura ha de ser, necesariamente, esto es, materialmente, un empirista de la literatura, es decir, ha de ser un *materialista* de la literatura, porque tendrá que trabajar empíricamente con la totalidad de los materiales literarios, y sobre estos materiales tendrá que demostrar, gnoseológicamente, cuál es su *Teoría* de la Literatura. No puede haber una «Teoría» construida inmaterialmente, porque algo así es un idealismo, una irrealidad, y en modo alguno podrá considerarse jamás una ciencia, ni a quien la enuncia un científico. El conocimiento de la literatura no puede reducirse a una interpretación de *teorías*, formas o sistemas —por muy racionalistas que estas teorías sean—, si estas teorías se desarrollan exentas de la realidad, e incapaces de justificar sobre qué *materiales* están construidas. Toda Teoría de la Literatura ha de ser necesariamente una Teoría *materialista* de la Literatura, o no será nada, sino una teoría-ficción o una ciencia-ficción. Porque todo teórico de la literatura, en tanto que intérprete de ella, ha de actuar como un operador de la literatura, y no podrá permanecer retraído, ni retrotraído, en un lugar teórico, inoperante, o incluso contemplativo, ante la realidad corpórea de los materiales literarios. Por esta razón, interpretar la Teoría de la Literatura desde el criterio dicotómico dado entre ciencias especulativas o teóricas y ciencias prácticas o empíricas es una pura ilusión epistemológica. Un idealismo extemporáneo.

2. Una segunda clasificación dicotómica de las ciencias es la que distingue entre ciencias *nomotéticas* e *idiográficas*. Es el binomio propuesto por Windelband (1892) para discriminar sobre todo las denominadas ciencias naturales (*nomotéticas*) de las ciencias culturales (*idiográficas*). Esta clasificación, posromántica y neokantiana, resulta inaceptable por múltiples razones, y ante todo por su idealismo. En primer lugar, porque se basa en criterios exclusivamente epistemológicos, al construir una tipología de las ciencias por referencia exclusiva a su objeto de conocimiento (ontología), y no a su *campo de investigación* (gnoseología). En segundo lugar, porque —como señala Bueno (1992: I, 194-195)— hay momentos idiográficos, o cambiantes, en la

ciencia natural, del mismo modo que hay momentos nomotéticos, o invariables, en la ciencia cultural. En tercer lugar, porque semejante división incurre en la falacia adecuacionista, al plantear una yuxtaposición o coordinación, por lo demás imposible, a tenor de los términos en que se plantea, entre Naturaleza y Cultura. Diríamos que se trata de un adecuacionismo *totalmente inadecuado*, pues si una distinción de este tipo fuera operatoriamente posible, la unidad de ambas ciencias quedaría quebrada y destruida, dado que la contraposición ontológica entre unas y otras, entre naturaleza y cultura, resultaría insalvable. Windelband está postulando una coordinación o adecuación imposible de sostener. La Teoría de la Literatura es ininterpretable desde tales criterios dicotómicos y adecuacionistas, dados entre una supuesta lógica de procesos causales (nomotética) y una no menos presupuesta versatilidad o variabilidad de fenómenos cambiantes (idiografía). Esta metodología plantea —y justifica— el uso de metodologías y conceptos insolubles en la realidad de los materiales literarios, tales como por ejemplo el *lector implícito* o el *lector modelo*, auténticas construcciones nomotéticas imposibles de realizar idiográficamente en los hechos literarios.

3. Una tercera clasificación binaria de las ciencias es la que distingue entre ciencias *formales* y *reales*. Esta distinción se debe sobre todo a Wilhelm Wundt (1889), y hoy día tampoco puede sostenerse, desde el momento en que las nociones de *forma* y *realidad* han sufrido durante el último siglo transformaciones decisivas en todos los campos categoriales. En primer lugar, no cabe hablar de formas puras, ni de ciencias reducidas a formas (sean puras o impuras), pues aceptar algo así sería incurrir automáticamente en un teoreticismo de proyecciones metafísicas. Tampoco se puede hablar de ciencias «puramente formales» frente a ciencias «exclusivamente reales». La Lógica, la Geometría plana o la Matemática, por ejemplo, no son ciencias formales válidas frente a otro tipo de ciencias, supuestamente «más reales», como la Física, la Estereometría o la Arquitectura, sino que unas y otras son ciencias categoriales que se atienen rigurosamente a materialidades específicas —y en cierto modo exclusivas suyas— del mundo real. No cabe establecer una relación cogenérica entre las ciencias a partir del *formalismo*, y aún menos desde el criterio de *realidad*. Solo desde un teoreticismo radical, como en el que incurren —en sus procesos de regresión media genérica (*vid. infra*)— la teoría de los polisistemas o

la lingüística textual planteada por Petöfi y García Berrio, por ejemplo, cabe concebir el desarrollo de una Teoría de la Literatura, como ciencia formal, en los términos dados en este binomio artificioso entre ciencias reales y formales.

4. Una cuarta clasificación, sin duda la más triunfalista y perseverante, es la que distingue entre *ciencias naturales* y *ciencias humanas*. Procedente del historiador Johann Gustav Droysen (1868), es el filósofo neokantiano Wilhelm Dilthey (1883) quien la promueve desde criterios puramente epistemológicos, amparados naturalmente por el idealismo de la filosofía kantiana (objeto / sujeto). Y como tal llega a nuestros días. Es bien sabido que Dilthey asigna a cada uno de estos tipos de ciencias un método específico de conocimiento, basado en la explicación (*Erklären*), en el caso de las ciencias naturales, y en la comprensión (*Verstehen*), en el caso de las ciencias humanas. Desde una perspectiva semejante, y ya se ha dicho, Wilhelm Windelband había distinguido en 1892 entre *ciencias nomotéticas* y *ciencias ideográficas*, de modo que las primeras buscan leyes generales para «explicar» los procesos naturales, y las segundas tratan de «comprender» los hechos singulares e irrepetibles que constituyen los fenómenos humanos y culturales. A su vez, Heinrich Rickert recoge este binomio ontológico en su obra de 1899 *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, y confirma para este binomio un éxito duradero casi hasta nuestros días⁴⁴.

Se da por supuesto que las ciencias humanas son las que se ocupan del ser humano. El problema reside precisamente en que esta concepción de las ciencias solo concibe al ser humano como una realidad *ontológica*, ignorando gravísimamente que el ser es humano por ser ante todo una realidad *gnoseológica*, es decir, *operatoria*. Esta es una idea capital de la Teoría del Cierre Categorial de Bueno en la que hemos de

⁴⁴ Enrique Moradiellos ofrece una muy interesante y recomendable aplicación de la Teoría del Cierre Categorial a la ciencia de la Historia, en su libro *Las caras de Clío* (2001). Al referirse críticamente a las ideas de Bueno sobre la dicotomía entre ciencias humanas y ciencias naturales, Moradiellos introduce reflexiones de gran interés no solo para el historiador, y nos recuerda que aún a mediados del siglo pasado, Charles P. Snow, en su libro *Las dos culturas* (1959), se refería al poderoso abismo que, en determinados sectores, seguía separando ambas familias de ciencias. Vid. Moradiellos (2001: 52 ss).

insistir permanentemente. La ontología humana está determinada por su dimensión y su significado gnoseológico, desde el momento en que el humano es el único ser dotado de capacidad operatoria y constructiva para manipular formalmente la materia, es decir, para conceptualizarla, haciendo del Mundo (M) un Mundo Interpretado (M_i). El ser humano es humano precisamente por ser un ser gnoseológico. Algo que no pueden llegar a ser ni los dioses más sofisticados. Las ficciones no *operan*. Nada más irracional que considerar que algo es obra de un dios (*opus dei*). Todo cuanto existe es *obra humana*. Nada divino hay en nosotros. Vivimos, de hecho, más cerca de los animales que de los dioses.

Como se verá inmediatamente, la clasificación de las ciencias según la Teoría del Cierre Categorial dispone que todas las ciencias son humanas, desde el momento en que hay que contar con la intervención del ser humano, y de sus capacidades operatorias, para desarrollar cualquier tipo de actividad racional y científica. No hay «ciencias inhumanas», ejecutadas por dioses, extraterrestres o criaturas vegetales. Los dioses nunca han tenido preocupaciones científicas.

El Materialismo Filosófico critica dialécticamente la clasificación epistemológica y ontológica de las ciencias propuesta por Droysen (1868) y desarrollada por Dilthey (1883) desde las postrimerías del idealismo alemán decimonónico. Si en este punto examinamos papel que la Teoría de la Literatura y la Crítica de la Literatura pueden desempeñar en la circunscripción dicotómica dada entre ciencias humanas y ciencias naturales se observará que, una vez más, tal configuración binaria resulta insuficiente para explicar la complejidad categorial o científica de la *teoría* y la amplitud o trascendencia filosófica movilizadas por la *crítica* de los materiales literarios. Ni una ni otra pueden resolverse *sin más* en los términos del *Verstehen* ni del *Erklären*. La crítica literaria debe estar implantada e inmersa en el presente, en un presente práctico, social, político, científico..., como ámbito propio y suyo, ajeno a toda hermenéutica doxográfica o idealista. Por otro lado, la Teoría de la Literatura exige una serie de construcciones y saberes conceptuales cuyos procedimientos, mediante procesos de regresión media genérica, la aproximan gnoseológicamente en gran medida al uso que hacen determinadas «ciencias naturales» de sus propios contenidos y materiales de investigación, por sorprendente que esto pueda parecer a primera vista. ¿Acaso la Filología, la Ecdótica y la Lingüística forense

no se sirven de programas informáticos, bases de datos y construcciones computacionales sofisticadísimas para elaborar muchos de sus estudios, repertorios e incluso fijaciones textuales de obras literarias y no literarias? Y ante un contexto crítico de esta naturaleza, determinado por una gnoseología materialista, se hace imprescindible la disolución de los conceptos *Verstehen* y *Erklären*, introducidos por Droysen, y asumidos por Dilthey, quien les infundió una aceptación que prosperó hasta muy entrado el siglo xx. Estas nociones poseen un valor histórico, pero no operatorio. Son conceptos extemporáneos e ideales. Incluso podríamos decir que su valor fue siempre casi exclusivamente semántico, nunca gnoseológico.

Esta distinción, entre lo que se puede *explicar* y lo que se puede *comprender*, se basa más en criterios epistemológicos, e incluso psicológicos, que gnoseológicos⁴⁵. Bueno ha insistido explícitamente en que si existe una diferencia clara entre estas dos familias de ciencias, las que responden al *Verstehen* y las que obedecen al *Erklären*, esta diferencia reside más bien en las facultades u órganos humanos de captación que en la naturaleza ontológica de sus respectivos objetos de conocimiento (cultura / naturaleza), o incluso que en su estructura lógica (donde opera la distinción de Windelband entre individual / universal, ciencias idiográficas / ciencias nomotéticas). Según Bueno, estas facultades, que actuarían como órganos de captación, serían la *comprensión* y la *expli-*

⁴⁵ La perspectiva epistemológica —léase a Bueno, a quien remito (1992, I)— hace referencia principal al eje pragmático, especialmente a su momento normativo, que afecta al sujeto cognoscente o gnoseológico (sujeto operatorio). Las cuestiones epistemológicas giran en torno a los procesos que determinan normativamente la actitud del sujeto cognoscente (estados de duda o certeza, apunta Bueno). La perspectiva gnoseológica hace referencia al eje semántico, y en especial a su momento ontológico. Las cuestiones gnoseológicas giran en torno a los procesos que determinan la «identidad sintética» de unas partes objetivas del campo científico respecto a otras. Entre los criterios que permiten distinguir el espacio gnoseológico del espacio epistemológico figuran los tres ejes de referencia —una y otra vez mencionados a lo largo de esta obra—, de carácter semiológico, propios de la gnoseología general analítica del cierre categorial: a) *eje sintáctico*, que considera los componentes de las ciencias desde el punto de vista de su relación consigo mismos (Términos, Relaciones y Operaciones); b) *eje semántico*, que considera los componentes de las ciencias desde el punto de vista de su dimensión Referencial, Fenoménica y Esencial o Estructural; y c) *eje pragmático*, que considera los componentes de las ciencias según criterios Autológicos, Dialógicos y Normativos.

*cación*⁴⁶. Pero esto supone retrotraer la actividad supuestamente científica a ámbitos hundidos en la psicología personal (autologismo), o en el sociologismo gremial (dialogismo).

Para el Materialismo Filosófico, y para la teoría literaria en él fundamentada, «la *comprensión* no constituye por sí misma una metodología que tenga significado gnoseológico» (Bueno, 1990a: 44). Todo lo contrario, su peso epistemológico es absoluto, y puede conducir a un callejón sin salida gnoseológica, es decir, a un idealismo trascendental. Por otro lado —y son palabras de Bueno—, no puede aceptarse la analogía «entre comprensión y órganos sensoriales o instrumentos científicos, puesto que estos son operadores o relatores y aquellos no» (44). La precisión de un termómetro o de un microscopio (M_3) siempre será incomparablemente mayor que la impresión personal (M_2) para medir la temperatura de un cuerpo o para ver la actividad biológica que ejecutan determinadas células dentro de un organismo dado.

Las ciencias en general, y las ciencias humanas en particular, comienzan a constituirse como tales en el momento de la construcción operatoria de estructuras fenoménicas o esenciales, y no en el momento de la comprensión o descripción de los fenómenos. Y es entonces cuando cobran su significado gnoseológico unas ciencias cuyas construcciones son, hasta cierto punto, re-construcciones (*re-enactement* de Collingwood, *nacherleben* de Dilthey), y que nosotros entendemos como tratamiento β -operatorio de los propios materiales estudiados por esas ciencias⁴⁷. Esas reconstrucciones tienen que tener lugar en un escenario

⁴⁶ «Se comprende que en la medida en que utilicemos esta distinción para dar cuenta de la diferenciación entre las ciencias naturales y las ciencias humanas (o culturales) estaremos poniendo la diferenciación entre estos dos tipos de ciencia más en el plano epistemológico (o psicológico) que en el plano gnoseológico (lógico-material)» (Bueno, 1990a: 40).

⁴⁷ En el apartado siguiente se explica cómo la Teoría del Cierre Categorial (Bueno, 1992) exige distinguir dos situaciones definidas en los campos semánticos característicos de toda ciencia: una situación α , que identifica a las ciencias en cuyos campos no aparecen formalmente entre sus términos los sujetos gnoseológicos; y una situación β , que identifica a aquellas otras ciencias en cuyos campos sí aparecen formalmente sujetos gnoseológicos u operatorios. Estas dos situaciones (α y β) permiten redefinir, desde criterios estrictamente gnoseológicos, las clases de ciencias originariamente llamadas «ciencias humanas» y «ciencias naturales». Se reinterpreta de este modo, en el marco de una gnoseología materialista, la discriminación entre Ciencias Humanas

físico, pues han de estar en contacto con la propia praxis, política o tecnológica, característica de cada campo (Bueno, 1990a: 44).

La crítica a la diferencia historicista y neokantiana entre *ciencias humanas* y *ciencias naturales* debe comenzar por triturar los fundamentos ontológicos de esta discriminación. Ontológicamente se impone a cada grupo de ciencias un objeto de conocimiento, de modo que la *naturaleza*, como materia inerte, se convierte en *objeto* de estudio de las ciencias naturales, mientras que la sociedad, o la antropología, el *hombre*, como materia viviente, se integra como *objeto* de estudio de las *ciencias humanas*. Esta asignación es falaz, desde el momento en que las ciencias no están determinadas por su *objeto* de estudio (ontología), sino por su *campo* de conocimiento (gnoseología), es decir, por el campo gnoseológico en el que se sitúan los materiales que se constituyen como términos, o componentes conceptuales, de su campo categorial o científico. El Hombre no solo es objeto material de conocimiento de la Antropología, sino también de la Medicina, la Física y la Química, del mismo modo que también lo es de la Lingüística, la Psicología o la Historia.

Desde tales criterios gnoseológicos se impone una clasificación de las ciencias atendiendo a sus campos categoriales, es decir, a aquellas parcelas o campos de la realidad en que se sitúan físicamente sus materiales de conocimiento. Las posibilidades de este criterio diferencial se incrementan desde el punto de vista de los distintos recursos operatorios que tienen lugar en las diferentes ciencias. Se partirá, pues, de la consideración del sujeto humano como sujeto gnoseológico (*sujeto operatorio*), que realiza operaciones y construye términos mediante su intervención en los campos categoriales de las distintas ciencias. Se distinguirá así entre ciencias en las que el sujeto operatorio no aparece formalmente como Término del campo categorial (metodologías

(las que utilizan metodologías β -operatorias, es decir, las que introducen en sus campos el sujeto operatorio), y Ciencias Naturales (las que utilizan metodologías α -operatorias, las cuales no cuentan en sus campos con sujetos operatorios), discriminación que se salda con la disolución o trituración de este binomio, idealista y posneokantiano, y su subrogación por una clasificación de las ciencias en seis grupos o clases fundamentales —que se exponen más adelante—, de acuerdo con criterios gnoseológicos o lógico-materiales, esto es, operatorios.

α -operatorias) y ciencias en las que sí aparece (metodologías β -operatorias), desarrollando conductas operatorias *dentro* del campo categorial. Es decir: el ser humano puede ser neutralizado o eliminado totalmente como sujeto operatorio de un determinado campo categorial, como el que ofrece la Geometría, la Física Cuántica o la Astronomía, por ejemplo; o no, como sucede en aquellas ciencias dentro de cuyos campos categoriales el ser humano actúa como un sujeto operatorio irreductible, y no puede ser suprimido, total o parcialmente, como sujeto que *opera*, esto es, que ejecuta y planifica múltiples operaciones: los sujetos pretéritos en Historia, el hablante en Lingüística, el salvaje en Etnología, el productor o consumidor en Economía, el sujeto agente en Psicología, el enfermo o paciente en Medicina, el lector real en Teoría de la Literatura, etc. Quiere decirse con esto que no es posible *comprender* (*Verstehen*) ni *explicar* (*Erklären*) los comportamientos humanos, ni individuales ni colectivos, desde el uxoricidio hasta las creencias mitológicas o numinosas, según concepciones mecanicistas o meramente biológicas del funcionamiento del mundo, como si los cursos operatorios que en él intervienen y concurren pudieran reducirse a principios impersonales o leyes generales de aplicación universal, deterministas o necesarias⁴⁸. Tampoco cabe interpretar la conducta u operatoriedad humana como un movimiento recurrente e irreflexivo, rutinario o automático, carente de causalidad, intencionalidad o prolepsis⁴⁹.

⁴⁸ «La comprensión, como reconstrucción, no será tanto una «penetración en el interior de los demás» (la *empatía* de G. Simmel), sino, en general, una aprehensión del mundo cultural de los otros, lo que solo será posible si nuestro mundo cultural tiene capacidad o potencia superior para absorber en sus categorías al mundo cultural estudiado. Un antropólogo que ha sido educado en la teoría de la gravitación puede comprender la astronomía maya mucho mejor de lo que todos los sacerdotes mayas juntos podrían comprender la teoría de Newton. En general, por tanto, las posibilidades de comprensión de una cultura dada no habrá que derivarlas tanto de alguna supuesta facultad subjetiva, cuando de determinadas condiciones ligadas al mundo cultural objetivo al que pertenece el científico» (Bueno, 1990a: 45).

⁴⁹ Enrique Moradiellos ha hecho una muy valiosa y pertinente aplicación de las ideas de Bueno, y en particular de la Teoría del Cierre Categorial, al estudio de la Historia en su obra antemencionada *Las caras de Clío* (2001), cuya lectura recomendamos explícitamente, no solo para profundizar sobre algunos de los aspectos que aquí convocamos y citamos, sino sobre todo para introducir al lector interesado en el análisis de las metodologías historiográficas. Vid. especialmente Moradiellos (2001: 59 ss).

El conflicto —el conflicto dialéctico— forma parte de la constitución misma del conocer y del construir, esto es, del ser humano en tanto que *homo sapiens* y *homo faber*. ¿Por qué desear, en nombre de un estulto armonismo, que deje de ser pertinente, o incluso que desaparezca del terreno de juego? Lo que no se discute no se sabe. El diálogo que no está fundamentado en una dialéctica no podrá interactuar sobre nada, y no tendrá ninguna consecuencia ni efecto operatorio.

El concepto de ciencia que Bueno plantea es eminentemente dialéctico⁵⁰, porque a través de la dialéctica, es decir, de la categorización especial o específica de cada ciencia, y de unas frente a otras, las ciencias dejan de concebirse genérica o cogenéricamente, y dejan también de exponerse como un conjunto armónico de saberes, clasificados de forma simplista en dos grupos o clases complementarias, fruto irreal de una dicotomía artificiosa entre ciencia y cultura, lo que las convierte en ficciones explicativas, por lo demás inertes, una al lado de la otra, como si se tratara de realidades metafísicas o incluso estéticas. Toda concepción cogenérica de las ciencias apunta en última instancia hacia un monismo metafísico, y oculta, sin duda alguna, una visión cosmista y unitaria del mundo. Es una forma por completo irresponsable de retrotraer toda actividad científica hacia territorios eclipsados por el Idealismo, donde pululan, a través de las manifestaciones más diversas, los requerimientos habituales de la fe, la religión, el monismo metafísico, la idea hipostática de cultura, los mitos de la identidad, el espíritu, el ser, la paz o los derechos humanos, etc. La Ciencia no es un embellecedor de la realidad, como tampoco lo son ni el arte ni la literatura. La Ciencia es una construcción ontológica de la realidad de la que, a diferencia del arte y de la literatura, el sujeto operatorio ha desaparecido, porque se ha neutralizado o segregado. Esta es la diferencia esencial —y específica— entre las Artes y las Ciencias.

⁵⁰ Según Bueno, la dialéctica de las ciencias comprende tres dominios fundamentales: 1) *Dialéctica de las ciencias frente al medio extracientífico*, referente a cómo las ciencias se ven enfrentadas con los saberes extracientíficos con los cuales están en necesario e inevitable contacto; 2) *Dialéctica de las ciencias entre sí*, ya que cada ciencia puede enfrentarse con otras ciencias de su entorno, delimitando de este modo los respectivos campos categoriales; y 3) *Dialéctica de cada ciencia consigo misma*, en relación a las dialécticas inmanentes dadas en cada campo científico. Sobre la dialéctica de las ciencias, vid. Bueno (1992: I, 215 ss).

3.1.1.2. *Metodologías α -operatorias y Metodologías β -operatorias*

A continuación, en segundo lugar, es necesario exponer, siguiendo a Bueno, la diferencia entre *situaciones alfa* (α) y *situaciones beta* (β), para identificar una realidad absolutamente fundamental en la organización de las ciencias según la gnoseología materialista de la Teoría del Cierre Categorial, esto es, la presencia o la inexistencia de seres humanos —de sujetos operatorios o sujetos gnoseológicos—, como *términos* dados dentro del campo categorial de una ciencia o categoría concreta. Por ejemplo, la Historia es una ciencia que exige la presencia de seres humanos como sujetos vivos en su campo categorial, porque no es posible elaborar una historia de Europa sin europeos, ni una historia de Francia sin Napoleón, es decir, no es posible plantear una ciencia como la Historia al margen de la existencia de los seres humanos implicados directamente en la operatoriedad de esta categoría. Lo mismo cabe decir de la Lingüística: no puede haber ciencia del lenguaje al margen de seres humanos hablantes. Hay determinadas ciencias en las que es imposible hacer desaparecer la presencia, la operatoriedad, del ser humano como sujeto operatorio. No puede haber una Lingüística sin hablantes, ni una Historia sin seres humanos, ni un Derecho sin jueces ni delincuentes, ni una Teoría de la Literatura sin autores, lectores e intérpretes o transductores (reales, no ideales). Sin embargo, sí puede haber una Matemática, como de hecho hay, en cuyo campo categorial no hay seres humanos, porque los números, en todas sus variedades (naturales, primos, quebrados, racionales, decimales, etc.), no son humanos. Lo mismo ocurre con la Astrofísica o la Biogenética. Por mucho que miremos a través de un telescopio o de un microscopio, jamás veremos entre planetas o satélites, entre células y mitocondrias, la figura de un ser humano en el ejercicio de su vida cotidiana, haciendo deporte o simplemente respirando. No hay seres humanos describiendo trayectorias espaciales entre los planetas y satélites de un sistema solar o de una galaxia, del mismo modo que no hay sujetos operatorios humanos conviviendo con glóbulos blancos o microorganismos celulares⁵¹, porque el ser humano no es un término

⁵¹ Al modo en que se describe en la película *Un viaje alucinante* (1966).

dado en los campos categoriales de la Medicina, la Astrofísica o la Matemática.

La diferencia entre las situaciones α y β es una diferencia gnoseológica, no ontológica, ni epistemológica, es decir, es una diferencia cuyo significado determina de forma esencial la naturaleza y los criterios mismos de los materiales científicos específicos de cada ciencia. La presencia o ausencia del sujeto gnoseológico como término inserto o inexistente en el campo de investigación de una ciencia dada será, pues, determinante para distinguir las metodologías α , o ciencias α -operatorias, de las metodologías β , o ciencias β -operatorias:

Cuando (desde la teoría del cierre categorial) el sujeto es el sujeto gnoseológico, reconocer la posibilidad de aparecer (reflexivamente) el sujeto entre los términos del campo, entre los objetos, es tanto como reconocer que el sujeto aparece, no como un objeto más, sino, principalmente, como un sujeto operatorio (como una *operación*, o, por lo menos, como un *término que opera*, que liga apotéticamente otros términos del campo). Lo que equivale a decir que actúa como un científico. Y esta peculiaridad ya tiene indudable pertinencia gnoseológica, y aun de muy críticos efectos (Bueno, 1992: I, 199).

En las llamadas ciencias humanas, que el Materialismo Filosófico reinterpretará desde los criterios gnoseológicos de las metodologías o ciencias β -operatorias, el sujeto operatorio está presente como término en el espacio gnoseológico. En este tipo de ciencias, las operaciones no son externas al campo, sino inmanentes. El sujeto gnoseológico tendrá que someterse a procesos de neutralización o segregación, y en algunos casos, como veremos, no podrá neutralizarse o segregarse completamente.

Llegados a este punto conviene explicar la distinción que establece Bueno entre *sujetos operatorios* y *agentes reflexivos*, y de la que se han hecho eco muchos de sus lectores y discípulos. Los seres humanos pueden ser tanto lo uno como lo otro, es decir, bien *sujetos operatorios*, como hablantes, personas históricas, miembros de una sociedad política, autores de obras literarias, pacientes de un psicoanalista, artífices de planes políticos o económicos, etc., bien *agentes reflexivos*, como el intérprete de la Lingüística, como el analista de la Historia, como el Antropólogo o el Etnólogo, como el Médico, como el Politólogo o como el Economista. Cuando el ser humano se comporta y actúa como *sujeto operatorio* exige una metodología operatoria β , mientras que

cuando actúa como *agente reflexivo* exige una metodología operatoria α . Las ciencias cuyos materiales de conocimiento se sitúan en campos categoriales donde el ser humano puede hacer acto de presencia y comportarse como *sujeto operatorio* solo alcanzarán resultados objetivos si aplican las metodologías α -operatorias, es decir, si como *agente reflexivo* el intérprete puede neutralizar objetivamente las intervenciones operatorias de los seres humanos implicados en tales campos categoriales, es decir, de los seres humanos *implicados formalmente* (como sujetos operatorios) entre los *Términos* o materiales de conocimiento de dicho campo categorial. Si en tales casos no resulta posible aplicar las metodologías α -operatorias, habrá que aplicar las β -operatorias, cuyos procedimientos incluyen el intento de organizar científicamente un campo categorial que reproduce de forma analógica las operaciones que ha ejecutado el investigador para organizarlo como tal campo categorial. Este último supuesto tiene lugar cuando el *agente reflexivo* se convierte —sin dejar de ser agente reflexivo o intérprete—, en *sujeto operatorio* de un campo categorial. En este caso, el procedimiento del científico consiste en reconstruir gnoseológicamente las operaciones realizadas por los seres humanos que se dispone a analizar. El científico es, en este contexto, además de agente reflexivo, un sujeto operatorio más. En esta imposibilidad de eliminar y neutralizar las operaciones del agente reflexivo reside el llamado subjetivismo de las ciencias (β -operatorias), así como el distinto y menor estatuto gnoseológico de las verdades alcanzadas desde esta metodología (β -operatoria)⁵². Este último problema no tiene lugar en los campos categoriales donde el ser humano no se manifiesta ni está implicado como *sujeto operatorio*. Es lo que sucede, por ejemplo, en la Matemática, la Biología o la Botánica, la Física Cuántica o la Termodinámica, la Astrofísica o la Veterinaria. Los términos que configuran estas y otras ciencias no son sujetos operatorios humanos, es decir, no desarrollan conductas antropológicas, ni actúan con voluntad propia para ocultarse o manifestarse a la acción de los agentes reflexivos humanos. El planeta Saturno no se oculta instintivamente cuando un astrónomo lo examina desde su telescopio,

⁵² Cuando en un campo categorial uno de los términos es un sujeto operatorio humano, el agente reflexivo ha de reconstruir las relaciones entre los términos convirtiéndose él también en un sujeto operatorio. Ha de renunciar de este modo a las metodologías α -operatorias, y usar las β -operatorias.

del mismo modo que la velocidad de la luz no se detiene ni se acelera, avergonzada o insolente, ante la observación inquisitiva del investigador o agente reflexivo. Ni la luz del Sol ni los movimientos de Saturno pueden considerarse resultado de un sujeto operatorio humano. Pueden, pues, estudiarse desde las metodologías α -operatorias.

Entendemos por *metodologías β -operatorias* aquellos procedimientos de las ciencias humanas en los cuales esas ciencias consideran como presente en sus campos al sujeto operatorio [...]. Entendemos por *metodologías α -operatorias* aquellos procedimientos [...] en virtud de los cuales son eliminadas o neutralizadas las operaciones iniciales [...]. La dialéctica propia de las metodologías α y β así definidas puede formularse sintéticamente de este modo: las ciencias humanas, en tanto parten de campos de *fenómenos* humanos (y, en general, etológicos), comenzarán necesariamente por medio de construcciones β -operatorias; pero en estas fases suyas, no podrán alcanzar el estado de plenitud científica. Este requiere la neutralización de las operaciones y la elevación de los fenómenos al orden *esencial* (Bueno, 1992: I, 201).

En consecuencia, se impone distinguir, siempre siguiendo a Bueno (1992, 1995), entre *metodologías alfa (α) operatorias* y *metodologías beta (β) operatorias*. Esta distinción introduce una profundidad mayor respecto a la discriminación previa entre *situaciones alfa (α)* y *situaciones beta (β)*. Las *situaciones* anteriores se considerarán ahora como exigentes de *metodologías*, desde el momento en que tales *situaciones* constituyen *de facto* campos categoriales o científicos, es decir, son depositarias de hechos y fenómenos verbales, literarios, numéricos, jurídicos, bélicos, físicos, contaminantes, víricos, climáticos, etc., que los conviertan en términos constituyentes del campo científico o categorial, respectivamente, de la Lingüística, la Teoría de la Literatura, la Matemática, el Derecho, la Historia, la Física, la Química, la Medicina, la Meteorología, etc... Son *metodologías alfa (α) operatorias* aquellas que contienen en sus campos categoriales términos que no son humanos, como es el caso de la Matemática, la Química, la Astrofísica, la Termodinámica, etc., desde el momento en que el número 7, el benceno, los anillos de Saturno o la entropía no son seres humanos. Son *metodologías beta (β) operatorias* aquellas ciencias en cuyos campos categoriales están presentes, constitutivamente, esto es, ontológicamente, seres humanos, como ocurre en la Historia, la Teoría de la Literatura, el Derecho, la

Lingüística, la Antropología... Se observará que, en principio, hay un criterio que puede usarse para discriminar las *metodologías alfa* (α) *operatorias* de las *metodologías beta* (β) *operatorias*, un criterio que se objetiva en la presencia o ausencia de seres humanos dentro de los campos categoriales de cada una de estas ciencias o metodologías. Se observará, asimismo, que hay un conjunto de ciencias, las que podríamos denominar *alfa* (α) *operatorias*, que existen exentas de seres humanos *dentro de* sus campos categoriales, es decir, que no necesitan *segregar* o *disolver* la presencia de sujetos humanos —gnoseológicos u operatorios— dentro de sus campos de investigación, porque, por su propia naturaleza, ningún ser humano «habita» en esos campos. Sin embargo, hay otro tipo de ciencias, las denominadas *metodologías beta* (β) *operatorias*, que están determinadas por la presencia de seres humanos *habitando* en el interior de sus campos categoriales, lo cual exige que la investigación científica lleve a cabo una labor de regreso (*regressus*) hacia situaciones donde sea posible segregar, disolver o esterilizar, en nombre de la objetividad científica, la presencia de todo componente psicológico, fenomenológico o subjetivo.

Se concluye, pues, que no cabe hablar, en consecuencia, de ciencias en «sentido ontológico» (ciencias humanas y ciencias naturales), sino de ciencias en «sentido gnoseológico», es decir, de *metodologías*. De este modo, el Materialismo Filosófico distingue entre metodologías operatorias α , que dan lugar a las llamadas ciencias α -operatorias, y metodologías operatorias β , que dan lugar a las ciencias β -operatorias. Aquí reside uno de los núcleos esenciales de la aportación de Bueno en que nos apoyamos.

El reto al que ahora nos enfrentamos es demostrar que la Teoría de la Literatura está en condiciones de regresar a estructuras objetivas en las que es posible la neutralización del sujeto operatorio, y su reemplazo o subrogación por un sujeto reflexivo, en los términos antemencionados. A la Crítica de la Literatura, sin embargo, no le es posible, en el proceso de regreso hacia la conceptualización de los fenómenos de partida, la construcción de estructuras objetivas, porque la figura del sujeto operatorio es en tales escenarios imposible de neutralizar totalmente. Acaso se puede alcanzar en la crítica literaria neutralizaciones parciales o puntuales, pero en ningún caso completas, como se explicará inmediatamente. Sin embargo, por lo que se refiere a la Teoría de la Literatura, sí sostenemos que esta neutralización del sujeto operato-

rio es posible. ¿Cómo? Mediante un proceso de regresión (*regressus*) hacia reconstrucciones conceptuales o estructuras objetivas de las que el sujeto resulta progresivamente segregado. Es cierto que el margen de segregación es pequeño, si lo comparamos con el que ofrecen otras ciencias, como la Estadística, la Estereometría o la Química, indudablemente, pero no es imposible, ni en absoluto irrenunciable. Puedo admitir que la Teoría de la Literatura sea una *ciencia* «*minimalista*», al lado de *ciencias* «*maximalistas*», como la Matemática o la Física, sin duda, pero no puedo aceptar que se le niegue, sin más, un estatuto gnoseológico o científico, porque desde las poderosas exigencias que impone la Teoría del Cierre Categorial de Bueno sí es posible reconocer en la interpretación de los materiales literarios un sistema conceptual definitorio, clasificatorio, demostrativo y modélico, capaz de construir, codificar y operar con términos, relaciones, referentes y estructuras o esencias literarias objetivas, y, en consecuencia, de segregar, también rigurosamente, operaciones, fenómenos, autologismos, dialogismos e incluso normas. Veamos cómo.

3.1.1.3. *Procesos de Progresión (progressus) y Regresión (regressus) de las Ciencias*

—*Y si intentase desatarlos y conducirlos hacia la luz, ¿no lo matarían, si pudieran tenerlo en sus manos y matarlo?*
—*Seguramente.*

PLATÓN, *República*, VII (517a)⁵³.

En tercer lugar, procede explicar el movimiento de análisis y de síntesis que exige toda interpretación científica, es decir, los conceptos de progreso o *progressus* y de regreso o *regressus*.

⁵³ Platón, *República*, VII (517a). Platón se refiere en estos términos a la actitud, indudablemente fanática, de quienes se resisten al conocimiento científico, filosófico o crítico, en favor de formas aberrantes y sofistas de conocimiento, como pueden ser las pseudociencias, las ideologías, las religiones, la magia, o incluso la opinión no fundamentada en la razón. Platón está aludiendo a quienes se resisten a abandonar la visión *cavernícola* de la realidad, capaces de matar, incluso, a quien les proporciona la libertad del conocimiento y les educa en el uso de la razón.

Bueno introduce estos conceptos en su Teoría del Cierre Categorial a partir de una brillante, y utilísima, reinterpretación del mito o alegoría platónica de la caverna, tal como se expone en el libro VII de la *República*. Platón distingue allí entre *apariencia* y *esencia*, y sitúa a la apariencia en el mundo terrenal y humano —la caverna— y a la esencia en el mundo metafísico de las Ideas —un *más allá* en el que residirían las *formas* (Ideas) en su estado puro, desposeídas de toda materia—. Como sabemos, el Materialismo Filosófico reinterpreta estos criterios y ubica la apariencia, es decir, los *fenómenos*, en el Mundo Interpretado (M_i) —la caverna platónica—, así como también emplaza a las *esencias* o *estructuras* igualmente en el mundo interpretado y categorizado por las ciencias (M_i), pero con una condición gnoseológica fundamental: para llegar a las concepciones estructurales o esenciales (las Ideas, según Platón) de los fenómenos (o apariencias, según Platón), esto es, para llegar a establecer construcciones objetivas de las experiencias sensibles, no será necesario irse *a la metafísica* (M), ni a ningún otro «mundo posible», como postulan algunas teorías de la ficción literaria⁵⁴, sino que bastará ejecutar un proceso de regresión (*regressus*) o de reconstrucción estructural de conceptos, mediante la recuperación o recomposición formal —conceptual— de los fenómenos y hechos sensibles (y siempre a partir de los fenómenos y hechos sensibles, es decir, de lo físico [M_i]: nunca a partir lo metafísico [M]). Dicho de otro modo: para saber lo que es el agua no tendremos que salir de este mundo terrenal y humano —y buscar la esencia, el Ser, del agua en la Metafísica—, sino que bastará retrotraernos a una analítica de los componentes acuáticos, analítica que nos revelará que el agua es una síntesis de dos moléculas de hidrógeno y una de oxígeno. De este modo, la fórmula H_2O constituye el núcleo de una estructura objetiva (M_3), cuyo referente físico (M_1) es el agua tal como la conocemos en su estado convencional —en el mundo terrenal y humano, de donde procede—, y al margen de los efectos psicológicos o fenomenológicos que pueda provocar en la sensibilidad de cada individuo (M_2)⁵⁵. Estos fenómenos

⁵⁴ Vid. Dolezel (1980, 1988, 1989, 1990, 1998), principalmente.

⁵⁵ Piénsese, por ejemplo, que para Lorca todo estaba lleno de símbolos. En su caso, el agua estancada era símbolo de esterilidad, frente al agua en movimiento, que era signo de fertilidad y vigor sexual. Con todo, ha de tenerse en cuenta que la visión poética de la realidad, objetivada en los textos literarios y artísticos, no agota las po-

sensibles —contenido de lo que vivimos en nuestro terrenal mundo diario (la *caverna*) [M_1]— constituyen la premisa o punto de partida del *regressus* hacia la expresión teórica, formal o conceptual, de lo que nuestros sentidos reciben y perciben. El *regressus* nos permite pasar de lo sensible (M_2) a lo inteligible (M_3) *sin incurrir en Metafísica*. Es decir, nos permite *razonar*. Sin recurrir al Idealismo. Platón se expresa en términos alegóricos: luz / tinieblas, inteligencia / ignorancia, reino de las ideas o formas puras / caverna, verdad / apariencia, ciencia / nes-ciencia...

Recuerda que los ojos pueden ver confusamente por dos tipos de perturbaciones: uno al trasladarse de la luz a la tiniebla, y otro de la tiniebla a la luz; y al considerar que esto es lo que le sucede al alma, en lugar de reírse irracionalmente cuando la ve perturbada e incapacitada de mirar algo, habrá de examinar cuál de los dos casos es: si es que al salir de una vida luminosa ve confusamente por falta de hábito, o si, viniendo de una mayor ignorancia hacia lo más luminoso, es obnubilada por el resplandor⁵⁶.

Los procesos de progreso y regreso anclan la ciencia en la realidad de los hechos y del mundo terrenal y humano. Porque la ciencia no puede partir de la metafísica (M) —ni desembocar en ella (lo que supondría un *regressus* hacia el infinito, sin vuelta o *progressus* hacia la realidad de los fenómenos de partida)—, sino que ha de «tener los pies en la tierra», es decir, ha de partir del mundo sensible y fenoménico, del mundo material interpretado desde nuestros sentidos (M_1), y desde él *operar* objetivamente, esto es, *construir* formalmente las estructuras esenciales que lo hacen posible.

Este es el procedimiento platónico para interpretar lo que se percibe desde la *caverna*, es decir, lo que recibimos a través de nuestros

sibilidades de la interpretación literaria, sino que las abre. Que Lorca identifique al agua, bien con lo yermo, bien con lo reproductor, no es algo que nos explique lo que es el agua, sino *lo que es el agua como símbolo en la poética lorquiana*, es decir, nos explica cómo piensa Lorca, pero no qué es el agua ni el H_2O . La ciencia, por lo demás, nos previene contra el fetichismo no ya de los objetos, sino de los símbolos. Y de forma especialmente importante la ciencia nos previene contra el fetichismo de los objetos y referentes artísticos. La ciencia, en suma, nos preserva de la hermenéutica.

⁵⁶ Platón, *República*, VII (518a).

sentidos o de nuestras percepciones sensibles. El paso de lo sensible a lo inteligible (*regressus*) y de lo inteligible a lo sensible (*progressus*) requiere saber transitar por los procesos de regreso (de las apariencias a las esencias) y de progreso (de las estructuras esenciales a los hechos empíricos).

La Idea de Ciencia expuesta en la Teoría del Cierre Categorial recupera estas nociones platónicas y las reinterpreta en términos gnoseológicos (conjugación de materia y forma: circularismo). Bueno plantea un proceso demarcado por dos situaciones límite bien definidas: la que parte de la identificación de los *fenómenos* (M_i), interpretados mediante operaciones ejecutadas desde metodologías β -operatorias, para regresar o recuperar objetivamente sus estructuras esenciales, y la que prosigue o progresa, desde la determinación de las *esencias* (M), constituidas como estructuras objetivas desde metodologías α -operatorias, nuevamente hacia los fenómenos de partida, a fin de verificar la circularidad y la conjugación (material y formal) de los resultados obtenidos. El recorrido de este proceso exige la ejecución constante y circular de un *regressus* (de los fenómenos a las esencias) y de un *progressus* (de las esencias a los fenómenos) dialécticos.

Tomemos como ejemplo el narrador del *Quijote*, según las informaciones que nos proporciona en el incipit de la novela: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor» (*Quijote*, I, 1). Podemos definir al narrador como aquel personaje que cuenta o relata formalmente la historia o fábula. Sabemos, además, desde el capítulo IX de la primera parte, que se trata de un narrador que forma parte de la historia que cuenta. Y sabemos, también, que se filtra en la narración sin compartir el mismo nivel narrativo que los personajes protagonistas. Incluso podemos explicar el sistema retórico de autores ficticios que el propio narrador introduce en el discurso de la novela para disolver su presencia en ella (Maestro, 2009): el autor árabe que es Cide Hamete Benengeli, el morisco aljamiado que traduce el manuscrito árabe del *Quijote*, el propio narrador que se confiesa editor y compilador de los textos traducidos, etc... En consecuencia, el intérprete del *Quijote* podrá reconstruir conceptualmente la figura del narrador en términos formales muy depurados, mediante un proceso de *regressus*, hacia la configuración de una estructura objetiva, en virtud de la cual dirá —con Genette (1966,

1969, 1972)—, que el narrador de la novela cervantina es *omnisciente* (porque lo sabe todo), *homodiegético* (porque forma parte de la historia que cuenta) y *metadiegético* (porque se sitúa en un nivel narrativo que envuelve integradora y recursivamente a los demás niveles). No en vano la Lingüística estructural forma parte de las Ciencias que aquí denominaremos Estructurales (*vid. infra*). Hasta ahora hemos procedido por regresión hacia formas conceptualizadoras del narrador del *Quijote*, a partir del texto de la novela, como fenómeno o hecho literario de partida («En un lugar de la Mancha», etc...). Pero el proceso no termina en un *regressus* hacia los conceptos. Se hace necesario ahora, una vez conceptualizado o formalizado el fenómeno, seguir progresando en el terreno fenoménico —esto es, volver a la realidad material, en este caso la obra literaria—, y, armados conceptualmente, avanzar en el texto de esta novela, y de otras novelas, hasta alcanzar una teoría lo suficientemente sólida y sistemática acerca de lo que es el narrador como personaje que cuenta o relata formalmente una historia o fábula.

Los hechos nos conducen a las ideas (*regressus*) y las ideas nos remiten de nuevo a los hechos (*progressus*), de forma incesante, circular, conjugada. Partimos de la materia —de los materiales literarios, sea el texto del *Quijote*, sea un verso como «En tanto que de rosa y azucena...»— y regresamos a sus estructuras conceptuales y objetivas —a sus formas: sea un narrador omnisciente, homodiegético y metadiegético, sea un endecasílabo heroico—, y a partir de esta objetividad, alcanzada por *regressus*, reiniciamos un nuevo progreso a través de los fenómenos, esto es, de los materiales literarios, progreso que nos exige seguir leyendo la novela de Cervantes, y otras novelas, así como el soneto XXIII de Garcilaso, y otros sonetos, etc... Es decir, que seguimos operando con nuevos y distintos fenómenos, con nuevos y distintos materiales literarios, de forma incesante, circular, esto es, gnoseológica (material y formalmente). Pero cada nueva *operación* en el terreno de los fenómenos se reinicia después de haber ejercido un *regressus* en el terreno de los conceptos que nos permite *operar* cada vez en mejores condiciones conceptuales. De este modo, interpretamos, es decir, intervenimos en la *materia*, con *formas* cada vez más sofisticadas, construidas a partir de los mismos materiales —en este caso literarios— que estamos interpretando.

Nótese que en el *regressus* el punto de partida es un hecho, y el destino es una teoría. El camino inverso corresponde al *progressus*, donde

el punto de partida es la teoría construida formalmente sobre la realidad de los hechos constatados por la empiria, y el punto de destino es de nuevo el *hecho fenoménico*, dado en el conjunto de los *hechos* del primer punto de partida. Este ir y volver, este regresar y progresar, dispone la ejecución del pensamiento crítico, el desarrollo de las operaciones constructivas y gnoseológicas de las ciencias y, por supuesto, la esencia de la dialéctica, que es el motor de la Filosofía y de la Crítica de la Literatura. El *regressus* es un camino gnoseológico construido por hechos y materiales de partida, sensorialmente recibidos, y el *progressus* es el mismo camino gnoseológico pero *formateado* ahora —si se nos permite la expresión— desde la construcción objetiva de formas y teorías que se proyectan —que progresan— de nuevo, y reiterada y sucesivamente, sobre los fenómenos de partida. Esta es la dimensión circular, gnoseológica y dialéctica, que mueve, en *symploké*, todo el sistema filosófico de la Teoría del Cierre Categorial, construido por Gustavo Bueno como Teoría de la Ciencia, desde los presupuestos del Materialismo Filosófico.

La dialéctica es una figura gnoseológica esencial de la Filosofía, y no puede ser ignorada por las Ciencias. Cuando Bueno escribe *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (1970), no por casualidad dedica una detallada atención a los procesos de *regressus* y *progressus* en relación con la dialéctica y la filosofía. Dice Bueno a propósito de Platón y la dialéctica:

La Dialéctica comienza con el análisis (*Rep.* 509d-511e) en la vía regresiva, que parte de las sensaciones (*eikasía*) y de las opiniones (*pístis*) —opiniones sobre animales, plantas y objetos artificiales, digamos lo que Kant llamaba «juicio teleológico»— y que incluso llega a las ciencias (*dianoia*) —hoy daríamos mucha más importancia en el análisis a la *pístis*, i.e., a las superestructuras ideológicas, utópicas, del «sentido común», que a la *eikasía*—. Pero las ciencias no constituyen el último término del proceso, porque sus *hipótesis* deben ser remontadas mediante otro mecanismo cognoscitivo: *nóesis*. Es preciso regresar a las *ideas*. La Dialéctica —la Filosofía dialéctica— es, ante todo, el trabajo con ideas. Utilizando libremente la clásica distinción de Kant entre las categorías del entendimiento (*Verstand*) y las ideas de la razón (*Vernunft*), llamaremos preferentemente «categorías» a los conjuntos constitutivos de las esferas especiales científicas, racionalizadas críticamente (técnica o científicamente) [...], reservando el nombre de «ideas» para designar a los temas de la Filosofía (Bueno, 1970: 229-230).

Como acto seguido explica Bueno, Platón descubre las Ideas, y sitúa precisamente en la interpretación de las Ideas objetivas la esencia de la actividad filosófica. Para llevar a cabo esta interpretación, Platón se sirve del principio de *symploké*, de modo que la realidad, considerada filosóficamente, deja de ser una unidad monista, propia de la mitología metafísica, y una dispersión atomista de la realidad, propia de las hipótesis en que se apoyaban las formulaciones de los presocráticos («todo es agua», «todo es fuego», «todo es aire»...). De este modo, ni todo está relacionado con todo (holismo armónico, monismo: ontología univocista), ni nada está relacionado con nada (megarismo, monadología: ontología equivocista), sino que unas ideas están relacionadas con otras, pero no con todas (*symploké*: ontología dialéctica).

Bueno deja clara la recuperación de todo este arsenal de conceptos platónicos, que hará fuertemente operativos en su Teoría del Cierre Categorial. Las ideas tienen la forma del conflicto, porque, desde un punto de vista materialista, las ideas remiten a realidades operatorias, dadas en *symploké*. Las ideas no se relacionan en un mundo celeste, metafísico o límbico, sino terrenal y humano.

La «*symploké*» de las ideas, o de las cosas por medio de las ideas, tal es la tarea propia del trabajo filosófico [...]. La noción de «*symploké*» contiene la noción de mezcla, pero también la de exclusión, la de incompatibilidad (la voz misma significa también «choque de los que pelean») (Bueno, 1970: 232).

La explicación buenista de cómo Kant consideraba que las ideas constituían un sistema, y no una *symploké*, es fundamental y de lectura inexcusable. Como advierte Bueno, la filosofía kantiana, su sistema y arquitectura de la razón, era ante todo la codificación de la Física de Newton, la Biología de Linneo, la Geometría de Euclides, la Lógica de Aristóteles, la Moral de Rousseau... Por su parte, para Hegel, las ideas no aparecen ya dadas apriorísticamente, de una sola vez, sino históricamente, en una «fenomenología del Espíritu». Léase *El papel de la filosofía en el conjunto del saber* (Bueno, 1970):

Las ideas no están dadas en un sistema previo a la Historia: brotan en el mismo proceso histórico y lo constituyen [...]. Platón, por último, conoció claramente que el término análisis, las «ideas», debía continuarse con el principio de la síntesis, de la «vuelta a las apariencias»

—a la experiencia— y no de cualquier manera, sino para modificar esas apariencias de acuerdo con las propias ideas: solamente desde las ideas es posible la instauración de la república. La filosofía platónica, como dialéctica progresiva, se termina en la política [...]. La filosofía contemplativa [...] constituye una evasión sustitutiva para una filosofía que se considera políticamente fracasada (Bueno, 1970: 234-236).

Para Platón, la esencia de la actividad filosófica es eminentemente pragmática y política. Platón cifraba las ideas en todo lo que resultaba práctico y operatorio. Por eso Bueno dice que para Platón «el fin de la Filosofía no es solo conocer el mundo, sino cambiarlo» (Bueno, 1970: 238). El imperativo de Marx en la tesis XI sobre Feuerbach ya estaba formulado en Platón.

El ámbito de la filosofía dialéctica no es una categoría, ni un sistema, ni una ciencia, ni una estructura: su dominio es la *symploké* de las ideas, pero no dada en un universo metafísico o amorfo, sino en el mundo histórico y práctico —esto es, político— del ser humano, un mundo interpretado y organizado por la transducción y mediación de la praxis humana. Tal es la lección de Bueno que aquí asumimos para aplicarla a la interpretación científica de los materiales literarios.

Mientras que Lao-Tsé, por ejemplo, orientó ese esbozo de sabiduría filosófica que es el taoísmo en una dirección desviada de la experiencia técnica y científica, la sabiduría prefilosófica griega se caracterizó precisamente por haber sufrido la influencia de las ciencias y —aparte de la Política y de la Medicina— sobre todo pienso que de la Geometría (Bueno, 1970: 239).

La ciencia se concibe, en consecuencia, como una razón categorial. La filosofía, como una razón trascendental. A la dialéctica corresponderá, mediante la síntesis, depurar y precisar los resultados del análisis, y a la inversa. En los procesos de *progressus* y *regressus*, las formas lógicas —y así lo expone Bueno (1970)— son ante todo diferentes modos de organizar y de relacionar determinados contenidos, es decir, de establecer dialécticamente las conexiones de unos materiales con otros. Las formas lógicas son modos de leer, de interpretar, de hacer legibles y comprensibles las diferentes operaciones de descomposición analítica (*progressus*) y de reconstrucción sintética (*regressus*) de los materiales a los que nos enfrentamos.

En este contexto de exigencias gnoseológicas, la metafísica es —y sobre todo lo es en la posmodernidad— un depósito de ilusiones, una ciencia-ficción, un teoreticismo sin retorno, una retórica sin contenido. ¿Por qué? Porque representa el escenario imaginario o el lugar utópico en el que se extravián los idealismos —los procesos de *regressus*— que no son capaces del volver a la realidad. En la realidad, en el mundo terrenal y humano de los fenómenos (M_i), las Ideas poseen una fuerza gravitatoria que hace posible su interpretación racional y material: están ancladas en la realidad del mundo interpretado y categorizado por las ciencias y la filosofía. Sin embargo, en la Metafísica, estas mismas Ideas, liberadas de la fuerza gravitatoria que las ha hecho posibles y que —de hecho— las hace inteligibles, resultan ininterpretables racional y materialmente. Porque en un contexto idealista y metafísico, no operatorio ni corpóreo, las ideas dejan de ser ideas para convertirse en paralogismos y ficciones, en formas incorpóreas y fantasmagorías, que nada tienen que ver con el orden operatorio de la realidad. No cabe situar en la Metafísica, es decir, en un *regreso sin retorno*, la interpretación de la Realidad, porque la realidad no es metafísica, ni incorpórea, ni exclusivamente formal. La Realidad no puede reducirse a palabras. El mundo no es un texto que pueda hacerse inteligible a través de una hermenéutica. Algo así será pura ciencia-ficción. Porque la Realidad no es indefinidamente *regresiva*. Y su interpretación no puede situarse en un regreso sin fin hacia formas puras, ideales, intactas y en suma completamente irreales. La Realidad se puede abstraer, pero no hasta perder el sujeto o intérprete todo contacto con la propia Realidad. De espaldas a los contenidos del mundo no es posible *hacer* nada. El Materialismo Filosófico de Bueno propone una recuperación física de la Metafísica, es decir, una reinterpretación específica, en el Mundo interpretado y categorizado por las ciencias —la ontología especial (M_i)—, del Mundo en términos absolutos, en sí mismo inasequible e inconmensurable —la ontología general (M)—. Un regreso sin retorno sería comparable, si se nos permite el símil, al de un avión que, tras despegar (*regressus*) de una pista aeroportuaria terrestre, en lugar de volver (*progressus*) a su destino igualmente terrestre, continuara su trayectoria más allá de la atmósfera y del campo gravitatorio de partida, la Tierra, para adentrarse en un derrotero, en un destino, de ida pero no de vuelta. La metafísica es un éxodo de la realidad. Es un viaje de ida sin posibilidad de retorno. Los problemas reales no se pueden resolver metafísicamente, es decir, no se pueden someter

a un proceso de *regressus* sin *progressus*. Porque ni la Filosofía es Metafísica ni la Ciencia puede operar con formas incorpóreas. Todo Idealismo plantea siempre un *regressus* sin retorno, sin vuelta a los hechos y fenómenos del mundo terrenal y humano, porque solo evitando la vuelta a la realidad material de los hechos se puede preservar formas inexistentes y fantasmagóricas, como el inconsciente freudiano, el Dios teológico, o la ideas de Paz o Justicia universales. Tres o cuatro referentes, entre miles, que no han existido, ni existirán, jamás.

Este procedimiento, que exige partir de los fenómenos para regresar a las esencias (*regressus*) y sucesivamente volver desde las esencias hacia los fenómenos (*progressus*), tiene en la Teoría del Cierre Categorial de Bueno un objetivo fundamental: neutralizar las operaciones que hace el sujeto —sujeto operatorio— para alcanzar, de este modo, una objetividad sistemática en la codificación e interpretación de los resultados científicos.

Esta consideración nos permite, a su vez, introducir, en la estructura interna gnoseológica de las ciencias humanas, así definidas, dos tendencias opuestas, por aplicación del mismo principio gnoseológico general (que prescribe el *regressus* de los fenómenos a las esencias y el *progressus* de las esencias a los fenómenos) al caso particular en el que los fenómenos son operaciones (Bueno, 1992: I, 200).

3.1.1.4. *Principio de Neutralización de Operaciones*

Por último, en cuarto lugar, resulta imprescindible tener en cuenta el denominado *principio de neutralización de operaciones*, en virtud del cual las *operaciones* llevadas a cabo —ejecutadas física y lógicamente— siempre por un sujeto gnoseológico, en tanto que sujeto operatorio y corpóreo, esto es, *humano*, han de neutralizarse, destilarse o disolverse sin consecuencias, a partir de un momento dado del *progreso* o del *regreso* de la investigación científica, a fin de preservar la objetividad de los resultados alcanzados, y de segregar o esterilizar todo componente subjetivo, psicológico o fenomenológico, presente tanto en las premisas o estados previos de la investigación como en sus últimos y finales resultados.

Hemos insistido en la concepción de sujeto que aquí manejamos: no es el sujeto kantiano, ideal, epistemológico, que solo existe en tan-

to que ser pensante —capaz incluso de pensar sin cuerpo—, y que acaba por reducir a su propia conciencia (subjetiva) todo cuanto existe (objetivamente), de modo que la mente y la imaginación actúan como un horno u obrador donde se cuece de forma Ideal la realidad cuya ontología es siempre ilusa y presupuesta. No. El sujeto de la Teoría del Cierre Categorial, el sujeto de la gnoseología materialista, es un sujeto gnoseológico, es decir, un sujeto corpóreo y operatorio, un ser humano que existe real y operativamente, un sujeto pragmático, un *homo faber*, que trabaja de modo solidario y conjugado con formas y materias. Nótese que desde un punto de vista gnoseológico el *lector implícito* de Iser (1972), como el *lector modelo* de Eco (1979), es inconcebible, por incorpóreo y metafísico. Esta concepción de lector es una figura retórica, no gnoseológica.

Ocurre, además, que este sujeto gnoseológico o sujeto operatorio, el cual —en nuestro caso— ha de interpretar los materiales literarios, sabe que debe desaparecer a partir de un momento dado de la interpretación (en el *regressus*). Debe abandonar el espacio gnoseológico cediendo el terreno a las figuras gnoseológicas correspondientes (conceptos, teoremas, teorías, principios, axiomas...) El sujeto operatorio, como sus propias operaciones, han de neutralizarse. Y han de neutralizarse por sí mismas, generando conceptos lógicos. De este modo, el sujeto operatorio ha de desactivarse durante los procesos del regreso o *regressus* hacia la configuración de conceptos, teorías, formas, demostraciones, definiciones, clasificaciones, modelos..., y otras figuras gnoseológicas a las que nos hemos referido.

En primer lugar, hay ciencias, o metodologías, que Bueno tipifica como *alfa* (α), en las que el proceso de neutralización del sujeto operatorio o gnoseológico es muy fácil, bien porque en los campos categoriales de tales ciencias no hay sujetos humanos, dados como términos del campo, como ocurre en la Química, la Astronomía o la Geometría (que aquí agruparemos en el conjunto de las Ciencias Naturales [1]), bien porque mediante procesos de progresión media o genérica (*progressus*) este sujeto y sus operaciones se desvanecen —progresivamente— a medida que avanzamos en el campo fenoménico, como ocurre en las ciencias que aquí denominaremos Computacionales [2] y Estructurales [3].

Por eso Bueno (1992: I, 203) advierte que, en las metodologías α -operatorias, el estado en el que una ciencia deja de tener presentes

entre sus términos a los sujetos humanos se alcanza en aquellos casos en que el *regressus* conduce a una eliminación o neutralización total de las operaciones y de los fenómenos humanos en proceso de interpretación. Esto se produce cuando se neutralizan los sistemas operatorios del campo de partida.

En segundo lugar, hay ciencias, o metodologías, que Bueno tipifica como *beta* (β), en las que el proceso de neutralización del sujeto operatorio o gnoseológico es más difícil, o incluso imposible de consumir totalmente, bien porque en los campos categoriales de tales ciencias hay sujetos humanos que pueden neutralizarse por completo o parcialmente, mediante procesos de regresión media o genérica (*regressus*), hacia la construcción de estructuras objetivas y conceptuales, como ocurre en las ciencias que denominaremos Reconstructivas [4] y Demostrativas [5] —si bien en estas últimas la neutralización completa es inalcanzable—, bien porque, como ocurre en las ciencias que llamaremos Políticas [6], la neutralización de todo sujeto es definitivamente imposible, y a veces incluso ni siquiera se puede plantear.

En las metodologías β -operatorias —como detalla Bueno (1992: I, 208) en su exposición—, las operaciones de partida, lejos de depurarse en los resultados finales, han de reproducirse inevitablemente una y otra vez. Las metodologías β -operatorias no disponen de un campo disociable de la actividad operatoria humana, y no pueden prescindir de las operaciones, desde el momento en que su campo de acción son *las operaciones en sí*, implicadas irremediamente en imperativos pragmáticos humanos, de orden económico, moral, político, jurídico, etc. Un arsenal de tecnologías y praxiologías determinan las operaciones que se llevan a cabo desde las metodologías β -operatorias. En consecuencia, las ciencias que Bueno llama β no logran ultimar o consumir el *regressus* definitivo hacia las esencias, porque se trata de disciplinas que inexorablemente, bien resultan interceptadas por las praxiologías (moral, política, ideologías...) en el *progressus* hacia los fenómenos, bien se confunden con las estructuras (tecnologías, teorías, técnicas de investigación...) en el *regressus* hacia las esencias.

En las tradicionalmente denominadas «ciencias humanas», las operaciones son siempre fenoménicas. Piénsese, además, como recuerda Bueno, que la gnoseología materialista identifica componentes psicológicos en los siguientes sectores de los ejes del espacio gnoseológico: a) en el eje sintáctico, las *operaciones*; 2) en el eje semántico, los *fenó-*

menos; y 3) en el eje pragmático, los *autologismos*, los *dialogismos* y, con frecuencia, también las *normas*. Solo los *términos*, las *relaciones* (eje sintáctico), los *referentes*, las *esencias* o *estructuras* (eje semántico) y, en determinadas circunstancias, también las *normas* (eje pragmático), están exentos de componentes psicológicos, es decir, no requieren la neutralización del sujeto gnoseológico.

Lo que la Teoría del Cierre Categorial de Bueno plantea y pretende es la interpretación objetiva de los fenómenos empíricos mediante la neutralización de las operaciones humanas. Huerga Melcón lo ha explicado perfectamente en su trabajo titulado «Historia de la Ciencia desde la perspectiva de la Teoría del Cierre Categorial de Gustavo Bueno»:

Desde luego, las ciencias humanas cuentan como fenómenos las propias operaciones, deben partir de ellas y volver a ellas, y en cuanto tales, habrán de incorporar según la teoría del cierre dos tipos de metodologías, las metodologías beta-operatorias, «procedimientos de las ciencias humanas en los cuales esas ciencias considerarán como presente en sus campos al sujeto operatorio», y las metodologías alfa-operatorias, «procedimientos en virtud de los cuales son eliminadas o neutralizadas las operaciones iniciales, a efectos de llevar a cabo conexiones entre sus términos al margen de los nexos operatorios (apotéticos) originarios». La teoría del cierre categorial sintetiza la dialéctica propia de las metodologías alfa y beta así definidas: «La ciencias humanas, en tanto parten de campos de fenómenos humanos, comenzarán necesariamente por medio de construcciones beta-operatorias; pero en estas fases suyas no podrán alcanzar el estado de plenitud científica. Este requiere la neutralización de las operaciones y la elevación de los fenómenos al orden esencial. Pero este proceder, según una característica genérica a toda ciencia, culmina, en su límite, en el desprendimiento de los fenómenos (operatorios, según lo dicho, por los cuales se especifican como «humanas»). En consecuencia, al incluirse en la situación que llamamos alfa, alcanzarán su plenitud genérica de ciencias, a la vez que perderán su condición específica de humanas [...]. El grado de científicidad de una disciplina estará en función del proceso de la «neutralización de las operaciones», un criterio que permite distinguir dos situaciones dentro de los campos semánticos de cada ciencia: la situación primera (alfa), la de aquellas ciencias en cuyos campos no aparezca formalmente, entre sus términos, el sujeto gnoseológico; y la situación segunda (beta), la de aquellas ciencias en cuyos campos aparezcan (entre sus términos) los sujetos gnoseológicos. Si la

primera corresponde a las ciencias físicas, a la química o a la biología molecular, la situación segunda aparece en las ciencias humanas. En las ciencias humanas el sujeto aparece entre los términos del campo no como un objeto más, sino principalmente como un sujeto operatorio, que «liga apotéticamente otros términos del campo, lo que equivale a decir —dice Gustavo Bueno—, «que actúa como un científico» (Huerga Melcón, 2006: 14).

Las pertinentes observaciones de Huerga Melcón nos remiten al opúsculo de Bueno sobre *El Individuo en la Historia* (1980), donde se distingue al sujeto operatorio en dos niveles posibles: en primer lugar, como término contenido en un campo categorial determinado, y que actúa como ser humano que opera y obra dentro de ese campo —Napoleón en Waterloo, esto es, el Individuo en la Historia, en el *hecho particular*—; y en segundo lugar, como agente que opera sobre un campo científico, al actuar como intérprete o investigador —Jakobson como lingüista, esto es, el Individuo en lo Universal, en la Ciencia, como *predicación de universales*—, intérprete o investigador que, en un momento dado del proceso de la investigación (*regressus*), ha de neutralizarse como tal sujeto gnoseológico.

Al referirse al individuo en lo universal, Bueno exige considerar cuál es el papel que desempeña el individuo como sujeto operatorio frente a los materiales científicos, es decir, el Individuo —el Sujeto— en la Ciencia —en lo Universal—. ¿En qué eje, y sobre qué sectores, se sitúa el individuo, si es que lo individual puede asumir la forma de una figura gnoseológica? Bueno determina el concepto gnoseológico de individuo del modo siguiente, al distinguir *individualidad objetiva* e *individualidad subjetiva*.

1) La individualidad objetiva está constituida por *el individuo como Término y como Referente en el campo científico*, de modo que el ser humano se situaría como término en el eje sintáctico y como referente en el eje semántico. Sería el caso de Napoleón, como objeto de estudio, para un historiador. El individuo lo es aquí en sentido objetivo, como término del campo objetivo de la ciencia. Según Bueno (1980), a este tipo de *individuo* se refiere Aristóteles en su *Poética* (1451b), cuando el de Estagira afirma que la Poesía es más universal que la Historia. Bueno considera, con razón, que Aristóteles está afirmando, de hecho, que la Poesía es más *científica* que la Historia, porque la primera se

refiere, como la ciencia, a lo universal —a lo esencial—, mientras que la segunda, a diferencia de la ciencia, se refiere a lo particular —o accidental—. En consecuencia, el individuo en la historia no puede ser —para Aristóteles— aprehendido científicamente, pero, en la Literatura, sí puede serlo. Y a esa comprensión conceptual dedicó Aristóteles su *Poética*, el primer tratado universal de Teoría de la Literatura, y matriz de todas nuestras investigaciones posteriores, incluso aunque su autor ya no sea *nuestro colega*.

2) La individualidad subjetiva, por su parte, está constituida por *el individuo como Operador, Autologismo y Dialogismo en la actividad científica*, de modo que el ser humano sería ahora un *agente de la interpretación*, es decir, no un término que opera en el campo categorial del que forma parte (Napoleón en la Historia), sino un operador o intérprete que manipula términos dados en el campo categorial de referencia, y que como tal operador se desenvuelve como sujeto de autodiálogos y diálogos —y también de normas y pautas interpretativas—, es decir, como sujeto gnoseológico en sentido pleno. El individuo lo es aquí en términos subjetivos, pues, aun siendo capaz de construir una ciencia, la cual no existiría sin el individuo, este mismo individuo o sujeto gnoseológico tendrá que segregarse o neutralizarse llegado el momento del *regressus*, y hacer desaparecer del *terreno de juego gnoseológico* todo componente subjetivo o psicologista. Porque la ciencia —la actividad científica— surge de forma plena cuando el individuo, el científico individual, se neutraliza en figuras gnoseológicas de validez universal: teoremas, principios, axiomas, conceptos, teorías, definiciones, clasificaciones, demostraciones, modelos...

Si algo nos ha enseñado el pensamiento de Bueno es que no cabe pensar en una totalidad que no se dé a través de una multiplicidad, es decir, no hay posibilidad de separar el *orden sensible* del *orden inteligible*. Percepción y pensamiento son conceptos conjugados. Dicho de otro modo, no cabe aislar o incomunicar las percepciones de los pensamientos, esto es, los fenómenos de los conceptos. Y por supuesto de ninguna manera cabe reducir los segundos a los primeros, es decir, deconstruir o disolver los conceptos y los pensamientos en un mundo de intuiciones y percepciones fenomenológicas. Algo así equivale a la supresión de la razón, y a su subrogación por un discurso de palabras sin contenido (Lacan), de retórica sin referentes (Derrida), de memoria sin historia (es el procedimiento de la «memoria histórica» o «psicohis-

toria»), de seres humanos incorpóreos (es la irrealidad del *lector implícito* de Iser), etc. He aquí los resultados de la deconstrucción y de la posmodernidad, y de sus métodos de neutralización del sujeto por destrucción o exterminio del ser humano, ya no en la Historia, sino en la Literatura misma, y en todo contenido metodológico de interpretación científica, bien proclamando la muerte del autor (Barthes, 1968), bien reduciéndolo tropológicamente a una función social o ideológica (Foucault, 1969).

Quede claro que estos intentos de neutralización del sujeto gnoseológico, del intérprete, si se prefiere, no son nuevos ni radicalmente originales. En anteriores etapas de la Historia de la Ciencia, e incluso de la Historia de la Teoría de la Literatura, han tenido lugar tentativas comparables. Pero ninguna ha estado tan profundamente fundamentada y sistematizada como la que se ofrece desde la Teoría del Cierre Categorical. Piénsese que los estructuralismos de mediados del siglo XX exhibieron la neutralización del sujeto como una de sus principales bazas metodológicas, si bien esta neutralización fue más bien una derogación o una destrucción ontológica, en términos de ablación de materiales literarios («el autor ha muerto»). Comienzan a promocionarse de este modo lo que en este mismo libro hemos denominado *teorías literarias ablativas*, basadas en la supresión explícita de materiales literarios absolutamente esenciales e imprescindibles. Fue el comienzo, en cierto modo, de las destrucciones sistemáticas que, desde los diferentes posestructuralismos, se llevaron a cabo sobre la totalidad de los materiales literarios. El primero fue el autor —la primera víctima, diríamos—, pero es que no fue la última. La ansiedad exterminadora de la deconstrucción se implantó en la totalidad de los componentes literarios, lingüísticos y, en suma, racionales y lógicos, inhabilitando toda forma de pensamiento, de filosofía y de actividad científica propia de las denominadas «ciencias humanas», las cuales, lejos de defender su estatuto y posición gnoseológicos, se entregaron lúdicamente a los juegos verbales y a la tropología inconsecuente de los acrílicos seguidores de Derrida *et alii*. Barthes mismo neutralizó al sujeto (operatorio) por supresión del autor (literario), sin más. La superlativa proclamación de la muerte del autor no nos descubrió una interpretación literaria y lingüística más objetiva y mejor articulada, sino simplemente abrió la veda de la deconstrucción sistemática, del afán por descubrir y exhibir nuevos materiales literarios que destruir, descuartizar y descomponer.

La destrucción de la idea y concepto de Literatura, lúdicamente creada y recreada para solaz y divertimento académicos, provoca la necrosis de la Teoría de la Literatura y el hundimiento de esta disciplina en el uso de sus funciones científicas. El cuerpo mismo de la literatura se convierte de este modo en una carroña a merced de los teóricos de la literatura.

3.1.2. Organización gnoseológica de las Ciencias

No hablaremos de las ciencias como disciplinas (academicismo, descriptivismo, adecuacionismo...), ni como proposiciones derivadas de principios (aristotelismo, teoreticismo, idealismo...), sino como hechos que actúan sobre la realidad y la constituyen (ciencias positivas y efectivas), esto es, hablaremos de la ciencia como de una ontología constructivista, como de una realidad operatoria y transformadora de la propia realidad que interpreta y de la que, por supuesto, forma parte, porque la destruye, construye y reconstruye (circularismo). Hablaremos de las ciencias como *metodologías*, siguiendo a Bueno, y daremos a cada una de estas metodologías —tipificadas por Bueno— un nombre determinado, diferente del que él propone, pero basado en su propia Teoría del Cierre Categorial, a fin de hacer más visible la eficacia práctica de su Teoría de la Ciencia en su aplicación a la Teoría de la Literatura, como ciencia de la Literatura o de los materiales literarios.

En este sentido, proponemos las siguientes metodologías científicas o sistemas de ciencias, con sus respectivas nomenclaturas⁵⁷.

1. Ciencias Naturales o ciencias de regresión extrema (*Metodologías α -1*).
2. Ciencias Computacionales o ciencias de progresión media-genérica (*Metodologías α -2-I*).

⁵⁷ Las denominaciones o nomenclaturas que introduzco aquí, con algunas diferencias respecto a las propuestas por Gustavo Bueno, no alteran lo esencial de su teoría, y desde luego no pretenden en modo alguno «enmendar la plana» a su artífice genuino en ningún aspecto, sino simplemente tratar de facilitar la comprensión de la Teoría del Cierre Categorial de Bueno ante un público no formado necesariamente en el Materialismo Filosófico como sistema de pensamiento.

3. Ciencias Estructurales o ciencias de progresión media-específica (*Metodologías α -2-II*).
4. Ciencias Reconstructivas o ciencias de regresión media-genérica (*Metodologías β -1-I*).
5. Ciencias Demostrativas o ciencias de regresión media-específica (*Metodologías β -1-II*).
6. Ciencias Políticas o ciencias de progresión extrema (*Metodologías β -2*).

3.1.2.1. *Ciencias Naturales o ciencias de regresión extrema* (*Metodologías α -1*)

Son Ciencias Naturales o *ciencias de regresión extrema* aquellas que se basan en metodologías α -1, es decir, aquellas que no necesitan neutralizar, por ningún tipo de desplazamiento regresivo —puesto que se encuentran ya en los límites de toda regresión— la presencia de seres humanos (como términos) dentro de su campo categorial, porque ontológicamente carecen, de hecho, de seres humanos en su campo categorial.

Al no haber seres humanos *operando* dentro del campo categorial, las Ciencias Naturales, o ciencias de regresión extrema (α -1), no necesitan neutralizar ningún tipo de operación. Es el caso, por ejemplo, de la Química, la Matemática, la Física, la Astronomía, la Meteorología, la Termodinámica, etc...

3.1.2.2. *Ciencias Computacionales o ciencias de progresión media-genérica* (*Metodologías α -2-I*)

Denominamos Ciencias Computacionales, o *ciencias de progresión media-genérica*, a aquellas que se basan en metodologías α -2-I, es decir, aquellas que, a partir de hechos fenomenológicos y de operaciones humanas, alcanzan en un momento dado del proceso de investigación, por desplazamiento *progresivo*, resultados no operatorios y no fenomenológicos. Se trata de sistemas científicos que construyen estructuras de interpretación que, teniendo su origen en fenómenos empíricos y en operaciones humanas, logran segregar procesualmente la presencia del sujeto gnoseológico del campo categorial de la investigación. Es el

caso, por ejemplo, como señala Bueno, de las estadísticas. Y en general de todo tipo de ciencias computacionales. La dimensión «subjetiva» de estos sistemas científicos radica no tanto en su estructura operatoria final, es decir, en los criterios objetivos de cálculo, sino en la *dispositio* o configuración del conjunto de criterios, y de sus normas de relación, en virtud de los cuales se constituye la estructura de computación o interpretación final. De ahí que se hable de ciencias de *progresión media-genérica* (α -2). Son *medias*, porque no llegan, ni necesitan llegar, al límite del *progressus*; y son *genéricas*, porque las estructuras o procesos constituyentes de tales ciencias son comunes o genéricos para todas las ciencias englobadas en su grupo. La estadística, la contabilidad, los lenguajes de programación, la ingeniería de *software*, la arquitectura y programación informáticas, los diseños de inteligencia artificial, las bases de datos, se adscriben, como tecnologías y metodologías, a este tipo de sistemas de ciencias o categorías, a las cuales se aproximan igualmente cualesquiera estudios sistemáticos de procesos algorítmicos destinados a procesar, inventariar, construir y transformar información.

Como se ha dicho, el ejemplo más representativo de este tipo de ciencias es la estadística. Las estadísticas son siempre resultado de operaciones humanas practicadas sobre hechos fenomenológicos concretos, pero en la estructura resultante los seres humanos no forman parte del campo categorial, porque han sido previamente segregados. Las tablas estadísticas contienen números, no personas, incluso aunque inicialmente el hecho de partida fuera la población humana de un área geográfica. De hecho, los cuatro tipos o escalas de medición en estadística —nominal, ordinal, intervalo y razón—, son ya estructuras gnoseológicas de las que el sujeto operatorio ha sido progresivamente segregado.

3.1.2.3. *Ciencias Estructurales o ciencias de progresión media-específica* (Metodologías α -2-II)

Denominamos Ciencias Estructurales, o *ciencias de progresión media-específica*, a aquellas que se basan en metodologías α -2-II, es decir, aquellas que, a partir de hechos fenomenológicos y de operaciones humanas, alcanzan en un momento dado del proceso de investigación, por desplazamiento *progresivo*, resultados no operatorios y no fenomenológicos, pero, a diferencia de las *ciencias de progresión media-genérica*

(α -2-I), las de progresión media-específica (α -2-II) se caracterizan porque sus estructuras o procesos resultantes y constituyentes son *específicos* en cada una de las ciencias pertenecientes al conjunto de las de progresión media. En el ámbito de las Letras, la ciencia de progresión media-específica por excelencia del siglo XX ha sido la Lingüística, y, muy en particular, la Lingüística estructural.

Las Ciencias Estructurales (α -2-II), al igual que las Computacionales (α -2-I), parten de fenómenos y operaciones, es decir, de un trabajo de campo (*empírica*), y mediante desplazamientos progresivos alcanzan resultados objetivos, que ya no serán fenoménicos ni operatorios, porque estarán desprovistos de contenidos psicológicos y personales, de modo que sobre tales estructuras objetivas será posible implantar construcciones e interpretaciones que no requieran nuevas operaciones, ni la intervención de nuevos fenómenos. En las Ciencias Computacionales, estos resultados objetivos poseen una naturaleza genérica, es decir, son comunes o cogenéricos para todas las ciencias α , frente a lo que ocurre en las Ciencias Estructurales, en las que los mismos resultados objetivos adquieren una naturaleza especial o específica, determinada por las características y propiedades de cada una de las ciencias humanas o etológicas particulares.

3.1.2.4. *Ciencias Reconstructivas o ciencias de regresión media-genérica (Metodologías β -1-I)*

Son Ciencias Reconstructivas, o *ciencias de regresión media-genérica*, aquellas que se basan en metodologías β -1-I, es decir, aquellas cuyas operaciones, en un momento dado del proceso *regresivo* o *regressus*, resultan determinadas no por la intervención de nuevos sujetos (como les ocurre a las Ciencias Demostrativas o de regresión media-específica), sino por la implantación o reconstrucción de nuevos objetos o estructuras de naturaleza objetiva. De este modo, las Ciencias Reconstructivas pueden neutralizar las operaciones de partida, en su enfrentamiento con los hechos y los fenómenos, por desplazamiento regresivo o reconstructivo de esencias o estructuras esenciales. Versos como «En tanto que de rosa y azucena / se muestra la color en vuestro gesto», de Garcilaso, nos permiten regresar a una estructura esencial, capaz de reconstruir en su objetividad la ontología de un endecasílabo heroico, con acentos en

segunda, sexta y décima sílabas métricas [- o - - - o - - - o -], estructura ontológica dentro de la cual no hay absolutamente nada de la persona de Garcilaso de la Vega, que ha resultado por completo segregada. En consecuencia, las Ciencias Reconstructivas segregan las operaciones de partida transformándolas en estructuras objetivas, es decir, reconstruyéndolas o rediseñándolas, de modo genérico (β -1-I), como nuevas determinaciones objetuales, merced a un desplazamiento regresivo hacia sus esencias conceptuales.

Este es el procedimiento característico de la Teoría de la Literatura, como sistema de conocimiento conceptual de los materiales literarios, frente a la Crítica de la Literatura, la cual, como conjunto de conocimientos sobre las Ideas objetivadas formalmente en los materiales literarios, opera *demostrativamente*, y no *reconstructivamente*, como en efecto hace la Teoría de la Literatura. La Teoría de la Literatura se ocupa de *conceptos* literarios, mientras que la Crítica de la Literatura se ocupa de *ideas* literarias, hecho este último que la aproxima a una Filosofía de la Literatura, es decir, a un saber de segundo grado, que para ejercerse presupone un sistema de conceptos previamente elaborado por la Teoría de la Literatura, como saber conceptual o científico, esto es, de primer grado.

Adviértase que tanto en las Ciencias Reconstructivas (β -1-I) como en las Ciencias Demostrativas (β -1-II) las operaciones no determinan términos del campo categorial —términos que solo podrían constituirse realmente gracias a las operaciones—, sino que son las operaciones mismas las que resultan determinadas, bien por estructuras objetuales y *genéricas*, en el caso de las Ciencias Reconstructivas, bien por nuevas operaciones, de naturaleza *específica* o especial, según las particularidades de cada ciencia, en el caso de las Ciencias Demostrativas.

En suma, las Ciencias Reconstructivas ejecutan operaciones que, en el regreso constructivo o —mejor dicho— *reconstructivo* desde los fenómenos de partida (la lectura de las obras literarias) hacia los conceptos que hay que construir (narrador, endecasílabo, cronotopo, transducción, soliloquio, quiasmo...), reconstruyen nuevos objetos, o estructuras objetivas, reconstrucciones estas últimas en las que el sujeto (lector, intérprete o transductor) no interviene de forma personal o psicológica, a diferencia de lo que sí ocurrirá, inevitablemente, como veremos, en las Ciencias Demostrativas, o de regresión media-específica (β -1-II), donde la presencia de la psicología y operatoriedad del sujeto humano es inextinguible.

3.1.2.5. *Ciencias Demostrativas o ciencias de regresión media-específica (Metodologías β -1-II)*

Son Ciencias Demostrativas, o *ciencias de regresión media-específica*, aquellas que se basan en metodologías β -1-II, es decir, aquellas cuyas operaciones, en un momento dado del proceso *regresivo* o *regressus*, resultan específicamente determinadas por la intervención de nuevos sujetos, sin que esto pueda evitarse en modo alguno. Al contrario de lo que les ocurre a las Ciencias Reconstructivas o de regresión media-genérica, las Ciencias Demostrativas no pueden implantar ni reconstruir nunca, en ningún momento del proceso regresivo de su constitución, nuevos objetos o estructuras de naturaleza objetiva, sino que se desplazan siempre a través de nuevos sujetos que introducen nuevas operaciones. Su grado de científicidad es más bien pobre, ya que se mueven siempre en un umbral muy próximo al de los hechos y los fenómenos, con grandes limitaciones para segregarse sus componentes subjetivos, desde el momento en que resulta muy difícil esterilizar la presencia de fenómenos, operaciones y sujetos gnoseológicos, actuando estos últimos como términos dentro del campo categorial en el que estas ciencias, en realidad más bien disciplinas, tratan de actuar. En consecuencia, el grado de neutralización de las operaciones en este tipo de Ciencias Demostrativas es muy bajo, desde el momento que toda segregación de componentes subjetivos corre a cargo de nuevos sujetos, que desplazan incesantemente —que no indefinidamente—, y de forma dialéctica —dada su proximidad con saberes críticos—, la interpretación conceptual de los hechos y fenómenos de partida.

En el ámbito de las disciplinas literarias, la Crítica de la Literatura puede considerarse como el ejemplo por excelencia de tecnología —diríamos— más representativa del procedimiento característico de las Ciencias Demostrativas, o ciencias de regresión media-específica (β -1-II).

En suma, las Ciencias Demostrativas (β -1-II) ejecutan, al igual que las Ciencias Reconstructivas, operaciones que, en el regreso constructivo desde los fenómenos de partida (la lectura de las obras literarias) hacia los conceptos que hay que interpretar (narrador, endecasílabo, cronotopo, transducción, soliloquio, quiasmo...), no pueden construir o reconstruir nuevos objetos, o estructuras objetivas, es decir, no pueden construir nuevos términos ni conceptos, por lo que han de limitarse a

interpretar los ya existentes, esto es, los ya construidos y constituidos por las Ciencias Reconstructivas. ¿Qué ofrecen, pues, de específico, de especial, las Ciencias Demostrativas? En lugar de ofrecer la construcción de nuevas estructuras objetivas, o conceptos, generan nuevas y sucesivas operaciones a partir de las operaciones preexistentes o de partida. Al no poder construir nuevos objetos, construyen nuevas operaciones, con valor demostrativo respecto a las operaciones precedentes. Las Ciencias Demostrativas, como es el caso de la Crítica de la Literatura, que se apoya siempre en los sistemas conceptuales de una Teoría de la Literatura, es decir, de una Ciencia Reconstructiva, que le sirve de plataforma, requieren constantemente la intervención específica o especial de nuevos sujetos operatorios, esto es, de intérpretes, quienes, en lugar de *construir* o *reconstruir* conceptos, deben *demostrarlos*, es decir, deben *ponerlos a prueba* —y en circulación— mediante sucesivas operaciones, a través de sus diferentes aplicaciones y posibilidades de ejecución. En las Ciencias Demostrativas la operatoriedad humana es inevitable: las operaciones resultan determinadas por nuevas operaciones, ejecutadas una y otra vez por nuevos intérpretes o sujetos gnoseológicos, los críticos literarios. La crítica es subjetiva en las Ciencias Demostrativas —en la medida en que el sujeto humano no resulta completamente neutralizable—, pero será objetiva en las Ciencias Reconstructivas.

3.1.2.6. *Ciencias Políticas o ciencias de progresión extrema* (Metodologías β -2)

Son Ciencias Políticas, o *ciencias de progresión extrema*, aquellas que se basan en metodologías β -2, es decir, aquellas que están imposibilitadas para neutralizar, segregar o incluso prescindir, total o parcialmente, de seres humanos dados en su campo categorial, seres humanos que se imponen necesariamente como sujetos operatorios constituyentes y constitutivos de ese campo categorial, el cual queda organizado como una *tecnología*, más que como una *ciencia*, de acuerdo con la Teoría del Cierre Categorial. Es el caso del Derecho o de la Jurisprudencia, «tecnologías» que, basadas en una ciencia jurídica, en la acepción académica o academicista de *ciencia*, no pueden prescindir en ningún momento del ser humano, en calidad de juez, delincuente o perito judicial. Las denominadas *ciencias de progresión extrema* no pueden neutralizar

nada porque su campo de operaciones se sitúa en el límite mismo del progreso, es decir, en el límite mismo del contacto con los fenómenos, de modo que neutralizar o segregar al ser humano como término de su campo categorial supondría suprimir la figura del juez en el juicio o incluso la del delincuente, por no decir que también la de los propios hechos constitutivos de delito. La ontología de las *ciencias de progresión extrema* no permite nunca regresar hacia la construcción estructuras objetivas al margen del sujeto, de modo que, por esta razón, no pueden segregar nunca totalmente al ser humano como término de su campo categorial, lo que les confiere un estatuto científico sumamente frágil, reducido normativamente a una *tecnología*. A este estatuto trató de reducir Gadamer el conocimiento de la Historia, al postular en su *Verdad y método* (1960), desde el idealismo alemán más exacerbado que conoció el siglo xx, la absoluta imposibilidad de suprimir al ser humano, con todos sus prejuicios, de la interpretación histórica, y afirmar, desde la complaciente impotencia del idealismo y el confort de una hermenéutica que reduce la realidad operatoria al lenguaje tropológico, que ser histórico significa no poder resolverse nunca totalmente en autotransparencia. Una fórmula maravillosa que encanta a todos aquellos que, como Emilio Lledó, y tantísimos otros, hacen de las ciencias que ignoran un instrumento de la retórica que practican, como sofisticados sofistas, desde su más temprana juventud idealista y alemana.

A este estadio, tan subjetivo, tan absolutamente fenomenológico y extremadamente operatorio, ha reducido la posmodernidad toda idea y concepto de ciencia, de modo que la actividad científica acaba por considerarse, por reducirse, a pura y cambiante ideología.

3.2. EL CIERRE CATEGORIAL DE LA TEORÍA DE LA LITERATURA

*¿Puede ninguna ciencia compararse
con esta universal de la Poesía,
que límites no tiene do encerrarse?*

Miguel de CERVANTES, *Viaje del Parnaso* (IV, 250-252).

Desde el punto de vista de la Teoría del Cierre Categorial, una *categoría* es un campo científico o gnoseológico en el que se sitúa, orga-

nizado de forma racional y lógica, un sistema de proposiciones, resultantes de procesos constructivos *objetuales* (fruto de *operaciones* que construyen Términos a partir de Fenómenos [$T < F$]) y procesos constructivos *proposicionales* (fruto de *relaciones* entre Términos [$T \wedge T$]), que dan lugar a conceptos a partir de los términos relacionados [$C < T \wedge T$)]⁵⁸.

Como se ha indicado anteriormente, las *construcciones objetuales* resultan de operaciones sintácticas en sentido estricto, ejecutadas por un sujeto operatorio, en virtud de las cuales los términos —constituidos a partir de la interpretación de los fenómenos— se relacionan entre sí de forma racional y lógica, para dar lugar a nuevos términos, más simples o más complejos, que van ampliando el campo categorial. Cuando la generación de nuevos términos se agota o se ultima, es decir, cuando ya no es posible construir nuevos términos a partir de los términos existentes, decimos que el campo está cerrado —no clausurado—, lo que significa que, operatoriamente, se ha producido un cierre categorial.

Las *construcciones proposicionales* resultan de las relaciones sintácticas entre los términos de un campo categorial. Las proposiciones se generan al establecerse una relación entre términos categoriales. Hablar de proposiciones equivale a establecer figuras conceptuales, que remiten a la existencia de objetos formalizados o conceptualizados en un campo categorial. En términos de Bueno, una proposición es una figura gnoseológica que expresa una relación de identidad sintética, es decir, una *verdad categorial*.

Recordemos que las operaciones permiten interpretar los fenómenos como términos conceptualizados, es decir, que las operaciones hacen posible la conversión de fenómenos sensibles en términos categoriales, delimitadores y constituyentes de un campo científico. La categoría o campo científico está *cerrada* cuando, circunstancialmente, a partir de los fenómenos disponibles, no es posible la conversión o construcción

⁵⁸ Reiteramos, en suma, que los *determinantes* (o definiciones) definen términos a partir de otros términos, preexistentes o nuevos, contextuales o heterocontextuales [$T < T$]; los *relatores* (o figuras gnoseológicas de relación) establecen conceptos a partir de términos dados en el campo categorial [$C < T$]; y los *operadores* (o sujetos operatorios) establecen, construyen o identifican, a partir del análisis de los fenómenos, los términos constituyentes del campo científico de referencia [$T < F$]. De este modo, las operaciones consuman —ejecutan— el cierre categorial de una ciencia.

de nuevos términos categoriales. Solo a partir de la identificación e interpretación de *nuevos fenómenos* capaces de proporcionar la constitución de *nuevos términos* y *conceptos* será posible la ampliación de un campo categorial o científico. Por eso las ciencias no tienen fin, ni los campos gnoseológicos pueden considerarse nunca como definitivamente clausurados. Cierre categorial no es clausura científica. Newton amplió en el siglo XVIII el campo categorial de la Física de Aristóteles, del mismo modo que Einstein amplió en el siglo XX el campo categorial de la Física de Newton. El descubrimiento de nuevos elementos químicos permitirá, en su momento, una ampliación del campo categorial de la Química, es decir, de la tabla periódica de los elementos, la cual, desde su primera constitución en 1869, tal como la formula Mendeléiev, ha conocido al menos dos ampliaciones importantes, a cargo primero de Alfred Werner, Premio Nobel de Química en 1913, y de Gil Chaverri, años después, en 1952⁵⁹.

Desde el punto de vista de la Teoría del Cierre Categorial planteada por Gustavo Bueno, no deja de ser irónico que Cervantes, siglos antes, en su *Viaje del Parnaso* (1614/1997: IV, 250-252), se refiriera a la poesía como ciencia, es decir, como actividad categorial humana, para subrayar precisamente su imposibilidad de ser *encerrada* en una categoría específica, porque, tal como se entendía entonces, por parte de humanistas, teólogos y filósofos, la poesía, como pudiera serlo la filosofía incluso hasta el idealismo alemán de alcance hegeliano, disponía del estatuto de ciencia, en tanto de disciplina susceptible de predicaciones universales. Recuérdese el pasaje de la *Poética* (1451b) de Aristóteles, donde este pensador advierte que *la Poesía es más filosófica que la Historia*, precisamente por referirse la literatura a lo universal de la experiencia humana, frente a las particularidades que implican los hechos y referentes históricos concretos⁶⁰.

⁵⁹ Además, la Unión Internacional de Química Pura y Aplicada codificó la ampliación de la tabla periódica de los elementos químicos con cuatro nuevos términos en diciembre de 2015: ununtrio (113), ununpentio (115), ununseptio (117) y ununoctio (118).

⁶⁰ Sobre esta cuestión, vid. el trabajo de Bueno (1980) titulado *El individuo en la Historia*. Como sostiene Bueno, Aristóteles usa aquí el término Filosofía en el sentido de Ciencia, como un atributo de *predicaciones universales* propio de la poesía como prototipo de la literatura.

Con anterioridad al presente libro me he referido a la Ontología de la Literatura, y a sus fundamentos, esto es, los materiales literarios, como términos constituyentes del campo categorial de la Literatura y como referentes constituidos desde su delimitación como terreno categorial de estudio para la Teoría de la Literatura⁶¹. La Ontología de la Literatura allí expuesta tiene aquí su contrapunto, en la presente exposición de una Gnoseología de la Literatura, como sistema de procedimientos formales, conceptuales y lógicos, destinados a la interpretación científica o categorial (Teoría de la Literatura), y también filosófica y dialéctica (Crítica de la Literatura), de los materiales literarios.

Como se ha reiterado con frecuencia, la Gnoseología de la Literatura que aquí se expone se basa en la Teoría del Cierre Categorial, que es la teoría de la ciencia desarrollada de forma específica por el Materialismo Filosófico como sistema de pensamiento. Esta teoría de la ciencia ha sido construida por Gustavo Bueno en la obra titulada precisamente *Teoría del Cierre Categorial* (1992), de la que hasta el momento se han publicado 5 volúmenes.

Según explica Bueno en su obra, la Teoría del Cierre Categorial concibe las ciencias como sistemas operatorios racionales y lógicos, constituidos por materiales que se identifican e interpretan como tales en la medida en que son formalmente conceptualizados y categorizados, es decir, en la medida en que la materia ontológica que constituye el campo de una ciencia determinada se formaliza y conceptualiza categorialmente *dentro* del campo gnoseológico de esa ciencia. En el caso de la Química, por ejemplo, la realidad física del agua (M_1) se formaliza o conceptualiza (M_3) en la fórmula H_2O . El conjunto completo de los diferentes elementos químicos, codificados y organizados en la tabla periódica de Mendeléiev, constituye el campo categorial de la Química como ciencia, es decir, delimitan el cierre de la Química como categoría científica. De este modo puede afirmarse que el cromo, el vanadio o el titanio, son tres de los términos que, junto con los demás elementos químicos, *cierran categorialmente* esta disciplina. Lo mismo puede decirse de la Teoría de la Literatura, cuyo campo categorial está

⁶¹ Vid. el tomo 3 de la serie *Crítica de la Razón Literaria*, referido a *Los materiales literarios. La reconstrucción de la Literatura tras la esterilidad de la «teoría literaria» posmoderna* (2007b).

cerrado circularmente, en la constitución de los términos que aquí se han señalado, una y otra vez, como constitutivos y constituyentes de su Ontología: autor, obra, lector e intérprete o transductor.

Como explica Bueno (1992), las ciencias son construcciones materiales formalmente organizadas en categorías, cuya interpretación gnoseológica se lleva a cabo mediante la consolidación de sistemas estables y cerrados, pero no clausurados, lo que permite hacer del Mundo (M) un Mundo Interpretado (M_i) de forma progresiva, abierta, incesante. En consecuencia, siempre de acuerdo con el Materialismo Filosófico de Bueno (1992), las ciencias son construcciones categoriales de la realidad, tecnologías operatorias que permiten, además de su constitución y diseño, su interpretación. Tales categorías científicas, esto es, los ámbitos o dominios de las ciencias, sus parcelas o regiones, constituyen campos gnoseológicos. Dentro de cada campo se sitúan los materiales que son específicos de cada ciencia, porque solo una determinada ciencia —Medicina, Física, Historia, Lingüística, Química, Veterinaria, Teoría de la Literatura, Geología...— puede formalizarlos de modo específico dentro de su propia categoría científica. El concepto de Libertad, por ejemplo, no es objeto de la misma conceptualización, formalización, interpretación o categorización, en Química que en Derecho Internacional. Del mismo modo, el concepto de Intervalo no tiene la misma interpretación o categorización en Teoría de la Música que en Economía. Igualmente, el concepto de Transductor no es categorizable del mismo modo en Teoría de la Literatura (Teatro), que en Medicina (Biogenética) o que en Física (Óptica), por ejemplo.

Las ciencias, en consecuencia, se organizan en campos gnoseológicos o categorías lógico-materiales, es decir, en sistemas de materiales formalmente conceptualizados o interpretados. Las formas hacen que la materia sea *legible* sensorial e intelectualmente. Se dice que una ciencia está cerrada porque su campo gnoseológico está delimitado y definido por un conjunto sistemático de materiales que se han interpretado de forma racional y lógica, de acuerdo con los principios y los modos de cada ciencia en cuestión. Ha de subrayarse que los materiales que integran un campo categorial, científico o gnoseológico, están relacionados entre sí de forma racional y lógica, es decir, de forma sistemática y en *symploké* (Platón, *Sofista* 259 c-e). Se habla de cierre categorial, o cierre científico, porque el campo categorial o científico está sistemáticamente delimitado y establemente definido por una serie

de materiales, cuya formalización o conceptualización es constitutiva de la ciencia dada, y porque hay otros materiales cuya formalización o conceptualización no compete ni es objeto de esa ciencia en concreto. Cada ciencia es un sistema cerrado a la interpretación de materiales que no forman parte de su campo categorial, y que por tanto no constituyen ni ontológicamente ni gnoseológicamente parte de esa ciencia, esto es, parte de su dominio o categoría. Por ejemplo, el endecasílabo es un material de la Teoría de la Literatura (Métrica), pero el fémur de un mamut o las moléculas de carbono contenidas en el benceno no lo son, porque estos dos últimos términos son materiales que pertenecen respectivamente a los campos categoriales de la Paleontología y de la Química, y que en la medida en que pertenecen a ellos los constituyen ontológicamente y gnoseológicamente. El cierre categorial de una ciencia, o categoría, se consume —se cumple, podríamos decir—, cuando el científico (sujeto operatorio) trabaja (relaciona y opera) con la *totalidad* de los materiales (términos) del campo categorial, o espacio gnoseológico, que constituye *su* ciencia, como categoría específica. Una ciencia *no está cerrada si* no tiene su campo categorial delimitado, definido o cerrado, a partir de la totalidad de los materiales sobre los cuales esa ciencia está construida, materiales de los que tendrá que dar una explicación formalmente conceptualizada y críticamente sistematizada.

No se puede ejercer una ciencia al margen de la totalidad de sus contenidos materiales o términos. No se puede hacer Química solo con el benceno, o solo con el sodio. Del mismo modo, no se puede ejercer la Medicina ocupándose solamente del corazón o los pulmones, e ignorando el hígado o los riñones. Una ciencia solo puede ejercerse correctamente teniendo en cuenta la totalidad de los materiales o términos que la constituyen y, además, teniendo en cuenta la forma en que estos materiales o términos se relacionan entre sí, es decir, conceptualizándolos debidamente. Por esta razón no puede concebirse la Teoría de la Literatura al margen ni siquiera de uno solo de sus cuatro términos constituyentes fundamentales, es decir, al margen de su Ontología: autor, obra, lector e intérprete o transductor.

Es tan absurdo hablar de una teoría literaria reducida solo al autor, o solo al texto, o solo al lector, como hablar de una Medicina limitada al riñón o a la uretra, o como de una Química circunscrita al hidrógeno o al selenio, o como de una Teoría de la Música limitada a los so-

nidos naturales, y que prescindiera de los tonos bemolizados o sostenidos. El cierre categorial de la Teoría de la Literatura, y por tanto su consolidación y operatividad como ciencia, solo se produce cuando se trabaja con los cuatro elementos fundamentales de su campo categorial o gnoseológico —autor, obra, lector y transductor—, los cuales están relacionados en *symploké*, como ya se ha explicado. Prescindir de uno de estos términos a la hora de interpretar la Literatura será tan irracional como ejercer la Oftalmología ignorando la existencia del corazón o del páncreas. Porque no se puede ignorar la relación efectivamente existente entre las partes que constituyen una misma totalidad atributiva, es decir, entre los términos que —ontológica y gnoseológicamente— cierran una categoría, como puede ser el cuerpo humano, para la Medicina, o como, en su caso, lo es para la Teoría de la Literatura la Literatura escrita por un Autor, codificada en un Texto, leída por un Lector e interpretada por un Crítico o Transductor.

El cierre categorial de la Teoría de la Literatura es el resultado de una doble trayectoria, de orden genealógico, en la que se explicita su Ontología —la constitución de los materiales literarios (Genealogía de la Literatura)—, y de orden histórico, en la que se objetiva su Gnoseología —la formalización y conceptualización científica de tales materiales (Historia de la Teoría de la Literatura)—. En primer lugar, la Ontología de la Literatura se constituye a lo largo de una Genealogía a través de la cual la Literatura se ha ido expandiendo estructuralmente, desde un genesiaco y religioso núcleo angular hasta su despliegue radial y tecnológico más desbordante, que culmina, como institución académica, política y mercantil, en el cierre circular operatorio y constitutivo de las sociedades humanas que emergen en las Edades Moderna y Contemporánea. En segundo lugar, la Gnoseología de la Literatura, esto es, la constitución de una Teoría de la Literatura como ciencia categorial destinada al conocimiento científico de los materiales literarios, es resultado de una trayectoria histórica cuyo inicio tiene como referencia la *Poética* de Aristóteles, y la teoría de la mimesis como principio generador y explicativo del arte verbal (siglo IV a.n.E. hasta la Ilustración). Este principio mimético se ha visto reemplazado, más que sucedido, por el progresivo —y relativamente integrador— desarrollo de sistemas teórico-literarios de interpretación, los cuales se han objetivado en las denominadas poéticas de autor (siglo XIX), en las poéticas formales y funcionales (1900-1967), en las poéticas de la re-

cepción (último tercio del siglo XX), y finalmente en las poéticas de la transducción o intermediación (finales del siglo XX y comienzos del XXI). Del cierre categorial de los materiales literarios, y de la construcción de la Teoría de la Literatura como ciencia, justificada desde los criterios del Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno (1992), he dado cuenta en mi libro *Los materiales literarios. La reconstrucción de la Literatura tras la esterilidad de la «teoría literaria» posmoderna* (2007b), dedicado específicamente a la Ontología de la Literatura: autor, obra, lector e intérprete o transductor.

En suma, la perspectiva del Materialismo Filosófico, desarrollada gnoseológicamente en la Teoría del Cierre Categorial, considera la ciencia como un conjunto sistemático, abierto e ilimitado, de teoremas, a la vez que concibe el campo gnoseológico de cada ciencia concreta como un conjunto sistemático de armaduras o contextos determinantes, como partes materiales genuinamente suyas (Bueno, 1992). Desde tal perspectiva gnoseológica, la ciencia equivale a una construcción en la que los teoremas se articulan progresivamente, entretejiéndose unos con otros, sistematizándose y reorganizándose en la inmanencia de un campo cerrado, pero nunca definitivamente clausurado. Las construcciones científicas parten de núcleos originarios bien definidos —teoremas o células gnoseológicas— que van desarrollándose en un cuerpo científico, al margen de cualquier dirección prefijada o predeterminada, y a lo largo de un curso histórico y social, en cuyas circunstancias, diferentes factores pueden interactuar con los procesos de construcción científica, lo que nos exige tener en cuenta los contextos de descubrimiento y los contextos de justificación (Reichenbach, 1938).

Ahora bien, desde el punto de vista de la gnoseología materialista, una ciencia no puede reducirse a una teoría, ni a un conjunto de teorías, por muy organizados que esta o este se presenten. Es decir, no podemos hacer de la estética de la recepción, por ejemplo, la Ciencia única de la literatura, porque precisamente la *Rezeptionsästhetik* limita a un único término, el lector, al que subordina todos los demás, la esencia de lo que la literatura es. Dicho de otro modo, convierte una estructura dada en *symploké* en una totalidad monista, en la que una parte o término (el lector) domina y subsume a todos los demás (autor, obra e intérprete). Algo así supone incurrir en un teoreticismo popperiano, en un formalismo cuyo límite sin duda es metafísico, dada su desvinculación de la materia, desde el momento en que, en última instancia, toda

forma se desvanecería en sí misma. Es el caso de la Teología, que se desintegra en especulación pura, es decir, en retórica remitente hacia un racionalismo idealista y metafísico, porque su objeto de conocimiento, Dios, no existe materialmente. Su M_1 es igual a \emptyset . Una ciencia es una construcción operatoria, una construcción ejecutada por sujetos que actúan, y no solo desde teorías, aunque estas puedan formalizar realidades materiales y efectivamente existentes. Las ciencias trabajan con el M_1 de sus objetos de conocimiento, los términos o materiales que componen físicamente su campo categorial, cerrado, pero no clausurado, para dar de ellos interpretaciones explicitadas de forma racional y lógica (M_3), al margen de las preferencias o inquietudes psicológicas y anímicas (M_2) de los investigadores. Las ciencias son construcciones en las que se conjugan solidariamente, circularmente, elementos formales y materiales. Cuando las teorías se desvinculan de las realidades materiales, cuando pierden toda posibilidad de conjugación formal con la materia, entonces degeneran en especulaciones, en hipótesis, en retórica, es decir, en formas completamente desconectadas de la realidad física y material del mundo real. Las ciencias son superiores e irreducibles a las teorías, porque —como ha escrito Bueno (1992)— las ciencias comportan y movilizan arsenales físicos de múltiples términos, operaciones y relaciones (sintaxis), fenómenos, esencias y referentes (semántica), sujetos, colectividades y pautas de interpretación y actuación (pragmática), sobre cuya complejidad se construye el Mundo Interpretado (M_i), y al margen del cual el Mundo (no interpretado) permanece como una realidad ilegible e inerte (M), es decir inoperable.

Los cierres categoriales, aunque se mueven necesariamente en el plano operatorio de los fenómenos, terminan desbordándolo para establecer estructuras esenciales autónomas, en el mejor de los casos. Y si esto no es así no nos será posible establecer la correspondencia entre ciencia categorial y fenomenología [...]. Las ciencias categoriales son cerradas (en sus realizaciones óptimas) y esto significa que sus conceptos (términos, relaciones y operaciones) tejen un orden inmanente al campo (Bueno, 1991: 124).

Todo concepto literario ha de fundamentarse en un material literario. *Verum est factum*: la verdad está en los hechos, es decir, en las operaciones que llevan a cabo la relación racional y lógica entre térmi-

nos efectivamente existentes, y constituyentes de un campo categorial definido y ontológicamente delimitado.

Hay que reconocer en este punto que el pensamiento literario de Jauss ha contribuido de forma determinante y única a propiciar el cierre categorial de la Teoría de la Literatura como ciencia, cierre categorial que ha tenido lugar a fines del siglo XX y comienzos del XXI, y nunca antes en la historia de la investigación científica de la literatura. Jauss nos liberó de Jakobson. El adecuacionismo del alemán nos permitió superar el teoreticismo del moscovita. Dado este paso, el circularismo supone la consumación del cierre circular de los materiales literarios y, en consecuencia, de la Ontología de la Literatura: autor, obra, lector e intérprete o transductor. El Materialismo Filosófico de Gustavo Bueno ha resultado fundamental en su aplicación a la investigación literaria. ¿Por qué?

Porque, en primer lugar, siguiendo la Gnoseología Materialista de Bueno (1992), se confirma que el cierre categorial de una ciencia no es más que una delimitación ontológica (la de los materiales o términos que constituyen el campo de investigación de esa ciencia) y una circunscripción gnoseológica (la de los procedimientos operatorios lógico-formales y lógico-materiales llevados a cabo para interpretar científicamente los materiales identificados ontológicamente). Por eso el campo categorial de la Teoría de la Literatura lo constituyen cuatro términos o materiales fundamentales: autor, obra, lector e intérprete o transductor. No cabe hablar de literatura al margen de ellos o de espaldas a uno de ellos. Lo he dicho y hay que reiterarlo hasta la saciedad: estos cuatro términos cierran el campo categorial de la Literatura del mismo modo que los elementos químicos de la tabla periódica de Mendeléiev cierran el campo categorial de la Química. Desde el punto de vista de la Gnoseología, la Teoría de la Literatura, como ciencia de la literatura, conceptualiza material y formalmente tales términos ontológicos. Este es el cierre categorial dado en el campo de los hechos y materiales literarios.

En segundo lugar, hay que recordar que desde la *Retórica* de Aristóteles está formulada ya para la Teoría de la Literatura la idea esencial de la pragmática literaria que Jakobson reproducirá —con bastante poca originalidad, hay que reconocerlo de una vez— en su mitificada ponencia de Indiana en 1958, y a la que apenas una década después Jauss convertirá en la fenomenología causalista del hecho literario: «Tres

son los elementos —dice Aristóteles (*Retórica*, 1358b)— que entran en todo discurso: el que habla, el tema sobre el que se habla y el oyente a quien se habla. Y el fin es el oyente». Los intérpretes del teoreticista Jakobson han hecho un flaco favor al descriptivista Aristóteles. Solo Jauss, desde el adecuacionismo posestructuralista, convertirá la conciencia del oyente, una figura en la que Aristóteles objetivaba la teleología del discurso en general y de la literatura en particular, en una conciencia causal y productora de lo literario como hecho significante. Jauss, acaso sin saberlo, estaba reduciendo la literatura a un epifenómeno de la conciencia subjetiva. Jauss y sus discípulos se sitúan, otra vez más, en la más castiza tradición alemana, luterana, genealógicamente agustina y bibliomántica (*tolle legere...*): la conciencia ególatra del yo lector, constructor del sentido del texto (bíblico). Iser radicalizará las pautas jaussianas a lo largo de sus propias investigaciones. Muy lejos de hacer de la obra de arte verbal un objeto de conocimiento crítico y objetivo, propio de una conciencia lógica y trascendental, Jauss e Iser la convierten en un estímulo fenomenológico y acríptico de la conciencia psicológica de cada lector. Recepción y egolatría. Tras la estética de la recepción alemana, la interpretación literaria queda una vez más a merced de los hermeneutas de la psicología egoísta y de la ideología gremial, cuyo límite es el autismo individual y gregario (el *yo* y el *nosotros*). De aquellos polvos, estos lodos. El lector implícito de Iser es el último de los hijos naturales de Lutero. Por tales caminos discurre actualmente la «teoría literaria» posmoderna. En Babel cada cual puede decir lo que quiere porque todo es ilegible. Y también inútil. Vivir en la esterilidad es todo un lujo para quienes pueden permitírselo.

De un modo u otro, a Jauss corresponde inequívocamente haber dado un paso decisivo en la codificación de la figura del lector como término registrado en el campo categorial de la Teoría de la Literatura. Que posteriormente tanto Jauss como sus discípulos, sobre todo Iser, hayan reducido, e incluso jibarizado, la figura del lector a una entidad psicológica, idealista y formalista, en nada minusvalora la decisiva aportación jaussiana, la cual hizo posible, a fines del siglo xx y comienzos del xxi, la introducción de la figura del transductor o intérprete en el campo gnoseológico de la literatura, objetivando de este modo el cierre categorial de la Teoría de la Literatura como ciencia literaria, tal como expuse en *Los materiales literarios. La reconstrucción de la Literatura tras la esterilidad de la «teoría literaria» posmoderna* (Maestro, 2007a).

3.3. LA TEORÍA DE LA LITERATURA COMO CIENCIA CATEGORIAL DE LA LITERATURA

- Porque ya hemos visto que las artes son todas indignas.*
 —*Sin duda, pero, ¿qué otro estudio queda, si hacemos a un lado la música, la gimnasia y las artes?*
 —*Bien, si no podemos tomar nada fuera de ellas, tomemos algo que se pueda extender sobre todas ellas.*
 —*¿Como qué?*
 —*Por ejemplo, eso común que sirve a todas las artes, operaciones intelectuales y ciencias, y que hay que aprender desde el principio.*

PLATÓN, *República*, VII (522b-c).

La Literatura se presta a un tratamiento operatorio inteligible, cuya metodología —es decir, más precisamente, cuya *tecnología*— constituye lo que denominamos Teoría de la Literatura. Como se ha sostenido a lo largo de este libro, la Gnoseología es una teoría ontológica de la Ciencia. En este sentido, la Teoría de la Literatura es una Gnoseología de la Literatura, construida desde la materia misma de los hechos literarios —autor, obra, lector e intérprete o transductor—, que resultan formalizados, interpretados y razonados, en la medida en que, como materiales literarios, se escriben, comunican y reproducen de forma crítica, científica y dialéctica.

Así pues, la Teoría de la Literatura se concibe aquí como una gnoseología literaria construida sobre la realidad de los materiales literarios, esto es, sobre la operatoriedad de su ontología: el autor, la obra literaria, el lector y el intérprete o transductor. Todos estos materiales son reales y operatorios, es decir, que ni podemos aceptar falacias tales como que el «autor ha muerto», o que el autor es una «función social» o «retórica», ni que el lector de referencia es, ni puede ser, un «lector ideal», «lector modelo» o «lector implícito», auténticas fantasmagorías idealistas y formalistas solo posibles en el desarrollo teoreticista o adecuacionista de teorías literarias ablativas, esto es, de teorías que se afirman en la mutilación explícita de materiales literarios esenciales. El Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura interpreta realidades literarias —no *irrealidades* literarias—, con las que opera material y formalmente, es decir, gnoseológicamente, nunca epistemológicamente, pues supera el idealismo de la oposición objeto / sujeto desde

el momento en que, de acuerdo con el principio de neutralización de las operaciones subjetivas, lleva a cabo la segregación o depuración del sujeto gnoseológico del campo de interpretación de los materiales literarios, en tanto que opera como una Ciencia Reconstructiva (metodología β -1-I).

No se puede ejercer la Teoría de la Literatura de espaldas a la realidad operatoria de todos y cada uno sus materiales literarios: autor, obra, lector e intérprete o transductor. Prescindir de uno o varios de estos materiales es incurrir en un idealismo que desautoriza la realidad literaria que se pretende examinar. Durante siglos la teoría literaria se ha construido de espaldas a casi todas sus realidades operatorias, al optar siempre en exclusiva por una de ellas y silenciar o eclipsar circunstancialmente a todas las demás. Y lo que es aún más grave, por ser algo tan reciente y tan imperante todavía en nuestros días: las teorías literarias del siglo XX han prescindido, lastradas en su teoreticismo (formalismos, estructuralismos, funcionalismos...) y en su adecuacionismo (estética de la recepción, semiología, polisistemas, lingüística textual...), de realidades materiales tan decisivas en el estudio de los hechos literarios como son el autor, el lector o el transductor, para limitarse idealmente a una construcción o reconstrucción formal, yuxtapuesta o coordinada de componentes textuales o incluso hipertextuales (cuando no metatextuales o indisimuladamente irreales).

Incontables teorías literarias se basan exclusivamente en *operaciones mentales* para interpretar la literatura, y no en *operaciones materiales* de las formas e ideas objetivadas en los hechos literarios. «Pensar la Literatura» implica adentrarse materialmente en las formas que objetivan sus ideas, y no limitarse a explicarlas —esto es, a *describirlas, teoretizarlas o yuxtaponerlas*— desde la psicología, la sociología o el culturalismo, por citar solo unos ejemplos, con el fin de usar lo literario como caja de resonancia o como pantalla ilustrativa de las ideologías del sujeto respecto a su público. El intérprete de la literatura no puede comportarse como un *colaboracionista* de las ideologías, si pretende actuar como un científico. Solo en caso contrario, si su intención es la de prostituir la literatura, y sus posibilidades de conocimiento y comprensión, acudirá a ella para justificar su posición personal (autologismo) o gremial (dialogismo) en el mundo, en nombre de la ideología de su *lobby*, en pro del *yo* o del *nosotros*, es decir, en nombre de un narcisismo propio de artistas y escritores o de un colaboracionismo —tan típico de todo

intelectual— con formas de poder alternativas, cuya nomenclatura más dignificante desemboca en exhibir palabras como *compromiso* o *engagement*.

El kantismo en particular, y el Idealismo alemán en general, cuyo interminable canto del cisne se perpetúa en España a través de la retórica filosófica de un exquisito Ortega y Gasset —en cuyo pensamiento de «Transición» se han formado todos cuantos crecieron y fermentaron ideas e idealismos durante la dictadura de Franco—, ha determinado en la Edad Contemporánea la conformación de una Teoría de la Literatura extremadamente idealista y formalista, hasta la irrupción del Materialismo Filosófico como sistema de pensamiento, claramente contrario a los idealismos, descriptivismos, teoreticismos y adecuacionismos de estas *formas mentales* de interpretación literaria. Téngase en cuenta que el Idealismo alemán impone la reducción de los materiales literarios a *fenómenos*, es decir, a hechos subjetivos, a *hechos de conciencia* —en términos del más puro luteranismo—, y hace imposible la construcción de demostraciones críticas objetivas. Las teorías literarias lastradas en estos presupuestos aceptan implícitamente la imposibilidad de plantear en términos estructurales o esenciales la interpretación de Ideas objetivadas formalmente en los materiales literarios. Y no solo eso, sino que incluso identifican muchas de estas Ideas literarias con realidades *nouménicas*, cuyo conocimiento científico se niega o se abandona explícitamente, lo que provoca la conformación —malformación, diríamos— de teorías literarias ablativas, en tanto que supresoras o cercenadoras de ideas y materiales literarios esenciales. Esto explica que muchas interpretaciones posestructuralistas de la literatura se desarrollen en la medida en que la literatura desaparece, absorbida en otras esferas o ámbitos de un supuesto conocimiento cultural («literatura es cultura»: estudios culturales), sexual («literatura de género» o estudios de género, feminismos...), lingüístico («la ciencia es lenguaje»: concepción estructuralista y posestructuralista de la Lingüística como modelo de las ciencias), ideológico («literatura es ideología»: nuevo historicismo, indigenismos, nacionalismos...), etc.

Cuando una determinada interpretación se basa en operaciones mentales, y no en operaciones materiales, es decir, cuando la investigación se reduce a formas, el destino final es irremediamente la disolución de las realidades materiales que deben constituir el campo de investigación científico, la pérdida de vista de los referentes, la «muer-

te del autor», la idealización del lector (*lector implícito*, *lector modelo*, *lector ideal*...), la espiritualización de las ideas imaginadas en los textos literarios, la conversión del intérprete o transductor en una suerte de chamán o charlatán de materiales, que ya no serán literarios, sino culturales, ideológicos, sexuales, nacionalistas, o del tipo que sea, pues lo que importa no será entonces lo que se estudia, sino el uso social o psicológico —que no científico, sino ideológico— de lo que se exhibe ante una sociedad de consumo o ante un *lobby* académico. Las interpretaciones basadas en operaciones mentales provocan la deconstrucción de sus referentes materiales, es decir, la desintegración de sus objetos de conocimiento, conducente a la devastación o esterilización de sus posibles campos gnoseológicos. La ciencia, por evocar las palabras del poeta y crítico T. S. Eliot, quedaría convertida en una suerte de *tierra baldía* o *waste land*. La ciencia de la literatura no puede concebirse, ni practicarse, obviamente, al margen de los materiales literarios. No hay ciencia sin campo científico, es decir, sin un lugar físico donde sus objetos o términos de conocimiento estén *realmente* organizados y sistematizados. No hay Gnoseología sin Ontología. Por esta razón, la mayor y más grave objeción e impugnación que puede hacerse a la Teoría de la Literatura desarrollada durante el siglo xx es que ha desembocado en una «ciencia» de la literatura sin literatura, es decir, en un hundimiento de sí misma como teoría destinada a la interpretación de los materiales literarios. Actualmente nos estamos enfrentando a una Teoría de la Literatura sin Literatura. Es la herencia posmoderna de los estructuralismos y posformalismos contemporáneos, que en la actualidad se imponen en nuestras ruinosas universidades europeas y americanas con un entusiasmo absolutamente irresponsable y ciego, inconsciente de su propio fracaso. En nuestras universidades se está enseñando y exhibiendo una teoría literaria completamente inútil. Se trata de una Teoría de la Literatura que no se refiere a la Literatura, sino a la ideología de sus intérpretes posmodernos.

Construir una «ciencia» ignorante de sus objetos de conocimiento, cuando tales objetos o términos han de integrar y consolidar su campo gnoseológico, es en realidad diseñar una pseudociencia. La Teoría de la Literatura no puede exponerse ni enseñarse como una pseudociencia de los materiales literarios. Y es lo que se está haciendo actualmente. Una teoría literaria construida sobre idealismos literarios es un discurso —ya que su ontología será meramente verbal y retórica (tropológi-

ca)— incompatible con la realidad. El resultado será una tropología, no una gnoseología. Una ciencia no es un despliegue de trabalenguas. Lo hemos dicho: la ciencia no puede ser nunca signo de algo irreal. En palabras de Bueno:

El materialismo gnoseológico tiene, sin embargo, que dar un paso más, a saber, el paso que consiste en incorporar a los propios «objetos reales» en el cuerpo de la ciencia. Como si dijésemos: son los propios astros reales (y no sus nombres, imágenes o conceptos), en sus relaciones mutuas, los que forman parte, de algún modo, de la Astronomía [...]. Solo así el materialismo gnoseológico podrá liberarse de la concepción de la ciencia como re-presentación especulativa de la realidad y de la concepción de la verdad [...]. Solo la continuada presión de la antigua concepción metafísica (que sustancializa los símbolos y los pensamientos, y que se mantiene viva en el mismo positivismo) puede hacer creer que la ciencia-conocimiento se ha replegado al lenguaje (a los libros, incluso a la mente, a los pensamientos), y aun concluir que la ciencia-conocimiento subsistiría incluso si el mundo real desapareciera (Bueno, 1995a: 41-42).

No cabe, pues, mayor idealismo que el de incurrir en una Teoría de la Literatura sin literatura, es decir, el de postular una teoría literaria sin materiales literarios. Es el caso de las teorías literarias ablativas, que se caracterizan por la supresión de los materiales literarios. Las teorías literarias posmodernas representan la supremacía de esta supresión, de este nihilismo ontológico, y también gnoseológico, al incurrir en la ablación absoluta de materiales literarios. En su teoreticismo, en su hiperformalismo, en sus «realidades virtuales», en sus espejismos, no hay rastro de la Literatura. En realidad, la posmodernidad carece de competencias para enfrentarse a los materiales literarios. Su retórica es solo una estrategia ya agotada, destinada sin duda a ocultar su propia impotencia gnoseológica y su descarada renuncia al ejercicio de un conocimiento científico, racional y crítico, del que es completamente incapaz. Su refugio es la ideología, y las palabras consigna de siempre: identidad, mujer, indigenismo, metamedialidad, intermedialidad, transatlantismo, escritura, metaescritura, ecocrítica, minificción, integración, diversidad, cómic, género, sexualidad, culturalismo, interculturalismo, multiculturalismo, colonial, postcolonial, decolonial, etc... La realidad se convierte en un juego de palabras donde lo que se dice

es mucho más importante que lo que se hace. Entre otras cosas, porque no se hace nada. Aunque se diga de todo. Algunos congresos internacionales son solo concursos de trabalenguas.

Lo hemos dicho: la realidad es un muy intolerante, y no acepta nada que no sea compatible con ella. Solo la ciencia nos hace compatibles con la realidad, porque solo la ciencia permite al ser humano conocer y comprender el orden operatorio de la realidad. Por eso las construcciones científicas —antes que el conocimiento científico— nos permiten sobrevivir como especie, en tanto que nos enseñan a adaptarnos operatoriamente a una realidad que, a medida que la construimos, nos resulta habitable y soportable. En consecuencia, solo los ignorantes —y los locos—, además de los idealistas, son incompatibles con la realidad. No en vano locura e ignorancia son las formas más frecuentes de idealismo. Los ignorantes, porque desconocen el funcionamiento de la realidad: ignoran su orden operatorio. Los locos, porque, acaso conociéndolo, hacen de ese conocimiento un uso patológico. Y los idealistas, porque se niegan a vivir en la realidad (en apariencia, por supuesto, porque ninguno de ellos deja de servirse de la materia a todas horas...), digo que dicen negarse a vivir en la realidad, bien con la esperanza de cambiarla, como si la realidad necesitara al ser humano para transformarse, bien desde un extraño complejo de superioridad, en virtud del cual consideran que lo que imaginan (por derecho) es mejor que lo que existe (de hecho). Lo cierto es que los idealistas ni siquiera son conscientes de que lo que ellos imaginan, con harta frecuencia, suele ser aún mucho peor que lo que existe. La imaginación de los idealistas es, en la mayoría de los casos, muy poco original (por decirlo suavísimamente...). Con frecuencia, suele tratarse solo de aberraciones emocionales, más o menos momentáneas, aunque recurrentes, que acaban en frases de autoayuda, o poco más. El destino de los idealistas es, en unos casos, la ignorancia crónica, es decir, el desconocimiento de la realidad —un desconocimiento con un inextinguible fondo de cinismo—, o el uso patológico de lo poco que saben, es decir, la forma menos brillante de locura. Y la más dañina. Pero el idealismo racionalista, es decir, la sofisticada, se ha implantado en las universidades posmodernas de forma sorprendentemente rentable, porque se ha puesto al servicio de las ideologías, un hecho que ha asegurado su permanencia y su remuneración económica y política. Lo *políticamente correcto* ha hecho el resto.

La Política ha prostituido la Ciencia, y la Teoría de la Literatura no es ajena, en nuestras universidades, a esta la labor gnoseológicamente prostibularia. Las ideologías posmodernas han provocado el hundimiento de la Teoría de la Literatura, en particular, y el hundimiento de las teorías científicas, en general, sobre todo en el ámbito de las tradicionalmente identificadas como «ciencias humanas». Las denominadas «ciencias naturales» no se pueden permitir recrearse indefinidamente en aberraciones retóricas y pamplinas ideológicas sin poner en riesgo los objetivos esenciales de sus construcciones operatorias y de su futuro como estructuras científicas. Las *verdaderas* ciencias *construyen* el mundo, no lo interpretan. Los *verdaderos* filósofos *transforman* la realidad humana, no la interpretan. Nos sobran intérpretes. Nos faltan operarios. Porque no basta tener razón: es necesario, es imprescindible, disponer de razón práctica, y no solo de razón teórica. Es indispensable ser capaz de imponer en la praxis la razón teórica que se dice, o se declara, tener. El racionalismo exige poder. Un poder operatorio, valga la redundancia, porque el poder que no se ejerce ni ejecuta es un poder que no se tiene. Ni se tendrá. El racionalismo abúlico es irrelevante. Pura retórica. No basta ser *homo sapiens*: hay que ser *homo faber*. Pensar es obrar, esto es, *operar*. Razonar implica actuar.

Como ha señalado Bueno en varios de sus escritos, *donde hay voluntarismo subjetivo no hay materialismo objetivo*. La teoría de la ciencia no dispone tanto posibilidades cuanto construye realidades positivas gnoseológicas. Por eso el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura es una doctrina que se constituye, ella misma, en doctrina crítica de otras teorías literarias, revelando cómo muchas de estas supuestas teorías literarias solo son ideologías posmodernas, psicologismos retóricos y discursos pseudocientíficos, vertidas sobre la literatura, o que incluso se sirven de la literatura como vertedero ideológico. La literatura no puede ser la cloaca de las ideologías posmodernas.

La importancia de la gnoseología frente a la epistemología, es decir, del materialismo científico frente al idealismo psicologista, es capital. La interpretación de la obra de Bueno, y en concreto la lectura de su *Teoría del Cierre Categorial* (1992) es imprescindible en este punto. Bueno ha demostrado que el enfoque gnoseológico es una alternativa entre otras posibles, muchas de las cuales han logrado determinar un ámbito propio (lógico-formal, psicológico, sociológico, informático,

epistemológico e histórico)⁶², pero lo cierto es que el enfoque gnoseológico se constituye en una alternativa más potente, porque permite reinterpretar dialécticamente a las demás alternativas desde coordenadas propias o específicas mucho más amplias, globales y críticas. Vamos a examinar con atención lo que dice Bueno a este respecto en páginas capitales de su *Teoría del Cierre Categorial* (1992), que cito y reproduzco a continuación a fin de señalar su pertinencia en relación con la Teoría de la Literatura.

Cuando Bueno se refiere a la ciencia moderna, y plantea la distinción gnoseológica entre Materia y Forma, insiste en lo siguiente: las ciencias modernas son realidades institucionales que nos obligan a admitir que sus *lenguajes*, es decir, los aparatos, instrumentos y materiales de su campo de investigación, son componentes *suyos y propios*, esto es, inherentes a las mismas ciencias, en tanto que materiales específicos de cada ciencia, materiales desde los que se manifiestan las verdades necesarias e independientes de otras materias categoriales o científicas. Es, pues, evidente que las ciencias no nos sitúan —argumenta Bueno— ante una materia amorfa, indeterminada, indiferenciada o virgen —el «continuo heterogéneo» de Rickert, la «materia del contenido» de Hjelmslev, la noción de «escritura» que manejan Barthes o Derrida—, un magma sobre el que se proyectan proposiciones o axiomas, por un lado, o psicologismos y retóricas, por otro, sino que las ciencias nos ofrecen materiales diversos e irreductibles, pero siempre *organizados* desde un *racionalismo materialista*. Nunca desde un racionalismo idealista, teológico o metafísico.

Desde la Teoría del Cierre Categorial, el Materialismo Filosófico establece la distinción entre materia y forma como una distinción gnoseológica. Se plantea así la *indistinción* real y efectiva entre materia y forma de una ciencia, al considerar que se trata de los términos de una relación de *conceptos conjugados*, y no de conceptos opuestos o antinómicos. El Materialismo Filosófico niega la hipóstasis de la distinción entre materia y forma, hipóstasis cuyo único fundamento es la posibilidad «pedagógica», didáctica o escolástica, de exponer estas cuestiones a unos oyentes para informarles que tales palabras se utilizan en estas o aquellas escuelas de filosofía o de teoría de la ciencia (Bueno, 1978a).

⁶² Sobre este conjunto de enfoques científicos, vid. Bueno (1992: I, 229-366).

El objetivo de la gnoseología, como teoría y filosofía de la ciencia, consiste en dar cuenta de la *relación racional y lógica* (*symploké*) entre las *materias* del campo de investigación científica y de su *conformación* o *forma*, con el fin de establecer verdades en ámbitos categoriales relativamente independientes. Si la *materia* es el Mundo (M), la *forma* es el Mundo Interpretado (M_i). Es decir, la ciencia formaliza la realidad material del Mundo (M) para poner a disposición del sujeto operatorio un Mundo Interpretado (M_i). Una ciencia tiene siempre la función de *formalizar* determinadas materias, y de hacerlo según parcelas o categorías, mediante procedimientos positivos, constructivos, operatorios. Por ello no puede haber una ciencia matriz, una *ciencia madre de las ciencias*. Cuando se da supremacía a una ciencia sobre las demás, lo que se está haciendo es atribuir a esa ciencia una función de *forma* sobre las demás ciencias, como ha sucedido muy frecuentemente a lo largo de la Historia: la Teología durante la Edad Media, la Filología durante el Renacimiento italiano, la Matemática durante la Ilustración inglesa y alemana (Bueno cita en este punto la siguiente afirmación kantiana de fundamento newtoniano: «toda ciencia es ciencia en lo que tiene de Matemáticas»), la Lingüística durante la expansión del estructuralismo francés de mediados del siglo XX, etc.

No ha de confundirse, pues, la epistemología, que nos sitúa en las coordenadas sujeto / objeto, con la gnoseología, que se mueve en las coordenadas materia / forma. La forma y la materia gnoseológicas identifican territorialmente los términos constituyentes del campo categorial o científico (autor, obra, lector e intérprete o transductor, en el caso de la Teoría de la Literatura), de tal manera que —son palabras de Bueno— a la *materia* corresponde el momento de la *pluralidad* del campo total, mientras que a la *forma* corresponde el momento de su *unidad objetiva*. De este modo, el enfoque gnoseológico tiene lugar mediante la constitución de la *verdad* como una *identidad sintética* entre la forma y la materia del campo de investigación. La ciencia es, así, la *unidad* resultante de una relación —*symploké*— racional y lógica, esto es, *formal*, de *materiales múltiples*.

La teoría del cierre categorial no se sale de estas coordenadas gnoseológicas (materia, forma, verdad), antes bien, las reivindica como constitutivas de la escala gnoseológica; y si se aparta de Aristóteles, Kant,

o Carnap, no es tanto porque rechace esa distinción entre materia y forma, sino porque no puede aceptar que la forma de la ciencia sea o la forma silogística, o la forma *a priori* del entendimiento, o la forma lingüística o la forma matemática. La teoría del cierre categorial busca la *forma* de la ciencia (en cuanto ligada esencialmente a su verdad), en las mismas *concatenaciones unitarias* de las partes (materias) que constituyen su unidad interna y pone en la *identidad sintética* el fundamento de esa unidad (Bueno, 1992: I, 54).

Desde esta perspectiva gnoseológica, las ciencias son, ante todo, construcciones categoriales de la realidad, es decir, partes constituyentes suyas. Las ciencias son siempre ontologías partitivas, parciales, específicas o especiales del mundo, y nunca concepciones generales, globales, genéricas o cogenéricas suyas. En este sentido, la Teoría de la Literatura comprende el ámbito categorial constituido y determinado por los materiales literarios, cuyo cierre categorial se objetiva en las figuras o términos del autor, la obra, el lector y el intérprete o transductor de la literatura.

Toda ciencia se desarrolla sistemáticamente a través de construcciones o estructuras que rebasan su propia génesis, es decir, sus momentos preliminares o nucleares, que podríamos identificar con sus *contextos de descubrimiento*, por utilizar el término de Reichenbach (1938). Toda estructura científica supera siempre su génesis, mediante procesos operatorios de dimensiones históricas, geográficas y por supuesto también políticas.

Las ciencias son construcciones sistemáticas y suprasubjetivas, porque rebasan la psicología del individuo (autologismo del *yo*) y la sociología del grupo (dialogismo del *nosotros*), para articularse *normativamente*, a partir de materiales y componentes muy heterogéneos, que en el mundo contemporáneo exigen desarrollos institucionales y políticos. La idea de construcción determina la idea misma de ciencia desde el Materialismo Filosófico, al exigir *construir* operatoriamente los contenidos de un campo categorial, que mantendrá, con otros campos dados, relaciones específicas, nunca genéricas ni cogenéricas. Todo proceso de construcción científica implica siempre, en el despliegue de sus diferentes cursos operatorios, un progreso y un regreso en la configuración y explicación de los contenidos de un campo categorial o científico. Las operaciones llevadas a cabo por el sujeto

gnoseológico o sujeto operatorio, que son claves como punto de partida, deberán neutralizarse progresiva y regresivamente a través de los sucesivos cursos de construcción y reconstrucción, tal como se ha indicado anteriormente. El resultado de tales procesos de neutralización da lugar a seis tipos de construcciones científicas, según la intensidad de la segregación o esterilización del sujeto operatorio en el campo categorial o gnoseológico de cada ciencia: 1) Naturales, 2) Computacionales, 3) Estructurales, 4) Constructivas o Reconstructivas, 5) Demostrativas y 6) Políticas. La Teoría de la Literatura se situaría en el umbral de las Ciencias Constructivas o Reconstructivas, al alcanzar, por regresión media genérica, la neutralización de las operaciones subjetivas, frente a la Crítica de la Literatura, que, como Ciencia Demostrativa, procede por regresión media específica, mediante desplazamientos sucesivos de operaciones interpretativas, cuyo protagonismo y ejercicio recae siempre en secuencias recurrentes y periódicas llevadas a cabo por sujetos operatorios diferentes, sin que sea posible alcanzar determinaciones o estructuras objetivas estables. En la Crítica de la Literatura las operaciones del sujeto no se pueden neutralizar nunca de forma completa en ninguno de los procesos operatorios o constructivos.

Las ciencias son, sin duda, resultado de una operatividad humana. En toda clasificación gnoseológica, los materiales de las ciencias se reconocen precisamente porque, en su morfología, son *materiales que han sido manipulados* por un sujeto operatorio. Desde una perspectiva científica, el sujeto no podrá concebirse en su reducción individual, subjetiva, sino en su contexto supraindividual, normativo. Los materiales conformados por las ciencias no son en realidad resultado de operaciones llevadas a cabo por un sujeto individual, sino que proceden de una cooperación histórica, geográfica y política de múltiples sujetos, es decir —tal como se expresa Bueno (1992)—, de concatenaciones sincrónicas y diacrónicas.

Todo esto implica que las ciencias, consideradas como construcciones objetivas, es decir, según materiales organizados como consecuencia de la operatividad humana, no pueden entenderse como un conjunto, ni siquiera como un sistema de «conocimientos especulativos», cuyo desarrollo estaría limitado a la inmanencia de la conciencia de los seres humanos sapienciales, y cuya objetividad se manifestaría en discursos que, teniendo al Mundo como referente, solo poseen de hecho

como contenido real un *contenido retórico*, basado en palabras incapaces de conceptualizar la realidad⁶³.

La ciencia ha de dar cuenta de configuraciones materiales reales, y no de procesos mentales u otros cualesquiera psicologismos. Se exige así a la ciencia un fundamento materialista, que apele a la constitución de los hechos mismos en que se sustantiva el campo categorial en el cual se encuentran los materiales científicos, con el fin de evitar toda orientación mentalista, subjetivista, psicológica, que pueda derivar hacia formas aberrantes de conocimiento, como la ideología, el idealismo o la metafísica. La visión materialista de la ciencia exige la implicación y la inserción inexcusable en la inmanencia de los organismos científicos, es decir, en los objetos reales y en los materiales mismos de referencia, emplazados en el campo científico o categorial que estemos considerando.

Cualquier forma de idealismo, por racionalista que sea, no será otra cosa que teología, o metafísica incluso, desde el momento en que ocurre en hipostasía, es decir, desde el momento en que rompe su relación racional y material con la realidad física de la que ha de partir toda ciencia. La ciencia no se puede construir sobre el aislamiento de ideas, conceptos o pensamientos desconectados de la realidad material que los seres humanos pueden percibir, manipular e interpretar materialmente. La ciencia no trabaja con psicologismos. Por esta razón el racionalismo científico ha de ser un racionalismo materialista, y no un racionalismo idealista, el cual evoluciona retóricamente a partir de ilusiones, imaginaciones y psicologismos que carecen de confirmación y comprobación materiales. Lo que no existe físicamente no se puede considerar ni interpretar científicamente. Es decir, en términos de gno-seología materialista: lo que no existe en el mundo físico (M_1) no se puede interpretar conceptualmente, científicamente, en el mundo lógico (M_3), sino apelando a la imaginación, a la fe o a la superchería. Lo que no *está* en el mundo físico (M_1) solo podrá *ser* objeto de especulaciones psicológicas, ilusiones subjetivas, o incluso sofismas, figuras todas ellas propias de un género de materia psíquica y fenomenológica (M_2), pero *nunca* podrá ser objeto de interpretaciones científicas (M_3), sino teológicas, idealistas, metafísicas e, *in extremis*, irracionales. Por

⁶³ Sobre estas cuestiones vid. especialmente Bueno (1995a; 1992, I).

esta razón, Dios, que carece de esencia —y de existencia— física, solo puede ser objeto de psicologismos, idealismos y metafísicas variadas. La idea de Dios es una ficción pura, es una paralogismo, desde el mismo momento en que su referente, Dios, carece de existencia operatoria. Es un concepto del mundo empírico, esto es, humano (no metafísico), al que se otorga verbalmente una autonomía ontológica carente de operatoriedad. Y por esta razón la Teología no es una ciencia, sino un idealismo que pretende ser racional, incluso en la formulación de sus dogmas más disparatados (una mujer fecundada por un espíritu santo, que sigue siendo virgen después de haber parido, etc.). Solo retóricamente la Teología puede concebirse como una «ciencia», es decir, una pseudociencia, en realidad, cuyo objeto de conocimiento, Dios, no *es* (porque no existe), ni *está* (porque no opera), ni se le espera, desde los presupuestos de un racionalismo materialista en el que la fe resulta reinterpretada, desde la razón, como un psicologismo y un sociologismo fraudulentos. Lo que no existe en M_1 no puede conceptualizarse en M_3 como realidad corpórea y operatoria, porque no lo es ni ontológica ni gnoseológicamente, desde el momento en que se trata de una forma carente de materia. Se trata, genuinamente, de una ficción, tal como se define lo ficticio según el Materialismo Filosófico: todo género de materia que carece de existencia operatoria.

Un discurso que, como la posmodernidad, por ejemplo, no reconoce la realidad de los conceptos, ni permite conceptualizar la realidad misma de los materiales con los que trabaja, no es una ciencia, ni podrá serlo nunca, sino una sofística, una topología o una tomadura de pelo. Las ciencias no son retóricas, no son mero lenguaje —ni siquiera son cultura—, sino que han de dar cuenta, y por tanto han de incorporar a sus propias construcciones, la totalidad de materiales que identifican como objeto de estudio, es decir, como materiales que constituyen su campo de investigación categorial o científico, materiales que, por ello mismo, habrán de estructurarse y consolidarse en un cierre categorial o científico.

La ciencia no puede considerarse ni limitarse a un mero lenguaje porque la ciencia no es una simple representación, ni una simbología especulativa de la realidad, ni mucho menos una concepción personal o gremial de la verdad. La ciencia tampoco es una adecuación, más o menos isomórfica, entre la realidad (el texto literario) y un discurso formal o retórico (el de un *lector implícito*) referido a esa realidad. No,

la ciencia es una realidad constitutiva del Mundo Interpretado (M_i) y construida desde el Mundo (M), es decir, constitutiva de *las formas que nos permiten interpretar categorialmente el Mundo* y construida sobre *los materiales que nos proporciona el Mundo Interpretado* en el que vivimos, en el que estamos insertos y al que pertenecemos. Un Mundo que es terrenal, físico, material (M_i), y no celestial, ni ideal, ni metafísico.

Solo una concepción teológica, ideal o metafísica, de las ciencias, que sustancializa los símbolos, que hipostasía el lenguaje, que rompe la ligazón gnoseológica entre la forma y la materia, que quiebra la relación lógica entre los conceptos y sus referentes físicos, que deroga la *symploké* o implicación entre M_1 (lo corpóreo) y M_3 (lo conceptual), que ignora que la fórmula o forma lógica (M_3) del agua (M_1) es H_2O (M_3), puede negar a las ciencias la posibilidad de ser *construcciones de verdades*, es decir, construcciones capaces de *formalizar* (M_3) la realidad de la *materia* (M_1), y de hacerlo al margen de las ideologías y los psicologismos (M_2) de los que ha de segregarse y emanciparse, en la medida de lo posible, el sujeto operatorio o sujeto gnoseológico.

La ciencia es superior al mero lenguaje, a la mera forma, porque en su *forma*, en su capacidad conceptualizadora, la ciencia incorpora la realidad *material* a la que se refiere⁶⁴. No se puede llevar a cabo una biopsia hepática sin manipular un hígado, del mismo modo que no se sabe lo que es un endecasílabo heroico si no se ha leído críticamente la lírica de Garcilaso o de Quevedo, por ejemplo. No se puede formalizar o conceptualizar terciogénicamente (M_3) nada que no haya sido con anterioridad manipulado en su corporeísmo primogénico (M_1). Formalizar «realidades inmateriales» es lo mismo que manipular objetos inexistentes o hacer «magia», esto es, confiar en el poder numinoso de palabras que no surten ningún efecto operatorio. Si las teorías, las formas conceptuales, las figuras gnoseológicas, no dan cuenta de los materiales físicos sobre los que han sido construidas, el resultado es la mera retórica, la sofística, el fraude, el psicologismo, la fe. La interpre-

⁶⁴ Ni siquiera la Matemática puede considerarse desde la Teoría del Cierre Categorial como una ciencia reducida a mero lenguaje o a un simple o complejo teoreticismo: «Cuando se interpreta el método matemático como un método universal, aplicable a todas las ciencias, tampoco cabe hablar de un método formal, puesto que las matemáticas constituyen una materialidad precisa» (Bueno, 1992: I, 145).

tación literaria no puede poblarse de espectros confesionales ni de fantasmagorías ideológicas.

No se puede conceptualizar materiales inexistentes, del mismo modo que ninguna empresa puede inventariar productos u objetos de los que carece sin incurrir en fraude. El material inventariado de una empresa ha de responder al material real del que dispone la empresa, del mismo modo que el material conceptualizado por una ciencia ha de responder al material real, corpóreo y operatorio, que constituye el campo categorial de dicha ciencia. El campo categorial de la Teología es puro psicologismo, porque su objeto de investigación, Dios, es un material físicamente inexistente: su M_1 es igual a \emptyset . Solo gracias a la labor de los teólogos, es decir, a la labor de los retóricos de una metafísica confesional, su M_3 se convierte en un conjunto de ideales —naturalmente imposibles— del mundo real y efectivamente existente. De hecho, la Teología, como el discurso de la posmodernidad, podría seguir existiendo aunque el mundo real desapareciera, desde el momento en que sus fundamentos *no están* en el *mundo real*, sino en la mente y en la subjetividad de sus fieles. Sus contenidos son puramente mentales. Es la diferencia entre Teología y Filosofía. La Teología se refiere a conceptos basados en referentes ideales o irreales; la Filosofía, por su parte, trabaja con Ideas basadas en referentes trascendentales reales, corpóreos y operatorios, sobre los cuales las ciencias han hecho categorialmente sus construcciones e interpretaciones previas. De ahí que hablamos de Ideas trascendentales, porque son Ideas que trascienden los límites categoriales o específicos de cada ciencia. De hecho, la Filosofía trabaja con productos de manufactura científica, es decir, con hechos científicamente contruidos. La Gnoseología, para desplegarse, requiere una Ontología, es un decir, un territorio estructurado e intervenido previamente por las ciencias. No se puede hacer Filosofía de espaldas a la realidad, con los ojos cerrados, o retrotrayéndose hacia el «interior», las «profundidades del yo», alma humana, o fantasmagorías por el estilo. De hecho, la posmodernidad degrada la Filosofía a una suerte de teología para laicos, donde los referentes reales se reemplazan por referentes ideales, metafísicos, o simplemente inexistentes, de modo que todo es texto, todo es sexo, todo es identidad, todo es inconsciencia, todo es huella, etc... Para Derrida, el nihilismo, por ejemplo, será, desde una perspectiva ontológica, un texto tan *legible* como *ilegible* es, desde una perspectiva científica, el *Quijote*, puesto que todo, incluida

la mismísima nada, es un texto. Bonita y blanca metáfora. Hasta la teología cristiana dispone de más colorido.

Con frecuencia, esta *reducción lingüística* de la ciencia —la ciencia como lenguaje— suele promover otras reducciones, principalmente la *reducción epistemológica* —la ciencia como conocimiento—, hecho este último que ha resultado determinante por lo que se refiere a la interpretación de los materiales literarios, y que sitúa una y otra vez a la Teoría de la Literatura en un auténtico callejón sin salida. En palabras de Bueno:

Tampoco una ciencia puede ser reducida a los «actos de conocimiento» de los científicos que la cultivan, ni siquiera a la conjunción de los actos de conocimiento de todos los miembros de la comunidad científica correspondiente (Bueno, 1995a: 42).

Y sin embargo la interpretación de la literatura está sometida constantemente, y de forma tan intensa como acrítica, a los «actos de conocimiento» de cada uno de sus lectores y receptores, e incluso también de sus transductores e intérpretes, de quienes cabría esperar, y a quienes debe exigirse, una responsabilidad crítica, cuando no científica, en el uso de los materiales literarios interpretados. La literatura no puede reducirse a una sucesión de «actos de conocimiento», porque el conocimiento de la literatura no puede ser autológico, ni tampoco solamente dialógico, es decir, no puede limitarse a lo que digan un *yo* o un *nosotros*, un individuo o un gremio de individuos —por lo demás endogámicos—, sino que, como construcción humana y racional que es, la literatura exige una interpretación crítica, normativa y dialéctica —no meramente sensorial y gremial—, capaz de rebasar «actos de conocimiento» psicológicos y sociológicos que con frecuencia se hunden en las sentinas emocionales de un tercer mundo semántico. La crítica epistemológica, en contra de lo supuestamente imaginado por sus apologetas, y sobre todo por el sujeto cognoscente de turno, que no actúa nunca propiamente como un sujeto operatorio, sino como un sujeto mentalista, pensante o meramente psicologista, acaba por asfixiar el *objeto* de conocimiento en las aguas fecales del *sujeto* de conocimiento. Los sedimentos del mentalismo acaban por convertir a la mente en una cloaca de prejuicios.

Ha sido responsabilidad de buena parte de la semiología, en particular de las orientaciones semióticas más escoradas hacia el forma-

lismo, degradar las posibilidades de la codificación de los signos al ámbito exclusivo y excluyente de su dimensión formal, desamparando en muchos casos el valor de la materia en la interpretación *sígnica*. Resulta escandaloso comprobar que en infinitud de supuestos la semiología olvidó algo capital y evidente: que un signo es un hecho material, esto es, una corporeidad operatoria. Reducir la semiología a una semiótica de las formas, de la cultura, del lenguaje, etc., ha implicado en muchas ocasiones perder de vista la realidad. Se ha hecho olvidar a la semiología que los cuerpos de las ciencias exigen y poseen componentes no lingüísticos. Del mismo modo que la realidad no está hecha de palabras, la ciencia tampoco lo está. Se ha llegado incluso a ignorar que los signos son, ante todo, instrumentos operatorios. La semiología no puede reducirse a un descriptivismo, teoreticismo o adecuacionismo de formas y funciones. La semiología es esencialmente *circularismo* (Maestro, 2002). Y los signos son, desde su misma génesis, *materia determinante* de otras formas y materias, indisociables entre sí (Bueno, 1982a)⁶⁵. La ciencia es operatoria porque la realidad exige interacciones operatorias. La realidad no responde a palabras. La realidad solo dialoga con el ser humano a través de las construcciones científicas que este le interpone, a fin de hacerse compatible con ella. No resultan ociosas las siguientes palabras de Bueno, si las enfrentamos a lo que la semiología ha sido y es, y consideramos la decadencia y degradación en que los posestructuralismos han situado a esta disciplina, en lugar de ampliar y enriquecer sus posibilidades metodológicas y científicas⁶⁶:

El destello registrado en el firmamento por el astrónomo es tanto un signo como un hecho. El realidad, los «hechos», solo cuando se incorporan a un «contexto determinado», por tanto, solo cuando comienzan

⁶⁵ «Los signos parecen, pues, intercalados en el propio proceso cooperativo y operativo pero muy especialmente los signos lingüísticos. Y ello aunque no sea más que porque el lenguaje humano (originariamente un lenguaje fonético y, a partir de él, alfabético) es, él mismo, un sistema operatoriamente (cooperatoriamente, dialógicamente) realizado, una suerte de álgebra, que aproxima de un modo sorprendente el lenguaje humano, en general (cualquiera que sean sus contenidos), a la actividad científica misma (Bueno, 1982a: 128).

⁶⁶ Para una interpretación sobre la recuperación de la semiótica desde el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura, vid. Maestro (2002).

a funcionar como signos dentro de ese contexto, alcanzan un significado gnoseológico. Una balanza es también un «aparato simbólico» sin necesidad de ser una frase (Bueno, 1995a: 45).

Otra cuestión enormemente importante en la interpretación científica de la literatura, según la Teoría del Cierre Categorial, es la que remite a la distinción entre *partes formales* y *partes materiales* de las ciencias.

En el caso de la ontología literaria, serán partes formales aquellos términos determinantes de estructuras o consolidaciones literarias constitutivas partitivamente de un todo o totalidad envolvente, como dos cuartetos y dos tercetos son partes formales de un soneto, como once sílabas métricas son partes formales de un endecasílabo, o como los personajes, el diálogo, las funciones narrativas, el tiempo y el espacio son partes formales de una novela o cuento. A su vez, serán partes materiales de la literatura todos aquellos términos constituyentes partitivamente de entidades sustanciales de la propia literatura, desde los fonemas, morfemas, lexemas, grafías o todo tipo de componentes lingüísticos, por lo que se refiere al texto u obra literaria, hasta el autor, el lector y el intérprete o transductor, en tanto que materiales esenciales suyos, e incluso operatorios, en el caso de estos tres últimos.

Por lo que se refiere a la gnoseología literaria, las partes formales remiten a las diferentes Teorías, Teoremas y Proposiciones, así como a los Principios generales de una Teoría de la Literatura, tal como se han expuesto en el capítulo homónimo de este libro. Una teoría de los géneros literarios, por ejemplo, será siempre una parte esencialmente formal de la Teoría de la Literatura, al postular conceptos como novela autobiográfica, elegía, entremés, comedia lacrimosa o poema épico. Adviértase que los teoremas son figuras gnoseológicas que, en sí mismas, constituyen el núcleo formal de una teoría científica⁶⁷. Las partes formales de las ciencias remiten especialmente al sector esencial o estructural de eje semántico del espacio gnoseológico. A su vez, serán partes

⁶⁷ Como sabemos (Bueno, 1985, 1996), además de las teorías científicas, cabe hablar de las teorías filosóficas y teológicas. En estas últimas, no es posible hablar de teoremas, sino de *tesis*. Hay tesis filosóficas y teológicas, pero no teoremas filosóficos o teológicos.

materiales de la gnoseología literaria los términos, relaciones y operaciones (eje sintáctico del espacio gnoseológico), así como los referentes y los fenómenos (eje semántico), y todo tipo de aparatos o instrumentos protocientíficos, como puedan serlo un ordenador o un programa informático, al servicio de un estudio estadístico, computacional, lexicográfico, filológico o ecdótico, en la elaboración de una edición crítica o en la fijación textual de una obra literaria a partir de múltiples variantes.

Es muy importante insistir en que los teoremas constituyen las figuras gnoseológicas más importantes de cada ciencia, incluida la Teoría de la Literatura. Los filólogos no están habituados a expresarse, por lo que a la teoría literaria respecta, en términos teoremáticos, pero cuando definen el pentasílabo adónico como un verso de cinco sílabas métricas con acento en primera y en cuarta están formulando un teorema métrico. Del mismo modo, cuando se define el concepto de narrador como aquel personaje que cuenta una historia o fábula, y que podrá ser autodiegético (si es el protagonista), homodiegético (si forma parte de la historia sin ser protagonista) o heterodiegético (si no forma parte de la historia que cuenta), se está hablando también en términos teoremáticos. Lo mismo cabe decir de la formulación teoremática del concepto de heterónimo, como término que objetiva formalmente la ficcionalización literaria de la persona que lo genera, bajo un nombre que funciona como propio, y que sirve de unidad a las referencias lingüísticas y literarias que se dicen sobre él en una obra literaria, como conjunto de predicados semánticos que lo caracterizan. Es el caso, por ejemplo, de los heterónimos de Lope de Vega (*Tomé de Burguillos*) o de Fernando Pessoa (*Alberto Caeiro*, poeta de la naturaleza y las realidades físicas; *Ricardo Reis*, poeta horaciano y pseudopaganista; y *Alvaro de Campos*, poeta existencialista, metafísico, precursor de la poesía moderna, de trascendencia resignada...)

Los Teoremas permiten establecer *identidades sintéticas* entre los términos de un campo categorial. He aquí un ejemplo básico y muy claro. Dados los siguientes versos, como fenómenos y referentes literarios,

*En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto*

es posible establecer una relación circular de identidad sintética, por un proceso de regresión media genérica, hasta postular la siguiente estructura objetiva:

- o - - - o - - - o -
- o - - - o - - - o -

Estos dos versos iniciales del célebre soneto XXIII de Garcilaso son sendos endecasílabos heroicos. La relación entre los versos, como fenómenos y referentes literarios de naturaleza material, con su objetivación en estructuras métricas definidas formalmente, permite establecer una *identidad sintética*, esto es, una relación entre la materia literaria (Ontología) y la forma métrica que la interpreta (Gnoseología). Adviértase que la *identidad sintética* es resultado de una relación circular, es decir, conjugada, entre la materia y la forma de los componentes científicos, y nunca resultado de una yuxtaposición o coordinación entre ambas (adecuacionismo), y aún menos de una hipóstasis de cada una de ellas por separado (descriptivismo o teoreticismo).

Este procedimiento que aquí se apunta a título de ejemplo es, en esencia, el que utiliza la Teoría de la Literatura para ejercer, como ciencia Constructiva o Reconstructiva (metodología β -1-I), sus funciones conceptuales en la delimitación formal de los materiales literarios. Se observará que en torno a la Idea de Identidad Sintética gira la objetividad y la sistematicidad de las ciencias.

Así es como una ciencia, de acuerdo con la Teoría del Cierre Categorical de Bueno, se constituye a partir de su campo categorial propio, y en concreto a partir de los *contextos determinantes* o *armaduras objetuales*, es decir, de los materiales, en sentido estricto, que se configuran en ese campo gnoseológico. Estas *armaduras* pueden tener relaciones diversas, y pueden organizarse como relaciones de *inclusión*, *intersección* y *exterioridad*, o incluso de *oposición*, *absorción* e *inserción* entre sistemas, así como de *descomposición*, *segregación* y *deserción*, etc. Piénsese que, por ejemplo, en el caso de la Literatura Comparada, son *armaduras objetuales* o *contextos determinantes* las obras literarias de partida, sobre las que se plantea la relación de comparación —la *Odisea* de Homero y el *Ulysses* de Joyce, por ejemplo—, como materiales literarios de hecho que se toman como referencia de determinados estudios comparativos. Se constatará que la Literatura Comparada procede de acuerdo con los

Modelos⁶⁸, es decir, que establece Relaciones a partir de Términos [R < T], desde el momento en que la *relación* comparada entre dos (o más) materiales literarios (la *Odisea* de Homero y el *Ulysses* de Joyce) se establece de acuerdo con determinados modelos, criterios solidarizantes o términos contextualizantes, que disponen un *contexto determinado* o *armadura proposicional* (la Idea de aventura o viaje, la idea de héroe o antihéroe, la idea de regreso, etc...) a partir de un *contexto determinante* o *armadura objetual* (la *Odisea* / el *Ulysses*) objetivados de hecho en una y otra obra.

Contexto determinante o *armadura objetual* es un concepto específico de la Teoría del Cierre Categorial, que apela a los componentes materiales de las ciencias. Es un concepto relativamente análogo al de «paradigma», propuesto por Kuhn (1962), pero con importantes diferencias gnoseológicas. Ambos conceptos exigen objetivar el análisis gnoseológico en secuencias o escalas distintas, pero se diferencian entre sí debido a una cualidad gnoseológica muy significativa, que Bueno subraya con energía e insistencia: el concepto buenista de *armadura* se configura originariamente en el eje semántico del espacio gnoseológico, pero el concepto kuhniano de paradigma se sitúa exclusivamente en el eje pragmático, lo que en este caso desplaza todo el peso de la actividad científica hacia los contextos de descubrimiento, hacia el momento genético de las ciencias, y no hacia los contextos de justificación, es decir, hacia su desarrollo estructural, en el curso mismo de sus construcciones ontológicas.

Como demuestra el propio Bueno (1992), para Kuhn, el *paradigma* se define por la capacidad «moldeadora», ejemplar, canónica o de referencia, respecto a las operaciones de *otros* sujetos gnoseológicos. De este modo Kuhn define el paradigma en función de los sujetos, es

⁶⁸ Como se ha expuesto anteriormente, los Modelos son modos gnoseológicos inmanentes de conocimiento literario, junto con las Definiciones, las Clasificaciones y las Demostraciones. La Teoría de la Literatura opera de acuerdo con las Definiciones o procedimientos determinantes; la Teoría de los Géneros Literarios sigue el criterio de las Clasificaciones, como procedimientos estructurantes o constituyentes; y la Crítica de la Literatura se desarrolla conforme al *modus operandi* de las Demostraciones, como procedimientos predicativos, explicativos, descriptivos. La Literatura Comparada, en su caso, actúa según los Modelos, o procedimientos gnoseológicos de naturaleza solidarizante o contextualizante.

decir, desde una perspectiva o eje pragmático: «Un paradigma es lo que los miembros de una comunidad científica comparten, y una comunidad científica consiste en el conjunto de los hombres que comparten un paradigma» (*apud* Bueno, 1992: I, 109). Kuhn delimita su concepto de paradigma desde los criterios de una sociología de la ciencia y de una lógica de la ciencia. En consecuencia, su concepto de paradigma no puede sustraerse a implicaciones míticas, es decir, a implicaturas no científicas. El concepto de contexto determinante o armadura objetual, propio de la Teoría del Cierre Categorial de Bueno, aun aceptando implicaciones pragmáticas, se configura originariamente en el eje semántico del espacio gnoseológico, lo que asegura el tránsito del *regressus* y el *progressus* de la investigación científica, la neutralización de las operaciones de los sujetos gnoseológicos o intérpretes, y el estatuto científico —y por lo tanto objetivo— de los resultados de la investigación.

De este modo, la *identidad sintética* garantiza el concepto de *verdad* en las construcciones científicas. La verdad es un concepto categorial, científico, operatorio. Esta es la idea de verdad en la Teoría del Cierre Categorial. Los teoremas constituyen sistemas de proposiciones basados en identidades sintéticas, en las cuales se objetivan conceptualmente las verdades categoriales de una ciencia.

Se dice que una categoría está cerrada cuando las relaciones entre los términos del campo, en tanto que referentes conceptualizados, no generan —a partir de los fenómenos a los que los científicos se enfrentan en ese momento— nuevas construcciones proposicionales, es decir, no dan lugar a proposiciones nuevas y diferentes a las ya existentes, construidas a partir de los materiales constituyentes del campo categorial o científico y constituidos desde él. Como hemos dicho, el campo categorial se amplía solo cuando se identifican nuevos fenómenos y referentes que dan lugar a nuevos términos, conceptualizables estructuralmente dentro de los límites de la categoría científica de referencia. Las verdades, o son científicas, esto es, categoriales, o no son. No hay verdades fuera de un campo categorial definido. No hay verdades fuera de la ciencia. Al margen de las categorías científicas solo hay opinión, acaso información, interpretación incluso, pero no *verdad*. En consecuencia, tal como exige la Teoría del Cierre Categorial de Bueno, una *verdad* es una *identidad sintética* resultante de la relación entre referentes, en tanto que términos conceptualizados, dados en un campo cate-

gorial y objetivados en una proposición o teorema como figura gnoseológica. La verdad es, pues, siempre una construcción inmanente relativa a un campo categorial definido. Insistimos: no cabe hablar de *verdad* al margen de una ciencia o campo categorial. La verdad implica siempre una ontología científica, es decir, una interpretación gnoseológica.

No todas las ciencias pueden alcanzar el mismo grado de *verdad*. Las ciencias Demostrativas, como la Crítica de la Literatura, por ejemplo, cuyo estatuto científico, como metodología β -1-II, es muy bajo, apenas puede generar verdades propias, ante la imposibilidad de reconstruir estructuras objetivas de las que el sujeto operatorio resulte segregado. En su lugar, ha de asumir las verdades categoriales, los conceptos científicos, contruidos por la Teoría de la Literatura, como ciencia Constructiva o Reconstructiva, cuyo estatuto científico, como metodología β -1-I, permite, mediante regresión media genérica, construir estructuras objetivas resultantes de la neutralización del sujeto operatorio. Quede claro, pues, que no todas las ciencias alcanzan el mismo grado o umbral de *verdad*, determinada, en suma, esta idea de verdad por la noción misma de identidad sintética, que exige la absoluta neutralización o segregación del ser humano como sujeto operatorio dado en la inmanencia de un campo categorial o científico.

Por otro lado, la verdad no se plantea en las categorías científicas siempre en términos absolutos, sino relativos: pero relativos en tanto que son resultado de *relaciones* entre términos y conceptos categoriales, nunca en sentido de indeterminación, limitación o suspensión en el juicio. Las relaciones científicas no son nunca relaciones indefinidas, infinitas, indeterminadas e inconmensurables, y mucho menos aún metafísicas, exclusivamente formales o simplemente imaginarias, sino todo lo contrario, son relaciones categoriales, esto es, sistemáticas y racionales, corpóreas y operatorias. La Teoría del Cierre Categorial es relativa, pero no *relativista*, y es relativa porque se basa precisamente en el concepto mismo de relación lógica y operatoria entre términos categoriales o científicos, esto es, en el concepto de *symploké*, figura gnoseológica por excelencia de la idea de correspondencia, imbricación y correlación racional y lógica entre las partes que atributivamente constituyen una totalidad, en este caso, una totalidad o categoría científica.

En consecuencia, la verdad es siempre un predicado especial, específico, exclusivo incluso de cada ciencia o categoría particular. Esto significa que la verdad es siempre relativa —porque se justifica por *relación*— a una ciencia o campo categorial específico o especial, nunca genérico ni generalista. Las ciencias son construcciones particulares, partitivas, específicas, de la realidad, no genéricas ni cogenéricas. Dos ciencias diferentes no pueden tener el mismo campo gnoseológico o categorial de investigación. Dos o más ciencias diferentes no pueden compartir una misma categoría —desde luego nunca metaméricamente, como totalidad enteriza, al cien por cien—, sino, en todo caso, solo podrán compartir términos que cada ciencia conceptualizará de acuerdo con su propio espacio gnoseológico y exigencias categoriales⁶⁹. El ser humano es un término del campo categorial de la Historia, y también del campo categorial de la Antropología, del Derecho y de la Teoría de la Literatura. Pero en cada una de estas ciencias posee su propio estatuto gnoseológico, en primer lugar, porque el ser humano no es objeto de estudio ni específico ni exclusivo de cada una de estas ciencias, sino que es un término más dado entre los términos de cada campo categorial, y, en segundo lugar, porque en cada una de estas ciencias el concepto mismo de Ser Humano es completamente dife-

⁶⁹ Nos enfrentamos aquí a lo que Bueno ha denominado dialéctica de las ciencias entre sí. Las diferentes ciencias que se van construyendo a lo largo de la historia del saber humano no se organizan pacífica o armoniosamente unas al lado de las otras, ni se relacionan unas con otras, conservando intactos su soberanía y dominios cognoscitivos. Todo lo contrario: las relaciones entre las diferentes ciencias son constantes, beligerantes y conflictivas. La interdisciplinariedad no se da bajo la forma de una armonía de las distintas ramas del saber, sino desde la forma de una competencia por el dominio del conocimiento y por el control de la construcción de la realidad, desde las pretensiones de una sistematización gnoseológica de los saberes humanos y desde el afán por un dominio operatorio de las actividades científicas. Toda interacción implica y exige arriesgar la propia autonomía. Toda cooperación gnoseológica es un riesgo para cada ciencia particular, que se expone a quedar reducida, absorbida o controlada por otras: desde el momento en que la Química comienza a cooperar con la Biología —advierte Bueno (1992: I, 225)— se abre la posibilidad de reduccionismo bioquímico. Las ciencias pueden degenerar de este modo en dialécticas falsas: desde el momento en que la Teoría de la Literatura se pone al servicio de una ideología, como el feminismo, acepta la existencia de la falsa dialéctica que opondría el Hombre a la Mujer (cuando Hombre y Mujer son conceptos conjugados, no dialécticos), es decir, de una dialéctica hormonal y genital, y absurda, por imposible.

rente desde el momento en que está *conceptualizado* y *categorizado* de *forma* diferente. Napoleón no tiene el mismo *valor* en Derecho que en Teoría de la Literatura, ni su interés o contenido antropológico es el mismo en Historia que en Medicina o en Lingüística textual. Cada ciencia conceptualiza sus propios términos con arreglo a las exigencias específicas de sus propios campos categoriales. No hay que confundir la *gnoseología general*, o teoría general de la ciencia, como lo es de hecho la Teoría del Cierre Categorial desde el Materialismo Filosófico como sistema de pensamiento, con la *gnoseología especial*, o teoría específica de cada ciencia en particular, como pueden serlo la Teoría de la Literatura, el Derecho Internacional Público o la Lingüística Estructural⁷⁰.

La esencia de la verdad, siempre categorial o científica, está en la *identidad sintética*. Como advierte Bueno (1992, I), si la ciencia es construcción, es decir, formalización construida con determinados materiales, la verdad científica habrá de ser un predicado que exprese formalmente la determinación inmanente de esa construcción material en cuanto tal. Ahora bien, como señala Bueno, la identidad tiende a interpretarse desde criterios analíticos, es decir, se la presenta como identidad analítica ($A = A$). Esta es una orientación fuertemente epistemológica, psicológica, y también retórica, y desde un punto de vista gnoseológico resulta totalmente impugnable. En el colmo de la degradación abusiva del enfoque analítico, la posmodernidad usa el término *identidad* para designar la autorrepresentación sensible y fenomenológica de un grupo humano que pretende afirmarse a sí mismo frente a otros grupos, cuando entre ellos no cabe plantear ninguna diferencia esencial ni estructural, sino simplemente accidental y sensorial, como pueda ser el color de ojos o de piel (blanco / negro), las diferencias dialectales respecto a una lengua común como el latín (catalán / español), o las alternativas fideístas a la hora de dirigirse a la misma idea de Dios (catolicismo / protestantismo / anglicanismo). Este uso del término *identidad*, un uso no gnoseológico, ni categorial, ni científico, sino simplemente emotivo y psicologista, sociológico y a veces hasta paranormal, en virtud del cual alguien se puede «sentir» español, celta

⁷⁰ Sobre las diferencias y exigencias entre gnoseología general y gnoseología especial, vid. Bueno (1992, II: 275-292).

o gilipollas, según el contexto, es característico de la posmodernidad. La identidad, en este sentido deturpado y retórico, queda reducida a una cuestión de sentimiento, de modo que uno —o una— puede sentirse hombre siendo mujer, puede sentirse Napoleón siendo una persona normal, o puede sentirse catalán siendo gijonés. Todo esto son ridiculices, desde el momento en que categorías como Estado, Nación, Sexo, Geografía o Historia, no son cuestión de sentimiento, sino de biología o de documentación o indocumentación jurídica. El Ser no es una cuestión de *sentimiento*. No se es lo que *se siente*, sino lo que se hace. El Ser es operatorio, material y corpóreo, y no algo que pueda reducirse acriticamente a un *sentimiento* individual, colectivo o, simplemente, *de moda*. Para ser millonario no basta con *sentirse* millonario: para ser millonario hay que tener millones. Para ser español no es necesario *sentirse* español: basta tener un DNI o un pasaporte español. Lo demás es retórica y publicidad (o ideología de circunstancias, valga la redundancia).

En suma, todo procedimiento analítico —como la idea misma de identidad analítica— toma como punto de partida aquello que busca, y lo plantea como algo admitido y presupuesto, a fin de alcanzar, tras diferentes consecuencias, un resultado que nos sitúa ante el mismo punto de partida, porque en realidad es el mismo punto de partida: su recursiva petición de principio. En tales supuestos el concepto de análisis se desarrolla en un nivel formalmente proposicional autológico y recurrente. Es un método que parte de algo previamente admitido y postulado, y que formula consecuencias para proponer verdades formales, siguiendo el conocido esquema hipotético-deductivo de articular proposiciones derivándolas de principios. Frente a la síntesis dialéctica, el análisis —la reducción a la identidad analítica— busca su propio resultado por la vía de la deducción propia. Sin embargo, frente al procedimiento analítico, el método dialéctico no parte de la proposición que se va a demostrar, sino de aquella que se pretende refutar. No parte de lo que se afirma, sino de lo que se niega. Su premisa es el enfrentamiento con la negación de la tesis. Y se encamina conflictivamente hacia la síntesis a través de la crítica. Piénsese que la mayor parte de las teorías literarias son analíticas en todas sus manifestaciones. Jamás se han enfrentado científicamente a nada. Son positivas, afirmativas, declarativas. Y acriticas. Eluden la crítica y evitan la dialéctica. Se acogen, como si algo así fuera una virtud, a una

suerte de diálogo, eclecticismo o incluso consenso. Solo las corrientes posmodernas se jactan de su oposición a determinadas cuestiones, que nada tienen que ver con las ciencias, sino con las ideologías. Muchas de estas teorías literarias, en realidad pseudoteorías, como el feminismo, por ejemplo, operan como sistemas de creencias sociales e imperativos políticos, pero no como sistemas gnoseológicos de conocimiento crítico. Incluso actúan política, social y académicamente con competencias intimidatorias, pero no científicas. Son discursos en los que la ciencia está reemplazada por la ideología social y la mitología sexual. Lo que sin embargo no deja de ser sorprendente es la obsecuencia, cuando no cobardía y amancebamiento, del mundo académico y universitario actuales para no plantarse —ni enfrentarse— jamás ante semejantes ideologías y mitologías, en muchos casos extraordinariamente aberrantes.

De un modo u otro, según Bueno, el concepto kantiano de análisis, así como también el de síntesis, proceden gnoseológicamente de la Química antes que de las Matemáticas. Ahora bien, «proceder un concepto de algo» no equivale a «reducirlo a su origen», como advierte el propio Bueno. Para el artífice de la Teoría del Cierre Categorial, en el plano lógico hay juicios analíticos, sin duda, pero solo como límite dialéctico de los juicios sintéticos. Porque todo juicio es sintético por su propia naturaleza, y lo es desde su génesis, desde el momento en que para su constitución requiere siempre una *síntesis de operaciones*: solo en el plano estructural o formal puede darse como límite, como ideal, el concepto de un juicio analítico. La identidad analítica ($A = A$) se nos ofrece como la relación simple de un término consigo mismo. Es la recursividad autológica.

Bueno insiste en una y otra vez en que la posibilidad de una identidad analítica no es compatible con la de una identidad sintética, porque en tal supuesto se rompe la idea misma de identidad, dado que en el primer caso (*identidad analítica*) estamos aplicando la reflexividad como contenido necesario, mientras que en el segundo caso (*identidad sintética*) la estamos negando. La idea de identidad basada en la idea de reflexividad absoluta o simple es una idea metafísica (Bueno, 1992, I). Por eso cabe afirmar que, realmente, toda identidad es sintética, porque toda identidad es siempre el resultado de una *síntesis operatoria*. En consecuencia, no se puede basar la idea de *identidad* en la idea de *reflexividad*. La identidad sintética «contiene siempre una identidad sus-

tancial»⁷¹, que no es ni simple ni inmediata, sino que se establece a través de predicados (de partes de un todo), que a veces no tienen ni siquiera identidad esencial⁷².

Llegados a este punto de la exposición de la idea crítica de identidad, procede citar a Bueno muy por lo menudo y en detalle.

En primer lugar, diremos que Bueno distingue entre dos formas de considerar la identidad: como *esencia* y como *sustancia*. La identidad esencial, por sí sola, remite a la idea de igualdad. No se dice que el triángulo equilátero tenga tres lados idénticos, sino que tiene tres lados iguales. Bueno demuestra que la igualdad exige cumplir con condiciones de simetría, transitividad y equivalencia. La igualdad es, pues, propiedad de relaciones (o conjuntos de propiedades de relaciones). Por otro lado, ha de quedar claro que la identidad sintética incluye la idea de identidad sustancial, y no excluye la idea de identidad esencial. Porque la identidad sintética no es propiamente relación entre dos sustancias, sino entre *partes* de la misma sustancia (o entre las partes y una sustancia que las envuelve).

En segundo lugar, Bueno afirma que la idea de verdad implica la idea de identidad sintética, pero no a la inversa, porque no toda identidad sintética constituye una verdad. Esto se debe a que hay varios tipos de identidades sintéticas, que pueden reducirse básicamente a dos:

- a) *Identidades sintéticas esquemáticas* (o esquemas de identidad), que son resultado de Operaciones. Bueno las denomina *configuraciones*.
- b) *Identidades sintéticas sistemáticas*, que son resultado de Relaciones, y adquieren un formato propio de relaciones de identidad esencial (igualdad interna) o sustancial. Bueno se refiere a ellas como *identidades proposicionales*.

En consecuencia, Bueno postulará que la verdad científica está asociada a las identidades sustanciales o sistemáticas —resultantes de

⁷¹ Véase al respecto la entrada 210 del *Diccionario filosófico. Manual de materialismo filosófico. Una introducción analítica*, sobre la Teoría filosófica (gnoseológica) de la ciencia, y las nociones de Identidad analítica / Identidad sintética / Juicios analíticos / Juicios sintéticos (García Sierra, 2000). Puede consultarse en internet: <<http://www.filosofia.org/filomat/index.htm>> (26.06.2015).

⁷² Piénsese en el ejemplo que aduce Bueno (1992, I) en su exposición, que aquí estoy sintetizando: hay predicados que no son idénticos («estrella de la mañana» y «estrella de la tarde»), aunque tienen el mismo referente («Venus»).

Relaciones—, y no a las identidades esquemáticas —resultantes de Operaciones—, si bien no considera a estas últimas completamente independientes de las primeras.

Y Bueno pone como ejemplo un teorema geométrico. Es el teorema del área del círculo ($S = \pi \cdot r^2$), al que examina según los cuatro modos gnoseológicos de conocimiento trascendente (descriptivismo, teoreticismo, adecuacionismo y circularismo). Cito sintéticamente las conclusiones de Bueno:

1. El descriptivismo, en realidad, eclipsa la estructura de la identidad que constituye la verdad de la relación.

2. El teoreticismo se esforzará —sin éxito— por disociar la fórmula $S = \pi \cdot r^2$ y su predicado determinante. La verdad dependerá de cómo la regla se aplique en cada caso.

3. El adecuacionismo insistirá en disociar o desdoblar la realidad a la que se refiere el teorema en dos planos: 1) el que contiene al «círculo algebraico» y 2) el que contiene al «círculo gráfico». La circunferencia y el redondel, diríamos. Y a continuación el adecuacionismo establecerá una relación de correspondencia isológica entre ambos. Pero el adecuacionismo se ve obligado a ignorar un hecho capital: que la fórmula algebraica procede del propio círculo gráfico, y que no puede desconectarse de los círculos fenomenológicos, a partir de los cuales se establece.

4. El circularismo, por su parte, advierte que la verdad de la fórmula $S = \pi \cdot r^2$ se nos manifiesta como una identidad sintética, la cual no se establece entre dos términos (como si fuera una relación binaria, una coordinación o una yuxtaposición), ni se expresa en una proposición aislada (del tipo *una redonda equivale a 64 semifusas*), sino que se plantea como un *teorema*, es decir, como una figura gnoseológica que remite formalmente a un hecho material.

Nótese cómo en un teorema están implicados todos los ejes y sectores del espacio gnoseológico: términos, relaciones y operaciones (sintaxis); referentes, fenómenos y estructuras o esencias (semántica); y autologismos, dialogismos y normas (pragmática).

Las verdades fenomenológicas remiten a verdades más profundas, a verdades cuya explicación exige configurarse según estructuras esenciales, que será preciso determinar mediante procesos de regresión genérica. Toda verdad fenomenológica exige inmanentemente un *regressus* genérico hacia sus fundamentos esenciales y conceptuales. Solo así

podemos distinguir un redondel de una circunferencia, es decir, un fenómeno (gráfico) de un concepto (geométrico), del mismo modo que los versos iniciales del soneto XXIII de Garcilaso exigen y permiten una formalización métrica que los objetiva materialmente como endecasílabos heroicos:

*En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto*

- o - - - o - - - o -
- o - - - o - - - o -

En el tránsito del *regressus* y del *progressus* se determinan y objetivan los umbrales o grados de verdad que pueden alcanzar las diferentes ciencias. Como hemos dicho anteriormente, estos grados, que Bueno denomina «frangas de verdad», no son absolutos, ni iguales en todas las ciencias, pues dependen de los recursos de los que cada una de ellas dispone para neutralizar las operaciones del sujeto gnoseológico. De más a menos, el orden de las ciencias, según su potencia de neutralización del sujeto, es el siguiente:

1. Ciencias Naturales (carecen de sujetos operatorios en sus campos gnoseológicos, por lo que no necesitan neutralizarlos).
2. Ciencias Computacionales (neutralización por progresión media genérica).
3. Ciencias Estructurales (neutralización por progresión media específica).
4. Ciencias Constructivas o Reconstructivas (neutralización por regresión media genérica).
5. Ciencias Demostrativas (imposibilidad de neutralización absoluta del sujeto).
6. Ciencias Políticas (imposibilidad absoluta de neutralización del sujeto).

De este modo, la concepción de la verdad científica como identidad sintética (sistemática) remite a una idea de verdad que, lejos de ser rígida o unívoca, admite *frangas de verdad* (Bueno) o umbrales y grados de verdad. La identidad sintética no es nunca una «relación exenta», dirá Bueno, sino que está inserta en un complejo sistema de términos,

relaciones y operaciones, dados en los planos fenomenológico, referencial y esencial (o sustancial).

Hay ocasiones en los que el grado de profundidad, implicación o conexión de la identidad sintética en los contextos determinantes es muy limitada. Cuando la determinación de la identidad es mínima, o nula, es decir, cuando las identidades sustanciales se debilitan o transforman en relaciones meramente formales o analógicas, el razonamiento procederá por analogía, sin posibilidad de un cierre genuino. En tales casos, las construcciones científicas tendrán que ser sustituidas por construcciones filosóficas. Así es como la Teoría de la Literatura es subrogada, en determinados contextos, por la Crítica de la Literatura. Por esta razón hablamos de la Teoría de la Literatura como ciencia *constructiva o reconstructiva* (metodología β -1-I) y de la Crítica de la Literatura como ciencia *demonstrativa* (metodología β -1-II), y hemos de reconocer que su capacidad científica, como crítica de los materiales literarios, es mínima, razón por la cual la crítica literaria es más una Filosofía que una Ciencia. La parte científica de la Crítica de la Literatura pertenece a la Teoría de la Literatura. Los conceptos con los que trabaja la crítica literaria son obra de la teoría literaria.

Una última cuestión atinente a la idea de identidad sintética es la relativa al *lugar* de la verdad en las ciencias. Nos referimos a un lugar físico, corpóreo, operatorio, no a un escenario imaginario o metafísico. Bueno se ha preocupado mucho de insistir en que las verdades científicas tienen un lugar, un *locus*. Y también un tiempo, un *tempus*. No son, de hecho, concebibles al margen de un cronotopo. Las verdades tienen un determinado *radio* temporal y espacial. La verdad «Cesar cruzó el Rubicón en el 49 antes de nuestra Era» es temporal y espacial. Las verdades no pueden ser ni utópicas ni ucrónicas, es decir, no pueden no estar en ninguna parte y no existir fuera del tiempo. Las verdades han de ser y han de estar en el tiempo y en el espacio. Han de ser topológicas y cronológicas. Han de poseer un *topos* y un *cronos*.

Ante este tipo de exigencia gnoseológica, de naturaleza cronotópica, cada ciencia da su respuesta, en la que de forma indisimulada se delatan sus respectivas posiciones y posibilidades interpretativas. Evidentemente, cuando la respuesta a esta pregunta acerca del tiempo y el espacio de la verdad científica se sitúa en un período y en un lugar ajenos a la Historia y a la Geografía humanas es porque, con toda probabilidad, nos estamos moviendo en un ámbito metafísico, mitológico o imagi-

nario, y en absoluto científico. Esto explica que los orígenes de un Estado o sociedad política no puedan situarse, como hacen frecuentemente los nacionalismos, en un espacio legendario y un tiempo mítico. Tampoco la literatura, ni su genealogía, pueden emplazarse en un escenario mitológico e irreal, sino terrenal y humano.

El idealismo, desde criterios subjetivos, sitúa el cronotopo de la verdad científica en el sujeto humano, como *hecho de conciencia*. Es el postulado epistemológico en virtud del cual la verdad es una construcción subjetiva. El naturalismo, por su parte, desde criterios objetivos, situará este cronotopo en la Naturaleza, espacio en el que residiría la verdad. Esta concepción, nos advierte Bueno, es responsable de que la Física sea *verdadera* para Aristóteles, en tanto que el mundo natural es eterno y necesario, y también para Newton, en tanto que el mundo natural se organiza mediante leyes mecánicas, invariables y también eternas. Los nacionalismos posmodernos, de raíces posrománticas, sitúan el origen de los pueblos de los que pretenden apoderarse en genealogías mitológicas, incapaces de explicarse en términos históricos y racionales, porque por su propia naturaleza ficticia y legendaria no pertenecen a la Historia, sino a la Mitología, y no se corresponden con una Geografía, sino con una topología imaginaria y fabulosa. El feminismo, a su vez, apela a una literatura *esencialmente* de mujer —aunque prefiere usar el plural, a fin de acaparar a la totalidad de las mujeres, sin excepción, como si algo así fuera posible—, y habla de una *literatura de mujeres*, cuyo origen se esfuerza por ubicar en una suerte de metafísica sexual, simbólica y tropológica, que resulta mancillada y deturpada en la medida en que se ve sometida a la interpretación masculina, siempre impuesta de forma dominante y violenta. Las religiones teológicas o terciarias, por su parte, situarán la verdad en una metafísica confesional, con la que también se identificarán aquellos autores y obras literarias que tomen como premisa o consecuencia semejantes criterios religiosos, como ha sido el caso de Dante, Berceo, Jorge Manrique, Juan de la Cruz, Calderón o Milton. Todas estas formas de ubicación cronotópica de la verdad postulan un tiempo y un espacio metafísicos, ajenos a un espacio antropológico y a un espacio gnoseológico. Se implantarían en una suerte de ontología general (M) sin posibilidad alguna de acceso o de progreso a una ontología especial (M_i), es decir, se afincarían en la metafísica de un Mundo absolutamente irrecuperable en el contexto de un Mundo Interpretado, terrenal y

humano. No cabe hablar de ciencia en tales supuestos, sino de teología, nihilismo o simbolismo ideológico.

La Teoría del Cierre Categorial exige una respuesta mucho más precisa a la pregunta sobre el *tiempo* y el *espacio* de la verdad en la investigación científica. La verdad, como identidad sintética, no se construye en el sujeto, como piensa epistemológicamente el idealismo subjetivo (Kant, 1781), ni en la naturaleza, como postula el realismo epistemológico (Aristóteles, *Física*), sino en un campo gnoseológico, es decir, en la conjugación o interrelación entre componentes materiales y componentes formales de las ciencias (Bueno, 1992). Este espacio, o campo gnoseológico, en el que tiene *lugar* y *curso* la construcción de la verdad, como identidad sintética, se desarrolla mediante la configuración de armaduras objetuales y contextos determinantes. Convendrá, por lo tanto, distinguir los cursos, intervalos o períodos, de construcción de estas verdades sintéticas.

Ante todo, hemos de remitirnos al concepto mismo de espacio gnoseológico propuesto por Bueno. Las primeras expresiones y manifestaciones de una identidad sintética tienen su lugar y su momento, esto es, su génesis nuclear, en una *franja fenomenológica* (sector fenoménico del eje semántico del espacio gnoseológico). La Teoría del Cierre Categorial comienza, pues, por preguntarse por el cronotopo originario y genuino de la verdad, lugar primigenio y curso principal que corresponde al momento nuclear de la verdad como identidad sintética, es decir, que la pregunta que habrá de formularse es la siguiente: ¿cuál es el territorio original y el momento emergente de la verdad? Este lugar será fenomenológico y fisicalista, porque solo puede tener *lugar* en el mundo físico, terrenal y humano, esto es, en el Mundo de los sentidos o mundo corpóreo y operatorio de las interpretaciones (M_i), y no en un mundo metafísico, espiritual o incorpóreo. Y será un lugar y un momento diferente del cronotopo posterior, en el que la estructura o cuerpo de la identidad sintética se haya desarrollado gnoseológicamente, bien por *progressus* hacia sus confirmaciones fenoménicas (ciencias Computacionales [α -2-I] y Estructurales [α -2-II]), bien por *regressus* hacia sus formalizaciones estructurales o esenciales (ciencias Constructivas o Reconstructivas [β -1-I] y, en sus intentos explicativos, ciencias Demostrativas [β -1-II]). Porque la estructura de la identidad sintética desborda la génesis o núcleo de lo que fue en un principio esa identidad sintética. El lugar estructural de la verdad rebasa, por su desarrollo

corporal, a lo largo de un curso, el momento y espacio nucleares y primigenios de la verdad. El *cuerpo* o *estructura* de la identidad sintética habrá de contraponerse al *núcleo* o *génesis* de la identidad sintética. Esta contraposición, esta ida y vuelta de la estructura a la génesis, del cuerpo al núcleo, de la esencia formal al fenómeno fisicalista, exige cumplir con los procesos de *regressus* y *progressus* en los que se fundamenta toda dialéctica, toda crítica, todo circularismo, característicos de una filosofía verdadera, desde Platón y su libro VII de la *República* hasta Bueno y su Teoría del Cierre Categorial.

Una teoría científica comporta siempre la posibilidad de un *regressus* hacia los principios y los conceptos esenciales, así como un *progressus* hacia los campos fenoménicos. En consecuencia, el cronotopo de la verdad no será pues un lugar estático ni un tiempo cíclico, como pueda serlo el corte o paradigma de su espacio originario o momento nuclear, sino un espacio dinámico y un tiempo en curso, sin límite previsto, esto es, un cronotopo gnoseológico, cuyo cuerpo o estructura se va desarrollando en la medida en que se estructuran y despliegan sus posibilidades ontológicas de construcción categorial, mediante armaduras objetuales y contextos determinantes. La verdad no ocupa jamás lugares definitivos ni períodos estancos. La Historia de una Ciencia no tiene fin, porque nunca puede declararse definitivamente concluida, del mismo modo que la Geografía de una Ciencia no está nunca clausurada, aunque siempre esté delimitada, como tampoco está clausurado jamás su campo categorial⁷³.

⁷³ Bueno también ha planteado esta cuestión como un epígrafe específico de la dialéctica de las ciencias, por lo que se refiere a la dialéctica de una ciencia consigo misma. En este sentido, Bueno reitera que la historia de una ciencia no tiene fin. Nunca puede darse por clausurada. En primer lugar, porque una ciencia «no puede constituirse plena e íntegramente de una sola vez, en un instante» (Bueno, 1992: I, 224). Algo así puede ocurrir con determinadas construcciones tecnológicas conceptualmente clausuradas —basales, diríamos—, como la rueda o el libro, el reloj de pulsera o la acuñación de moneda, el automóvil o el anillo de matrimonio. Pero nunca con las ciencias, que son construcciones abiertas de sistemas cerrados, y jamás clausurados. No es cierto, como afirma Kant —y Bueno rebate—, que la Geometría no haya dado un paso desde Euclides. Lo que sucede es que el orden axiomático de los contenidos científicos no es siempre el mismo que el orden histórico de la aparición de los teoremas (vid. Bueno, 1992: I, 220 ss). La idea de las revoluciones científicas, tan popularizada por Kuhn, es en gran medida engañosa y fraudulenta. En segundo

En consecuencia, la respuesta gnoseológica más precisa posible a la pregunta por el lugar y el curso de la verdad es aquella que sitúa la construcción de la verdad científica, como identidad sintética, en la armadura objetual o contexto determinante del campo gnoseológico de una ciencia dada, es decir, la que implanta el punto de partida de toda investigación científica en las partes materiales de las ciencias. De este modo, la construcción de la verdad científica no compromete al Sujeto, ni a la Humanidad, ni al Universo, ni a Dios, ni a la Naturaleza, ni a una idea metafísica de Mujer o de Nación, porque las ciencias y las construcciones científicas solo se comprometen con los materiales y las formas de su campo gnoseológico. La Ciencia es una Ontología en curso incesante de construcción gnoseológica.

lugar, diremos que una ciencia no puede clausurarse nunca, porque el concepto de una historia interna y gnoseológica de una ciencia comprende sobre todo los episodios estrictamente dialécticos —Bueno ha insistido mucho en esto—, que dan cuenta de sus contradicciones y de sus autolimitaciones, es decir, de sus crisis y lisis, y de la necesidad, por consiguiente, de regresar hacia otras capas de su campo, *regressus* que, con frecuencia, puede dar lugar a la aparición de nuevas ciencias y construcciones gnoseológicas. Léase a Bueno: «La revolución científica newtoniana, si verdaderamente fue una revolución, consistió en utilizar modelos físicos —no solo matemáticos, puesto que implican el tiempo—, tales que, insertados en los fenómenos, instauraron el proceso cerrado de una nueva ciencia» (Bueno, 1992: I, 223).

Conclusión: Teoría del genio

1. EXPLICACIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE LA GENIALIDAD EN EL ARTE Y LA LITERATURA

La idea y concepto de «Genio», así como su correspondiente atribución cualitativa —la «Genialidad»— adolece, en el arte en general y en la literatura muy en particular, de las mismas penurias y calamidades que la mayor parte de las ideas y conceptos tan frecuentemente mencionados en la interpretación de las denominadas —con desacierto heredado del Idealismo alemán— «ciencias humanas»: todo el mundo habla de estos términos, pero nadie los define, precisa o delimita con propiedad o rigor.

Aquí voy a plantear, a modo de conclusión, una delimitación de la Idea de Genio a partir del Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura.

Partiré del concepto de *espacio estético* (Maestro, 2017: I, 2: 147 ss), considerado como aquel terreno o ámbito en el que el ser humano, en tanto que sujeto operatorio y corpóreo —y nunca como sujeto implícito, psicológico o fenomenológico— lleva a cabo, ejecutivamente, la construcción, transformación, comunicación, interpretación o transducción de los materiales artísticos, en general, y literarios, en particular. Entre otros aspectos esenciales, lo que determina al espacio estético es la operatoriedad del ser humano en tanto que autor e intérprete que codifica y descodifica, con las debidas transmisiones y transformaciones, los materiales estéticos. En estos procesos de *transmisión* y *transformación* —anote el lector estas palabras, claves en la interpretación de la transducción literaria, y de lo que a continuación voy a explicar— se objetivan las operaciones fundamentales del arte.

Estas operaciones permiten articular el espacio estético en tres ejes fundamentales, que tomo de la *Poética* de Aristóteles, así como de los *Ensayos materialistas* (1972) y la *Teoría del Cierre Categorial* de Gustavo Bueno (1992). Estos tres ejes adquieren una articulación semiológica, dada en una sintaxis, una semántica y una pragmática.

De Aristóteles he tomado los conceptos de *medio*, *modo* y *objeto* o *fin* (*Poética*, 6, 1449b 24-28), para designar, sintácticamente, 1) los diferentes *medios* o géneros de expresión estética de que pueden servirse las obras de arte para exteriorizarse como tales, según utilicen la palabra (literatura), los signos no verbales (teatro, danza, mímica...), el canto (ópera), el sonido (la música), la imagen fílmica (el cine), el volumen (la escultura), el color (la pintura), la proyección de edificios (arquitectura), etc.; 2) los diferentes *modos* que designan de forma específica las realizaciones ulteriores de los medios o géneros, es decir, que permitirán identificar dentro de cada género artístico las diferentes especies o subgéneros que lo constituyen y desarrollan (así, por ejemplo, la literatura, como una de las artes que se manifiesta por medio del uso estético de la palabra y las formas verbales, se dividirá en este apartado en diferentes modos, especies o subgéneros, tales como la novela de aventuras, el *Bildungsroman*, la tragedia, el entremés, el soneto o el caligrama...); y 3) los diferentes *objetos* o *fin*es de las distintas especies o modalidades literarias, los cuales están determinados por la finalidad de su construcción formal, es decir, por los objetivos inmanentes que disponen su formalización como obra de arte (por su objeto, las obras literarias presentarán determinadas características y propiedades formales que son punto de mira, es decir, objetivo, de los estudios comparatistas, etc.)

De Bueno he tomado los términos de su ontología especial ($M_1 = M_1, M_2, M_3$) para explicitar los valores del arte dados en los sectores mecanicista (M_1), psicológico (M_2) y lógico (M_3) el eje semántico del espacio estético. De acuerdo con esta perspectiva ontológico-especial, la Teoría de la Literatura procederá a examinar los materiales estéticos —autores, obras, lectores e intérpretes o transductores—, según su implicación —nunca reducción, pues algo así destruiría la *symploké* inherente a la ontología de todo material artístico— en los tres géneros de materialidad, lo que da lugar a una concepción *mecanicista* o estrictamente formalista de la literatura (M_1), a una visión de la creación literaria como propia de un genio o de una mente psicológicamente

superdotada o superior (M_2) —tema clave de estas páginas, al que me voy a referir inmediatamente—, o a una interpretación de los materiales literarios basada en criterios programáticos y lógicos (M_3), como puede ser el arte que se articula en preceptivas literarias (poética mimética, teatro español aurisecular, *Naturnachahmung*...), en cánones rigurosos e inmutables, de fundamento metafísico (teoría de las esencias, teología cristiana...) o estatal (marxismo soviético, arte socialista...), y modelos de arte vanguardista (futurismo de Marinetti, manifiestos surrealistas de Breton, creacionismo de Huidobro, dadaísmo de Tzara...), entre tantos ejemplos que podrían aducirse, particularmente en el ámbito de la denominada Literatura programática o imperativa (Maestro, 2017: I, 245).

Finalmente, la interpretación de los materiales literarios en el eje pragmático del espacio estético —según los términos que Bueno señala en el eje homónimo del espacio gnoseológico—, permite identificar en el arte los *autologismos*, que determinan el contenido de los objetos estéticos según las cualidades más personales e individualistas del *yo* del artista; los *dialogismos*, que convierten al arte en un movimiento gremial, identificado con los rasgos de un colectivo particularmente definido, generacional o de escuela, es decir, desde un *nosotros*, que Ortega (1925, 1930) calificaría sin duda de «minoría selecta»; y las normas, constituyentes de una preceptiva, una poética o un sistema de normas objetivadas capaces de imponerse como un *Canon*, por encima de la voluntad de corrientes y movimientos estéticos (dialogismos) y capaz de eclipsar incluso la genialidad de autores y figuras individuales (autologismos).

2. LA CUESTIÓN DE LA GENIALIDAD

Sin embargo, el objetivo de estas páginas no es el espacio estético, sino uno de sus componentes más esenciales y tradicionalmente también más imprecisos: la cuestión de la *genialidad* en el arte.

Según la tesis expuesta en la *Crítica de la razón literaria*, la interpretación artística percibe la genialidad como una forma inédita de racionalismo, una forma superior de razón, que exige a sus receptores contemporáneos mejorar las premisas racionales vigentes o preexistentes. Con todo, no conviene olvidar que la sociedad sólo acepta y reconoce

a los genios cuando ha controlado —incluso domesticado o normalizado— las consecuencias de sus genialidades. El *mecanicismo* suele resultar determinante en la Literatura sofisticada o reconstructivista (creacionismo, surrealismo, futurismo...), así como en la programática e imperativa (comedia española aurisecular, literatura comprometida...); la *genialidad* es un atributo fundamental en los autores de las literaturas crítica o indicativa (Dante, Cervantes...) y sofisticada o reconstructivista (Rabelais, Shakespeare...); finalmente, la *logicidad* es imprescindible en las literaturas programáticas (Brecht, Sartre...) y por supuesto críticas (*Lazarillo*, Galdós, Baroja...) (Maestro, 2017: I, 231).

En consecuencia, la genialidad exige normas de interpretación, es decir, reglas o pautas que hagan legible, interpretable, objetivable, su realidad y su materialización en las formas del arte. La genialidad que no se justifica normativamente es un fraude. Ahora bien, ¿cuáles son esas normas?, ¿a qué criterios podemos apelar para identificar el genio constructor o la genialidad interpretativa de las obras de arte?, ¿cómo dar forma objetiva a los valores en los que se explicita el genio literario, musical o pictórico, por ejemplo? La respuesta a estas preguntas exige exponer una Teoría del Genio.

3. TEORÍA DEL GENIO

El concepto de Genio, tal como se entiende y se interpreta en la *Crítica de la razón literaria*, está determinado por la *symploké* o relación crítica y dialéctica de sendos binomios, que combinan, en primer lugar, Ideas y Técnicas, es decir, sumariamente, contenidos y formas, y, en segundo lugar, la naturaleza consabida o preexistente de unas y otras frente a sus propias posibilidades de transformación en algo a su vez nuevo, inédito u original, que sólo un sujeto humano, corpóreo y operatorio, puede llevar a cabo, ejecutivamente.

De este modo, distinguimos, en primer lugar, en un eje horizontal o de abscisas, dos tipos de Ideas, según éstas sean *consabidas* o conocidas, por una parte, y *originales* o nuevas, por otra parte. En segundo lugar, distinguimos, en un eje vertical o de ordenadas, dos modos de ejercer las técnicas o los procedimientos de construcción e interpretación, según estas técnicas sean *preexistentes* o convencionales o, por el contrario, *nuevas* o *inéditas*. Del entrecruzamiento de estos binomios obtenemos

cuatro tipos de operaciones que dan lugar respectivamente a lo que identificamos como *Kitsch*, *Recurrencia*, *Recursividad* y *Genialidad*.

TEORÍA DEL GENIO

Ideas Técnicas	<i>Consabidas</i>	<i>Originales</i>
<i>Preexistentes</i>	KITSCH	RECURSIVIDAD
<i>Nuevas o inéditas</i>	RECURRENCIA	GENIALIDAD

3.1. *Kitsch*

Como todo el mundo sabe, el *Kitsch* es un modelo ortodoxo de arte, el cual responde a un modo de construcción y reconstrucción totalmente automatizable y automatizado, a un *mecanicismo* —por servirnos del término que ya hemos usado en la *Crítica de la razón literaria*—, desde el que es posible construir obras de arte, o interpretaciones de obras de arte, *en serie*, del mismo modo que se puede proceder a la fabricación seriada de churros, madreñas, tapones de botellas, novelas rosa o libros de caballerías. En este caso, el arte, así como sus posibilidades de construcción y de interpretación, responde a un patrón que se reproduce de forma invariable, global y mecánica. Esto es posible porque tanto las *Ideas* que se objetivan en estos productos presuntamente estéticos como las *Técnicas* que se utilizan para hacerlos posibles son, respectivamente, ideas *consabidas* o conocidas y técnicas *preexistentes* o convencionales. De hecho, en tales casos estamos ante una suerte de pseudoarte, o arte imitativo. La escritura mecanizada, automática, o *en serie*, de libros de caballerías o de novelas rosa, por ejemplo, remite a este modelo de arte *Kitsch*. Nos hallamos aquí ante el umbral más bajo o tenue —por no decir que nulo— de *genialidad*, dado que no hay concurrencia ni de originalidad de ideas y ni de novedad tecnológica. En tales condiciones, el arte se reduce, en el caso de que sea posible hablar de arte, a una copia o imitación de obras de arte preexistentes. En términos de Gadamer (1960), diríamos que no hay ningún *horizonte de expectativas* nuevo, ya que el arte se mueve endogámicamente en los límites de un sistema de normas que, ni desde el punto de vista formal o tecnológico, ni desde el punto de vista de sus conte-

nidos o ideas, experimenta renovación o novedad alguna. Podemos afirmar en este punto que la transducción⁷⁴, en el caso del *Kitsch*, es igual a cero, porque en este modelo ortodoxo y mimético de arte no hay *transformación* en la *transmisión*: todas las reproducciones imitan copiosamente y mecánicamente un modelo que se ha aceptado como tal de forma previa e invariable. Los componentes *nucleares* no experimentan transformaciones *corporales* en el desarrollo de su *curso*, diríamos, en términos de esencias plotinianas. El pastiche sería, en el caso de la literatura, uno de los ejemplos más representativos de este modelo de arte. El *Kitsch* constituye de este modo *Metros* o modelos ortodoxos de arte, determinados por la isología y la isovalencia.

3.2. Recurrencia

El caso de la recurrencia nos sitúa en un contexto nuevo y diferente. La novedad aquí está determinada por el uso y la incorporación de técnicas nuevas o inéditas en el tratamiento de temas o contenidos consabidos o conocidos. Es el modelo de arte determinado por el uso de viejas ideas en moldes nuevos. Vino viejo en odres nuevos, diríamos sintéticamente. En tales casos hablaremos de *recurrencia*, porque este modelo de arte se singulariza por la *innovación tecnológica o formal* como *recurso* para tratar temas o reconstruir contenidos ya conocidos e identificados explícitamente en una determinada tradición. La *recurrencia* pone su acento en la dimensión técnica, tecnológica o formal, multiplicándola o diversificándola, innovándola, pero cuyo contenido sigue siendo tradicional, consabido o incluso basal, en tanto que definitorio de una tradición preexistente, en la que persiste anclado frente a cualquier innovación formal. El arte recurrente, por así llamarlo, se caracteriza por innovar formas para presentar contenidos tradicionales. Es, sin ir más lejos, el modelo de arte preferido por los nacionalismos posmodernos, que construyen o reconstruyen, conforme a procedimientos filológicos totalmente teoreticistas y especulativos, lenguas

⁷⁴ Sobre el concepto clave de transducción, vid. Maestro (2017: I, 444), y con mucha anterioridad, mi monografía de 1994, en que se introduce por vez primera este concepto proyectado hacia una interpretación literaria afín al Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura.

irreales como la *llingua*, en Asturias, a partir de las variantes dialectales de los diferentes bables hablados familiarmente en esta geografía. Es el caso también de la denominada «música celta», basada en la reproducción, mediante una tecnología electroacústica propia de los siglos XX y XXI, de ritmos y melodías presuntamente célticos y antiquísimos. El arte recurrente es, en cierto modo, un arte *monotemático*: siempre habla de lo mismo y remite a lo mismo, si bien se sirve de todo tipo de técnica nueva para hacer visible el tratamiento formal de viejos temas sobre los que insiste una y otra vez. Es un arte extremadamente conservador por su temática y agudamente atento a cualquier novedad formal, que usará siempre para insistir, una y otra vez, en el mismo tema. Desde el punto de vista de la transducción, diríamos que toda su transmisión persigue un objetivo fundamental: la transformación de las formas para *preservar* por encima de todo un contenido genuino y una temática primigenia. Su lema es que las formas no alteren el fondo. Un ejemplo musical de interpretación recurrente sería el de un pianista que siempre toca la *misma* sonata del *mismo* autor, por ejemplo la sonata 11 de Domenico Cimarosa en re menor, con diferentes técnicas musicales de interpretación. Cambia la técnica, pero preserva el contenido. En la interpretación literaria, sería el caso del lector que siempre lee la misma novela o el mismo soneto, y que para interpretar y preservar su sentido «genuino», «profundo», «primigenio», se sirve de múltiples métodos de análisis. El procedimiento es el mismo: múltiples métodos que *recurren* una y otra vez, todos ellos, a la misma obra, la misma novela, el mismo poema, el mismo texto. Es el caso de tantos y tantos presuntos eruditos que se pasan la vida desentrañando hermenéuticamente versos de la *Iliada*, de la *Divina commedia* o prosas del *Quijote*, de las Sagradas Escrituras, o de cualesquiera otras obras, tratando de desvelar las «verdades profundas y ocultas» de tamañas creaciones literarias o sacras. Un ejemplo muy representativo de este modelo de arte *recurrente* es el que musicalmente ofrecen las famosas *Variaciones cumpleaños feliz* de Peter Heidrich para cuarteto de cuerda, que reproducen, de forma recurrente, el mismo tema musical, si bien desde las diferentes técnicas o estilos musicales supuestamente identificables con Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Schumann, Brahms, Wagner, Dvorák o Reger. En el caso de la literatura, la incorporación de la prosa a la égloga, que experimenta durante el Renacimiento europeo el tratamiento de la literatura bucólica, supone un ejemplo ex-

plícito de arte recurrente, desde el momento en que un mismo tema —la bucólica— incorpora una técnica nueva, no prevista en el paganismo grecolatino fundador del género: la prosa reemplaza definitivamente al verso en el siglo XVI. Esta corriente innovadora de la novela pastoril triunfa definitivamente con el éxito de *Los siete libros de La Diana* (1559) de Jorge de Montemayor, a partir de la traducción española en 1547 de la *Arcadia* (1504) de Jacopo Sannazaro, donde la prosa se introduce como una renovación técnica fundamental en el nuevo arte narrativo de la bucólica. El tema es recurrente —la literatura pastoril—, pero las formas han cambiado el verso por las posibilidades expresivas de la prosa narrativa. La *recurrencia* consolida *Prototipos* o patrones temáticos destinados a la preservación de referentes, contenidos y fondos, considerados matrices o fundamentales, y capaces de sobrevivir a cualesquiera alteraciones tecnológicas o formales.

3.3. Recursividad

El fenómeno de la *recursividad* nos sitúa precisamente en el caso inverso al modelo del arte *recurrente*: la novedad ahora es el tema, que se expresa a través de formas preexistentes, antiguas o primitivas de arte. La originalidad del arte recursivo reside en el contenido, no en la forma, que no experimenta ni conoce alteraciones. La recursividad artística remite con frecuencia a formas lúdicas de arte, en virtud de las cuales las mismas formas se proyectan o se usan experimentalmente para tratar temas múltiples y diversos. Sería el caso de un pianista que utilizara rigurosamente la isometría para interpretar todo tipo de obras musicales, de modo que redujera los preludios de Bach y los nocturnos de Chopin, por ejemplo, a una ejecución musical como la que se exige aún actualmente en la mayor parte de conservatorios y escuelas de música alemanas y anglosajonas para interpretar los ejercicios y escalas de Herz o Clementi. El arte recursivo es una reiteración de técnicas y formas que conduce de forma inevitable al anquilosamiento del propio arte en sus posibilidades evolutivas. El arte recursivo es propio de las preceptivas literarias, como la aristotélica o mimética, tal como la concibieron, codificaron e implantaron los preceptistas del Renacimiento europeo hasta la *Naturnachahmung* alemana. Es también el arte propio de las literaturas programáticas o imperativas, donde encuentran jus-

tificación la *Teoría de la novela* (1920) de Lukács, los manifiestos surrealistas, futuristas o creacionistas de Bretón, Marinetti o Huidobro, el *Arte nuevo de hazer comedias en este tiempo* (1609) de Lope de Vega, o los códigos literarios de lo políticamente correcto, desde los dictados de una «teoría literaria» feminista, o cosa parecida, en nuestros días. Desde el punto de vista de la transducción literaria, la recursividad se caracteriza por una transformación de las formas para una preservación de los contenidos o temas. Es un modelo que arte que propugna una invariabilidad estética y un fijismo formalista. Su objetivo es imponer unas normas que pretende acaso invariables, inmutables y eternas. Un modelo recursivo de arte es el que sostienen aquellas teorías literarias que defienden una concepción porfiriana de los géneros literarios, por ejemplo, al considerar tales géneros como esencias inmutables y eternas. Se trata de teorías estéticas que preservan los componentes basales o canónicos de la literatura por encima de cualesquiera novedades o recursos tecnológicos. El uso del libro, por ejemplo, como instrumento de lectura frente a las posibilidades de uso que ofrece el pdf o el libro digital se ampararía en este tipo de concepción recursiva del arte. Piénsese incluso que cuando se habla de Juan Sebastián Bach como uno de los padres de la música, se olvida que el contrapunto que este compositor alemán lleva al instrumento es una técnica vieja y tradicional, una técnica preexistente en la música española del Renacimiento. La originalidad de Bach no reside en este punto en la invención de una técnica nueva, sino en la aplicación de una técnica preexistente, y originariamente española, dada en el contrapunto de la música vocal, a la música instrumental. El arte recursivo, en suma, preserva la continuidad de pautas y reglas en el tratamiento de los más diversos ámbitos temáticos. Las formas adquieren en esta modalidad artística un estatuto normativo muy poderoso, que determina la subordinación de los contenidos del arte a sus formas de expresión. La *recursividad* genera *Paradigmas* o modelos formalmente uniformes y reglados de construcción o interpretación de obras de arte.

3.4. Genialidad

Llegados a este punto se comprobará que la genialidad del arte se objetiva siempre en una superación recursiva del arte recurrente y en

una superación recurrente del arte recursivo. No se trata de un juego de palabras: se trata de demostrar que la genialidad del ser humano en el arte se demuestra en el uso de técnicas y de formas nuevas e insólitas en el tratamiento de contenidos y de temas igualmente originales o inéditos. La genialidad no se alcanza sólo desde el *arte recurrente* o desde el *arte recursivo*, no, la genialidad exige la expresión de ideas originales a través de formas necesariamente inéditas o insólitas, esto es, referentes nuevos y formas también nuevas de construcción poética y de interpretación estética. Desde el punto de vista de la transducción literaria, la genialidad exige no sólo una transformación decisiva en la transmisión de las formas y técnicas del arte (*recurrencia*), sino también una transformación no menos potente en la transmisión de sus contenidos y materias (*recursividad*). Desde el punto de vista de la teoría de las esencias plotinianas, el ser humano, como genio del arte —como sujeto operatorio que es— habrá de construir o de interpretar —esto es, de operar, de *obrar*— de tal modo que el núcleo de tales construcciones o interpretaciones dé lugar a *cuerpos* artísticos cuyas transformaciones *corporales* se transmitan estructuralmente a través de *cursos* históricos y operatorios determinantes en la Historia, la Geografía y la Política del arte. La genialidad artística permite dar forma objetiva a *Cánones* literarios o estéticos, capaces de perpetuarse en el tiempo y en el espacio, y por referencia a los cuales se desarrolla, estructura y discrimina, de forma crítica y dialéctica, la totalidad de las obras de arte dadas en el presente en marcha.

El genio, lo extraordinario, amenaza el orden común, es decir, el conocimiento común. No encaja en las expectativas: las viola. De hecho, la sociedad sólo acepta y reconoce a los genios cuando ha controlado y neutralizado las consecuencias de su genialidad.

En suma, la Teoría de la Literatura, como ciencia de los materiales literarios, es lo único que impide que la filosofía se desvanezca cuando se ve obligada a enfrentarse a la literatura.

Bibliografía

- ALBALADEJO MAYORDOMO, Tomás (1982), «Pragmática y sintaxis pragmática del diálogo literario. Sobre un texto dramático del Duque de Rivas», *Anales de Literatura Española*, 1 (225-247).
- (1984), «Espressione dell'autore e unità comunicative nella struttura sintattica pragmatica dei testi letterari», *Lingua e Stile*, 19.1 (167-174).
- ARISTÓTELES (1990), *Retórica*, Madrid, Gredos, 1990. Introducción, traducción y notas por Q. Racionero.
- (1992), *Poética*, Madrid, Gredos (1ª ed., 2ª reimpr.) Edición trilingüe de V. García Yebra.
- y PORFIRIO (1999), *Categorías. De interpretationes. Isagoge*, Madrid, Tecnos. Trad. y ed. de Luis Manuel Valdés Villanueva, Julián Velarde Lombráña y Alfonso García Suárez.
- AUERBACH, Erich (1929), *Dante als Dichter der irdischen Welt*, Berlin, Leipzig, W. De Gruyter & Co. Trad. esp. de Jorge Seca Gil: *Dante, poeta del mundo terrenal*, Barcelona, El Acanalado, 2008.
- AULLÓN DE HARO, Pedro (2001), «La estética literaria de Eduard von Hartmann. La Filosofía de lo bello», *Analecta Malacitana*, 24, 2 (557-580).
- (2010), «Las caras de la malversación: la crítica literaria lamentable en el siglo XX y sus genealogías», en Jesús G. Maestro e Inger Enkvist (eds.), *Contra los mitos y sofismas de las «teorías literarias» posmodernas (Identidad, Género, Ideología, Relativismo, Americocentrismo, Minoría, Otredad)*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- BACON, Francis (1620), *The New Organon*, New York, Cambridge University Press, 2000. Ed. de Lisa Jardine y Michael Silverthorne. Trad. esp. de Miguel Ángel Granada: *La gran restauración. Novum Organum*, Madrid, Tecnos, 2011.
- BACHELARD, Gaston (1940), *La Philosophie du non. Essai d'une philosophie du nouvel esprit scientifique*, Paris, Presses Universitaires de France. Trad. esp. de Noemi Fiorito de Labruno: *La filosofía del no. Ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1993.

- BAJTIŃ, Mijail (1965), *L'oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et sous la Renaissance*, Paris, Gallimard, 1970. Trad. esp.: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Barcelona, Seix-Barral, 1974; también en Madrid, Alianza, 1987. [Obra escrita originalmente en ruso en 1940].
- (1975), *Esthétique et théorie du roman*, Paris, Gallimard, 1978. Trad. esp. de H.S. Kriúkova y V. Cazcarra: *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989. (Primera edición rusa: Moscú, 1975).
- (1976), «Il problema del testo», en A. Ponzio (ed.), *Michail Bachtin. Semiotica, teoria della letteratura e marxismo*, Bari, Dedalo, 1977. (Escrito entre los años 1959 y 1961).
- (1979), *La estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1986.
- BARTHES, Roland (1968), «La mort de l'auteur», *Le bruissement de la langue*, Du Seuil, Paris, 1984 (61-67). Trad. esp. C. Fernández Medrano: «La muerte del autor», *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987 (65-71).
- (1980), «Texte (Théorie du)», *Enciclopedia Universalis*, Paris, France S.A., XXII (370-374).
- BENEDICTO XVI (2005), *Carta Encíclica Deus Caritas Est del Sumo Pontífice Benedicto XVI a los Obispos, a los Presbíteros y Diáconos, a las Personas Consagradas y a todos los Fieles Laicos sobre el Amor Cristiano*, Libreria Editrice Vaticana.
- BERKELEY, George (1710), *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, Madrid, Alianza, 1992. Trad. esp. de Carlos Mellizo.
- BERNÁRDEZ, Enrique (1982), *Introducción a la Lingüística del texto*, Madrid, Espasa-Calpe.
- BOOTH, Wayne C. (1961), *The Rhetoric of Fiction*, Chicago & London, The University of Chicago Press, 1983². Trad. esp. de S. Gubern Garriga-Nowgés: *Retórica de la ficción*, Barcelona, Bosch, 1974.
- BORGES, Jorge Luis (1923-1985), *Obras completas*, Barcelona, Emecé Editores, 1989 (3 vols.)
- (1982) *Nueve ensayos dantescos*, Madrid, Espasa-Calpe.
- BRIDGMAN, Percy W. (1927), *The Logic of Modern Physics*, New York, Macmillan
- BUENO, Gustavo (1970), *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*, Madrid, Ciencia Nueva.
- (1971), *Etnología y utopía*, Gijón, Júcar, 1987. Edición revisada y ampliada.
- (1972), *Ensayos materialistas*, Madrid, Taurus.
- (1978), «Sobre el concepto de espacio antropológico», *El Basilisco*, 5 (57-69). Reed. en *El sentido de la vida. Seis lecturas de filosofía moral*, Oviedo, Pentalfa, 1996 (89-114).

- (1978a), «Conceptos conjugados», *El Basilisco*, 1 (88-92).
- (1978b), «En torno al concepto de ciencias humanas. La distinción entre metodologías α -operatorias y β -operatorias», *El Basilisco*, 2 (12-46).
- (1978d), «Respuesta, en 1978, a la pregunta ¿Qué es el cierre categorial?», *El Catoblepas*, 108, 2011 (2).
- (1980), *El individuo en la Historia. Comentario a un texto de Aristóteles, Poética 1451b*, Oviedo, Universidad de Oviedo (Discurso inaugural del Curso 1980-1981).
- (1982), «Gnoseología de las ciencias humanas», en *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias (12/16 abril 1982)*, Oviedo, Pentalfa (315-347).
- (1982a), «El cierre categorial aplicado a las ciencias físico-químicas», en *Actas del I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias (12/16 abril 1982)*, Oviedo, Pentalfa (101-175).
- (1985), *El animal divino. Ensayo de una filosofía materialista de la religión*, Oviedo, Pentalfa, 1996 (2ª ed.).
- (1989), «La Teoría de la Esfera y el Descubrimiento de América», *El Basilisco*, 2, 1 (3-32), en <<http://www.filosofia.org/rev/bas/bas20101.htm>> (15 octubre 2010).
- (1990), *Materia*, Oviedo, Pentalfa.
- (1990a), *Nosotros y ellos. Ensayo de reconstrucción de la distinción emic / etic de Pike*, Oviedo, Pentalfa.
- (1991), *Primer ensayo sobre las categorías de las 'Ciencias Políticas'*, Logroño, Cultural Rioja (Biblioteca Riojana 1). Presentación y apéndices de Pedro Santana.
- (1992), *Teoría del Cierre Categorial*, Oviedo, Pentalfa (5 vols.)
- (1995), *¿Qué es la filosofía? El lugar de la filosofía en la educación*, Oviedo, Pentalfa.
- (1995a), *¿Qué es la ciencia? La respuesta de la teoría del cierre categorial. Ciencia y Filosofía*, Oviedo, Pentalfa.
- (1996), *El sentido de la vida. Seis lecturas de filosofía moral*, Oviedo, Pentalfa.
- (2001), «La Idea de Ciencia en Ortega», *El Basilisco*, 31 (15-30), en <<http://www.filosofia.org/rev/bas/bas23102.htm>> (08.12.2008).
- (2004), «Confrontación de doce tesis características del sistema del Idealismo trascendental con las correspondientes tesis del Materialismo filosófico», *El Basilisco*, 35, 2ª época (3-40).
- (2005), «Sobre el análisis filosófico del *Quijote*», *El Catoblepas*, 46 (2). Ed. impresa en Eduardo Urbina y Jesús G. Maestro (eds.), *Anuario de Estudios Cervantinos. Cervantes entre dos Siglos de Oro: de La Galatea al Persiles*, 3, 2007 (145-160).

- (2012), «Teoría del conocimiento», *Tesela*, 112 (Oviedo, 13 de junio de 2012), en <<http://www.fgbueno.es/med/tes/t112.htm>> (26.12.2014).
- (2014), «Heidegger», *Teselas*, 116, Oviedo, 18 febrero 2014.
- (2015), «El humanismo como ideal supremo», *El Catoblepas*, 158 (2), en <<http://www.nodulo.org/ec/2015/n158p02.htm>> (31.05.2015).
- *et al.* (1987), *Symploké*, Gijón, Júcar, 1991.
- CARNAP, Rudolf (1950), *Logical Foundations of Probability*, Chicago, Chicago University Press.
- CAVALLI-SFORZA, Luigi (*et al.*) (1988), «Reconstruction of Human Evolution: Bringing together Genetic, Archaeological and Linguistic Data», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 85 (6002-6011).
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (1605-1615), *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Crítica, 1998. Ed. de F. Rico.
- (1614), *Viaje del Parnaso*, en *Obras completas de Miguel de Cervantes*, vol. 12, Madrid, Alianza, 1997. Edición de F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas.
- DEDEKIND, Richard (1893), *Was sind und was sollen die Zahlen?*, Braunschweig, F. Vieweg. Trad. esp. de José Ferreirós: *¿Qué son y para qué sirven los números? Y otros escritos sobre los fundamentos de la matemática*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1998.
- DIJK, T. A. van (1972), *Some Aspects of Text Grammar. A Study in Theoretical Linguistics and poetics*, Le Hague · Paris, Mouton.
- (1977), *Text and Context. Explorations in the Semantics and Pragmatics of Discourse*, London, Longman. Trad. esp. de J. D. Moyano: *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*, Madrid, Cátedra, 1980.
- DILTHEY, Wilhelm (1883), *Einleitung in die Geisteswissenschaften: Versuch einer Grundlegung für das Studium der Gesellschaft und der Geschichte*, Leipzig, Duncker & Humblot. Trad. esp. de Julián Marías: *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, Madrid, Alianza, 1986.
- DOLEZEL, Lubomir (1980), «Truth and the Authenticity in Narrative», *Poetics Today*, 1.3 (7-25). Trad. esp. de Mariano Baselga: «Mímesis y mundos posibles», en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (95-122).
- (1986), «Semiotics of Literary Communication», *Strumenti Critici*, 1 (5-48). Trad. esp.: «Semiótica de la comunicación literaria», en Jesús G. Maestro (ed.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria*, Madrid, Arco Libros, 2002 (173-218).
- (1988), «Mimesis and Possible Worlds», *Poetics Today*, 9.3 (475-496). Trad. esp. de Mariano Baselga: «Mímesis y mundos posibles», en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (69-94).

- (1989), «Possible Worlds and Literary Fictions», en S. Allen (ed.), *Possible Worlds in Humanities, Arts and Sciences*, Berlin, Gruyter (221-242).
- (1990), *Poetics. Tradition and Progress*, Nebraska University Press.
- (1998), *Heterocósmica. Fiction and Possible Worlds*, London, The Johns Hopkins University Press. Trad. esp. de Félix Rodríguez: *Heterocósmica. Ficción y mundos posibles*, Madrid, Arco-Libros, 1999.
- DRESSLER, W. (1973), *Einführung in die Textlinguistik*, Tübingen, Niemeyer.
- DROYSEN, Johann Gustav (1868), *Grundriss der Historik*, Leipzig, Veit. Reed. en Paderborn, Salzwasser Verlag, 2011.
- DUBOIS, J. et al. (1973), *Diccionario de Lingüística*, Madrid, Alianza, 1979.
- (1974), *Allgemeine Rhetorik*, München, Fink.
- (Groupe Mi) (1977), *Rhétorique de la poésie*, Bruxelles, Complexe.
- ECO, Umberto (1979), *Lector in fabula. La cooperazione interpretativa nei testi narrativi*, Milano, Bompiani. Trad. esp. R. Pochtar: *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Lumen, 1981.
- EISEMANN, M. & RICHTER, G. (2000), «Temperament and character during the course of unipolar depression among inpatients», *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 250.1 (40-47).
- EPICTETO (1993), *Disertaciones por Arriano*, Madrid, Gredos. Traducción, introducción y notas de Paloma Ortiz García.
- ESOPO y BABRIO (1978), *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio*, Madrid, Gredos. Introducción general de Carlos García Gual. Introducciones, traducciones y notas de P. Bádenas de la Peña y J. López Facal.
- EVEN-ZOHAR, Itamar (ed.) (1990), *Polisystem Studies*, en *Poetics Today*, 11, 1.
- FARIÁS, Víctor (1987), *Heidegger et le nazisme*, Verdier, París. Trad. esp. de Enrique Lynch y Agapito Maestre: *Heidegger y el nazismo*, Barcelona, Muehlenbeck Editores, 1989.
- FEYERABEND, Paul K. (1970), *Against Method*, London, New Left Books. Trad. esp.: *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Barcelona, Ariel, 1981.
- FICHTE, Johann Gottlieb (1794), *Grundlage der gesammten Wissenschaftslehre: als Handschrift für seine Zuhörer*, Leipzig, C. E. Gabler. Reed. en Jena, C. E. Gabler, 1802. Trad. esp. y ed. de José María Quintana Cabanas: *Primera y segunda introducción a la Doctrina de la ciencia. Ensayo de una nueva exposición de la Doctrina de la ciencia*, Madrid, Tecnos, 1987.
- FISH, Stanley E. (1970), «Literature in the Reader: Affective Stylistics», *New Literary History*, 2 (123-133). Trad. esp.: «La literatura en el lector: estilística afectiva», en R. Warning (ed.), *Estética de la recepción*, Madrid, Visor, 1989 (111-131).
- FOUCAULT, Michel (1969), «Qu'est-ce qu'un auteur», *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, 63.3 (73-104).

- FRIEDLÄNDER, Paul (1928-1930), *Platon*, Berlin und Leipzig, W. de Gruyter. Trad. esp. Santiago González Escudero: *Platón. Verdad del ser y realidad de vida*, Madrid, Tecnos, 1989.
- GADAMER, Hans Georg (1960), *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik*, Tübingen, Mohr (1965²). Trad. esp. de A. Agud Aparicio y R. de Agapito: *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Salamanca, Sígueme, 1984.
- GARCÍA BERRIO, Antonio (1989), *Teoría de la literatura. La construcción del significado poético*, Madrid, Cátedra.
- GARCÍA SIERRA, Pelayo (2000), *Diccionario filosófico. Manual de materialismo filosófico. Una introducción analítica*, Oviedo, Pentalfa.
- GENETTE, Gérard (1966), *Figures I*, Paris, Seuil.
— (1969), *Figures II*, Paris, Seuil.
— (1972), *Figures III*, Paris, Seuil. Trad. esp.: *Figuras III*, Barcelona, Lumen, 1989.
- GREIMAS, Algirdas J. y COURTÉS, J. (1979), *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, Hachette. Trad. esp. de E. Ballón Aguirre y H. Campodónico Carrión: *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1982.
- HARRIS, Henry Albert (1933), *Bone Growth in Health and Disease*, London, Oxford University Press.
- HEIDEGGER, Martin (1927), *Sein und Zeit*, Halle a.d.S., Niemeyer. Trad. esp.: *Ser y tiempo*, México, FCE, 1951. Prólogo y traducción de J. Gaos.
- HERDER, Johann Gottfried von (1784-1791), *Ideen zur Philosophie der Geschichte der*
- HJELMSLEV, Louis (1943), *Prolégomènes à une théorie du langage*, Paris, Minuit, 1968. Trad. esp.: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1984.
- HOMERO (1954), *Iliada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996. Trad. de Luis Segalá y Estalella. Introducción de Javier de Hoz.
- HUERGA MELCÓN, Pablo (2006), «Historia de la Ciencia desde la perspectiva de la teoría del cierre categorial de Gustavo Bueno», *El Catoblepas. Revista Crítica del Presente*, 58 (14), en <<http://www.nodulo.org/ec/2006/n058p14.htm>> (11.04.2015).
- HUSSERL, Edmund (1907), *La idea de la fenomenología*, México, fce, 1982. Trad. de M. García Baró.
— (1929), *Investigaciones lógicas*, Madrid, Alianza Editorial, 1982. Trad. esp. de M. García Morente y J. Gaos.
- INGARDEN, Roman (1931), *Das literarische Kunstwerk. Eine Untersuchung aus dem Grenzgebiet der Ontologie, Logik und Literaturwissenschaft*, Halle (Saale), Niemeyer. Reed. en Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1965³.

- ISENBERG, H. (1977), «'Text' versus 'Satz'», en F. Danes y D. Viehweger (eds.), *Probleme der Textgrammatik II*, Berlin, Akademie-Verlag (119-146).
- (1978), «Probleme der Texttypologie. Variation und Determination von Texttypen», *SWiss. Zeitschrift der Karl-Marx-Universität Leipzig*, Ges - und Sprachwiss. Reihe, 27, Jg., Heft 5 (565-579).
- ISER, Wolfgang (1972), *Der implizite Leser: Kommunikationsformen des Romans von Buyan bis Beckett*, München, Fink. Trad. ing.: *The Implied Reader. Patterns of Communication in Prose Fiction from Bunyan to Beckett*, Baltimore · London, The Johns Hopkins University Press, 1974.
- (1976), *Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung*, München, Fink. Trad. esp. de J. A. Gibernat y M. Barbeito: *El acto de leer*, Madrid, Taurus, 1987.
- IVANOV, V.V.; LOTMAN, J. M.; PJATIGORSKI, A. M.; TOPOROV, V. N., y USPENSKIJ, B. A. (1998), *Theses on the Semiotic Study of Cultures*, University of Tartu Press.
- JAUSS, Hans Robert (1967), *Literaturgeschichte als Provokation der Literaturwissenschaft*, Konstanz, Konstanzer Universitätsreden 3, Universitätsverlag. Reed. en Hans Robert Jauss (ed.), *Literaturgeschichte als Provokation*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1970 (144-207). Trad. esp.: «La historia literaria como desafío a la ciencia literaria», *La actual ciencia literaria alemana*, Salamanca, Anaya, 1971 (37-114). Reed. en Madrid, Akal, 2005 (867-893).
- (1977), *Ästhetische Erfahrung und Literarische Hermeneutik*, München, Fink. Trad. esp. de J. Siles y E. M. Fernández Palacios: *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*, Madrid, Taurus, 1986.
- JOSÉ PRADES, Juana de (1963), *Teoría sobre los personajes de la comedia nueva*, Madrid, CSIC.
- KANT, Immanuel (1781), *Crítica de la razón pura*, Madrid, Taurus, 2005. Trad. esp. de Pedro Ribas Ribas.
- (1790), *Kritik der Urteilskraft*, Hamburg, Meiner, 2001. Edición de Heiner F. Klemme. Trad. esp. de Manuel García Morente: *Crítica del juicio*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995.
- (1797), *Die Metaphysik der Sitten*, Werke in zwölf Bänden. Band 8, Frankfurt am Main, 1977. Trad. esp. de Adela Cortina y Jesús Conill Sancho: *La metafísica de las costumbres*, Madrid, Tecnos, 1989.
- KRETSCHMER, Erns (1951), *Körperbau und Charakter. Untersuchungen zum Konstitutionsproblem und zur Lehre von den Temperamenten*, Berlin, Springer.
- KUHN, Thomas S. (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago University Press, 1970². Trad. esp. A. Contín: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1994¹⁶.

- LOPE DE VEGA, Félix (1609), *El arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, en A. Carreño (ed.), *Rimas humanas y otros versos*, Barcelona, Crítica, 1998 (545-568). Edición y estudio preliminar.
- LOTMAN, Iuri (1970), *Struktura judzestevonnogo teksta*, Moskva, Iskusstvo. Trad. alem.: *Die Struktur literarischer Texte*, München, Fink, 1972. Trad. es.p de V. Imbert: *Estructura del texto artístico*, Madrid, Itsmo, 1978.
- y ESCUELA DE TARTU (1979), *Semiótica de la Cultura*, Madrid, Cátedra. Trad. de N. Méndez; introducción, selección y notas de Jorge Lozano.
- LUKÁCS, Georg (1920), *Die Theorie des Romans. Ein geschichtsphilosophischer Versuch über die Formen der grossen Epik*, Berlin, P. Cassirer. Trad. esp. de M. Sacristán en *Obras completas I. El alma y las formas. Teoría de la novela*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- MAESTRO, Jesús G. (1989-1990), «Miguel de Unamuno y Jean Richepin. En torno a la poligénesis de *La prière de l'athée*», *Archivum*, 39-40 (271-305).
- (1994), *La expresión dialógica en el discurso lírico. Pragmática y transducción*, Kassel, Reichenberger.
- (1994a), «Cervantes y Avellaneda. La transducción del sentido en la elaboración del *Quijote*», *Cervantes. Estudios cervantinos en la víspera de su centenario*, Kassel, Edition Reichenberger (309-341).
- (1996), «Lingüística y poética de la transducción teatral», en Jesús G. Maestro (ed.), *El signo teatral: texto y representación. Theatralia*, 1 (175-211).
- (1997), *Introducción a la Teoría de la Literatura*, Universidad de Vigo.
- (2000), *La escena imaginaria. Poética del teatro de Miguel de Cervantes*, Madrid · Frankfurt, Iberoamericana · Vervuert.
- (2002), «La recuperación de la semiótica», en Jesús G. Maestro (ed.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria*, Madrid, Arco-Libros (11-40).
- (2007), *Las ascuas del Imperio. Crítica de las Novelas ejemplares de Cervantes desde el materialismo filosófico*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- (2007a), *Los venenos de la literatura. Idea y Concepto de la Literatura desde el Materialismo Filosófico*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo. Reed., con el título de *¿Qué es la literatura? Y cómo se interpreta desde el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2009. Vol. 2 de la serie *Crítica de la Razón Literaria*.
- (2007b), *Los materiales literarios. La reconstrucción de la Literatura tras la esterilidad de la «teoría literaria» posmoderna*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo. Vol. 4 de la serie *Crítica de la Razón Literaria*.
- (2008), *Idea, concepto y método de la Literatura Comparada*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo. Vol. 8 de la serie *Crítica de la Razón Literaria*.
- (2009), *Crítica de los géneros literarios en el Quijote. Idea y concepto de «género» en la investigación literaria*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo. Vol. 7 de la serie *Crítica de la Razón Literaria*.

- (2009a), *¿Qué es la literatura? Y cómo se interpreta desde el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo. Vol. 2 de la serie *Crítica de la Razón Literaria*.
- (2009b), «La semiología reinterpretada desde el Materialismo Filosófico», en Amelia Sanz Cabrerizo (ed.), *Teoría literaria española con voz propia*, Madrid, Arco Libros (63-82).
- (2010), *Crítica al pensamiento literario de Hans-Robert Jaus. La estética de la recepción reinterpretada desde el Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- (2013), *Calipso eclipsada. El teatro de Cervantes más allá del Siglo de Oro*, Madrid, Verbum.
- (2017), *Crítica de la Razón Literaria. El Materialismo Filosófico como Teoría, Crítica y Dialéctica de la Literatura*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo (3 vols.).
- MARCUSE, Herbert (1954), *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Boston, Bacon Press. Trad. esp. de Antonio Elorza: *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Barcelona, Planeta, 1985.
- MORADIELLOS, Enrique (2001), *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*, Madrid, Siglo XXI.
- MORITZ, Karl Philipp (1962), *Schriften zur Ästhetik und Poetik*, Tübingen, Niemeyer.
- ORTEGA GASSET, José (2004-2010), *Obras completas*, Madrid, Editorial Taurus, Santillana Ediciones Generales y Fundación José Ortega y Gasset (10 vols.)
- (1925), *La deshumanización del arte*, Madrid, Alianza, 1983.
- (1930), *La rebelión de las masas*, Madrid, Orbis, 1983.
- PEÑA, Vidal (1974), *El materialismo de Spinoza*, Madrid, Revista de Occidente.
- PETÖFI, János S. y GARCÍA BERRIO, Antonio (1979), *Lingüística del texto y crítica literaria*, con la colaboración de H. Rieser y T. Albaladejo, Madrid, A. Corazón.
- PLATÓN (1992), *Diálogos IV. República*, Madrid, Gredos, 1992 (2ª rempr., 1ª ed.) Traducciones, introducciones y notas por Conrado Eggers Lan.
- (1992), *Diálogos V. Parménides, Teeteto, Sofista, Político*, Madrid, Gredos (1ª rempr., 1ª ed.) Traducciones, introducciones y notas por María Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero.
- PLOTINO (1985), *Enéadas III-IV*, Madrid, Gredos, 2006. Introducciones, traducciones y notas de Jesús Igal.
- (1998), *Enéadas V-VI*, Madrid, Gredos. Introducciones, traducciones y notas de Jesús Igal.

- y PORFIRIO (1992), *Vida de Plotino. Enéadas I-II*, Madrid, Gredos, 2001. Trad. de Jesús Igal.
- POPPER, Karl R. (1934), *Logik der Forschung*, Wien, Springer, 1935. Trad. esp. de V. Sánchez de Zavala: *Lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos, 1977.
- (1964), *Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge*, London, Routledge and Kegan. Trad. esp.: *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*, Barcelona, Paidós, 1991.
- (1972), *Objective Knowledge. An Evolutionary Approach*, Oxford, The Clarendon Press. Trad. esp. de Carlos Solís Santos: *El conocimiento objetivo. Un enfoque evolucionista*, Madrid, Tecnos, 1992.
- POSNER, Richard A. (2001), *Public Intellectuals: A Study of Decline*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- PRIGOGINE, Ilya y STENGERS, Isabelle (1979), *La nouvelle alliance. Métamorphose de la science*, Paris, Gallimard, 1986 (2ª ed.). Trad. esp. de M. García Velarde y M.C. Martín Sanz: *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1986, 1990 (2ª ed.)
- QUINTILIANO, M. F. (1970), *Institutio Oratoria*, Oxford University Press (2 vols.). Ed. de W. Winterbottom. Trad. esp. de Ignacio Rodríguez y Pedro Sandier: *Instituciones oratorias*, Buenos Aires, Joaquín Gil, 1944, basada en la edición de 1887, Madrid, Viuda de Hernando.
- REICHENBACH, Hans (1938), *Experience and Prediction. An Analysis of the Foundations and the Structure of Knowledge*, Chicago, University of Chicago Press.
- REINHOLD, Karl Leonhard (1789), *Versuch einer neuen Theorie des menschlichen Vorstellungsvermögens*, Praga & Jena, Widtmann & Mauke. Trad. ing. de Timothy J. Mehigan y Barry Empson: *Essay on a New Theory of the Human Capacity for Representation*, Berlin & New York, De Gruyter, 2011.
- REVEL, Jean François (1988), *Le connaissance inutile*, Paris, Éditions Grasset and Fasquelle. Trad. esp. de J. Bochaca, *El conocimiento inútil*, Barcelona, Planeta, 1989.
- RICKERT, Heinrich (1899), *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft. Ein Vortrag*, Freiburg i. B. · Leipzig · Tuebingen, Mohr. Trad. esp.: *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa-Calpe, 1965.
- RICHEPIN, Jean (1879), *Les Blasphèmes*, Paris, Bibliothèque-Charpentier, 1909.
- RIFFATERRE, Michel (1971), *Essais de stylistique structurale*, Paris, Flammarion. Trad. esp.: *Ensayos de estilística estructural*, Barcelona, Seix-Barral, 1976.
- (1979), *La production du texte*, Paris, Seuil.
- ROUSSEAU, Jean Jacques (1758), *Lettre à Monsieur d'Alembert*, Paris, Garnier, 1960.

- SAUSSURE, Ferdinand de (1916), *Cours de linguistique générale*, Lausanne-Páris, Payot; ed. de Ch. Bally y A. Sechehaye (Genève, 1922²). Trad. esp., introducción y prólogo de A. Alonso: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1959³.
- SCHMIDT, Siegfried J. (1980), *Grundriss der empirischen Literaturwissenschaft. Der gesellschaftliche Handlungsbereich Literatur*, Braunschweig, Vieweg und Sohn Verlagsgesellschaft. Trad. esp. de F. Chico Rico: *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura*, Madrid, Taurus, 1990.
- (1984), «The Fiction is that Reality Exist. A Constructivist Model of Reality, Fiction and Literature», *Poetics Today*, 5, 2 (253-274). Trad. esp. de Paloma Tejada Caller: «La auténtica ficción es que la realidad existe. Modelo constructivista de la realidad, la ficción y la literatura», en Antonio Garrido Domínguez (ed.), *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco-Libros, 1997 (207-238).
- SEGRE, Cesare (1985), *Avviamento all'analisi del testo letterario*, Torino, Einaudi. Trad. esp. de M. Prado de Santayana: *Principios de análisis del texto literario*, Barcelona, Crítica, 1985.
- (1998), «Critica e testualità», *Lettere Italiane*, 3/98 (333-343). Trad. esp. de Jesús G. Maestro: «Crítica y textualidad», en Jesús G. Maestro (ed.), *Nuevas perspectivas en semiología literaria*, Madrid, Arco Libros, 2002 (159-171).
- SIMMEL, Georg (1910), *Hauptprobleme der Philosophie*, Leipzig, Göschen. Trad. esp. de Fernando Vela: *Problemas fundamentales de la filosofía*, Madrid, Revista de Occidente, 1946.
- SNOW, Charles Percy (1959), *The two Cultures and the Scientific Revolution*, London · New York, Cambridge University Press, 1993. With introduction by Stefan Collini. Trad. esp. de Salustiano Masó: *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Madrid, Alianza, 1977.
- SOKAL, Alan D. (1996), «Transgressing the Boundaries. Toward a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity», *Social Text*, 46-47 (217-252).
- (2008), *Beyond the Hoax: Science, Philosophy and Culture*, Oxford, Oxford University Press. Trad. esp. de Miguel Candel: *Más allá de las imposturas intelectuales. Ciencia, filosofía y cultura*, Barcelona, Paidós, 2009.
- y BRICMONT, Jean (1997), *Impostures intellectuelles*, Paris, O. Jacob. Trad. esp. Joan Carles Guix: *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 2002.
- SPINOZA, Baruch (1670), *Tratado Teológico-Político*, Madrid, Alianza Editorial, 1986. Introducción, traducción, notas e índices de Atilano Domínguez.
- (1675-1677), *Tratado Político*, Madrid, Alianza Editorial, 1986. Introducción, traducción, notas e índices de Atilano Domínguez.
- STEINER, George (1999), «¿El ocaso de las humanidades?», *Revista de Occidente*, 223 (132-158).

- TARSKI, Alfred (1936), *O logice matematycznej i metodzie dedukcyjnej*, Lwów, Książnica-Atlas. Trad. esp.: *Introducción a la lógica y a la metodología de las ciencias deductivas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- TATARKIEWICZ, Wladislaw (1970), *History of Aesthetics*, La Haya-París, Mouton-Varsovia, PWN. Trad. esp.: *Historia de la estética*, Madrid, Akal, 1987.
- TODOROV, Tzvetan (1981), *Mikhail Bakhtine. Le principe dialogique*, Paris, Seuil.
- TYLOR, Edward B. (1871), *Primitive Culture. Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion, Art, and Custom*, London, J. Murray. Trad. esp.: *Cultura primitiva*, Madrid, Ayuso, 1977.
- UNAMUNO, Miguel de (1905), *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, Catedra, 1988. Ed. de Alberto Navarro González.
- (1987), *Poesía completa*, Madrid, Alianza Editorial (4 vols.). Edición, introducción y notas de Ana Suárez Miramón.
- WIMSATT, William K. y Beardsley, Monroe (1954), *The Verbal Icon. Studies in the Meaning of Poetry*, London, Methuen, 1970.
- WINDELBAND, Wilhelm (1892), *Geschichte der Philosophie*, Freiburg, Mohr. Trad. esp. de Francisco Larroyo: *Historia general de la filosofía*, Barcelona, Ateneo, 1970.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1921), *Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Alianza Editorial. Introducción de B. Russel. Versión de E. Tierno Galván, 1973.
- WOLFF, E. (1971), «Der intendierte Leser», *Poetica*, 4 (141-151).
- WUNDT, Wilhelm (1889), *System der Philosophie, Leipzig, W. Engelmann. Trad. esp. de Luis de Zulueta: Principios de filosofía: objeto y sistema de la filosofía, su evolución histórica, sus principales direcciones*, Madrid, La España Moderna, 1922.

ISBN 978-84-9895-216-2



9 788498 952162